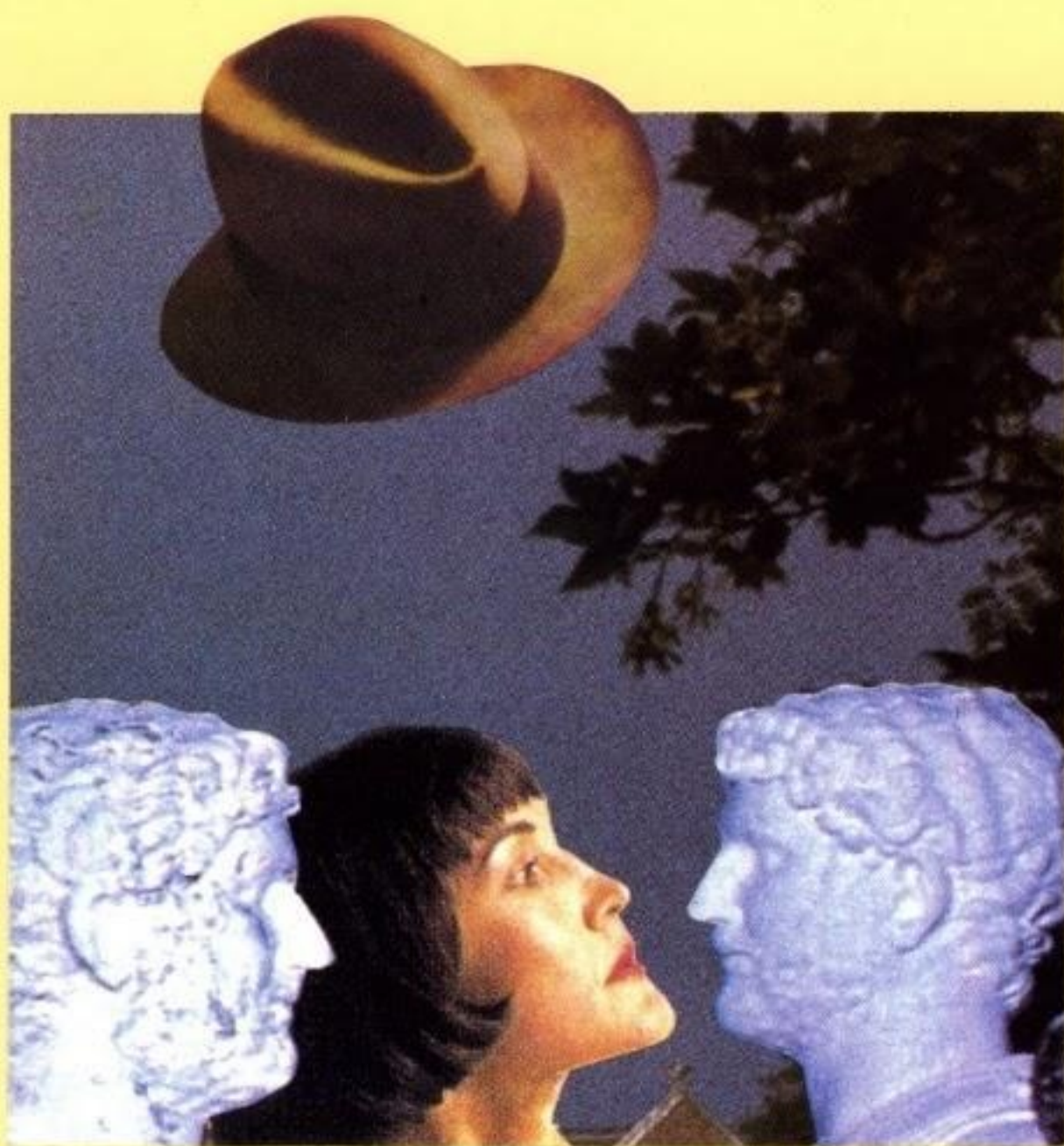


JULIAN BARNES

---

*Hablando  
del asunto*



Lectulandia

Stuart y Gillian se conocen en una reunión organizada en un hotel por una agencia matrimonial que organiza cócteles para solteros de buena posición que, por diversas circunstancias, tienen una escasa vida social. Stuart es un cuadro medio de un banco, un buen chico, sensible aunque algo soso, y Gillian una restauradora de cuadros encantadora. Se casarán, pero entra en escena Oliver, el mejor amigo de Stuart, bohemio y presunto dandy, que se las da de conocer mundo aunque no ha pasado de Marbella, quien se enamora perdidamente de Gillian. Y Barnes obsequia a los lectores con su moderna versión del triángulo eterno. Pero, claro está, todas las historias son antiguas y del genio de un escritor depende la novedad de la versión. Y Julian Barnes, con su fascinante versatilidad, nos ofrece en los monólogos de los tres vértices del triángulo y de algunos actores secundarios, pero no menores, una versión irónica, despiadada y compasiva a un tiempo, resplandeciente y con tantas facetas como un diamante, de los usos y costumbres sociales, sexuales, verbales y amorosos de nuestros contemporáneos.

**Lectulandia**

Julian Barnes

# **Hablando del asunto**

ePub r1.0

Ultrarregistro 19.10.13

Título original: *Talking it over*  
Julian Barnes, 1991  
Traducción: Maribel de Juan  
Diseño de portada: Angel Jové

Editor digital: Ultrarregistro  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



Miente como un testigo presencial.

*Refrán ruso*

# 1. SU DE ÉL, SU DE ÉL O DE ELLA, SU DE ELLOS

**Stuart** Me llamo Stuart y lo recuerdo todo.

Stuart es mi nombre de pila. Mi nombre completo es Stuart Hughes. Mi nombre completo: no hay nada más. Ningún nombre intermedio. Hughes era el nombre de mis padres, que estuvieron veinticinco años casados. Ellos me pusieron Stuart. Al principio el nombre no me gustaba especialmente —en el colegio me llamaban cosas como Estofado y Cazuela—, pero me he acostumbrado a él. Puedo manejar mi apodo.<sup>[1]</sup>

Disculpe, no se me dan bien los chistes. Ya me lo han dicho otras veces. En cualquier caso, creo que Stuart Hughes me vale. No deseo llamarme St Jhon St John de Vere Knatchbull. Mis padres se llamaban Hughes. Mis padres murieron y ahora yo llevo su nombre. Y cuando me muera, seguiré llamándome Stuart Hughes. No hay demasiadas certezas en este gran mundo nuestro, pero ésa es una de ellas.

¿Ve adonde quiero ir a parar? Perdona, no hay ninguna razón para que lo vea. No he hecho más que empezar. Usted apenas me conoce. Empecemos de nuevo. Hola, soy Stuart Hughes, encantado de conocerle. ¿Nos damos la mano? Bien, estupendo. No, lo que estoy tratando de decir es esto: aquí todo el mundo ha cambiado su nombre. Da que pensar. Incluso es un poco inquietante.

¿Se ha fijado en que he dicho todo el mundo seguido de *su*? «Todo el mundo ha cambiado su (*their*) nombre.»<sup>[2]</sup> Lo he hecho a propósito, probablemente para irritar a Oliver. Tuvimos una pelea tremenda con Oliver. Bueno, más bien una discusión. O por lo menos un desacuerdo. Es un pedante terrible, Oliver. Es mi más viejo amigo, así que estoy autorizado a decir que es un pedante terrible. Poco después de conocerle, Gill —mi mujer, Gillian— me dijo:

—¿Sabes?, tu amigo habla como un diccionario.

Estábamos en una playa un poco más allá de Frinton, y cuando Oliver oyó el comentario de Gill nos soltó uno de sus rollos. Él los llama peroratas, pero ésa no es la clase de palabra que yo uso. No puedo reproducir su forma de hablar —tendrá que escucharle usted mismo—, pero simplemente se lanza a toda velocidad. Es lo que hizo entonces.

—¿Qué clase de diccionario soy? ¿Tengo un índice alfabético en forma de uña? ¿Soy bilingüe?

Etc., etc. Continuó así durante un rato y acabó preguntando quién iba a comprarle.

—¿Y si nadie me quiere? Inadvertido. Cubierto de polvo por arriba. Oh, no, me van a poner en una liquidación de restos, lo veo, me van a poner en una liquidación de restos.

Y se puso a dar puñetazos en la arena y a aullarles a las gaviotas —un verdadero número—, y un matrimonio anciano que estaba escuchando la radio detrás de una

duna se alarmó bastante. Gillian se rio.

El caso es que Oliver es un pedante. No sé qué pensará usted de *everyone* seguido de *their*. Probablemente no le parecerá un acierto, no hay razón para que se lo parezca. Y no recuerdo cómo surgió la cosa, pero tuvimos una discusión. Oliver, Gillian y yo. Cada uno teníamos una opinión distinta. Permítame que intente exponer los puntos de vista opuestos. Haré el acta de la reunión, como en el banco.

OLIVER dijo que las palabras como todos (*everyone*), alguien (*someone*) y nadie (*no-one*) son pronombres singulares y deben por lo tanto ir seguidos del adjetivo posesivo singular, es decir *his*.

GILLIAN dijo que no se podía hacer una afirmación general que excluye a la mitad del género humano, porque el cincuenta por ciento de las veces ese *alguien* resultaría ser una mujer. En consecuencia, por razones de lógica y justicia se debería decir *his* o *her*.

OLIVER dijo que estábamos hablando de gramática, no de política sexual.

GILLIAN dijo que cómo se podían separar las dos cosas, puesto que de dónde venía la gramática sino de los gramáticos, y casi todos los gramáticos — probablemente absolutamente todos, que ella supiera— eran hombres, así que qué se podía esperar; pero básicamente lo que estaba diciendo era cuestión de sentido común.

OLIVER puso los ojos en blanco, encendió un cigarrillo y dijo que la propia expresión *sentido común* era una contradicción de términos, y si el Hombre — momento en el cual fingió estar sumamente avergonzado y corregirse—, si el Hombre o la Mujer hubiesen confiado en el sentido común durante los últimos milenios todavía estaríamos viviendo en chozas de barro y comiendo una comida horrorosa y escuchando discos de Del Shannon.

STUART dio con la solución. Puesto que *his* era impreciso o insultante, o posiblemente ambas cosas, y *his* o *her* eran diplomáticos pero espantosamente molestos, la solución evidente era decir *their*. Stuart hizo esta sugerencia de compromiso con total confianza y le sorprendió que fuese rechazada por el resto de la asamblea.

OLIVER dijo que, por ejemplo, la frase *alguien asomó la (their) cabeza por la puerta* sonaba como si hubiera dos cuerpos y una cabeza, como un espantoso experimento científico ruso. Se refirió a la exhibición de monstruosidades que solía tener lugar en las ferias, mencionando a las mujeres barbudas, los fetos de oveja deformes y muchos otros ejemplos similares hasta que la presidencia (yo) le llamó al orden.

GILLIAN dijo que en su opinión *their* era igualmente molesto e igual de evidentemente diplomático que *his* o *her*, además ¿por qué se mostraba la junta tan quisquillosa respecto a establecer una proposición? Puesto que a las mujeres se les



había enseñado durante siglos a utilizar el adjetivo posesivo masculino cuando se referían a todo el género humano, ¿por qué no tomar medidas correctivas tardías, aunque éstas se atragantasen en unas cuantas gargantas (masculinas)?

Stuart continuó sosteniendo que *their* era mucho mejor, puesto que representaba una posición conciliadora.

La SESIÓN quedó aplazada *sine die*.

Estuve pensando en esta conversación durante bastante tiempo. He aquí a tres personas razonablemente inteligentes discutiendo los méritos de *his*, *his* o *her* y *their*. Palabras muy cortas, pero no podíamos ponernos de acuerdo. Y eso que éramos amigos. Pero no nos pusimos de acuerdo. Había algo en este asunto que me preocupaba.

¿Cómo ha salido esto a relucir? Ah, sí, aquí todo el mundo ha cambiado su nombre. Es verdad, y da que pensar, ¿no? Gillian, por ejemplo, cambió su nombre cuando se casó conmigo. Su nombre de soltera era Wyatt, pero ahora se llama Hughes. No me hago ilusiones de que estuviese ansiosa de adoptar mi nombre. Creo que era más bien que quería quitarse de encima el Wyatt. Porque, naturalmente, ése era el nombre de su padre y ella no se llevaba bien con su padre. Había dejado plantada a su madre, la cual tuvo que quedarse durante años con el nombre de alguien que la había abandonado, cosa nada agradable para Mrs Wyatt o Mme Wyatt, como la llamaban algunas personas porque era francesa de nacimiento. Sospecho que Gillian se quitaba de encima el Wyatt como una forma de romper con su padre (que ni siquiera vino a la boda, por supuesto) y de indicarle a su mamá lo que *ella* debería haber hecho hacía años. Pero Mme Wyatt no captó la indirecta, si es que la indirecta existía.

Típico de él, Oliver dijo después de la boda que Gill debería llamarse a sí misma Mrs Gillian Wyatt-o-Hughes, si es que quería ser lógica, gramatical, razonable, diplomática y molesta. Oliver era así.

Oliver. Ese no era su nombre cuando le conocí. Fuimos juntos al colegio. En el colegio se llamaba Nigel, o a veces N. O., o en ocasiones Russ, pero a Nigel Oliver Russell nunca le llamamos Oliver. Creo que ni siquiera sabíamos qué significaba la O; puede que mintiera al respecto. En cualquier caso, la cuestión es ésta. Yo no fui a la universidad, Nigel sí. Nigel se marchó para hacer su primer trimestre académico y cuando volvió ya era Oliver. Oliver Russell. Había suprimido la N, incluso del nombre impreso en su talonario.

Como ven, lo recuerdo todo. Fue a su banco y les hizo imprimir un talonario nuevo, y en lugar de firmar «N. O. Russell», firmó «Oliver Russell». Me sorprendió que le permitieran hacerlo. Pensé que tendría que cambiar su nombre por medio de un documento notarial o algo así. Le pregunté cómo lo había hecho, pero no quiso decírmelo. Sólo me dijo:

—Les amenacé con llevarme mis números rojos a otra parte.

Yo no soy tan listo como Oliver. En el colegio a veces sacaba mejores notas que él, pero eso era cuando él decidía no esforzarse. A mí se me daban mejor las matemáticas, las ciencias y las cosas prácticas —a él bastaba con enseñarle un torno en el taller para que fingiese un desmayo—, pero cuando quería ganarme, me ganaba. Bueno, no sólo a mí, a todo el mundo. Y sabía salirse con la suya. Cuando teníamos que jugar a los soldaditos en la Fuerza de Cadetes, Oliver siempre estaba exento. Puede ser verdaderamente listo cuando quiere. Y es mi más viejo amigo.

Fue mi padrino de boda. No en sentido estricto, porque la boda tuvo lugar en un juzgado y allí no hay padrinos. De hecho, también sobre eso tuvimos una discusión estúpida. Realmente estúpida; se la contaré en algún otro momento. Era un día precioso. La clase de día en que todo el mundo debería casarse. Una suave mañana de junio con el cielo azul y una ligera brisa. Éramos seis: yo, Gill, Oliver, Mme Wyatt, mi hermana (casada, separada, con el nombre cambiado. ¿Qué les decía yo?) y una tía anciana que Mme Wyatt se sacó de alguna parte en el último minuto. No me enteré de su nombre, pero apuesto a que no era el primitivo.

El juez era un hombre muy digno que actuaba con el grado adecuado de ceremoniosidad. El anillo que yo había comprado fue colocado en un cojín de terciopelo color ciruela y nos hacía guiños hasta que llegó el momento de ponerlo en el dedo de Gill. Pronuncié mis promesas en un tono un poco demasiado alto y pareció que hacían eco en los paneles de roble claro de la sala; como para compensar, Gill pronunció las suyas en un susurro que el juez y yo apenas pudimos oír. Eramos muy felices. Los testigos firmaron en el registro. El juez le tendió a Gill un papel con las frases de la boda y le dijo:

—Esto es para usted, señora Hughes, nada que ver con este joven.

Había un gran reloj municipal en la fachada del ayuntamiento. Nos hicimos algunas fotos debajo. En la primera foto del carrito pone 12.13, y llevábamos tres minutos casados. En la última del carrito pone 12.18 y llevábamos ocho minutos casados. Algunas fotos tienen ángulos disparatados porque Oliver estaba haciendo el tonto. Luego fuimos todos a un restaurante y tomamos salmón a la plancha. Hubo champán. Luego más champán. Oliver pronunció un discurso. Dijo que le hubiese gustado brindar por una dama de honor, pero como no había se conformaría con Gill. Todo el mundo se rio y aplaudió. Y luego Oliver utilizó un montón de palabras pretenciosas y cada vez que usaba una todos le abucheábamos. Estábamos en una especie de reservado y en un momento en que le dimos un abucheo especialmente fuerte por una palabra especialmente pretenciosa, un camarero se asomó para ver si estábamos llamando para pedir algo y luego se fue. Oliver terminó su discurso y se sentó y le dimos palmadas en la espalda. Yo me volví a él y le dije:

—A propósito, alguien acaba de asomar la (*their*) cabeza por la puerta.

—¿Qué querían?

—No —repetí—. Alguien acaba de asomar la (*their*) cabeza por la puerta.

—¿Estás borracho? —preguntó.

Creo que lo había olvidado. Pero yo lo recuerdo, como ve. Yo lo recuerdo todo.

**Gillian** Mire, francamente yo no creo que a nadie le importe. Realmente no lo creo. Soy una persona corriente y particular. No tengo nada que decir. Hoy en día mires donde mires hay gente que se empeña en derramarte su vida encima. Abres cualquier periódico y te gritan Entre En Mi vida. Enciendes la televisión y, en un programa sí y otro no, hay alguien hablando de él o de ella, del divorcio de él o de ella, de la ilegitimidad de él o de ella, la enfermedad, alcoholismo, drogadicción, violación sexual, quiebra, cáncer, amputación, psicoterapia. La vasectomía de él, la mastectomía de ella, la apendicectomía de él o de ella. ¿Por qué lo hacen? Miradme, escuchadme. ¿Por qué no pueden simplemente ocuparse de sus asuntos? ¿Por qué tienen que *hablar* de todo ello?

Sólo porque yo no sea propensa a confesiones no quiere decir que me olvide de las cosas. Recuerdo mi anillo de boda colocado en un grueso cojín color burdeos, Oliver hojeando la guía telefónica buscando personas con nombres absurdos, cómo me sentía yo. Pero estas cosas no son para el consumo público. Lo que yo recuerdo es asunto mío.

**Oliver** Hola, soy Oliver, Oliver Russell. ¿Un cigarrillo? No, supuse que no lo querría. ¿Le importa que fume yo? Sí, ya sé que está comprobado que es malo para mi salud, por eso me gusta. Dios, acabamos de conocernos y ya se me echa encima como un desenfrenado comedor de cacahuètes. Y además, ¿a usted qué le importa? Dentro de cincuenta años yo me habré muerto y usted será una lagartija vivaz que toma yogur con una paja, bebe agua de turbera y lleva sandalias anatómicas. Bueno, yo lo prefiero de esta manera.

¿Le cuento mi teoría? Todos vamos a tener un cáncer o una enfermedad cardíaca. Hay dos tipos humanos, básicamente, personas que reprimen sus emociones y personas que las dejan salir como un torrente, introvertidos y extrovertidos, si lo prefiere. Los introvertidos, como es bien sabido, tienden a interiorizar sus emociones, su ira y el desprecio por sí mismos, y esta interiorización, es igualmente bien sabido, produce cáncer. Los extrovertidos, por el contrario, dan rienda suelta a sus emociones alegremente, se enfurecen con el mundo, desvían el desprecio por sí mismos hacia los demás, y este esfuerzo excesivo, por un proceso lógico, causa ataques cardíacos. Es una cosa o la otra. Da la casualidad de que yo soy un extrovertido, así que si lo compenso fumando me mantendré como un ser humano perfectamente equilibrado y

sano. Ésa es mi teoría. Además, soy adicto a la nicotina, lo cual facilita el fumar.

Soy Oliver y recuerdo todas las cosas *importantes*. Lo que cuenta respecto a la memoria es esto. He observado que la mayoría de las personas de más de cuarenta años gimen como una sierra de cadena porque su memoria no es tan buena como era antes o porque no es tan buena como desearían que fuese. Francamente, no me sorprende: fíjese en la cantidad de basura que eligen almacenar. Imagínese un monstruoso contenedor abarrotado de trivialidades: recuerdos de infancia particularmente vulgares, cinco billones de resultados deportivos, caras de personas que no les gustan, argumentos de culebrones televisivos, consejos relativos a cómo quitar las manchas de vino tinto de una alfombra, el nombre de su diputado, esa clase de cosas. ¿Qué monstruosa vanidad les hace pensar que la memoria quiere estar atascada con esta clase de porquerías? Imagínese al órgano del recuerdo como un empleado de la consigna de una tediosa estación terminal que tiene que cuidar sus insignificantes posesiones hasta que usted vuelva a necesitarlas. Ahora considere lo que le piden que cuide. ¡Y por tan poco dinero! ¡Y por tan pocas gracias! No es de extrañar que la mitad del tiempo no haya nadie detrás del mostrador.

Lo que yo hago con la memoria es confiarle únicamente cosas que se enorgullezca de cuidar. Por ejemplo, nunca recuerdo los números de teléfono. Recuerdo el mío malamente, pero no me entra la angustia si tengo que sacar la agenda y buscar en ella Oliver Russell. Algunas personas —desagrables advenedizos en el reino de la mente— hablan de ejercitar la memoria, de ponerla en forma y ágil como un atleta. Bueno, todos sabemos lo que les ocurre a los atletas. Todos esos remeros espantosamente moldeados se derrumban en la madurez y los futbolistas padecen una artritis que hace crujir sus bisagras. Los desgarrones musculares se solidifican y los discos se sueldan. Contemplan una reunión de viejos deportistas y verán un anuncio de residencias geriátricas. Si no hubiesen forzado sus tendones tan ferozmente...

Así que yo soy partidario de mimar mi memoria, de darle solamente los bocados más exquisitos de la experiencia. Ese almuerzo después de la boda, por ejemplo. Tomamos un champán muy juguetón de cosecha desconocida que había elegido Stuart (¿Marca? Que me registren. *Mis en bouteille par Les Vins de l'Oubli*) y comimos *saumon sauvage grille avec son coulis de tomates maison*. Yo no lo hubiera elegido, pero nadie me consultó. No, estaba perfectamente bien, sólo un poco falto de imaginación... A Mme Wyatt, à coté de la cual estaba, pareció gustarle, o por lo menos disfrutó el salmón. Pero apartó unos cubitos translúcidos y sonrosados que rodeaban el pescado, luego se volvió a mí y me preguntó:

—¿Qué dirías que es esto exactamente?

—Tomate —pude informarle—. Sin piel, sin corazón, sin pepitas, cortado en cubitos.

—Qué curioso, Oliver, identificar aquello que le da su carácter a una fruta y luego quitárselo.

¿No le parece magnífico? Le cogí la mano y se la besé.

En cambio, me temo que no podría decirles si Stuart llevaba su traje gris oscuro o su traje gris oscurísimo para la ceremonia.

¿Ve lo que quiero decir?

Recuerdo el cielo de aquel día: nubes arremolinadas como guardas de mármol. Un poco demasiado viento y todo el mundo arreglándose el pelo al entrar en el juzgado. Una espera de diez minutos alrededor de una mesita baja en la que había tres guías telefónicas de Londres y tres ejemplares de las Páginas Amarillas. Ollie tratando de divertir a los presentes buscando profesionales relevantes como Abogados, Especialistas en Divorcios y Proveedores de Artículos de Goma. No desperté ninguna hilaridad, sin embargo. Luego entramos para enfrentarnos con un juez absolutamente oleaginoso y crepuscular. Sus hombros espolvoreados de caspa. El espectáculo resultó todo lo bien que pueden resultar esas cosas. El anillo relumbraba en su *pouffe* damasceno como un dispositivo intrauterino. Stuart vociferó sus frases como si le estuviesen juzgando en un consejo de guerra y el no enunciar perfectamente al máximo volumen le supusiera unos cuantos años más en la trena. La pobre Gillie apenas pudo vocalizar sus respuestas. Creo que estaba llorando, aunque le parecía ordinario hacerlo. Después salimos a la calle e hicimos fotografías. Pensé que Stuart tenía un aire particularmente presuntuoso. *Es mi más viejo amigo y era su boda*, pero estaba tan satisfecho consigo mismo que parecía mogadónico, así que me apropié de la cámara y anuncié que lo que el álbum de la boda necesitaba eran unas cuantas fotografías artísticas. Brinqué de acá para allá, me tumbé en el suelo, giré el objetivo cuarenta y cinco grados y me acerqué para tomar primeros planos en los que se ve cada poro, pero lo que realmente estaba haciendo, lo que buscaba, era un buen plano de *la doble barbilla de Stuart*. Y sólo tiene treinta y dos años. Bueno, puede que *doble barbilla* sea un poco injusto. Digamos una simple papada de solomillo de cerdo. Pero con un maestro detrás de la cámara se puede conseguir que parezca abultada y reluciente.

Stuart... No, espere un momento. Usted ya ha estado hablando con él, ¿no? Ha hablado con Stuart. He percibido esa pequeña vacilación cuando he mencionado el tema de su doble barbilla. ¿Me va a decir que no se ha fijado? Sí, bueno, en la oscuridad, con la luz a su espalda... Y probablemente estaba sacando el mentón para compensar. En mi opinión la gordura yugular no se notaría tanto si se dejara el pelo más largo, pero nunca le da a su áspera y ratonil pelambreira un *Lebensraum*. Y con su cara redonda y sus cordiales ojitos circulares mirándote desde detrás de esas gafas premodernas... Quiero decir, tiene un aspecto muy *amistoso*, pero habría que *trabajarlo*, ¿no le parece?

¿Cómo dice? ¿Que no llevaba gafas? Claro que las llevaba. Le conozco desde que les llegaba a la rodilla a los profesores y... Bueno, puede que se haya puesto lentillas en secreto y las estuviera probando con usted. De acuerdo, es posible, todo es posible. Puede que esté buscando una imagen más agresiva para que cuando vaya a su desagradable cubículo en la City y mire su pantallita neuróticamente parpadeante y ladre en su teléfono inalámbrico pidiendo otra *tranche* de futuros de plomo o lo que sea, parezca un pelín más macho de lo que todos sabemos que es. Pero les ha dado a ganar dinero a los ópticos —especialmente a los que tienen monturas verdaderamente anticuadas— desde que estábamos juntos en el colegio.

¿De qué se ríe ahora? Estuvimos en el colegio... Ah. Comprendo. Stuart le ha contado entre lamentos que yo me cambié el nombre, ¿no? Está obsesionado con cosas así, ¿sabe? Tiene un nombre verdaderamente aburrido —Stuart Hughes, no me diga, eso te abre una carrera de vendedor de alfombras, no hacen falta otras calificaciones que ese nombre perfecto, señor, con eso basta— y le complace responder a él durante el resto de sus días. Pero Oliver se llamaba Nigel. *Mea culpa, mea maxima culpa*. O más bien, no. Más bien, gracias, mamá. El caso es que uno no puede pasarse toda la vida llamándose *Nigel*, ¿verdad? Ni siquiera puede pasarse todo un libro llamándose Nigel. Algunos nombres sencillamente no son apropiados después de algún tiempo. Pongamos que te llamas Robin, por ejemplo. Bueno, ese nombre está bastante bien hasta la edad de nueve años, pero muy pronto tendrías que hacer algo con él, ¿no? Cambiártelo legalmente por Sansón, o Goliat, o algo así. Y con algunas *appellations* ocurre lo contrario. Como Walter, por ejemplo. No puedes llamarte Walter en un cochecito de bebé. No puedes llamarte Walter hasta que tienes unos setenta y cinco años, según mi criterio. Así que, si te van a bautizar Walter, deberían ponerte un par de nombres delante, uno para la edad del cochecito, más otro para el largo recorrido hasta convertirte en Walter. Así que podrían llamarte Robin Bartholomew Walter, por ejemplo. Bastante ridículo, en mi opinión, pero sin duda habrá a quien le guste.

Así que sustituí Nigel por Oliver, que siempre había sido mi segundo nombre. Nigel Oliver Russell, ahí está, lo pronuncio sin sonrojarme. Me marché a York para mi primer trimestre en la universidad llamándome Nigel y volví como Oliver, ¿qué tiene de sorprendente? No es más extraño que alistarse en el ejército y volver a casa con bigote en tu primer permiso. Un simple rito de paso. Pero, por alguna razón, el viejo Stuart no ha podido superarlo.

Gillian es un buen nombre. Le sienta bien a ella. Durará.

Y Oliver me sienta bien a mí, ¿no le parece? Va bien con mi pelo oscurísimo, mis besables dientes de marfil, mi esbelta cintura, mi desenvoltura y mi traje de hilo con la mancha indeleble de Pinot Noir. Va con tener números rojos y saber orientarse en el Prado. Va bien con el hecho de que *algunas personas* quisieran partirme el cráneo

de una patada. Como ese troglodita de director de banco que fui a ver al final de mi primer trimestre en la universidad. La clase de individuo que tiene una erección cuando oye que la tasa de descuento ha subido un diez por ciento. El caso es que ese troglodita, ese... Walter me hizo entrar en su despacho empanelado, calificó mi solicitud de cambiar el nombre de mis cheques de N. O. Russell por Oliver Russell como no fundamental para la política del banco para los años ochenta y me recordó que a menos que ingresara fondos para camuflar el agujero negro de mi descubierto no recibiría un talonario nuevo aunque me llamase Santa Claus. Momento en el cual me volqué en mi silla con un eficaz simulacro de adulación, luego agité el capote de mi viejo encanto delante de él durante unos minutos, y antes de que tuviese tiempo de decir *fundador*,<sup>[3]</sup> Walter estaba de rodillas rogándome que le diese la puntilla. Así que le concedí el honor de confirmar mi cambio de nombre. Parece que he extraviado a todos los amigos que un día me llamaron Nigel, exceptuando a Stuart, claro. Debería pedirle a Stuart que le contara cosas de nuestros tiempos en el colegio. Yo ciertamente nunca he insultado a mi memoria pidiéndole que almacenara toda esa basura rutinaria. Stuart, sólo por decir algo, a veces empezaba: «Adams, Aitken, Apted, Bell, Bellamy...» (Invento los nombres, como comprenderá.)

—¿Qué es eso? —decía yo—. ¿Tu nuevo mantra?

Él parecía perplejo. A lo mejor pensaba que un mantra era un modelo de coche. El Oldsmobile Mantra.

—No —respondía—. ¿No te acuerdas? Esa era la cinco A. El viejo Biff Vokins era nuestro profesor.

Pero yo no me acuerdo. No *quiero* acordarme. La memoria es un acto de voluntad, y también lo es el olvido. Creo que he borrado suficientemente la mayor parte de los primeros dieciocho años de mi vida, los he machacado hasta convertirlos en un inofensivo alimento para bebés. ¿Qué podría ser peor que verte perseguido por todo ese material? La primera bicicleta, las primeras lágrimas, el osito de peluche con una oreja arrancada. No es sólo una cuestión estética, es práctica también. Si recuerdas tu pasado demasiado bien empiezas a culparle de tu presente. Mira lo que me hicieron, ésa es la causa de que yo sea así, no es culpa mía. Permíteme que te corrija: probablemente *sí* es culpa tuya. Y haz el favor de ahorrarme los detalles.

Dicen que cuando envejeces recuerdas mejor tus primeros años. Una de las muchas trampas antitanques que nos esperan: la venganza de la senilidad. Por cierto, ¿le he contado mi Teoría de la Vida? La vida es como invadir Rusia. Un comienzo relámpago, morriones en formación, plumas danzando como en un gallinero revuelto; un período de suave avance registrado en exaltados despachos a medida que el enemigo retrocede; luego el comienzo de una larga y penosa marcha que mina la moral. Raciones que se hacen cada vez más pequeñas y pequeños copos de nieve que te dan en la cara. El enemigo incendia Moscú y tú te rindes al General Invierno,

cuyas uñas son como carámbanos. Una amarga retirada. Cosacos que te persiguen. Y finalmente caes bajo la metralla de un artillero adolescente mientras cruzas algún río polaco que ni siquiera aparece en el mapa de tu general.

Yo no quiero envejecer nunca. Ahórreme eso. ¿Tiene usted poder para ello? No, ni siquiera usted tiene ese poder, lástima. Así que coja otro cigarrillo. Ande. Oh, de acuerdo, como quiera. Cada uno a su gusto.



## 2. PRÉSTAME UNA LIBRA

**Stuart** En cierto modo es sorprendente que la *Edwardian* haya sobrevivido, pero me alegro de que así sea. También es sorprendente que haya sobrevivido el colegio, pero cuando se estaban cargando todas las escuelas de segunda enseñanza de este país y convirtiéndolas en escuelas completas y medias y en colegios de sexto grado, y juntando a todo el mundo a empujones, por alguna razón no pudieron juntar al St Edward con nadie, y nos dejaron solos. Así que el colegio continuó, y también la revista de los antiguos alumnos. Los primeros años después de salir del colegio no le presté mucha atención, pero ahora que ya hace, cuántos, unos quince años que salí, encuentro muy interesante lo que ha sucedido. Ves un nombre conocido y provoca toda clase de recuerdos. Los antiguos alumnos escriben desde distintos lugares del mundo y cuentan a qué se dedican. Dios santo, piensas, nunca hubiera pensado que Bailey acabaría estando a cargo de toda la operación en el sudeste asiático, te dices. Recuerdo cuando le preguntaron cuál era el principal cultivo de Tailandia y contestó que los transistores.

Oliver dice que no recuerda nada del colegio. Dice que —¿cuál es su frase?—, dice que puedes tirar una piedra en ese pozo y no oír nunca el ruido que hace al caer en el agua. Siempre bosteza mucho y dice ¿quién? con voz aburrida cuando le transmito noticias de la *Edwardian*, pero sospecho que le interesan. Aunque nunca aporta recuerdos propios. A lo mejor cuando está con otra gente finge que fue a un colegio más elegante. Eton, o algo así. No le creo incapaz de eso. Yo siempre he pensado que uno es lo que es y no debería fingir ser otro. Pero Oliver me corregía y me explicaba que uno es quienquiera que finja ser.

Somos muy diferentes, Oliver y yo, como habrá observado. A veces la gente se sorprende de que seamos amigos. No lo dicen exactamente, pero yo me doy cuenta. Piensan que tengo suerte de tener un amigo como Oliver. Oliver impresiona favorablemente a la gente. Habla bien, ha viajado a tierras lejanas, habla idiomas, está familiarizado con las artes —más que familiarizado— y viste ropa que no se ajusta a los contornos de su cuerpo y por lo tanto está considerada de moda entre la gente entendida. Todo lo cual tiene poco que ver conmigo. A mí no siempre se me da bien decir lo que pienso, excepto en el trabajo, claro; he estado en Europa y en los Estados Unidos, pero nunca en Nínive y en el lejano Ofir; no tengo mucho tiempo —literalmente— para las artes, aunque no estoy en *contra* de ellas en ningún sentido, entiéndame (a veces hay un concierto bonito en la radio del coche; como la mayoría de la gente, leo uno o dos libros durante las vacaciones); y no me preocupo mucho por la ropa aparte de ir bien vestido al trabajo y sentirme cómodo en casa. Pero creo que Oliver me tiene afecto por ser como soy. Y sería bastante absurdo que empezase a intentar imitarle. Oh, sí, hay otra diferencia entre nosotros: yo tengo una

considerable cantidad de dinero y Oliver no tiene prácticamente nada. Por lo menos, no lo que cualquiera que sepa de dinero llamaría dinero.

—Préstame una libra.

Eso fue lo primero que me dijo. Estábamos sentados el uno junto al otro en clase. Teníamos quince años. Llevábamos dos trimestres en el mismo curso sin hablarnos, porque teníamos amigos distintos y porque, en cualquier caso, en St Edward te sentaban de acuerdo con las notas obtenidas al final del trimestre anterior, así que no era probable que estuviésemos cerca. Pero yo debía de haber mejorado el último trimestre o quizá él había bajado, o ambas cosas, porque estábamos juntos y Nigel, como se llamaba entonces, me estaba pidiendo una libra.

—¿Para qué la quieres?

—Qué colossal impertinencia. ¿Para qué diablos quieres saberlo?

—Ningún administrador de dinero que sea prudente autorizaría un préstamo sin saber antes a qué se destina —respondí.

Me pareció una afirmación perfectamente razonable, pero por alguna razón hizo que a Nigel le entrase la risa. Biff Vokins levantó los ojos de su mesa —se suponía que estábamos en un período de estudio particular— y nos lanzó una mirada inquisitiva. Más que inquisitiva, en realidad. Ello aumentó las risas de Nigel y pasaron unos minutos hasta que pudo intentar dar una explicación.

—Lo siento, señor —dijo finalmente—. Discúlpeme. Es que Victor Hugo puede ser terriblemente divertido a veces.

Y se echó a reír a carcajadas. Me sentí responsable.

Después de la clase me dijo que quería comprarse una camisa verdaderamente buena que había visto en algún sitio. Y yo le interrogué respecto de las posibilidades de reventa del artículo con vistas a recuperar mi desembolso en caso de quiebra, cosa que le divirtió aún más; luego le expuse mis condiciones. Cinco por ciento de interés simple sobre el capital por semana, reintegro al cabo de cuatro semanas, de lo contrario el interés aumentaría al diez por ciento por semana. Me llamó usurero, palabra que yo oía por primera vez, me devolvió 1,20 libras a las cuatro semanas, presumió los fines de semana con su camisa nueva y fuimos amigos a partir de entonces. Amigos: sencillamente lo decidimos y ya está. A esa edad no se discute si vais a ser amigos o no, lo sois y punto. Es un proceso irreversible. A algunas personas les sorprendió, y recuerdo que nosotros les seguimos el juego un poco. Nigel fingía tratarme con condescendencia y yo fingía no ser lo bastante listo como para darme cuenta; él se mostraba más ostentoso de lo que realmente era y yo más aburrido; pero sabíamos lo que hacíamos y éramos amigos.

Continuamos siendo amigos aunque él fue a la universidad y yo no, aunque él se marchó a Nínive y al lejano Ofir y yo no, aunque yo entré en el banco y tenía un puesto fijo mientras él revoloteaba de un trabajo temporal en otro hasta que

finalmente acabó enseñando inglés a extranjeros en una bocacalle de Edgware Road. El sitio se llama la Shakespeare School of English y tiene en la fachada una bandera inglesa de neón que parpadea constantemente. Él dice que cogió el trabajo únicamente porque el letrero de neón siempre le alegra; pero la verdad es que realmente necesita el dinero.

Y luego apareció Gillian y ya éramos tres.

Gill y yo acordamos que no le diríamos a nadie cómo nos conocimos. Siempre decíamos que alguien de la oficina llamado Jenkins me había llevado a un bar de copas del barrio al salir del trabajo y allí nos habíamos encontrado con una antigua novia suya, y Gillian, que conocía superficialmente a esta chica, estaba con ella y nosotros nos caímos bien inmediatamente y quedamos para otro día.

—¿Jenkins? —dijo Oliver cuando le conté esta historia titubeando bastante, aunque supongo que mis nervios se debían al hecho de hablar de Gillian—. ¿Está en Arbitraje?

A Oliver le gusta fingir que sabe lo que hago y de vez en cuando suelta alguna palabreja para parecer una autoridad en el tema. Hoy en día tiendo a dejarlo correr.

—No —dije—. Era nuevo. Bueno, ahora es viejo. No duró mucho. No valía para el puesto.

Esto era verdad. Yo había elegido a Jenkins porque le habían echado recientemente y no era probable que nadie se encontrase con él.

—Bueno, por lo menos te proporcionó una *tranche de bonheur* mientras estuvo allí.

—¿Una qué? —pregunté, haciendo el papel del estúpido Stu. Él sonrió, haciendo del sofisticado Ollie.

Lo cierto es que nunca se me ha dado bien conocer gente. Algunas personas tienen una facilidad natural para ello y otras no. Yo no procedo de una de esas familias enormes en las que hay montones de primos y toda clase de gente «se deja caer» por la casa. Nadie «se dejó caer» por nuestra casa en todo el tiempo que viví en ella. Mis padres murieron cuando yo tenía veinte años, mi hermana se trasladó a Lancashire, se hizo enfermera y se casó, y ahí se acabó la familia.

Yo vivía solo en un piso pequeño en Stoke Newington, iba a trabajar, a veces me quedaba hasta tarde en la oficina, me sentía solo. No tengo lo que suele llamarse un carácter sociable. Cuando conozco a una persona que me gusta, en lugar de hablar más y demostrarle que me gusta y hacerle preguntas, me quedo mudo, como si no esperara agradarle o como si yo no fuera lo bastante interesante para ella. Y entonces —como es natural— no me encuentra lo bastante interesante. Y la siguiente vez que sucede me acuerdo de lo ocurrido anteriormente, pero en lugar de impulsarme a actuar mejor me bloqueo de nuevo. La mitad del mundo parece tener seguridad en sí mismo y la otra mitad del mundo no, y no sé cómo se consigue dar el salto de una

mitad a la otra. Para tener seguridad tienes que ser seguro de antemano: es un círculo vicioso.

El anuncio estaba encabezado: ¿JOVEN PROFESIONAL? ¿25-35? ¿TRABAJA DEMASIADO PARA QUE SU VIDA SOCIAL PUEDA DESPEGAR? Estaba muy bien hecho, el anuncio. No parecía que se tratase de un sitio para ligar donde todos se marchaban juntos de vacaciones en *topless*; tampoco insinuaba que fuese culpa tuya el no tener vida social. Era una de esas cosas que les sucedía incluso a las personas más encantadoras y lo sensato era pagar veinticinco libras y presentarse en un hotel de Londres para tomar una copa de jerez con la promesa implícita de que no sería una humillación si la cosa no daba resultado.

Pensé que tal vez nos darían tarjetas con nuestros nombres para llevarlas en la solapa, como en los congresos; pero supongo que pensaron que esto implicaría que ni siquiera éramos capaces de pronunciar nuestros propios nombres. Había una especie de anfitrión que servía el jerez y llevaba a cada recién llegado para presentarlo a los distintos grupos; aunque, como éramos bastantes, no podía recordar todos los nombres, así que nos veíamos obligados a decirlos. O puede que olvidase algunos nombres deliberadamente.

Yo estaba hablando con un hombre tartamudo que estaba haciendo un curso para ser agente inmobiliario cuando el organizador trajo a Gillian. El hecho de que ese tipo tartamudease me dio más seguridad en mí mismo. Es cruel decirlo, pero a mí me lo han hecho muchas veces en el pasado: te encuentras diciendo cosas vulgares y de repente la persona que está a tu lado se pone a decir cosas ingeniosas. Oh, sí, eso me ha sucedido muchas veces. Es una especie de primitiva ley de supervivencia: encuentra a alguien que esté peor que tú y a su lado florecerás.

Bueno, puede que «florecer» sea una exageración, pero le conté a Gillian uno o dos de los chistes de Oliver, y comentamos que nos habíamos sentido recelosos respecto a venir al grupo, y luego salió a relucir que ella era medio francesa, y yo dije algo respecto a eso, y el agente inmobiliario trató de hablar de Alemania pero no le dejamos, y, casi sin darme cuenta, me había ladeado a medias para excluir al otro tipo y estaba diciendo:

—Oye, ya sé que acabas de llegar, pero ¿no te gustaría ir a cenar algo? Bueno, quizá otra noche si hoy no estás libre.

Me asombré a mí mismo, se lo aseguro.

—¿Crees que nos permitirán marcharnos tan pronto?

—¿Por qué no?

—¿No se supone que tenemos que conocer a todo el mundo primero?

—No es obligatorio.

—De acuerdo, entonces.

Me sonrió y bajó los ojos. Era tímida y eso me gustó. Fuimos a cenar a un

restaurante italiano. Tres semanas después Oliver volvió de algún lugar exótico. Y ya éramos tres. Durante todo ese verano. Nosotros tres. Era como en esa película francesa en la que van todos juntos en bicicleta.

**Gillian** Yo no era tímida. Estaba nerviosa, pero no era tímida. No es lo mismo. Stuart sí que era tímido. Eso era absolutamente evidente desde el principio. De pie, con un vaso grande de jerez en la mano, transpirando un poco en las sienes, claramente fuera de su elemento y haciendo un penoso esfuerzo por superarlo. Por supuesto nadie se encontraba cómodo. En aquel momento pensé que era un poco como comprar gente, y no estamos entrenados para eso, no en nuestra sociedad.

Así que Stuart empezó por contar un par de chistes, que no tuvieron mucho éxito por lo nervioso que estaba y porque creo que los chistes no eran muy buenos en cualquier caso. Luego se mencionó Francia y él hizo algún comentario vulgar, algo como que siempre puedes saber que estás allí por el olor, que podría uno saberlo aunque tuviese los ojos vendados. Pero lo importante era que se estaba *esforzando*, consigo mismo tanto como conmigo, y eso es conmovedor, claro. Verdaderamente conmovedor.

Me pregunto qué habrá sido del hombre tartamudo que quería hablar de Alemania. Espero que haya encontrado a alguien.

Me pregunto qué habrá sido de Jenkins.

**Oliver** No me lo diga. Deje que lo adivine. Deje que centre mi telepatía en la afable, arrugada y un poco esteatopiga figura de mi amigo Stu. ¿Esteatopiga? Significa que tiene el trasero prominente: el *derrière* hotentote.

¿*Jules et Jim*? ¿Estoy en lo cierto? Creo que sí. Solía mencionarlo en una época. Pero sólo conmigo. Nunca con Gillian. *Jules et Jim*. Oskar Werner, el bajo rubio y — ¿me atreveré a decirlo?— posiblemente esteatopigo, Jeanne Moreau, y luego el hombre alto, moreno, elegante y guapo que sin duda tenía dientes besables (¿cómo se llamaba?). Bueno, no hay problema con el reparto, el único problema es recordar el argumento. Van todos juntos en bicicleta y cruzan puentes y *retozan*, ¿no? Eso me parecía. Pero qué típico de Stuart elegir a *Jules et Jim* —una película bastante agradable, pero no exactamente *fundamental* para el cine de posguerra— como referencia cultural. Stuart, más vale que se lo advierta de antemano, es la clase de persona que conoce el K457 de Mozart como el concierto de Elvira Madigan. Su idea preferida de la música clásica es el sonido de una orquesta de cuerda imitando pájaros, o relojes, o un trencito rural subiendo una colina. ¿No es encantadoramente vulgar?

Puede que hiciese un curso sobre cine francés como una forma de aprender a

ligar. Ése no fue nunca su *fuerte*, ¿comprende? A veces yo le echaba una mano concertando una cita doble, pero siempre acababa con las dos chicas disputándose a un servidor y Stuart mohíno en un rincón desplegando todo el carisma de una lapa. Dios mío, qué situaciones tan tristes, y me temo que nuestro Stuart tendía a acusarme.

—Deberías ayudarme más —se quejó una vez patéticamente.

—¿Ayudarte? ¿Ayudarte? Yo consigo las chicas, te las presento, hago que la noche se eleve en una parábola, y tú te limitas a quedarte sentado, mirando colérico como Hagen en *Götterdämmerung*, si me disculpas la alusión cultural.

—A veces me parece que sólo me invitas para que pague la cuenta.

—Si yo estuviese forrándome en el mercado alcista —le recordé— y tú fueses mi más viejo amigo y estuvieses sin trabajo y yo me presentase con dos chicas buenísimas como ésas, me sentiría honrado de pagar la cuenta.

—Lo siento —dijo—. Pero creo que no deberías haberles dicho que tengo seguridad con las mujeres.

—Oh, así que es *eso* lo que te está reconcomiendo. —Entonces comenzaba a entender—. El plan maestro era hacer que todo el mundo se sintiera cómodo.

—Creo que tú no quieres que tenga novia —concluyó Stuart malhumorado.

Por eso me sorprendió bastante cuando encontró a Gillian. ¿Quién lo hubiera creído? Lo que es más, ¿quién hubiera creído que se la *ligara en un bar de copas*? Imagine la escena, por favor: Gillian en el taburete de un bar con la falda de raso abierta hasta la cadera, Stuart aflojándose despreocupadamente el nudo de la corbata mientras calcula la actual salud de atleta del yen en su ordenador de pulsera, un barman que sabe sin preguntarlo que el señor Hughes-señor desea un Sercial de 1918 en la copa especial que concentra el aroma, Stuart deslizándose al taburete contiguo y emitiendo como el que no quiere la cosa el sutil almizcle de su sexualidad, Gillian pidiendo fuego, Stuart sacando del bolsillo de su traje Armani sin forma un Dunhill de carey...

Venga ya, en serio, *venga ya*. Introduzcamos algo de realidad aquí. He oído el relato con detalles temblorosos y susurrados y, francamente, no era ni más ni menos sórdido de lo que se podía esperar. Un imbécil del banco, que consiguió que le pusiesen en la calle a la semana siguiente (y hace falta ser realmente imbécil para que te echen de allí), salió una tarde con Stu para tomar un trago post-*Arbeit* en el Squires Wine Bar. Hice que Stuart me repitiese el nombre varias veces: Squires Wine Bar.

—¿Debemos entender —le interrogué— que se trata de un establecimiento propiedad de alguien que se considera a sí mismo un hacendado; o, por el contrario, que es un local al que acuden los hacendados como tú cuando desean entromparse?

Stuart se quedó pensándolo un momento.

—No te sigo.

—Entonces míralo de esta forma. ¿Dónde va el apostrofe?

—¿El apóstrofe?

—¿Es *e* apóstrofe *s* o *s* apóstrofe? Supone una diferencia notable.

—No lo sé. Creo que no tiene apóstrofe.

—Debe tenerlo, aunque sea subliminalmente.

Nos miramos fijamente durante algunos segundos. Creo que Stuart no entendió en absoluto lo que yo quería decir.<sup>[4]</sup> Parecía estar pensando que yo saboteara deliberadamente su versión con vestuario moderno de *Paul et Virginie*.

Pues allí estaban, Vinkelkopf y Stu, dominando la situación en el Squire's o Squires' Wine Bar, comoquiera que fuese, cuando entró una *vieille flamme* de Herr Vinkel, y esta Fräulein iba acompañada ni más ni menos que de la que llegaría a ser nuestra querida Gillian. El curso de los acontecimientos para el cuarteto amoroso a partir de aquí sería normalmente predecible, salvo que uno de los cuatro era Stuart, y Stuart en una cita doble se asemeja desafiantemente a una barra de pan aún envuelta. ¿Cómo salió de su crepuscular *oubliette* de invisibilidad en esa ocasión? Le planteé a él este interrogante, si bien de un modo más delicado, como comprenderá. Y adoro su respuesta.

—Nos pusimos a hablar no sé cómo. Y nos caímos bien no sé cómo.

Ah, ése es mi Stuart. ¿Oigo a Tristan? ¿A don Juan? ¿A Casanova? ¿Oigo al indeciblemente perverso Marqués? No, oigo a mi amigo y compañero Stuart Hughes. «Nos pusimos a hablar no sé cómo. Y nos caímos bien no sé cómo.»

Vaya, ya está usted mirándome de esa manera. No hace falta que lo diga. Lo sé. Piensa que soy un perdonavidas pudibundo, ¿no? Pues no es verdad. Quizá no haya captado usted el tono. Solamente hablo así porque Stuart es mi amigo, mi más viejo amigo. Yo le quiero, a Stuart. Y nuestra amistad se remonta al pasado lejano, muy, muy lejano, a los tiempos en que todavía se podían comprar discos mono, cuando los kiwis todavía no se habían inventado, cuando el representante de la Asociación Automovilística enfundado en su uniforme caqui saludaba a los automovilistas que pasaban, cuando un paquete de Gold Flake costaba un maravedí y medio y todavía te devolvían cambio para un jarro de hidromiel. Nosotros somos así, Stuart y yo. Viejos colegas. Y no subestime a mi amigo, por cierto. Es un poco lento a veces y la vieja turbina de la azotea no siempre funciona como un Lamborghini, pero llega, vaya si llega. Y a veces antes que yo.

«¿Puedes prestarme una libra?» Estábamos sentados en banquetas contiguas en aquel colegio nuestro, como se llamase (Stuart lo sabrá, pregúntele a él). Me pareció que sería lo cortés romper el hielo con aquel chico de inteligencia hasta entonces perezosa que de alguna manera había conseguido subir a un nivel temporal de proximidad escolar. Pero ¿a que no lo adivina? En lugar de soltarme obsequiosamente la pasta como hubiese hecho cualquier subordinado que se preciase al cual se le permitiera temporalmente respirar un aire superior, empezó a recitarme plazos y

condiciones. Intereses, porcentajes, dividendos, índices de precios y salarios y qué sé yo. Prácticamente me hizo firmar el ingreso en el Sistema Monetario Europeo cuando lo único que yo quería era sacarle un *moidore* de oro. ¡Luego me preguntó para qué quería el dinero! ¡Como si fuese asunto suyo! ¡Como si yo lo supiera! Solté una risita de incredulidad que hizo que el viejo geco que llevaba la clase agitase su collarín de plumas con desaprobación; le calmé con una ocurrencia graciosa y continué las negociaciones con mi nuevo, regordete y financieramente tenaz amigo. Unos meses más tarde le devolví el dinero, haciendo caso omiso de sus ridículas advertencias y trabalenguas acerca de los intereses porque eran ciertamente ininteligibles, y hemos sido compañeros y amigos desde entonces.

Tenía una novia, antes de Gillian quiero decir. Allá en los tiempos en que con un maravedí y medio, etc. Y ¿sabe una cosa? Estoy seguro de que a él no le importará que se lo diga: *No quería acostarse con ella*. Para que se entere. Nada de revolcones. Declinó la invitación a gozar de sus estrechas ingles. Cuando tan estajanovista castidad durante un período de meses finalmente le arrancó a la chica un desesperanzado gesto de afecto, él le dijo que *quería llegar a conocerla mejor*. Yo le dije que eso era lo que ella le estaba proponiendo, *dummkopf*, pero Stuart no quería saber nada del asunto. No, eso es, no quería saber nada del asunto.

Desde luego, es posible que estuviera mintiendo, supongo, pero eso hubiese supuesto para él dar un paso imaginativo. Y además tengo otras pruebas. Los investigadores científicos han establecido claramente la relación entre el sexo, interés-falta de interés en él, y la comida, interés-falta de interés en ella. (¿Lo pone usted en duda? Entonces permítame que le machaque con este detalle: una de las más importantes feromonas humanas, o hedores sexuales, se llama isobutiraldehído, la cual se encuentra en la poderosa y palpitante cadena del carbono inmediatamente contigua a... ¡el olor de los brotes de soja! Reflexione sobre eso, amigo.) Pues Stuart, como descubrirá más adelante si no lo ha descubierto ya, cree que la principal *raison d'être* de la comida es ocultar a la vista del público el horroroso dibujo del plato que hay debajo. Mientras que pocas personas —para no presumir—, pocas personas son tan rápidas en el manejo de los palillos chinos como el joven Ollie.

*Ergo*, tampoco he tenido nunca muchas dificultades en el departamento afín del comportamiento humano. La Familia se Abstiene<sup>[5]</sup> no ha sido mi lema. Puede que mi reputación como *coureur* haya castrado a Stuart. Y trabajar en la Shakespeare School of English no es precisamente un obstáculo en esa dirección. Clases particulares nocturnas en una situación de interrelación personal mano a mano. Stuart debe de haber llamado a mi piso de soltero y comprobado que contestaban al teléfono en unos quince idiomas. Pero él está bien ahora. Tiene a Gillian, ¿no?

A decir verdad, yo no tenía una novia fija en la época en que él entró en el Café des Squires y salió con Gillian. Estaba un poco alicaído, y estar alicaído siempre me



pone satírico, así que supongo que se me escaparía alguna que otra broma injusta. Pero me alegraba por él. ¿Cómo no iba a alegrarme por él? Y la primera vez que vinieron juntos a mi casa él parecía un cachorrillo. Un cachorrillo que mueve la cola y hace monerías para pedir un hueso, tanto que estuve a punto de rascarle detrás de las orejas.

Había intentado hacer que mi apartamento no tuviese un aspecto demasiado imponente. Eché despreocupadamente una cortina marroquí sobre el sofá, puse el Acto III de *Orfeo* en el plato del tocadiscos, encendí un pebete perfumado de Al Akhbar y nada más. Un efecto de *bienvenue chez Ollie*, pensé. Oh, podía haber ido más lejos, supongo —haber puesto en la pared un cartel de toros para que Stuart se sintiera como en casa—, pero uno no debe anular por completo su propia personalidad, creo yo, de lo contrario los invitados se quedan desconcertados. Encendí una Gauloise cuando sonó el timbre y me prepare para conocer a mi destino. O el destino de Stuart, según se vea.

Por los menos ella no me preguntó por qué tenía cerradas las cortinas durante el día. Mis explicaciones de esta debilidad mía se habían vuelto cada vez más barrocas últimamente: me descubría diciendo de todo, desde una rara enfermedad de la vista hasta un perpetuo homenaje al Auden de la primera época. Pero tal vez Stuart se lo había advertido.

—¿Qué tal estás? —dijo ella—. Stuart me ha hablado de ti.

Entonces hice un numerito a lo Makarova en *Romeo y Julieta*, sólo para que todo el mundo se sintiera cómodo.

—Oh, Dios mío —respondí, arrojándome sobre la tela marroquí—, no te habré revelado el secreto de mi herida de guerra, ¿verdad? Realmente, Stuart, ya sé que no todo el mundo descende del rey Zog de Albania, pero tampoco hay necesidad de contar la historia a los cuatro vientos.

Stuart le tocó el brazo —un gesto que nunca le había visto hacer con naturalidad— y masculló:

—Ya te dije que no creyeras nada de lo que dijese.

Ella asintió, y de un forma extraña me sentí de repente en minoría. Era extraño porque ellos eran solamente dos, y normalmente se necesitan muchos más para hacerme sentir en minoría.

Permítame tratar de reconstruir el aspecto que tenía ese día. No deposité una imagen precisa de su rostro y atuendo al cuidado del empleado de la consigna de la memoria: pero *creo* que llevaba una camisa de un tono intermedio entre la salvia y el ligustro, con unos vaqueros 501 grises lavados a la piedra, calcetines verdes y unas zapatillas deportivas ridículamente antiestéticas. El cabello castaño retirado de la cara y sujeto sobre las orejas caía libremente por detrás; la ausencia de maquillaje confería una palidez que ponía de relieve sus generosos ojos marrones; una boca pequeña y

una nariz graciosa situadas bastante bajas en el óvalo afilado de su cara, subrayando así la curva arrogante de su frente. Orejas prácticamente sin lóbulos, no pude por menos de notar, un rasgo genético de creciente popularidad que sin duda Darwin podría explicar.

Sí, creo que fue eso lo que me llamó la atención.

Bien, yo no soy uno de esos conservadores que mantienen que sólo se debe llegar a lo personal después de arduas circunnavegaciones. No me desví del nido como el avefría siguiendo tópicos temas del día como la agitación política en la Europa del Este, el más reciente golpe de Estado en África, las posibilidades de supervivencia de la ballena y ese hosco rizo de bajas presiones actualmente suspendido del gancho de Groenlandia. No bien hube servido a Gillian y a su hacendado una copa de Formosa Oolong, le pregunté a ella qué edad tenía, qué hacía y si sus padres vivían todavía.

Ella se lo tomó todo con buen humor, aunque Stuart parecía tan inquieto como la nariz de un conejo. Descubrí que tenía veintiocho años; sus padres (madre francesa, padre inglés) se habían separado unos años antes cuando el pater se había largado con una chavala, y trabajaba como servidora de las artes, reavivando los descoloridos pigmentos de antaño. ¿Qué? Oh, restaura cuadros.

Antes de que se marcharan no pude resistir la tentación de atraer a Gillian hacia mí y darle el rutilante consejo de que llevar los 501 con zapatillas de deporte era francamente un desastre y que me asombraba que hubiese andado por las calles hasta mi apartamento en pleno día y escapado a la picota.

—Dime —respondió ella—. Tú no...

—¿Qué? —le apremié.

—Tú no... No llevas maquillaje, ¿verdad?

### 3. AQUEL VERANO YO ESTUVE BRILLANTE

**Stuart** Por favor, no la tome con Oliver de esa manera. Se pone un poco pesado, pero básicamente es buena persona y amable. A mucha gente no le cae bien y algunos le aborrecen activamente, pero intente ver su lado bueno. No tiene novia, está prácticamente sin blanca, tiene un trabajo que detesta. Buena parte de ese sarcasmo no son más que bravatas, y si yo puedo soportar sus burlas, ¿por qué usted no? Intente darle el beneficio de la duda. Hágalo por mí. Yo soy feliz. Por favor, no me disguste.

Cuando teníamos dieciséis años fuimos juntos de albergues juveniles. Hicimos autostop hasta Escocia. Yo trataba de parar todos los vehículos que pasaban, pero Oliver sólo sacaba el pulgar cuando eran coches en los que realmente le apetecía viajar, y a veces incluso les ponía mala cara a los conductores cuyos coches no le gustaban. Así que no tuvimos mucho éxito con el autostop. Pero llegamos allí. Llovía casi siempre y cuando nos echaban del albergue durante el día paseábamos y nos sentábamos debajo de las marquesinas de las paradas de autobús. Los dos llevábamos anoraks, pero Oliver nunca se subía la capucha porque decía que le hacía parecer un monje y no quería respaldar el cristianismo. Así que se mojaba más que yo.

Una vez pasamos todo el día —en algún lugar cerca de Pitlochry, creo— en una cabina telefónica jugando a los barcos. Es ese juego en el que haces una rejilla en un papel cuadriculado y cada jugador tiene un acorazado (cuatro cuadrados), dos cruceros (tres cuadrados), tres destructores (dos cuadrados) y así sucesivamente; luego tienes que hundir la flota de tu oponente. Jugamos partida tras partida. Uno de los dos tenía que sentarse en el suelo de la cabina mientras que el otro estaba de pie apoyado en el estante donde abres las guías. Yo pasé la mañana sentado en el suelo y la tarde de pie contra el estante. Para almorzar tomamos tortas de avena que habíamos comprado en la tienda del pueblo. Jugamos a los barcos todo el día, y nadie quiso utilizar el teléfono. No recuerdo quién ganó. A media tarde el tiempo mejoró y volvimos al albergue. Yo me bajé la capucha y tenía el pelo seco; el de Oliver estaba todavía empapado. Salió el sol y Oliver entrelazó el brazo con el mío. Pasamos delante de una señora que estaba en su jardín. Oliver le hizo una inclinación de cabeza y le dijo:

—Mire, señora, el monje seco y el pecador mojado.

Ella se quedó desconcertada y nosotros seguimos nuestro camino llevando el paso, cogidos del brazo.

Llevé a Gillian a ver a Oliver pocas semanas después de conocernos. Primero tuve que explicarle un poco cómo era, porque conociéndome a mí uno no necesariamente podría suponer cómo sería mi mejor amigo, y Oliver puede caer como una piedra. Le dije que tenía varios hábitos y gustos ligeramente excéntricos,

pero que si los pasabas por alto llegabas rápidamente al verdadero Oliver. Le dije que probablemente tendría las cortinas cerradas y que el apartamento olería a pebete perfumado, pero que si ella actuaba como si no hubiera nada fuera de lo corriente, todo saldría bien. Bueno, ella actuó como si no hubiese nada fuera de lo corriente, y yo empecé a sospechar que Oliver estaba un poco decepcionado. En última instancia, a Oliver le gusta armar un poco de revuelo. Le gusta que haya alguna reacción.

—Tu amigo no era tan raro como me lo habías pintado —dijo Gillian cuando salimos.

—Estupendo.

No le expliqué que Oliver se había portado mucho mejor que de costumbre.

—Me cae bien. Es gracioso. Es bastante guapo. ¿Lleva maquillaje?

—No, que yo sepa.

—Sería la luz —dijo ella.

Más tarde, mientras tomábamos una cena india —yo iba por mi segunda cerveza—, algo, no sé qué, se apoderó de mí. Sentí que podía hacerle preguntas, que a ella no le importaría.

—¿Llevas *tú* maquillaje?

Habíamos estado hablando de otra cosa y lo dije de repente, pero en mi cabeza era como si acabásemos de hablar de Oliver, y la forma en que ella contestó, como si también pensase que acabábamos de hablar de Oliver y que no se había producido ninguna interrupción en la conversación a pesar de que habíamos pasado por muchos temas diferentes mientras tanto, me puso muy alegre.

—No. ¿Es que no ves la diferencia?

—No se me da muy bien ver la diferencia.

Ella tenía delante un *tikka* de pollo a medio comer y un vaso de vino blanco a medio beber. Entre nosotros había una gruesa vela roja, cuya llama estaba empezando a ahogarse en un charco de cera, y una violeta africana de plástico. A la luz de esa vela miré la cara de Gillian, verdaderamente, por primera vez. Ella... Bueno, usted ya la ha visto, ¿no? ¿Se ha fijado en esa diminuta mancha de pecas que tiene en la mejilla izquierda? ¿Sí? El caso es que aquella noche llevaba el pelo levantado a los lados y sujeto con dos broches de Carey, sus ojos parecían oscurísimos, y yo no podía recobrar me de la impresión. La miraba y la miraba mientras la vela luchaba con la cera y arrojaba una luz parpadeante sobre su cara, y yo no podía recobrar me de la impresión.

—Yo tampoco —dije finalmente.

—¿Tampoco qué?

Esta vez no había cogido el hilo inmediatamente.

—Llevo maquillaje.

—Estupendo. ¿Te importa que lleve zapatillas de deporte con un 501?

—Puedes llevar absolutamente lo que te dé la gana por lo que a mí respecta.

—Esa es una afirmación temeraria.

—Me siento temerario.

Más tarde la llevé en el coche al piso que compartía con alguien y me quedé apoyado en una barandilla herrumbrosa mientras ella buscaba su llave. Luego me dejó besarla. La besé suavemente, luego la miré, luego la besé suavemente otra vez.

—Si no llevas maquillaje —susurró—, no puede quitarse.

La abracé. La rodeé con mis brazos y la abracé, pero no la besé otra vez porque pensé que tal vez me echaría a llorar. Luego la abracé de nuevo y la empujé para que entrase porque pensé que si aquello duraba más tiempo ciertamente me echaría a llorar. Me quedé solo delante de la puerta, apretando los párpados, inhalando, exhalando.

Intercambiamos historias familiares. Mi padre había muerto de un ataque al corazón unos años antes. Mi madre parecía llevarlo bien; de hecho, parecía casi eufórica. Luego se le declaró un cáncer, por todas partes.

La madre de Gillian era francesa, es francesa, quiero decir. Su padre era un maestro que se fue a Lyon durante un año como parte de los estudios y volvió acompañado por Mme Wyatt. Gillian tenía trece años cuando su padre se largó con una de sus alumnas que había dejado la escuela un año antes. Él tenía cuarenta y dos, ella diecisiete. Hubo rumores de que habían estado liados mientras ella estaba en su clase, cuando tendría quince años; hubo rumores de que la chica estaba embarazada. Hubiese sido un escándalo terrible si hubiese habido alguien presente que diese pie al escándalo. Pero sencillamente se marcharon, desaparecieron. Debió de ser espantoso para Mme Wyatt. Como tener un marido que se muere y te deja por otra mujer todo al mismo tiempo.

—¿Te afectó mucho?

Gillian me miró como si fuese una pregunta bastante estúpida.

—Me dolió. Sobrevivimos.

—Pero trece años... No sé, es una mala edad para que te abandonen.

—Dos es una mala edad —dijo ella—. Cinco es una mala edad. Diez es una mala edad. Quince es una mala edad.

—Sólo quería decir que, por artículos que he leído...

—Los cuarenta no sería demasiado malo —dijo ella en un tono de voz animado, casi duro, que no le había oído antes—. Si no se hubiese largado hasta que yo tuviese cuarenta creo que habría sido mejor. Quizá deberían hacer que ésa fuese la norma.

Pensé: no quiero que vuelva a ocurrirte nunca nada semejante. Nos quedamos callados, cogidos de las manos. De dos padres y dos madres sólo uno entre nosotros. Dos muertos, uno desaparecido.

—Me gustaría que la vida fuera como la banca —dije—. No quiero decir que sea

sencilla. Hay partes que son increíblemente complicadas. Pero puedes comprenderlas al final, si te esfuerzas lo suficiente. O hay alguien en alguna parte que lo entiende, aunque sólo sea a posteriori, cuando es demasiado tarde. El problema de la vida, me parece a mí, es que incluso cuando es demasiado tarde sigues sin entenderlo. —Me di cuenta de que ella me estaba mirando atentamente—. Perdona que me haya puesto melancólico.

—Se te permite ponerte melancólico. Siempre que estés alegre la mayor parte del tiempo.

—De acuerdo.

*Estuvimos* alegres ese verano. Tener a Oliver con nosotros ayudó. Estoy seguro de ello. La Shakespeare School of English había apagado su letrero de neón durante un par de meses y Oliver no tenía planes. Fingía que no era así, pero yo me daba cuenta. Salimos mucho juntos. Bebíamos en pubs, jugábamos en las máquinas tragaperras, íbamos a bailar, al cine, hacíamos tonterías impulsivamente si nos apetecía. Gillian y yo nos estábamos enamorando y se podría pensar que queríamos estar solos todo el tiempo, mirándonos a los ojos y haciendo manitas y yéndonos a la cama. Bueno, por supuesto, hacíamos todo eso, pero también salíamos con Oliver. No era lo que usted podría pensar; no queríamos un testigo, no queríamos alardear de que estábamos enamorados, simplemente estábamos a gusto con él.

Fuimos a la costa. Fuimos a una playa al norte de Frinton y tomamos helados y alquilamos tumbonas y Oliver nos hizo escribir nuestros nombres en letras grandes sobre la arena y fotografiarnos de pie al lado de ellos. Luego observamos cómo las olas borraban los nombres al subir la marea y nos sentimos tristes. Gimoteamos y lloriqueamos un poco como niños, y lo estábamos fingiendo, pero fingíamos porque en el fondo nos sentíamos tristes de verdad al ver que nuestros nombres se borraban. Luego Gillian dijo eso de que Oliver hablaba como un diccionario, y él hizo su escena de la playa y todos nos reímos.

Además, Oliver estaba diferente. Normalmente cuando él y yo estábamos con chicas, él se mostraba muy competitivo, aun sin proponérselo. Pero supongo que entonces no tenía nada que ganar, nada que perder, y eso hacía que todo fuese más fácil. Algo dentro de los tres nos decía que aquello era la excepción, que aquél era el primer y último verano, porque no habría otra época en la que Gillian y yo nos estuviéramos enamorando, en oposición a estar simplemente enamorados o lo que fuese. Era único, aquel verano; todos lo intuíamos.

**Gillian** Empecé a hacer unos cursos para ser asistente social cuando salí de la universidad. No duré mucho. Pero recuerdo algo que una consejera nos dijo en uno de los cursos. Dijo:

—Debéis recordar que toda situación es única y al mismo tiempo toda situación

es corriente.

Lo malo de hablar de uno mismo como lo está haciendo Stuart es que hace que la gente llegue a conclusiones precipitadas. Por ejemplo, cuando la gente se entera de que mi padre se escapó con una colegiala, invariablemente me mira de un modo especial que significa una de estas dos cosas, si no las dos. La primera es: si tu padre se escapó con alguien que tenía solamente dos o tres años más que tú, probablemente eso quiere decir que *en realidad* quería escaparse *contigo*. Y la segunda: es un hecho bien sabido que las chicas cuyos padres se escapan intentan frecuentemente compensarlo teniendo aventuras amorosas con hombres mayores. ¿Es eso a lo que te dedicas tú?

A lo cual yo respondería, primero, que la testigo no está ante un tribunal y que no ha sido interrogada al respecto, y segundo, que sólo porque algo sea «un hecho bien conocido» no tiene por qué ser un hecho bien conocido en lo que se refiere a mí. Toda situación es corriente y toda situación es al mismo tiempo única. Puedes darle la vuelta a la frase si lo prefieres.

No sé por qué están haciendo esto, Stuart y Oliver. Debe de ser otro de sus juegos. Como cuando Stuart finge que no ha oído hablar de Picasso y Oliver dice que no entiende ninguna maquinaria inventada después de la hiladora de varios usos. Pero éste no es un juego al que yo desee jugar, muchas gracias. Los juegos son para los niños, y a veces pienso que yo perdí mi niñez muy pronto.

Lo único que diría es que no estoy completamente de acuerdo con la descripción que Stuart ha hecho de aquel verano con Oliver. Sí, pasamos mucho tiempo los dos solos, empezamos a acostarnos y todo eso, y sí, fuimos lo bastante sensatos como para saber que incluso cuando te estás enamorando no se debe vivir enteramente dedicado el uno al otro. Pero esto no significaba necesariamente, desde mi punto de vista, que tuviésemos que salir con Oliver. Por supuesto me caía bien —no es posible que Oliver no te caiga bien una vez que lo conoces—, pero tenía tendencia a monopolizar las situaciones. Casi nos decía lo que debíamos hacer. No me estoy quejando realmente. Sólo estoy haciendo una pequeña corrección.

Eso es lo malo de hablar del asunto de esta manera. A la persona de quien se habla nunca le parece totalmente cierto.

Conocí a Stuart. Me enamoré. Me casé. ¿Dónde está la historia?

**Oliver** Yo estuve brillante aquel verano. ¿Por qué insistimos en decir «aquel verano»? Fue solamente el verano pasado, después de todo. Supongo que es porque fue como una nota perfectamente sostenida, un color exacto y translúcido. Así es como aparece en el recuerdo; y cada uno de nosotros lo aprehendimos subcutáneamente en su momento. *Il me semble*. Encima de lo cual, yo estuve brillante.

Las cosas estaban un pelín siniestras en la Shakespeare School antes de que cerrase sus puertas para las vacaciones. Se había colado cierta crepuscularidad de espíritu, debida a un malentendido con el que no quise molestar al eufórico hacendado y a su dama; no era justo, en su estado de ánimo, pensé. Pero había descubierto uno de los problemas, uno de los profundamente arraigados defectos de mis estudiantes extranjeras: no hablaban el inglés muy bien. Ésa era la causa. Quiero decir, allí estaba ella asintiendo y sonriéndome, y Ollie, el pobre estúpido, el lerdo Ollie, llegaba a la precipitada conclusión de que estos tics de conducta eran indicadores fiables de una atracción correspondida. Lo cual, no muy sorprendentemente en mi opinión, llevaba a un malentendido del cual, si bien lamentable finalmente, estaba ciertamente libre de culpa el desventurado instructor. Y la idea de que yo me resistía a su deseo de largarse de mi apartamento, de que no me conmovía cuando ella se echaba a llorar —¿cómo podría yo, un *aficionado*<sup>[6]</sup> a la ópera, dejar de responder a lo lacrimoso?—, es una ridícula exageración. El director de la escuela, un espantoso pedazo de lava de un volcán extinguido largo tiempo atrás, llegó a insistir en que renunciase a la enseñanza doméstica, permitiendo con una sonrisita boba que la lóbrega expresión *acoso sexual* flotara en el aire entre nosotros, e indicó que durante el descanso estival tal vez reconsideraría los términos y condiciones de mi contrato laboral. Le respondí que por lo que a mí se refería los términos y condiciones de su contrato laboral estarían mejor empleados como implante rectal preferiblemente sin las ventajas de la anestesia, lo cual le impulsó a sugerir que tal vez todo el asunto debería ponerse en manos de la florida autoridad de la judicatura de Su Majestad, vía la obtusa policía, o como mínimo de algún tribunal insignificante investido con el derecho a ocuparse de los *contretemps* entre amo y criado. Le respondí que por supuesto tales decisiones eran enteramente prerrogativa suya, y luego caí en un estado de ánimo meditabundo y traté de recordar algo que Rosa me había preguntado la semana anterior acerca de las costumbres sociales inglesas. ¿Era normal, me había preguntado ella, que los caballeros de edad que estaban realizando una investigación respecto a tus progresos escolares te indicaran dónde debías sentarte para la entrevista poniendo la mano en el cojín del sofá y cuando te sentabas, se olvidasen de retirar la mano? Puse en conocimiento del director la esencia de mi respuesta a Rosa: le había explicado que era menos una cuestión de modales que de fisiología, y que la extrema decrepitud y senectud producían a menudo la atrofia de los músculos bíceps y tríceps, lo cual a su vez llevaba a un fallo en la cadena de órdenes del cuartel general del cerebro al dedo. Sólo más tarde, le dije al entonces algo tembloroso director, sólo más tarde, cuando Rosa ya se había ido, me vino a la mente que una o dos chicas me habían hecho la misma pregunta en los últimos doce meses. No podía recordar exactamente su identidad, pero si las que estaban actualmente *in statu pupillare* fuesen reunidas en un



ambiente *decontracté* —algo como, digamos, una identificación policial—, estaba seguro de que todo el asunto podría discutirse como un apéndice a su clase semanal «Gran Bretaña en la década de los ochenta». Para entonces el director se había puesto casi tan fluorescente como el letrero de neón de la fachada de su academia, y nos miramos con un espíritu absolutamente exento de camaradería. Pensé que tal vez había perdido mi puesto, pero no estaba seguro. Mi alfil se había comido su reina; su alfil se había comido la mía. ¿Iba a ser tablas o una destrucción mutua?

Todo ello ha de ser tenido en cuenta al valorar mi brillantez de aquel verano. Como digo, no molesté a Stu y Gillie con mi hipo profesional: una preocupación compartida no es, según mi experiencia, una preocupación partida en dos, sino más bien una preocupación difundida por el potente sistema de megafonía del chismorreó. Eh, vosotros, ¿desea alguien evacuar desde una gran altura sobre el atribulado Ollie?

Pensándolo ahora, puede que fuera beneficioso que yo estuviera un poco deprimido. El hecho de que ellos me reservaran una butaca de primera fila en el gran espectáculo de su felicidad ciertamente me ayudó a ahogar las penas. ¿Y acaso había una forma más práctica de recompensarles que asegurarme de que su pequeña semilla de *bonheur* tuviese tiempo de germinar y echar raíces, de brotar y florecer? Con mi presencia danzarina mantuve alejadas las plagas. Fui para ellos un spray para el pulgón, un polvo contra los gatos, una píldora contra las babosas.

Hacer de Cupido, decido informarle, no es simplemente una cuestión de revolotear por Arcadia y sentir que tu colita palpita cuando los amantes se besan finalmente. Tiene que ver con horarios de trenes y planos callejeros, con horarios de cines y menús, con dinero y organización. Has de ser a la vez desenvuelto animador y flexible psiquiatra. Se requiere la binaria habilidad de estar ausente cuando estás presente y presente cuando estás ausente. No me diga nunca que el alcahuete de Amor con sus mejillas llenas de hoyuelos no se gana sus *pesetas*.<sup>[7]</sup>

Le contaré una pequeña teoría que tengo. Ya sabe que el padre de Gillian ahuecó el ala con una nereida cuando su hija tenía apenas diez, o doce, o quince años, los que sean, a lo que falsamente se denomina «una edad impresionable», como si no pudieran definirse así todas las edades. Bien, he oído decir en las sofocantes guaridas del freudianismo que la cicatriz psicológica infligida por este acto de deserción parental frecuentemente induce a la hija, cuando alcanza la edad adecuada, a iniciar la búsqueda de un amante, a buscar un sustituto para el arquetipo desaparecido. En otras palabras, follan con hombres mayores. Esto, de hecho, siempre me ha parecido una conducta que roza con lo patológico. Para empezar, ¿ha mirado usted alguna vez a los viejos, a la clase de viejos que seduce a las mujeres jóvenes? Los andares achulados, el bronceado follame, los refulgentes gemelos de camisa, el tufo a tintorería. Hacen chasquear los dedos como si el mundo fuera su camarero. Exigen, esperan..., es repugnante. Perdone, les tengo verdadera manía. La idea de unas manos con manchas

de vejez aferradas a firmes senos juveniles... Uff, ¡llévenme al vomitorio, *pronto!* Y el otro aspecto que se halla más allá del arrecife de mi comprensión es: si tu papá te ha abandonado, ¿por qué reaccionar yéndote a la cama con sustitutos de papá, regalándole la *fleur de l'âge* a una hilera de viejos tocones? Ajá, responden los libros de texto, no has entendido la cuestión: lo que la chica está haciendo es buscar una restitución de la seguridad que le fue brutalmente arrebatada; está buscando un padre que *no* la abandone. Muy natural, pero *mi* razonamiento es éste: si te muerde un perro vagabundo y la herida se te infecta, ¿parece un comportamiento sensato continuar jugando con perros vagabundos? Yo diría, todo sumado, que no. Cómprate un gato, ten un periquito australiano, pero no juegues con perros vagabundos. Sin embargo, ¿qué hace la chica? Juega con perros vagabundos. Éste es, he de admitirlo, un oscuro comportamiento de la psique femenina que aún no ha sido tratado con el limpiahornos de la Razón. Además de lo cual, lo encuentro repugnante.

¿Cómo, se preguntará usted, se aplica esta teoría mía al caso en cuestión? Concedido, mi esteatopigo amigo no es de la misma edad que el Lotario de cabellos plateados anteriormente mencionado que se alejó a la puesta del sol con un delicioso caramelo menor de edad atado a la baca de su coche, es decir, el papá de Gillie. Pero, contemplando a Stuart, uno se ve obligado a concluir que, si bien en realidad no es *d'un certain age*, es casi como si lo fuera. Consideremos los hechos. Es propietario de dos trajes gris oscuro y dos trajes gris oscurísimo. Está empleado en lo que sea que haga para un banco cuyos solícitos *dirigeants* llevan calzoncillos de rayitas finas y se ocuparán de él hasta que se retire. Contribuye al fondo de pensiones y tiene un seguro de vida. Tiene la mitad de una hipoteca a veinticinco años, más un préstamo elevado. Es modesto en sus apetitos y (por decirlo muy delicadamente) más bien atenuado en su sexualidad. Lo único que le impide ser bien recibido en la gran masonería de los cincuentones es que casualmente tiene treinta y dos años. Y esto es lo que Gillian intuye, esto es lo que sabe que necesita. La pirotecnia bohemia no es lo que el matrimonio con Stu promete. Gillian se ha unido al vejestorio más joven que ha podido encontrar.

Pero ¿hubiese sido justo señalarles todo esto mientras se morreaban en alguna *plage* inglesa suponiendo que yo no me daba cuenta? Los amigos no están para eso. Y además, yo me alegraba por Stuart, cuyo *derrière*, voluminoso y colgante como era, no había pasado mucha parte de su existencia en la *beurre*. Se aferraba a la mano de Gillian con alarmante gratitud, como si anteriormente las chicas siempre le hubiesen insistido en que llevase guantes acolchados. Parecía haber perdido un poco de su torpeza cuando estaba al lado de ella. Incluso bailaba mejor. Quiero decir, Stu nunca conseguía algo más que una especie de confusos saltitos, pero aquel verano puso cierta descuidada vivacidad en el asunto del bailoteo. En cuanto a mí, en aquellas ocasiones en que Gillian embellecía mi carnet de baile, me contenía,

evitando generosamente provocar comparaciones desalentadoras. ¿Fui incluso, a veces, atípicamente patoso, mientras bailaba una giga? Tal vez. Que lo decida cada uno por sí mismo.

Así que allí estábamos, aquel verano. Las penas no estaban en el orden del día. En Frinton jugamos en las máquinas durante dos ruidosas horas y nunca logramos sacar tres frutas en fila, pero ¿acaso nos quejamos? Recuerdo, sin embargo, un momento de lacerante tristeza. Estábamos en una playa y alguien —probablemente yo en mi papel de animador— sugirió que grabásemos nuestros nombres en letras grandes en la arena. Luego uno de nosotros subiría al paseo y fotografiaría la inscripción con el grabador. Un tópico en los tiempos de Beowulf, lo sé, pero uno no puede estar siempre inventándose juegos nuevos. Cuando llegó mi turno de pasar a la posteridad, Gillian subió al paseo con Stuart. Probablemente él necesitaba ayuda con la cámara automática. Era a media tarde, un viento del este venía cruzando vanidosamente el mar del Norte, el sol estaba perdiendo su calor y la mayoría de la gente se había ido a casa. Me quedé solo en la playa al lado de las perfectas cursivas de *Oliver* (los otros habían hecho mayúsculas, por supuesto) y levanté la cabeza hacia la cámara, y Stuart gritó «¡Queso!»<sup>[8]</sup> y Gillian gritó «¡Gorgonzola!» y Stu gritó «¡Camembert!» y Gillian gritó «¡Dolcelate!» y de repente me entró una llorera. Estaba allí de pie, mirando hacia arriba y llorando a lágrima viva. Luego el sol entró en mis lágrimas y no pude ver nada, sólo una agüilla coloreada cegadora. Sentí que podría llorar eternamente, y entonces Stu gritó «¡Wensleydale!» y yo aullé un poco más, como un chacal, como un patético perro vagabundo. Luego me senté en la arena y pateé la *r* de *Oliver* hasta que ellos vinieron y me rescataron.

Poco después yo estaba alegre otra vez y ellos también estaban alegres. Cuando la gente se enamora desarrolla una repentina resistencia, ¿no lo ha notado? No es sólo que nada pueda herirles (*esa* vieja y dulce ilusión) sino que nada puede herir a nadie a quien ellos quieren. ¿*Frère* Ollie? ¿Una llantina en la playa? ¿Que se derrumbó mientras sus amigos le hacían una foto? No, eso no es nada, que no vengan los hombres de las batas blancas, que se vaya la ambulancia acolchada, nosotros tenemos nuestro botiquín de primeros auxilios. Se llama amor. Viene en toda clase de envases y presentaciones. Es una venda, es un esparadrapo, es gasa, es crema. Mira, incluso viene como spray anestésico. Vamos a ponerle un poco a Ollie. Ves, se ha caído y se ha hecho una brecha en la coronilla. Spray, spray, ea, ya está mejor. Ollie, levántate.

Y sí. Me levanté y estaba alegre de nuevo. El alegre Ollie, le hemos curado, eso es lo que puede hacer el amor. ¿Quieres otro lingotazo, Ollie? ¿Un último trago estimulante?

Esa noche me llevaron a casa en el coche repulsivamente cotidiano de Gillian. Decididamente no un Lagonda. Me apeé y ellos se apearon también. Besé levemente a Gillie en la mejilla y le revolví la pelambreira a Stuart, que me estaba sonriendo con

preocupación. Así que subí los escalones de la entrada como un Nureyev y me deslicé por la puerta con un solo movimiento de Yale y Chubb. Luego me tumbé en mi comprensiva cama y me eché a llorar.

## 4. AHORA

**Stuart** Es ahora. Es hoy. Nos casamos el mes pasado. Amo a Gillian. Soy feliz, sí, soy feliz. Al fin me salió bien. Es *ahora*, ahora.

**Gillian** Me casé. Una parte de mí pensaba que nunca llegaría a hacerlo, una parte de mí lo desaprobaba, otra parte de mí estaba un poco asustada, a decir verdad. Pero me enamoré, y Stuart es una buena persona, una persona amable, y me quiere. Ahora estoy casada.

**Oliver** Oh, mierda. Oh, mierda, mierda, mierda, mierda, MIERDA. Estoy enamorado de Gillie, acabo de darme cuenta. Estoy enamorado de Gillie. Estoy asombrado, estoy aterrorizado, estoy superacojonado. El cerebelo no me funciona de puro miedo. ¿Qué va a pasar ahora?

## 5. TODO EMPIEZA AQUÍ

**Stuart** Todo empieza aquí. Eso es lo que no cesaba de repetirme. Todo empieza aquí.

Yo era solamente del montón en mi colegio. Nunca me animaron a pensar que debería aspirar a la universidad. Hice un curso por correspondencia de economía y derecho mercantil, luego me aceptaron en el banco como aprendiz. Trabajo en el departamento de moneda extranjera. Prefiero no mencionar el nombre del banco, por si les molesta. Pero usted habrá oído hablar de él. Me han dejado muy claro que nunca seré un pájaro de altos vuelos, pero todas las compañías necesitan algunas personas que no sean de altos vuelos, y a mí no me importa. Mis padres eran el tipo de padres que siempre parecen levemente decepcionados hagas lo que hagas, como si estuvieras constantemente defraudándoles en pequeñas cosas. Creo que ésa es la razón de que mi hermana se marchase al norte. Por otra parte, yo comprendía el punto de vista de mis padres. Yo era *realmente* un poco decepcionante. Era un poco decepcionante para mí mismo. Ya he intentado explicar antes que no era capaz de relajarme con la gente que me agradaba, que no era capaz de hacerles ver qué virtudes tenía. Ahora que lo pienso, la mayor parte de mi vida fue así. No podía conseguir que otras personas viesan para qué servía yo. Pero luego apareció Gillian y todo empieza aquí.

Supongo que Oliver le ha dado la impresión de que yo era virgen cuando me casé. Sin duda ha utilizado un lenguaje selecto para expresar esta hipótesis suya. Bueno, me gustaría que usted supiera que no es verdad. Yo no le cuento todo a Oliver. Apuesto a que usted tampoco le contaría todo a Oliver. Cuando está alegre se deja llevar por su lengua, y cuando está deprimido puede ser cruel. Así que es de sentido común no permitirle entrar en todas las áreas de tu vida. Salimos muy de cuando en cuando en dobles parejas, pero estas ocasiones fueron, sin excepción, un completo desastre. Para empezar, Oliver siempre aportaba las chicas y yo siempre aportaba el dinero, aunque naturalmente tenía que darle su mitad de antemano para que las chicas no supieran quién pagaba realmente. Una vez incluso me hizo entregarle *todo* el dinero de antemano, de modo que pareciese que era él quien invitaba a todos. Luego llegábamos a un restaurante y Oliver se ponía dictatorial.

—No, no puedes tomar *eso* de segundo. Tienes setas con bechamel de primero.

O hinojo y Pernod. O lo que fuera con lo que fuera. ¿No ha pensado alguna vez que el mundo se está interesando *demasiado* por la comida? Quiero decir, sale por el otro extremo poco después. No puedes almacenarla, no por mucho tiempo. No es como el dinero.

—Pero es que a mí me gustan las setas con bechamel.

—Entonces toma eso de segundo plato y las berenjenas de primero.

—No me gustan las berenjenas.

—¿Has oído eso, Stu? Le repelen las satinadas berenjenas. Bueno, trataremos de convertirte esta noche.

Y así sucesivamente. Luego venía la historia del vino con el camarero. A veces yo me marchaba a hacer pis en ese momento. Oliver comenzaba por dirigirse a la mesa:

—¿Os parecería que ensayásemos un Hunter River Chardonnay *ce soir*?

Y después de obtener teóricamente nuestro acuerdo empezaba a torturar al pobre camarero.

—¿Nos aconsejaría el reserva especial? ¿Diría usted que lleva suficiente tiempo embotellado? Me gustan los Chardonnays con cuerpo y mantecosos, pero no con demasiado cuerpo ni demasiado mantecosos, entiéndame. ¿Y éste sabe mucho a roble? Encuentro que los coloniales tienden a ser excesivamente partidarios del uso del roble, ¿no cree?

Generalmente el camarero le seguía la corriente, intuyendo que Oliver era uno de esos clientes que, a pesar de todas sus preguntas, en realidad no quería ningún consejo y sólo era cuestión de recoger lentamente el sedal como cuando se pesca un pez. Por fin hacía el pedido, pero no acababan ahí mis preocupaciones. Era preciso ver a Oliver aprobar el vino que él mismo había elegido. En una ocasión esto supuso muchos enjuagues y gargarismos y ojos medio cerrados y largos segundos de mística contemplación. Luego leyó en alguna parte un artículo que decía que el propósito de probar un vino antes de que se sirva no era ver si te gusta, sino asegurarte de que no estaba avinagrado. Si no te gustaba el sabor, mala suerte, puesto que lo habías elegido tú mismo. Lo que había que hacer —si eras refinado— era únicamente hacer girar el vino en la copa y olfatearlo, lo cual te permitiría saber si estaba pasado o no. Así que esto era lo que Ollie se dedicaba a hacer, reduciendo su representación a una serie de ruidosas inhalaciones seguidas de un breve asentimiento de cabeza. A veces, si creía que una de las chicas no sabía lo que estaba haciendo, se metía en largas explicaciones de por qué no había probado el líquido.

Debo decir que Oliver y yo bebimos algunos vinos bastante asquerosos aquellas veces que salimos juntos. No me sorprendería que algunas de las botellas *estuviesen* avinagradas.

Pero ¿qué importa eso ahora? Igualmente, ¿qué importa que yo fuese o no virgen cuando conocí a Gillian? No lo era, como digo, aunque no me engaño pensando que esta área de mi vida que le ocultaba a Oliver fuese la historia de un triunfo tras otro. Era del montón, supongo, aunque a saber qué significa del montón en este contexto. A veces era sumamente agradable, a veces era un poco tenso, y a veces tenía que recordarme a mí mismo que no debía ponerme a pensar en otras cosas a la mitad. Del montón, como ve. Pero luego apareció Gillian, y todo empieza aquí. Ahora.

Me encanta esa palabra. Ahora. Es *ahora*, ahora; ya no es *entonces*. *Entonces* ya

ha pasado. No importa que yo decepcionara a mis padres. No importa que me decepcionase a mí mismo. No importa que no pudiera nunca comunicarme con otras personas. Eso era entonces, y entonces ha pasado. Es *ahora*, ahora.

No quiero decir que haya sufrido una repentina transformación. No soy un sapo al que ha besado una princesa o comoquiera que sea el cuento de hadas. No me he vuelto de pronto increíblemente ingenioso y guapo —ya lo habrá notado, ¿no?— ni un pájaro de altos vuelos con una enorme familia que acoge a Gillian en su seno. (¿Existen esas familias? En televisión siempre estamos viendo casas fascinantes llenas de excéntricas tías ancianas, dulces chiquillos y adultos interesantemente variados, que pueden tener sus altibajos pero están básicamente unidos y «a favor de la familia», signifique eso lo que signifique. La vida no ha sido nunca así para mí. Todas las personas que conozco parecen tener familias pequeñas y rotas: a veces rotas por la muerte, otras por el divorcio, generalmente por el desacuerdo o el aburrimiento. Y no conozco a *nadie* que tenga ningún sentido de «la familia». Sólo hay una mamá a quien quieren y un papá a quien detestan, o viceversa, y las ancianas tías excéntricas con las que me he tropezado tienden a ser excéntricas únicamente porque son alcohólicas en secreto y huelen como perros sin lavar y luego resulta que padecen la enfermedad de Alzheimer o algo por el estilo.) No, lo que ha sucedido es lo siguiente. Yo sigo siendo el mismo que era antes pero ahora está bien ser lo que era antes. La princesa besó al sapo y él no se convirtió en un apuesto príncipe, pero eso daba igual porque a ella le gustaba siendo un sapo. Y si me hubiese convertido en un apuesto príncipe, probablemente Gillian me —le— habría indicado dónde estaba la puerta. No le gustan los príncipes a Gillian.

Estaba un poco nervioso cuando fui a conocer a su madre, se lo aseguro. Me limpié bien los zapatos y traté de no cometer ningún error aquella mañana. ¿Una suegra (ya la consideraba tal), una suegra *francesa* que ha sido abandonada por un inglés y a quien su hija le va a presentar al inglés con el cual quiere casarse? Supongo que pensé que sería extraordinariamente gélida y se sentaría en una de esas sillitas doradas con un fantástico espejo dorado a sus espaldas, o, por el contrario, que sería gorda y coloradota y saldría de la cocina con una cuchara de madera en la mano y me daría un enorme abrazo que olería a ajo y a consomé. Todo sumado, claramente hubiera preferido lo segundo, pero por supuesto no fue ni una cosa ni otra (así son las familias). Mrs o Mme Wyatt llevaba zapatos de charol y un elegante traje de chaqueta marrón con un broche de oro. Era cortés, pero no más amistosa de lo necesario; miró los vaqueros de Gillian con desaprobación pero sin comentario. Hablamos de todo excepto de los dos temas que a mí me interesaban: el hecho de que yo estaba enamorado de su hija y el hecho de que su marido se había escapado con una colegiala. No me preguntó si me acostaba con su hija; todos ellos eran temas en los que yo había pensado como posibles vías de conversación. Era —es— lo que la gente



llama una mujer de buen ver, una frase que siempre me ha parecido un poco condescendiente. (¿Qué significa? Más o menos significa: sorprendentemente atrayente si fuese socialmente admitido sentirse atraído por mujeres de esa edad. Pero tal vez alguien se sentía —se siente— atraído por Mme Wyatt. Me agradecería pensar que es así.) Es decir, tenía rasgos firmes y el pelo elegantemente cortado, posiblemente teñido y evidentemente arreglado con regularidad, y se comportaba como si hubiese conocido tiempos en los que todas las cabezas se volvían a su paso y además esperase que tú fueses consciente de ello. La miré mucho durante aquella merienda. No sólo por prestarle una atención cortés, sino intentando ver cómo llegaría a ser Gillian. Se supone que es un momento crucial, ¿no? Conocer por primera vez a la madre de tu mujer. Entonces tienes que echar a correr o por el contrario arrellanarte feliz en tu asiento: oh, sí, si ella acaba siendo *así*, puedo asumirlo perfectamente. (Las futuras suegras deben de darse cuenta de qué está pensando el joven, ¿verdad? Puede que a veces se pongan a propósito hechas un horror para que el joven salga huyendo.) Con Mme Wyatt no tuve ninguna de estas reacciones. Miré su cara, la forma de la mandíbula y la curva de la frente; miré la boca de la madre de la chica cuya boca no me hartaba de besar. La miré y la miré; pero aunque veía semejanzas (la frente, la posición de los ojos), aunque podía comprender que otras personas las reconocieran como madre e hija, para mí no era así. No podía imaginar que Gillian fuese a convertirse en Mme Wyatt. Era completamente improbable y por una sencilla razón: Gillian no iba a convertirse en *nadie*. Cambiaría, por supuesto. No soy tan tonto ni estoy tan enamorado que no sepa eso. Cambiaría, pero no se convertiría en otra persona, se convertiría en otra versión de sí misma. Y yo estaría allí para verlo.

—¿Qué tal ha ido la cosa? —le pregunté cuando íbamos en el coche a la salida—. ¿He aprobado?

—No te estaban examinando.

—Ah.

Me sentí un poco decepcionado.

—Eso no es lo que ella hace.

—¿Qué es lo que hace?

Gillian hizo una pausa, cambió de marcha, frunció esos labios que eran y a la vez no eran en absoluto los de su madre, y dijo:

—Espera.

Al principio no me agradó la idea. Pero más tarde pensé: es justo. Y yo también puedo esperar. Puedo esperar hasta que Mme Wyatt me vea tal como soy y comprenda lo que Gillian ve en mí. Puedo esperar a que me dé su aprobación. Puedo esperar hasta que entienda que hago feliz a Gillian.

—¿Feliz? —dije.

—Mmm. —Mantuvo los ojos fijos en el tráfico, retiró la mano de la palanca de cambio por un momento, me dio una palmadita en la pierna y luego cambió de marcha—. Feliz.

Vamos a tener niños, ¿sabe? No, no quiero decir que esté embarazada, aunque no me importaría demasiado que lo estuviese. Es un plan a largo plazo. No hemos hablado de ello en realidad, para ser sincero; pero la he visto una o dos veces con niños y parece llevarse bien con ellos de una manera instintiva. Parece estar en la misma longitud de onda. Lo que quiero decir es que no parece sorprendida por la manera en que ellos se comportan y cómo reaccionan ante las cosas; le parece normal y lo acepta. Siempre he encontrado que los niños están bien, pero nunca los he comprendido del todo. ¿Por qué hacen las cosas que hacen, armando un jaleo horroroso por tonterías y luego pasando de lo que debería ser mucho más importante? Se pegan contra la esquina del televisor y tú piensas que se han abierto el cráneo, pero sencillamente rebotan; al momento siguiente se sientan muy suavemente sobre su trasero, que está almohadillado por unos quince pañales, y se echan a llorar. ¿A qué se debe? ¿Por qué no tienen sentido de la proporción?

Sin embargo, quiero tener niños con Gillian. Me parece lo más natural. Y estoy seguro de que ella los querrá también cuando sea el momento adecuado. Eso es algo que las mujeres saben, ¿no? Cuándo es el momento adecuado. Yo les he hecho una promesa a esos niños que vamos a tener. No voy a ser como mis padres. Voy a tratar de ver para qué servís, sea lo que sea. Os respaldaré. Estoy de acuerdo con cualquier cosa que queráis hacer.

**Gillian** Creo que sí hay algo que me preocupa respecto a Stuart. A veces estoy aquí arriba trabajando en mi estudio (la palabra es un poco grandilocuente para la habitación, que sólo mide 3 por 3, pero bueno) y hay música en la radio y tengo puesto el piloto automático. Luego, de pronto, pienso: espero que no se sienta decepcionado. Puede que sea raro decir esto cuando sólo llevas casada un mes, pero es verdad. Es algo que siento.

No suelo mencionar el hecho de que hice prácticas para ser asistente social. Eso es otra cosa acerca de la cual la gente tiende a hacer comentarios estúpidos, o por lo menos suposiciones estúpidas. Por ejemplo, es absolutamente evidente que lo que yo estaba tratando de hacer por mis clientes era arreglar sus vidas y sus relaciones de una forma que nunca había podido hacer por mis padres. Es absolutamente evidente para cualquiera, ¿no? Excepto para mí.

Y aunque en cierto modo fuese eso lo que trataba de hacer, ciertamente no lo logré. Aguanté dieciocho meses antes de renunciar, y en ese tiempo vi a mucha gente decepcionada. La mayoría de los días veía desastres, gente con enormes problemas, emocionales, sociales, económicos; a veces autoinfligidos, generalmente

transmitidos. Cosas que la familia les había hecho, los padres, los maridos; cosas de las que nunca se repondrían.

Luego estaban los otros, los decepcionados. Y ése era un daño verdadero, irreversible. Los que empezaban con tan grandes esperanzas en el mundo luego ponían su confianza en psicópatas y fantasiosos, ponían su fe en borrachos y violentos. Y continuaban así durante muchos años con increíble perseverancia, creyendo cuando no había ninguna razón para creer, cuando era una locura que creyeran. Hasta que un día simplemente se daban por vencidos. Y ¿qué podía hacer por ellos Gillian Wyatt, asistente social en prácticas, de veintidós años? Créame, la profesionalidad y el buen humor surtían muy poco efecto con estos clientes.

El espíritu de las personas se quiebra. Eso es lo que no podía soportar. Y más tarde, cuando empecé a querer a Stuart, me vino este pensamiento: por favor, que no se decepcione. Nunca había sentido eso con nadie. Preocuparme por su futuro a largo plazo, por cómo acabarían. Preocuparme por lo que puedan pensar cuando finalmente miren hacia atrás.

Escuche, yo no estoy jugando este... juego. Pero tampoco tiene sentido quedarse sentada en un rincón con un pañuelo metido en la boca. Diré lo que tengo que decir, lo que sé.

Había salido con muchos hombres antes de conocer a Stuart. Estuve casi enamorada, me propusieron matrimonio un par de veces; por otra parte, en una ocasión me pasé un año sin hombres, sin sexo; ambas cosas me parecían demasiada molestia. Algunos de los hombres con los que salí tenían «edad suficiente como para ser mi padre», como se suele decir; sin embargo muchos no la tenían. Así que ¿en qué quedamos? Un solo dato e inmediatamente la gente te suelta sus teorías. ¿Me casé con Stuart porque pensaba que no me fallaría como me había fallado mi padre? No, me casé con él porque le quería, porque le quiero, le respeto y me atrae. No me atrajo al principio, no especialmente. Tampoco saco ninguna conclusión de eso, excepto que la atracción es un asunto complicado. Estábamos en aquel hotel con grandes vasos de jerez en las manos. ¿Era un mercado de ganado? No, era un grupo de gente sensata tomando una decisión sensata respecto a sus vidas. A nosotros dos nos dio resultado, tuvimos suerte. Pero no fue «sólo» suerte. Quedarse sentado a solas con la autocompasión no es una buena manera de conocer gente.

Creo que en la vida tienes que descubrir qué es lo que se te da bien, reconocer qué es lo que no puedes hacer, decidir qué es lo que deseas, aspirar a ello y tratar de no arrepentirte de nada después. Dios, eso debe de sonar mojigato. Las palabras no siempre dan en el blanco, ¿verdad?

Tal vez sea ésa una de las razones por las que me encanta mi trabajo. No hay que usar palabras. Me siento en mi habitación en el último piso de la casa con mis torundas y mis disolventes, mis pinceles y mis pigmentos. Estoy yo y un cuadro

delante de mí, música en la radio si la necesito, y no hay teléfono. Realmente no me gusta que Stuart suba mucho aquí. Rompe el hechizo.

A veces el cuadro en el que estás trabajando te responde. Esa es la parte más emocionante, cuando quitas el exceso de pintura y descubres algo debajo. No sucede muy a menudo, por supuesto, lo cual hace que sea aún más satisfactorio cuando sucede. Por ejemplo, en el siglo XIX se taparon con pintura muchos senos. Así que puedes estar limpiando un retrato que se supone es de una aristócrata italiana, y gradualmente vas descubriendo un bebé mamando. La mujer se transforma ante tus ojos en una Madonna. Es como si fueses la primera persona a quien ella le ha contado su secreto de muchos años.

Hace unos meses estaba limpiando una escena de un bosque y encontré a un jabalí que alguien había borrado. Eso cambió completamente el cuadro. El tema parecía ser unos jinetes dando un tranquilo paseo por el bosque —casi excursionistas que van de merienda al campo— hasta que descubrí el animal, entonces quedó absolutamente claro que siempre había sido una escena de caza. El jabalí había estado oculto detrás de un gran arbusto, muy poco convincente en realidad, durante más o menos cien años. Entonces aquí arriba en mi estudio, sin que se pronunciara una sola palabra, todo salió a la luz de nuevo, tal y como había sido creado, tan sólo con quitar un poco de pintura.

**Oliver** Oh, *mierda*.

Fue su cara. Su cara cuando estaba de pie delante del juzgado, con aquel gran reloj municipal detrás de ella marcando esos primeros relucientes momentos de dicha nupcial. Llevaba un traje de hilo del color de una sopa de berros clara, con la falda justo por encima de la rodilla. El hilo, todos los sabemos, se chafa tan fácilmente como un amor tímido; ella parecía inchafable. Tenía el pelo recogido sólo de un lado, y sonreía en dirección a todo el género humano. No estaba aferrada al esteatopigo Stu, aunque sí cogida de su brazo. Sencillamente rezumaba, irradiaba, estaba plenamente allí y a la vez tentadoramente ausente, retirada en aquel momento tan público a algún dominio privado. Al parecer, sólo yo percibí esto, los demás pensaron simplemente que era feliz, pero yo me di cuenta. Subí los escalones y le di un beso y murmuré mi enhorabuena en su única oreja visible. Ella respondió, pero casi como si yo no estuviese allí, así que hice unos cuantos gestos delante de su cara —guardavías haciendo señales de parada al expreso con una bandera, esa clase de cosas— y ella centró su atención en mí por un momento y se rio y luego regresó a su secreto refugio nupcial.

—Pareces una joya —dije, pero ella no respondió.

Tal vez si hubiese respondido, las cosas habrían sido diferentes, no lo sé. Pero

como no respondió, la miré más. Toda verde pálido y castaño, con un resplandor esmeralda en la garganta; recorrí su cara desde la pronunciada curva de su frente a la suave hendidura de su barbilla; las mejillas, con frecuencia pálidas, tenían una pincelada del rosa de un amanecer de Tiépolo, aunque si el pincel era externo y estaba guardado en su bolso o interno y manejado por el éxtasis, no pude o no quise saberlo; su boca estaba asediada por una media sonrisa que parecía durar eternamente; sus ojos eran lustrosas arras. *Recorrí* su cara, ¿lo oye?

Y yo no podía soportar el hecho de que ella estuviese allí y no estuviese, el hecho de que yo estuviera presente y a la vez no lo estuviera. ¿Recuerda la teoría de los filósofos según la cual únicamente existimos si algo o alguien ajeno a nosotros mismos nos percibe como existentes? El viejo Ollie, ante el oscilante reconocimiento de la novia, se sentía tembloroso, en peligro existencial. Si ella parpadeaba yo podía desvanecerme. Tal vez por eso me convertí en una émula de Diane Arbus, cogiendo la cámara y haciendo jubilosas cabriolas en busca de un ángulo que pusiese de manifiesto el embriónico bocio de Stuart con satírica precisión. Actividad desplazada. Pura desesperación, como puede ver, miedo a caer en el olvido. Por supuesto, ellos nunca lo adivinaron.

Fue culpa mía y no lo fue. Verá, yo quería una boda por la iglesia. Quería ser padrino. Ellos no lo entendieron entonces, ni yo tampoco. Ninguno de nosotros tenía creencias religiosas, no había parientes fundamentalistas a los que apaciguar: la ausencia de un tipo con una túnica blanca con volantes no hubiese llevado al *suppuku* de ser desheredados. Pero Ollie debería haber sido presciente. Dije que quería ser padrino, dije que quería una boda por la iglesia. Me puse bastante pesado. Empecé a gritar. Hice un poco el Hamlet. Estaba borracho en aquel momento, por si quiere saberlo.

—Oliver —dijo Stu al cabo de un rato—, estás completamente desmadrado. Se trata de nuestra boda. Ya te hemos pedido que seas testigo.

Les recordé a ambos la fuerza de la antigua ceremonia, las líneas rectas de la fortuna himenea, las ondulaciones doradas del texto sagrado.

—Vamos —les apremié para terminar—, haced que os case un cura.

El rostro gordezuelo de Stuart se tensó en la medida en que eso era físicamente posible.

—Oliver —dijo él, cayendo casi paródicamente en el tosco vocabulario del mercantilismo en aquel momento solemne—, te hemos pedido que seas testigo y ésa es nuestra oferta final.

—Lo lamentaréis —chillé, un capitán de industria de Mitteleurop contrariado por la Comisión de Monopolios—. Lo lamentaréis.

Lo que quiero decir con la palabra presciente es esto. Si hubiésemos tenido una boda por la iglesia, ella se habría puesto de encaje blanco con aderezos, el número del

velo y la cola. Yo la habría mirado a la salida de la iglesia y habría visto únicamente otra novia de fabricación en serie. Y entonces tal vez no habría sucedido.

Fue su cara. No lo supe en aquel momento. Pensé que estaba sólo un poco excitado, como todos los demás. Pero estaba perdido, hundido. Se había producido un cambio inimaginable. Caído como Lucifer; caído (ésta te la dedico, Stu) como el mercado de valores en 1929. También estaba perdido en el sentido de que estaba transformado, reconvertido. ¿Conoce la historia del hombre que se despierta y descubre que se ha convertido en un escarabajo? Yo era el escarabajo que se despertaba y veía la posibilidad de ser un hombre.

Pero los órganos de la percepción no lo captaron en aquel momento. Mientras celebrábamos el banquete nupcial, yo mantuve la pedestre creencia de que el crujiente desecho que había a mis pies era simplemente la acumulación del papel de estaño del champán. (Tuve que insistir en abrir personalmente el vulgar champán que Stuart habla encargado al por mayor. Nadie sabe abrir el champán hoy en día, ni siquiera los camareros. Los camareros menos que nadie. No se trata, tengo que decirle continuamente a la gente, de que el corcho haga un alegre *pop* y provocar así que una eyaculatoria *mousse* salga de la botella. No, se trata de abrirla sin que se oiga ni el pedo de una monja. Sujetar el corcho y girar la botella, ése es el secreto. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? Olvida el adorno de la gran servilleta blanca, olvida los pulgares empujando la corona del corcho, olvida el apuntar a las bombillas de las lámparas empotradas. Simplemente sujeta el corcho y gira la botella.) No, lo que rozaba mis tobillos como plantas rodadoras aquella tarde no eran los papeles arrugados del Mumm NV sino la piel desprendida de mi ser anterior, mi caparazón de escarabajo, mis accesorios desechados.

Pánico, ésa fue la primera reacción a aquello que acababa de sucederme. Y fue peor cuando me di cuenta de que no sabía adonde se iban para su *lune de miel*. (Qué estupidez, por cierto, que tanto los franceses como los ingleses conservemos la misma expresión. Se podría esperar que uno de nosotros se hubiese movido en busca de una palabra nueva en lugar de aceptar prendas lingüísticas de segunda mano. O tal vez ésa sea la cuestión: la expresión es la misma porque la experiencia es la misma. [Luna de miel, por cierto, por si no encuentra la raíz etimológica, sólo en tiempos recientes ha llegado a significar unas vacaciones nupciales durante las cuales se adquieren artículos libres de impuestos y se toman demasiadas fotos en color de la misma escena. El doctor Johnson, en su intermitentemente chistoso *Diccionario*, por una vez no estaba intentando provocar la risa cuando la definió así: «El primer mes después del matrimonio, en el cual no hay nada más que ternura y placer.» Voltaire, un personaje mucho más comprensivo, que incidentalmente solía servirse el mejor borgoña mientras les daba a sus huéspedes *vin ordinaire*, observó en uno de sus relatos filosóficos que a *la lune de miel* le sigue al mes siguiente *la lune de*

*l'absinthe.*])

Verá, de pronto sentí que no podía soportar no saber dónde iban a estar durante las siguientes tres semanas y media (aunque retrospectivamente dudo de que la localización del novio me preocupase mucho). Así que cuando, hacia el final del almuerzo, Stuart se puso de pie tambaleándose e informó a los presentes —¿a qué se debe esa necesidad confesional que se apodera de la gente en esas ocasiones?— de que iba a «desbeber» (y las espantosas expresiones que utilizan: ¿a qué hortera jefe de departamento le habría robado ésa mi amigo?), me levanté de mi silla sin una palabra. Aparté de una patada los detritos de mi vida anterior que se hacían pasar por papel de estaño y le seguí al lavabo de caballeros.

Allí estábamos, uno al lado del otro delante de esos cuencos de porcelana situados a la altura de la cadera, ambos mirando lúgubrementemente al frente como dos ingleses ante un pelotón de fusilamiento mexicano, sin echar una mirada de reojo al aparejo del otro. Allí estábamos, dos rivales aún completamente ignorantes de que lo eran, cada uno agarrando su *membrum virile* —¿debería ofrecerle al novio alguna información secreta respecto a su despliegue?— y orinando Mumm NV prácticamente intacto, embotellable, sobre un cubito violeta de perfumador del inodoro. (¿Cómo cambiaría mi vida si tuviese mucho dinero? Vuelvo constantemente a los mismos dos lujos: que alguien me lavase la cabeza todas las mañanas y hacer pis sobre hielo picado.)

Parecía que estábamos orinando más de lo que podíamos haber bebido. Stuart soltó una tosecita avergonzada, como diciendo: «No sé tú, pero a mí me falta mucho.» Parecía el momento oportuno para inquirir respecto al lugar planeado para el desenfrenado himeneo. Pero lo único que recibí en respuesta fue una risita de soslayo y el ruido del pis.

—No, en serio —insistí un minuto después mientras me lavaba los dedos y Stuart se pasaba innecesariamente un fétido peine de plástico por el cráneo—, ¿adonde vais? Por si necesitara ponerme en contacto con vosotros.

—Secreto de Estado. Ni siquiera Gillie lo sabe. Sólo le he dicho que llevase ropa de verano.

Seguía sonriendo bobamente, por lo que deduje que se esperaba de mí un infantil juego de adivinanzas. Aventuré varios destinos stuartescos como Florida, Bali, Creta y Turquía Occidental, todos los cuales fueron saludados con una orgullosa sacudida de cabeza. Hice la prueba con todas las disneylandias del mundo y una selección de islas exóticas asfaltadas; le menosprecié con Marbella, le halagué con Zanzíbar, intenté dar en el blanco con Santorini. No conseguí nada.

—Mira, podría ocurrir algo... —comencé.

—Mme Wyatt tiene un sobre sellado —respondió, llevándose un dedo a la nariz en un gesto nada característico, como si para eso hubiese ido a la escuela de espías.

—No seas tan jodidamente burgués —grité.

Pero no me lo dijo. De vuelta en la mesa estuve de un humor crepuscular durante unos minutos, luego me puse una vez más a la tarea de divertir a los invitados a la boda.

El día después de que se marcharan de luna de miel telefoneé a Mme Wyatt y ¿a que no lo adivina? La vieja *vache* no me lo quiso decir. Aseguró que no había abierto el sobre. Le dije que los echaba de menos, que quería llamarles. Era verdad, les echaba de menos. Podría haberme echado a llorar en el teléfono, pero Mme Dragón no dio su brazo a torcer.

Y cuando volvieron (sí, era Creta: yo lo había adivinado, pero él ni siquiera había parpadeado), yo ya sabía que estaba enamorado. Recibí una postal de sol y sexo desde Heraklion, calculé qué día regresaban, telefoneé a todas las líneas aéreas posibles y fui a recibirlos a Gatwick. Cuando en el panel indicador apareció la información EQUIPAJE DISPONIBLE al lado de su vuelo, en mi estómago un círculo de campaneros tiraron de sus cuerdas al mismo tiempo y el terrible estruendo que desencadenaron en mi cráneo sólo pudo acallarse con un par de tragos puros en el bar. Luego esperé junto a la barrera, la variopinta carne que me rodeaba palpitante por la bienvenida.

Les vi antes de que ellos me viesan. Stuart, típico suyo, había cogido un carrito con una rueda bloqueada y salió del tierno escrutinio de los *douaniers* haciendo una cómica curva, su incierto curso acompañado por la indulgente risa de Gillian y por el quejumbroso chirrido de su carrito. Me ajusté la gorra de chófer que había pedido prestada, levanté un cartel escrito con letras toscas que decía «Señor y Señora Stewart Hughes» (la ortografía incorrecta era un toque maestro, pensé), respiré hondo y me preparé a enfrentarme con el deslumbrante torbellino en que se convertiría mi vida. Mientras la observaba antes de que ella se percatara de mi presencia, murmuré para mí: Todo empieza aquí.



## 6. PREVENGA EL ALZHEIMER

**Stuart** Es verdaderamente terrible, ¿sabe? Siento pena por Oliver. No quiero decir que no debiera sentirla —no, ahora tengo muchas razones—, es sólo que me resulta incómodo. Esto no es lo que yo debiera sentir por él. Pero lo siento. ¿Ha visto alguna vez esos relojes de cuco en los que hay unos hombrecitos que forman parte del mecanismo? El reloj da la hora, el cuco hace cucú y entonces se abre una puertecita y sale el hombrecito del buen tiempo, todo sonriente y vestido para salir al sol, o bien se abre otra puerta y es el hombrecito del mal tiempo el que sale con paraguas y chubasquero y una expresión malhumorada. La cuestión es que solamente uno de los dos puede salir de su puertecita a una hora determinada, no sólo porque lo contrario significaría un tiempo imposible, sino porque los dos hombrecitos están unidos por una barra de metal: uno tiene que quedarse dentro si el otro sale. Así ha sido siempre con Oliver y conmigo. Yo he sido siempre el del paraguas y el impermeable, obligado a quedarse dentro en la oscuridad. Pero ahora es mi época de sol y eso parece significar que Oliver se va a divertir menos durante algún tiempo.

Tenía un aspecto verdaderamente horroroso en el aeropuerto, y creo que no contribuimos a mejorar la cosa. Habíamos pasado tres semanas fabulosas en Creta — un tiempo maravilloso, un hotel agradable, habíamos nadado y nos habíamos llevado verdaderamente bien—, y aunque el vuelo se había retrasado seguíamos estando de un humor excelente cuando llegamos a Gatwick. Yo esperé junto a la cinta transportadora mientras Gillie iba a coger un carrito, y cuando ella volvió las maletas ya habían salido. Las puse en el carrito y cuando ella intentó empujarlo descubrió que había cogido uno con una rueda estropeada. No había manera de llevarlo en línea recta y no paraba de chillar, como si tratase de llamar la atención de los aduaneros hacia la persona que lo empujaba: «Eh, échense una mirada a las maletas de este tipo.» Eso era lo que me parecía que decía el carrito mientras pasábamos por el carril de «Nada que declarar». Yo me había sumado al intento de controlarlo ya que Gillian no podía manejarlo sola en las curvas.

Así que no fue muy sorprendente que no reconociésemos a Ollie cuando llegamos a la sala de llegadas. Nadie sabía que veníamos en ese vuelo y además sólo teníamos ojos el uno para el otro, francamente. De modo que cuando alguien salió de las líneas cerradas de conductores que esperaban diversos vuelos y agitó un letrero delante de nuestras caras, más o menos le aparté de un empujón. No le miré realmente, aunque inmediatamente noté el olor a alcohol de su aliento y pensé que esa compañía no iba a durar mucho si continuaba mandando conductores borrachos a recoger a sus clientes. Pero era Oliver, con una gorra de chófer en la cabeza y llevando un letrero con nuestros nombres. Fingí que me alegraba de verle, aunque mi primer pensamiento fue que Gillie y yo ya no estaríamos solos en el tren de vuelta a Victoria.

Tendríamos a Oliver con nosotros. ¿Verdad que es muy poco amable? ¿Ve a lo que me refiero cuando digo que me da pena?

Y se encontraba en un estado terrible. Parecía haber perdido peso, tenía la cara blanca y chupada y el pelo, que normalmente llevaba muy cuidado, estaba desgreñado. Se quedó allí parado y luego, después de que le reconociésemos, se nos echó encima, abrazándonos y besándonos. Un comportamiento nada típico en él, porque era más patético que acogedor. Y olía a alcohol. ¿Qué le pasaba? Dijo que nuestro vuelo se había retrasado y él había matado el tiempo en el bar y luego añadió, de forma muy poco convincente, que una mujer había insistido en «cebar a Faetón de licor», según su expresión, pero había un tono falso en su voz y creo que ni Gill ni yo le creímos por un momento. Y hubo otra cosa rara: no nos preguntó por nuestra luna de miel. No hasta mucho más tarde. No, lo primero que hizo fue soltar una arenga acerca de que la madre de Gillian se había negado a decirle dónde estábamos. Me pregunté si debíamos dejarle conducir, dado el estado en que se encontraba.

Más tarde descubrí lo que había pasado. Nunca lo adivinaría. Oliver ha perdido su empleo. Se las ha arreglado para que le echen de la Shakespeare School of English. Tiene que haber sido algo muy gordo. No sé lo que Oliver le habrá contado sobre la Shakespeare School, pero, créame, es un sitio muy cutre: cómo consiguieron que les dieran la licencia no quiero ni pensarlo. Estuve allí una vez. Se encuentra en lo que evidentemente fue una casa bastante bonita en otro tiempo, de principios de la época victoriana o algo así, con grandes y gruesas columnas sosteniendo los porches, barandillas sobre la calle y unos escalones que llevan al sótano. Pero toda la zona se ha deteriorado enormemente. Las cabinas telefónicas están todas cubiertas de números de teléfonos de prostitutas, los barrenderos probablemente no han pasado por allí desde 1968 y en las buhardillas hay hippies trasnochados que tocan sin parar una música enloquecida. Ya se imagina qué clase de zona es. Y *además* la Shakespeare School está en el sótano. Y *además* el director parece un asesino en serie. Y *además* Ollie se las ha arreglado para que le echen de semejante sitio.

No quería hablar de ello y murmuró que había dimitido por una cuestión de principio relacionada con el horario del año que viene. Desde el mismo momento en que lo dijo no le creí. No es que sea imposible —de hecho, es el tipo de cosa que Oliver podría hacer—, pero, no sé por qué, he dejado de creer casi todo lo que dice. Es bastante espantoso, ¿no? Él es mi más viejo amigo. Y el sentir pena por él no mejora las cosas. Hace un año o dos le habría creído y tal vez la verdad habría salido a la luz unos meses después. Pero ahora instintivamente pensé: Oh, no, Ollie, no has dimitido, te han echado. Supongo que es algo que tiene que ver con que yo sea feliz, esté casado, sepa dónde estoy: ahora veo las cosas con más claridad que antes.

Así que la siguiente vez que vi a Oliver a solas, le dije tranquilamente:  
—Escucha, a mí puedes decírmelo, no has dimitido, ¿verdad?

Se quedó muy callado y raro y admitió que le habían despedido. Cuando le pregunté por qué, dio un suspiro, me dedicó una especie de amarga sonrisa, me miró a los ojos y me dijo:

—Acoso sexual.

Al parecer había una chica, española o portuguesa creo, a la que Oliver había estado dando clases particulares en su piso, y creyó que le gustaba a la chica, y ese día se había tomado un par de cervezas, y pensó que lo que pasaba es que era tímida y entonces intentó besarla. Es una viejísima y sórdida historia, ¿no? Resultó que la chica no sólo era una devota católica interesada únicamente en mejorar su inglés sino que además era hija de un industrial importante con muchos contactos en el embajada... La chica se lo contó a su padre y una llamada telefónica más tarde Oliver estaba en la calle con los envases de hamburguesas, sin siquiera una indemnización por despido. Se fue quedando cada vez más apagado a medida que la historia se desarrollaba, y la creí punto por punto. Además no podía mirarme de frente. Hacia el final comprendí que estaba llorando. Cuando terminó, me miró y tenía la cara llena de lágrimas, y me dijo:

—Préstame una libra, Stu.

Como en el colegio. Pobre Oliver. Esta vez sencillamente le extendí un cheque por una suma considerable y le dije que no se preocupara de devolvérmela.

—Oh, claro que te la devolveré, tengo que hacerlo.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otra ocasión.

Se secó la cara con las manos, luego cogió otra vez el cheque y su pulgar húmedo hizo que mi firma se corriese. Dios, qué pena me dio.

Verá, ahora es mi obligación cuidar de él. Es como si le compensara por haber cuidado de mí en el colegio. Hace muchísimos años, después de unos dos meses de amistad (y de que le prestase un poco más de dinero), le confesé que me perseguía un matón llamado Dudley. Jeff Dudley. La *Edwardian* me informó recientemente de que había sido nombrado agregado comercial en una de nuestras embajadas en América Central. Puede que eso signifique que ahora es un espía. ¿Por qué no? En el colegio las asignaturas en las que destacaba eran mentir, robar, extorsionar, chantajear y encabezar bandas. Era una escuela bastante civilizada, así que la banda de Dudley tenía sólo dos componentes: él y «Pies» Schofield.

Yo habría estado más seguro si hubiese sido mejor en los deportes o más listo. No tenía un hermano mayor que me protegiese. Sólo tenía una hermana pequeña. Además, llevaba gafas y no parecía que supiese *jiu-jitsu*. Así que Dudley la tomó conmigo. Las cosas habituales: dinero, servicios, humillaciones gratuitas. No se lo dije a Oliver al principio porque pensé que me despreciaría. No fue así; por el contrario, los puso en su sitio en dos semanas. Primero les dijo que me dejasen en paz y cuando ellos se rieron despectivamente y le dijeron que qué pasaría si no lo hacían,

sencillamente respondió: «Una serie de desgracias inexplicables.» Bueno, ésa no es la forma de hablar de los colegiales, así que se rieron un poco más y esperaron a que Oliver les desafiase a una pelea en toda regla. Pero Oliver nunca se atenía a las reglas. Una serie de inexplicables desgracias, ninguna de las cuales era claramente atribuible a Oliver, se produjeron entonces. Un profesor encontró cinco paquetes de cigarrillos en el pupitre de Dudley (uno solo era un delito castigado con una paliza en aquel tiempo). La bolsa de deportes de Schofield fue descubierta medio quemada en el incinerador del colegio. Los sillines de las bicicletas de mis dos perseguidores desaparecieron un día a la hora de comer y tuvieron que volver a casa, como dijo Oliver, «en una posición incómoda que bordeaba el peligro». Poco después Dudley acechó a Oliver después del colegio y probablemente estaba a punto de proponerle un encuentro detrás de los cobertizos de las bicis con puños de hierro al mediodía, cuando Oliver le dio un puñetazo en el cuello. «Otra desgracia inexplicable», le dijo mientras Dudley estaba tendido en el suelo ahogándose. Después de eso, los dos me dejaron tranquilo. Le di las gracias a Oliver e incluso sugerí una renegociación de la deuda como manifestación de gratitud, pero él le quitó importancia encogiéndose de hombros. Ésa es la clase de cosas que hace Oliver.

¿Qué fue de «Pies» Schofield? ¿Y de dónde le venía el apodo? Lo único que recuerdo es que no tenía nada que ver con sus pies.

**Gillian** Uno no sabe exactamente cuándo se enamora de alguien, ¿verdad? No existe ese momento repentino en el que la música se detiene y os miráis a los ojos por primera vez, o lo que sea. Bueno, puede que sea así para algunas personas, pero no para mí. Una amiga mía me contó que se enamoró de un chico cuando se despertó por la mañana y se dio cuenta de que no roncaba. No parece gran cosa, ¿verdad? Pero parece creíble.

Supongo que uno mira hacia atrás y selecciona un momento concreto de entre varios y luego se atiene a eso. *Maman* siempre decía que se enamoró de papá cuando vio lo precisos y suaves que eran los movimientos de sus dedos mientras llenaba su pipa. Sólo la creí a medias, pero siempre lo contaba con convicción. Y todo el mundo tiene una respuesta, ¿no es cierto? Me enamoré de él *entonces*, me enamoré de él *porque*. Es una especie de necesidad social. No se puede decir: Oh, no me acuerdo. O no fue nada evidente. No se puede decir eso, ¿verdad?

Stuart y yo salimos juntos unas cuantas veces. Me gustaba y era diferente de los otros chicos, nada insistente, excepto en su deseo de agradar, supongo, pero incluso eso era encantador en cierto modo; me daban ganas de decirle: está bien, no te preocupes tanto, lo estoy pasando muy bien, frena. Aunque no era frena en el sentido de no vayas demasiado deprisa físicamente. En todo caso, era lo contrario. Tendía a ser el primero en parar los besos.

Lo que estoy tratando de decirle es esto. Se ofreció a preparar una cena para mí una noche. Le dije que me encantaría. Fui a su piso a eso de las ocho y media y habla un agradable olor a carne asada, velas encendidas en la mesa aunque todavía no había oscurecido, un cuenco con esos bocaditos indios y flores en la mesa baja. Stuart llevaba los pantalones del traje de la oficina, pero se había cambiado la camisa y tenía puesto un delantal. Su cara parecía dividida en dos: la mitad inferior estaba muy sonriente y complacida de verme, la mitad superior estaba ceñuda debido a la preocupación por la cena.

—No cocino —dijo—, pero quería cocinar para ti.

Tomamos pata de cordero, guisantes congelados y patatas asadas alrededor de la carne. Le dije que me gustaban las patatas.

—Primero las cueces un poco —dijo solemnemente—, luego las rascas con un tenedor, eso deja surcos y así quedan más crujientes.

Debía de ser algo que le había visto hacer a su madre. Tomamos una botella de buen vino y cada vez que lo servía tapaba con la mano la etiqueta del precio que se le había olvidado quitar. Me di cuenta de que lo hacía a propósito, por vergüenza. Pensaba que debería haber quitado el precio. ¿Ve lo que quiero decir? Se estaba *esforzando*.

Luego no me permitió que le ayudara a recoger. Se fue a la cocina y volvió con una tarta de manzana. Era una cálida noche de primavera y la comida era invernal, pero eso no importaba. Así que tomé un pedazo de tarta y luego él puso la tetera al fuego para hacer café y se fue al cuarto de baño. Me levanté y llevé los platos de la tarta a la cocina. Cuando los estaba poniendo sobre la mesa vi un trozo de papel apoyado contra los frascos de especias. ¿Sabe lo que era? Era un horario:

- 6.00 Pelar patatas
- 6.10 Enrollar la masa
- 6.20 Encender el horno
- 6.20 Baño

y continuaba así...

- 8.00 Abrir el vino
- 8.15 Comprobar que las patatas se tuestan
- 8.20 Poner el agua para los guisantes
- 8.25 Encender las velas
- 8.30 ¡¡Llega G!!

Volví corriendo a la mesa y me senté. Estaba temblando. También me sentía mal

por haberlo leído porque estoy segura de que Stuart hubiese pensado que le estaba espiando. Pero me llegó al alma, cada anotación más que la anterior. 8.25 *Encender las velas*. Está bien, Stuart, pensé, no me hubiese importado que las encendieses después de que yo llegara. Y luego 8.30 *¡¡Llega G!!* Esos dos puntos de exclamación fueron realmente definitivos.

Volvió del cuarto de baño y tuve que contenerme para no decirle lo que había descubierto y que no me parecía tonto, ni neurótico, ni inútil ni nada, sino muy cuidadoso y conmovedor.

Por supuesto, no le dije nada, pero debí de reaccionar de alguna manera y él lo captó, porque pareció más relajado a partir de ese momento. Pasamos mucho rato en el sofá esa noche y me hubiese quedado a dormir si me lo hubiese pedido, pero no lo hizo. Y eso tampoco me importó.

Se preocupa mucho, Stuart. Realmente quiere hacer las cosas bien, no sólo para él y para nosotros. Ahora está terriblemente preocupado por Oliver. No sé qué le ha pasado. Bueno, en realidad sí. Trató de molestar a una pobre chica en la Shakespeare School y le echaron. Bueno, eso leyendo entre líneas de lo que Stuart me dijo. Stuart estaba haciendo todo lo posible por ver el punto de vista de Oliver. Hasta tal extremo, de hecho, que tuvimos una ridícula discusión. Stuart dijo que la chica debió de darle pie a Oliver y mostrarse provocativa, yo dije que probablemente era tímida y estaba aterrada por las insinuaciones de su profesor, hasta que ambos nos dimos cuenta de que ninguno de los dos había visto a la chica ni sabía lo que había sucedido. Eran simples conjeturas. Pero incluso las simples conjeturas me han distanciado de Oliver por el momento. No apruebo las relaciones profesor-alumna, por razones que no precisan aclaración. Stuart dijo que le había dado dinero a Oliver, lo cual me pareció completamente innecesario, aunque no lo dije. Después de todo Oliver es un hombre joven y sano con un título universitario. Puede encontrar otro trabajo. ¿Por qué tenemos que darle dinero?

Sin embargo, es cierto que está fatal ahora. En el aeropuerto fue horroroso. Sólo nosotros dos. Recuerdo que pensé cuando estábamos en la sala de equipajes: esto es un poco como el resto de la vida. Nosotros dos entre una gran masa de extraños, y varias cosas que hay que hacer correctamente, como seguir las señales y recoger los equipajes; luego te examinan en la aduana y a nadie le importa especialmente quién eres ni qué haces allí, así que los dos tenéis que animaros mutuamente... Ya lo sé, probablemente suena sentimental, pero eso es lo que sentí en aquel momento. Y luego pasamos la aduana, y los dos estábamos riéndonos porque habíamos vuelto sanos y salvos, y de repente un borracho con gorra de chófer se nos echa encima y casi me saca un ojo con un letrero de cartón y me pisa para acabarlo de arreglar. Y ¿a que no lo adivina? Es Oliver. Con cara de cadáver. Evidentemente pensó que era gracioso lo que estaba haciendo, pero no lo era en absoluto. Era patético. Eso es lo

malo de las personas como Ollie, creo: cuando aciertan, realmente da gusto estar con ellos, y cuando se equivocan, fallan por un kilómetro. No tienen término medio.

Bueno, nos controlamos y fingimos que nos alegrábamos de verle y luego nos llevó a Londres conduciendo como un loco, soltando un chorro de palabrería al cual dejé de atender al cabo de un rato. Apoyé la cabeza en el asiento y cerré los ojos. Lo siguiente que recuerdo es que el coche se detuvo con una sacudida delante de casa y Oliver dijo con una voz bastante rara:

—*À propos de bottes, ¿cómo fue la luna de miel?*

**Oliver** ¿Un cigarrillo? ¿No? Ya sé que no fuma, ya me lo dijo. Su desaprobación todavía parpadea en un luminoso de neón. Su ceño es digno de la suegra de *Katia Kabanova*. Pero tengo una noticia graciosa para usted. He leído en el periódico de esta mañana que si fumas tienes menos probabilidades de padecer la enfermedad de Alzheimer que si no fumas. Un golpe, un verdadero golpe. Vamos, coja uno, ahúme sus pulmones y conserve su cerebro intacto. ¿No se adorna la vida con alegres contradicciones? Justo cuando uno cree que lo tiene claro, llega el bufón con su vejiga de cerdo y te sacude en la nariz.

Por cierto, no soy ningún idiota. Me di cuenta de que Gillian y Stuart no estaban entusiasmados de verme en el aeropuerto. Noto un *piccolo faux pas* cuando lo doy. Ollie, viejo, me dije, tu fraternización de cachorrillo es inoportuna. Deja a esta pareja inmediatamente, basta de lamerles la cara. Sólo que, por supuesto, no era realmente de cachorrillo, ni particularmente fraternal. Fui a recibirles porque estoy enamorado de Gillian. Todo lo demás no era más que una actuación.

Fue extraño, aquel viaje de vuelta a Londres. ¿Extraño? Más bien, espectacularmente *sui generis*. Gillian se puso en el asiento de atrás y pronto se quedó dormida. Cada vez que yo miraba al espejo —y puedo ser un conductor *muy* cuidadoso cuando quiero— veía a la lánguida novia con los ojos cerrados y el pelo revuelto. Su cuello descansaba en la curva superior del asiento y eso levantaba su boca como para un beso. Yo no cesaba de mirar en el espejo, pero no, como comprenderá, al tráfico. *Recorrí* su cara, su cara dormida.

Y allí, a mi lado, estaba el gordezuelo, plácido y eróticamente agotado Stuart, con un aire tan condenadamente... *dichoso*, fingiendo que le agradaba que hubiese ido al aeropuerto y probablemente pensando en cómo iba a pedir que le devolviesen la mitad no utilizada de sus billetes de ida y vuelta de Gatwick a Victoria. Stuart, se lo advierto, puede ser un pesetero de categoría. Cuando se va al extranjero siempre compra un billete de ida y vuelta al aeropuerto: a) porque piensa que eso le ahorrará tres milisegundos en dos semanas; b) porque sabe que volverá, y c) por si las tarifas suben entretanto. Oliver siempre compra billete de ida. ¿Quién puede predecir que una reina del carnaval brasileño no se cruzará en su camino? ¿A quién le importa la

posible cola el sábado de la semana siguiente en el *guichet* de Gatwick? Una vez leí en el periódico el caso de un hombre que se tiró al metro. En la investigación dijeron que probablemente no había tenido intención de suicidarse porque tenía un billete de ida y vuelta en el bolsillo. Bueno, descúlpeme, señorita, hay otras explicaciones. Puede que hubiese comprado un billete de ida y vuelta porque sabía que insertando una chispa de duda aliviaría los sentimientos de sus allegados. Otra posibilidad es que fuese Stuart. Si Stuart decidiese concederle a un conductor del metro seis semanas de compasivo permiso, o las que sean, compraría un billete de ida y vuelta. Porque pensaría, ¿y si no me mato? ¿Y si decido no hacerlo en el último momento? Imagínate esas espantosas colas delante de las máquinas expendedoras de billetes de Tottenham Court Road. Sí, sacaré un billete de vuelta por si acaso.

¿Piensa usted que soy injusto? Escuche, en mi cabeza han estado hirviendo demasiadas cosas últimamente. Necesito desesperadamente un febrífugo. El cerebelo me estalla por exceso de actividad. Imagínese: yo estaba un poco jodido para empezar, el objeto de mi amor absoluto ocupaba mi espejo retrovisor, el corpulento recién casado —mi mejor amigo—, que había pasado las últimas tres semanas deleitándose en ella bajo la luz del sol helénico, estaba sentado junto a mí con una tintineante bolsa de artículos libres de impuestos entre las pantorrillas, yo había perdido mi empleo, y los otros conductores iban todos entrenándose para la Fórmula Uno. ¿Se puede esperar de mí que conserve la calma? ¿Se puede esperar que sea justo?

Lo que hice en semejantes circunstancias fue lanzarme a un parloteo oliveresco sobre *je ne sais quoi*, haciendo reír a Stu sin despertar a la hermosa Gillian. De vez en cuando tenía que apretar con fuerza el volante porque lo que realmente deseaba hacer era interrumpir mis bufonadas, detenerme en el arcén, volverme a mi pasajero y decirle: «Por cierto, Stuart, estoy enamorado de tu mujer.»

¿Es eso lo que le diré? Estoy aterrado, estoy espantado, estoy superacojonado. Tendré que decir algo parecido dentro de poco. ¿Cómo se lo diré a él? ¿Cómo se lo diré a *ella*?

Uno piensa que conoce a las personas, ¿no es así? Bueno, tienes un mejor amigo, se casa y el mismo día en que se casa tú te enamoras de su mujer. ¿Cómo reaccionará tu mejor amigo? No hay muchas posibilidades benignas, supongo. «Oh, comprendo tu punto de vista» no es una reacción que esté en el orden del día, francamente. Que saque el Kalashnikov es más probable. El destierro es la condena mínima que prevé la ley. Me llamarán Ollie el del Gulag. Pero no me desterrarán. ¿Comprende? No me desterrarán.

Lo que tiene que suceder es esto. Gillian tiene que darse cuenta de que me ama. Stuart tiene que darse cuenta de que ella me ama. Stuart tiene que retirarse. Oliver tiene que adelantarse. Nadie debe sufrir. Gillian y Oliver deben vivir felices para



siempre. Stuart debe ser su mejor amigo. Eso es lo que tiene que suceder. ¿A qué nivel sitúa usted mis posibilidades? ¿A la altura del ojo de un elefante? (Esa alusión cultural va dedicada a ti, Stu.)

Oh, *por favor*, borre esa expresión condenatoria de su cara. ¿No cree que ya tendré suficiente de eso durante las próximas semanas y meses y años? Déme un respiro. Póngase en mis *pantoufles*. ¿Renunciaría usted a su amor, haría mutis por el foro elegantemente, se convertiría en un cabrero y tocaría tristemente música consoladora en su flauta durante todo el día mientras su despreocupado rebaño masticaba la succulenta hierba? La gente no hace eso. Nunca lo hizo. Escuche, si se va y se convierte en un cabrero es que nunca la amó. O que amaba más el gesto melodramático. O las cabras. Tal vez fingir que se enamoraba no era más que un hábil paso en su carrera que le permitiría diversificar hacia el pastoreo. Pero nunca la amó.

No podemos escapar. Esa es la esencia del asunto. Estamos encerrados en este coche en la autopista, los tres, y alguien (¡el conductor!, ¡yo!) le ha dado con el codo al botón del sistema de cierre centralizado. Así que estaremos aquí los tres hasta que esto se resuelva. *Usted* también está aquí. Lo siento, he cerrado las puertas, no puede salir, estamos todos juntos en esto. *Ahora*, ¿qué me dice de ese cigarrillo? Yo estoy fumando y no me sorprendería que Stuart empezase a hacerlo muy pronto. Vamos, coja uno. Prevenga el Alzheimer.

## 7. HA PASADO ALGO RARO

**Stuart** Ha pasado algo raro. Yo iba camino de mi trabajo esta mañana. Probablemente no le he explicado que hay dos caminos para ir andando a la estación. Uno me lleva por St Mary's Villas y Barrowclough Road, pasando por delante de los viejos baños municipales, de la nueva tienda de bricolage y el almacén de pinturas al por mayor; mientras que el otro supone acortar por Lennox Gardens, coger esa calle cuyo nombre nunca recuerdo hasta Rumsey Road, luego pasar por delante de la hilera de tiendas y llegar a High Street. He cronometrado ambos caminos y no hay más que unos veinte segundos de diferencia. Así que unas mañanas voy por un lado y otras por otro. Al salir de casa más o menos echo a suertes qué dirección tomar. Le cuento esto como información básica.

Así que esta mañana he ido por Lennox Garden, la calle sin nombre y luego Rumsey Road. Iba mirándolo todo. ¿Sabe?, ésa es una de las muchas diferencias desde que Gillie y yo estamos juntos. Empiezo a ver cosas en las que nunca me habría fijado antes. ¿Se ha dado cuenta de que uno puede andar por una calle de Londres y no levantar nunca la vista por encima de los autobuses? Vas andando y miras a las otras personas, las tiendas, el tráfico, pero nunca miras hacia arriba. No realmente *arriba*. Ya sé lo que me va a decir, si uno mirase hacia arriba probablemente pisaría un montón de cagadas de perro o se tragaría una farola, pero hablo en serio. Yo soy serio. Levante los ojos sólo un poco más y descubrirá algo, un tejado curioso, un caprichoso adorno Victoriano. O bájelos, si a eso vamos. El otro día, a la hora de comer, iba andando por Farringdon Road. De repente me fijé en algo por delante de lo cual debo de haber pasado docenas de veces. Una placa fijada a la pared a la altura de las rodillas, pintada de color crema con las letras destacando en negro. Dice:

Este edificio  
fue totalmente destruido  
por un  
**BOMBARDEO DE ZEPELINES**  
durante la Guerra Mundial  
el 8 de septiembre de 1915

Reconstruido en 1917

John Philips  
Director general

Pensé que era interesante. Me pregunté por qué habrían puesto la placa tan baja. O puede ser que la hayan cambiado de sitio. La encontrará en el número 61, por cierto, si desea comprobarlo. En el edificio contiguo a la tienda donde venden

telescopios.

Bueno, lo que estoy tratando de decir es que me descubro mirando más a mi alrededor. Debo de haber pasado por esa floristería de Rumsey Road varios cientos de veces sin mirarla nunca realmente, y mucho menos al interior. Pero esta vez lo hice. Y ¿qué es lo que vi? ¿Cuál fue mi extraordinaria recompensa a las 8.25 de un martes por la mañana? Allí estaba Oliver. No podía creerlo. Oliver, ni más ni menos. Siempre ha sido muy difícil conseguir que Oliver venga a esta punta de la ciudad; dice en broma que necesita pasaporte e intérprete. Pero allí estaba, moviéndose por la tienda, acompañado por una dependienta que iba cogiendo grandes brazadas de flores.

Di con los nudillos en el escaparate pero ninguno de los dos se volvió, así que entré. Oliver estaba entonces de pie junto al mostrador y la chica estaba haciendo la cuenta. Él tenía la cartera en la mano.

—Oliver —dije.

Se volvió y pareció verdaderamente sorprendido. Incluso empezó a ruborizarse. Eso me resultó un poco embarazoso —nunca le había visto ruborizarse—, por lo que decidí bromear.

—Conque así es como te gastas todo el dinero que te he prestado —dije.

Y ¿sabe una cosa? Entonces sí que se ruborizó. Se puso completamente colorado. Hasta las orejas. Supongo, pensándolo bien, que no fue muy amable por mi parte, pero él reaccionó de un modo muy raro. Evidentemente, está mal esta temporada.

—*Pas devant* —dijo finalmente, indicando a la chica de la tienda—. *Pas devant les enfants*.

La chica nos estaba mirando a los dos preguntándose qué pasaba. Pensé que lo mejor sería ahorrarle rubores a Oliver, así que murmuré algo acerca de irme a la oficina.

—No —dijo, y me agarró por la manga.

Le miré, pero él no dijo nada más. Con la mano libre empezó a sacudir la cartera hasta que el dinero cayó sobre el mostrador.

—Rápido, rápido —le dijo a la chica.

Continuó agarrado a mi traje mientras ella sumaba la cuenta (más de veinte libras, no pude evitar verlo), cogía el dinero, le daba la vuelta, envolvía las flores y se las metía debajo del brazo. Él recogió la cartera con la mano libre y tiró de mí hacia la puerta.

—Rosa —dijo cuando salimos.

Entonces me soltó la manga como si ya hubiese confesado lo que tenía que confesar.

—¿Rosa?

Él asintió pero no pudo mirarme. Rosa era la chica de la Shakespeare School, la

chica por la que le habían echado.

—¿Son para ella?

—Ahora vive por aquí. Su pater la echó de casa, todo por culpa de Ollie, como de costumbre.

—Oliver. —De pronto me sentí mucho más viejo que él—. ¿Te parece sensato?

¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Qué pensaría la chica?

—Nada es *sensato* —dijo él, aún sin mirarme—. Te puede crecer la barba esperando hacer algo *sensato*. Un montón de babuinos con máquinas de escribir trabajando durante un millón de años no darían con nada *sensato*.

—Pero... ¿vas a ir a verla a esta hora de la mañana?

Me miró durante un segundo y luego bajó los ojos de nuevo.

—Estuve allí anoche.

—Pero, Oliver —dije, tratando de entender algo de aquella historia y al mismo tiempo tratando de bromear un poco—, ¿no es la costumbre regalarle flores a una chica cuando vas a verla y no después de marcharte?

Desgraciadamente, esto tampoco pareció ser muy acertado, Oliver empezó a apretar las flores con suficiente fuerza como para romper los tallos.

—Una metedura de pata horrorosa —dijo finalmente—. Cometí una metedura de pata horrorosa anoche. Fue como intentar meter una ostra en un parquímetro.

Yo no estaba seguro de que quisiera oír nada más, pero Oliver había vuelto a cogerme por la manga.

—El cuerpo puede ser un traidor espantoso —dijo—. Y las razas latinas están menos acostumbradas a los nervios de la primera noche. Y por lo tanto menos inclinadas a perdonar.

Todo esto era muy embarazoso, desde seis ángulos distintos. Aparte de otras consideraciones, yo iba camino de la oficina. Y era la última confesión que hubiese esperado de Oliver. Pero supongo que si pierdes tu empleo y tu dignidad... y probablemente ha estado bebiendo demasiado, lo cual no ayuda, según dicen. Oh, Dios mío, parece que Oliver se está desmoronando realmente.

No sabía qué hacer o decir. Pensé que no sería oportuno sugerir que fuese al médico, así de repente, de pie en la acera. Finalmente Oliver me soltó la manga.

—Que pases un buen día en la oficina —dijo, y se marchó.

No he podido leer el periódico en el tren esta mañana. Me he quedado allí pensando en Oliver. Qué receta para el fracaso... Volver con esa chica española que fue la que hizo que le echaran y además..., no sé. Oliver y las chicas... Siempre ha sido un tema más complicado de lo que a él le gusta aparentar. Pero esta vez creo que ha tocado fondo. Verdaderamente se ha desmoronado.

**Oliver**     ¡Uff! ¡Paf! ¡Bof! ¡Guau! Llámeme el Gran Escapologista. Llámeme Harry

Houdini. Ave, Talía, Musa de la Comedia. Oh, Dios, necesito una salva de aplausos. Oh, Dios, necesito llenarme los pulmones de Gauloise. No puede negármelo después de esto.

Vale, vale, me siento un poco culpable, pero ¿qué habría hecho usted? Ya sé, para empezar, no habría estado allí. Pero yo estaba, y eso siempre nos lleva a la enorme diferencia entre nosotros, ¿no? Sin embargo, ¿se fijó en mi desenvoltura? Tengo que reconocérmelo a mí mismo, de veras. ¿Y qué me dice del detalle del tirón de mangas a lo Viejo Marinero? Eso funcionó realmente bien, ¿no? Siempre he dicho que si quieres engañar a un inglés, lo mejor es tocarle cuando no quiere que le toquen. Mano en el brazo más emotiva confesión. No pueden soportarlo, los anglos, se encogen, se estremecen y se tragan cualquier cosa que les cuentes. «Como intentar meter una ostra en un parquímetro.» ¿Vio la cara que tenía Stuart cuando le dejé? Qué camafeo de tierna preocupación.

No estoy regocijándome maliciosamente, bueno, sólo un *soupçon*, más bien estoy aliviado: así es como se manifiesta en mí. Y probablemente no debería contarle todo esto si quiero conservar su simpatía. (En primer lugar, ¿la tengo? Es difícil saberlo, diría yo. ¿Y la deseo? ¡Sí, sí!) Lo que pasa es que estoy demasiado implicado en lo que está sucediendo como para jugar, por lo menos, para jugar con usted. Estoy condenado a llevar adelante lo que tengo que hacer y espero no incurrir en su reprobación definitiva durante este proceso. Prométame no volver la cabeza: si *usted* se niega a percibirme, entonces realmente *dejaré* de existir. ¡No me mate! ¡Perdónele la vida al pobre Ollie y puede que aún le divierta!

Perdone, me estoy poniendo un poco acelerado otra vez. *Bueno*. Pues allí estoy yo en una *terra incognita* llamada Stoke Newington, que según me asegura Stuart es el próximo distrito donde el precio de la vivienda empezará a alcanzar la tumescencia, pero donde por el momento moran hombres cuyas cabezas crecen por debajo de sus hombros. ¿Y por qué estoy ahí? Porque tengo que hacer algo muy sencillo. Tengo que ir a ver a la esposa de un hombre —¡un hombre!, ¡mi mejor amigo!— al cual acabo de dejar camino de la estación del metro; tengo que ir a ver a la que es su esposa desde hace seis semanas y decirle que la amo. De ahí el arbusto de flores blancas y azules que llevo bajo el brazo izquierdo, cuyos mal envueltos tallos han rociado mi *pantalón*<sup>[9]</sup> de una forma que sugiere las salpicaduras de una micción. Nada inapropiado: porque cuando la campanilla de la floristería anunció al serio banquero verdaderamente pensé que iba a hacerme pis encima.

Paseé un poco para que se me secaran los pantalones y ensayé lo que iba a decirle a Gillian cuando me abriera la puerta. ¿Debería ocultar las flores detrás de mi espalda y hacerlas aparecer de pronto como un prestidigitador? ¿Debería dejarlas en el escalón de la entrada y salir corriendo antes de que ella abriese la puerta? Tal vez un *aria* fuese lo apropiado. *Deh vieni ella finestra...*

Así que caminé entre las humildes cabañas que albergaban a aquellos remotos operarios de comercio, esperando que el calor del día secase la humedad de la tela 60% seda, 40% viscosa de mis pantalones. Así es como yo me siento, y con demasiada frecuencia, si quiere saberlo. Sesenta por ciento seda y cuarenta por ciento viscosa. Brillante pero con tendencia a arrugarme. Mientras que Stuart es cien por cien fibra artificial: inarrugable, fácil de lavar, no necesita plancha, las manchas desaparecen. Estamos hechos de un tejido diferente, Stu y yo. Y en *mi* tela, si no me daba prisa, las manchas de agua pronto serían sustituidas por manchas de sudor. Dios, qué nervioso estaba. Necesitaba una infusión de valeriana; eso o un Manhattan monstruo. Un febrífugo o un megatrago, una cosa o la otra. No, lo que realmente necesito es un puñado de betabloqueantes. ¿Los conoce? Propanolol es uno de sus varios sobrenombres. Los inventaron para pianistas de concierto que padecen de los nervios. Controlan las palpitations sin perjudicar la interpretación. ¿Cree que servirán para el sexo? Puede que Stuart me consiga unos cuantos después de enterarse de mi *nuit blanche* con Rosa. Sería típico suyo salvar el corazón fracturado con productos químicos. Pero para lo que yo los necesitaba era para entregar mi corazón, sonrosado y entero, a la mujer que estaba a punto de abrir la puerta del número 68. ¿Hay un traficante de piel oscura haraganeando en un portal con una sonrisa sospechosa y la mano abierta? Cuarenta mg de propanolol, amigo mío, y rápido, aquí está mi cartera, aquí está mi Rolex Oyster, lléveselo todo. No, ésas son mis flores. Lléveselo todo menos las flores.

Pero ahora son de ella. Y cuando llegó *le moment suprême* (permítame traducir esto brevemente al stuartés: cuando llegó la hora de la verdad), no hubo dificultad. Puede que encuentre a Ollie bastante barroco, pero eso es sólo la fachada. Penetre dentro —quédese un rato con su guía en la mano— y descubrirá algo calmamente neoclásico, algo sabiamente proporcionado y fresco. Está usted en el interior de Santa Maria della Presentazione, o Le Zitelle, como prefieran llamarla los folletos informativos. La Giudecca, Venecia, Palladio, oh, vosotros, turistas de mi alma. Así es como soy en el interior. Si ofrezco un exterior tumultuoso es únicamente para atraer a las multitudes.

Así que lo sucedido fue lo siguiente. Llamé al timbre, sosteniendo las flores sobre ambos brazos extendidos. No quería parecer un repartidor. Más bien era un sencillo y frangible peticionario, asistido únicamente por la diosa Flora. Gillian abrió la puerta. Ahora. Ahora.

—Te quiero —dije.

Ella me miró, y la alarma se hizo a la mar en sus tranquilos ojos. Para calmarla, le entregué mi ramo y repetí en voz baja:

—Te quiero.

Luego me marché.

¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho! Estoy fuera de mí de felicidad. Estoy gozoso, estoy espantado, estoy aterrorizado, estoy superacojonado.

**Michelle (16)** Se tropieza una con tipos verdaderamente presuntuosos. Eso es lo malo de este trabajo. No son las flores, es la gente que las compra.

Como esta mañana. Ojalá no hubiese abierto la boca. Cuando ha entrado he pensado: puedes llevarme a bailar cualquier día de la semana. Verdaderamente buenorro, pelo largo negro y brillante, el traje también brillante. Un poco como Jimmy White, no sé si me entiende. No viene directamente al mostrador, sino que me saluda con la cabeza y empieza a mirar las flores, con mucha atención, como si realmente entendiera de flores. Yo practico un jueguito conmigo misma, también Linzi lo juega, decides hasta qué punto es apetecible alguien. Si no son muy apetecibles, dices: «Es sólo un martes», queriendo decir que si te llama para salir solamente le reservarías una noche a la semana. Lo mejor es llamarle a alguien «Siete Días a la Semana», lo cual quiere decir que le reservarías todos los días si te lo pidiese. Así que este chico está mirando los lirios y yo estoy sacando el IVA de un envío múltiple pero al mismo tiempo mirándole por el rabillo del ojo y pensando: «Eres un de lunes a viernes.»

Luego me hace recorrer con él toda la tienda y coger flores azules o blancas, ninguna otra. Le señalo unos bonitos alhelíes rosas y finge un enorme estremecimiento y dice «Aaajj». ¿A quién se cree que impresiona? Como esos chicos que vienen a comprar una sola rosa como si nadie lo hubiese hecho nunca. Si un chico me regala una sola rosa roja, le digo: ¿Qué has hecho con las otras cinco, se las has dado a tus otras novias?

Luego estamos en el mostrador y se inclina todo engreído y hasta me coge la barbilla y dice: «¿Por qué tan triste, bonita mía?» Cojo las tijeras, porque estoy sola en la tienda y si me vuelve a tocar va a salir de aquí sin algo con lo que entró, cuando la campanilla de la puerta suena y entra ese otro chico con traje de ejecutivo, un aburrido yuppie. Y el presumido se queda completamente cortado porque ese chico le conoce y acaba de pillarle tratando de ligarse a una chica en una tienda, cosa que no es su estilo en absoluto, y se ruboriza todo, completamente colorado, hasta las orejas, me he fijado en las orejas.

Luego se queda muy callado y me tira el dinero y me dice que me dé prisa que está deseando llevarse al otro chico de la tienda. Así que yo me lo tomo con calma, no le pregunto si quiere que se las envuelva para regalo, pero lo hago todo muy despacio y luego le digo que me he equivocado en el IVA y todo el rato estoy pensando: ¿Por qué has abierto la boca? Eras un de lunes a viernes hasta ese momento. Ahora eres un mierda.

Me gustan las flores. Pero no me quedaré aquí mucho tiempo. Linzi tampoco. No

podemos soportar a la gente que las compra.

**Gillian** Algo extraño ha sucedido hoy. Algo muy extraño. Y no ha cesado después de haber sucedido, si es que entiende lo que quiero decir. Ha continuado siendo extraño por la tarde, y luego por la noche. Yo estaba sentada delante de mi caballete a eso de las nueve menos cuarto, haciendo pruebas preliminares en un pequeño tríptico de una iglesia de la City; Radio 3 como música de fondo, donde estaban poniendo algo de uno de esos Bachs que eran Bach. En esto ha sonado el timbre. Cuando estaba dejando mi torunda de algodón, ha sonado de nuevo, inmediatamente. Probablemente unos niños, pienso, son los únicos que llaman así. Querrán limpiar el coche. O están averiguando si hay alguien en casa antes de entrar por la parte de atrás a la fuerza.

Así que he bajado todas las escaleras ligeramente irritada y ¿qué veo? Un enorme ramo de flores, todas azules y blancas, en un papel de celofán. «¡Stuart!», he pensado. Quiero decir que he pensado que me las mandaba Stuart. Y cuando he visto que era Oliver quien las sostenía he seguido creyendo que ésa era la explicación más probable; Stuart había mandado a Oliver con las flores.

—¡Oliver! —he dicho—. Qué sorpresa. Pasa.

Pero él se ha quedado allí parado, tratando de decir algo. Blanco como el papel y manteniendo los brazos estirados tan rígidos como un estante. Sus labios se movían y han salido de ellos unos sonidos, pero no he podido entenderlos. Era como en las películas cuando la gente tiene un ataque al corazón, mascullan algo que a ellos les parece muy importante pero que nadie puede entender. He mirado a Oliver y me ha parecido que estaba verdaderamente angustiado. Las flores habían goteado sobre sus pantalones, su cara estaba alarmantemente pálida, temblaba y sus labios parecían pegarse cuando intentaba hablar.

He pensado que tal vez le ayudaría si le quitaba las flores. Así que he alargado las manos y las he levantado cuidadosamente manteniendo el extremo de los tallos lejos de mí. Por puro instinto, porque llevaba mi ropa de pintar y un poco de agua no hubiese importado nada.

—Oliver —he dicho—. ¿Qué pasa? ¿Quieres entrar?

Ha continuado allí parado con los brazos extendidos como si fuese un mayordomo robot sin bandeja que llevar. De pronto en voz muy alta ha dicho:

—Te quiero.

Así, sin más. Bueno, me he reído, por supuesto. Eran las nueve menos cuarto de la mañana y era Oliver el que hablaba. Me he reído, no despectivamente ni nada, sólo como si fuese una broma que yo sólo había cogido a medias.

Estaba esperando la otra mitad cuando Oliver ha huido. Sencillamente ha girado sobre sus talones y ha huido. Lo digo en serio. Ha echado a correr y yo me he



quedado allí en el escalón con ese enorme ramo de flores. No podía hacer otra cosa que llevarlas dentro y ponerlas en agua. Había enormes cantidades de flores y he acabado llenando con ellas tres jarrones y un par de jarras de cerveza de Stuart. Luego he vuelto a mi trabajo. He terminado la prueba y he empezado a limpiar el cielo, que es por donde empiezo siempre. No requería mucha concentración y durante toda la mañana me ha interrumpido el recuerdo de Oliver allí de pie incapaz de decir nada y luego casi gritándome esas palabras. Decididamente está sumamente nervioso esta temporada.

Supongo que ha sido porque sabemos que está muy alterado últimamente —su extraño comportamiento en el aeropuerto, para empezar— por lo que he tardado más de lo debido en reflexionar adecuadamente respecto a lo que había sucedido. Y cuando lo he hecho ya no he podido concentrarme en mi trabajo en absoluto. No paraba de imaginar conversaciones esta noche con Stuart.

—Vaya, qué cantidad de flores.

—Mmm.

—Conque tenemos un admirador, ¿eh? Vaya, hay muchísimas.

—Las ha traído Oliver.

—¿Oliver? ¿Cuándo?

—Unos diez minutos después de que tú te marchases. Casi habéis debido de cruzaros.

—Pero ¿por qué? Quiero decir, ¿por qué nos regala todas estas flores?

—No son para nosotros, son para mí. Dice que está enamorado de mí.

No, yo no podía tener esta conversación. No podía tener ninguna conversación que se aproximara a ésta, en cuyo caso, tendría que deshacerme de las flores. Mi primer pensamiento ha sido echarlas al cubo de la basura. Pero ¿y si Stuart iba a tirar algo allí? ¿Qué pensaría usted si encontrase su propio cubo de la basura lleno de flores completamente frescas? Luego he pensado en cruzar la calle y tirarlas en un contenedor, pero esto parecería muy raro. Todavía no tenemos amigos en la calle, pero nos saludamos con algunos vecinos y francamente no me gustaría que me viesan dejando todas esas flores en un contenedor. Así que las he metido en la trituradora de desperdicios. He cogido las flores de Oliver y las he metido, los pétalos primero, en la trituradora, y al cabo de unos minutos había reducido su regalo a una pasta que el agua fría se ha llevado por la tubería. De la trituradora ha salido un fuerte perfume durante un rato, pero poco a poco ha ido desapareciendo. He arrugado el celofán, he ido al cubo de la basura y lo he metido dentro de una caja de cereales que habíamos tirado. Luego he lavado y he secado las dos jarras de cerveza y los tres jarrones y los he puesto en su sitio normal, como si nada hubiese sucedido.

Me ha parecido que había hecho lo que tenía que hacer. Es muy posible que Oliver esté atravesando una crisis nerviosa, en cuyo caso necesitará que los dos

estemos a su lado. Algún día le contaré a Stuart lo de las flores y lo que he hecho con ellas y espero que nos riarnos a gusto también con Oliver.

Luego he vuelto a mi cuadro y he estado trabajando hasta la hora de preparar la cena. Algo me ha impulsado a servirme un vaso de vino antes de que Stuart volviese a las 6.30, su hora habitual.

Me alegro mucho de haberlo hecho. Ha dicho que había estado deseando llamarme todo el día pero que no había querido interrumpir mi trabajo. Ha dicho que había encontrado a Oliver en la floristería de aquí cerca cuando iba camino de la estación. Ha dicho que Oliver estaba extremadamente azorado, y con razón, porque estaba comprando flores para hacer las paces con una chica con la que se había acostado anoche y había sido impotente. Lo que es más, la chica en cuestión era la española que había sido la causa de que le despidieran de la Shakespeare School. Parece ser que su padre la ha echado de casa y ahora vive no lejos de nosotros. Ella le había invitado la noche anterior y la cosa no había salido en absoluto como él esperaba. Eso es lo que Stuart dice que Oliver le ha contado.

Creo que no he reaccionado al oír esta historia de la forma que Stuart esperaba. Probablemente daba la impresión de no estar concentrada. Bebía pequeños sorbitos de mi vino y continuaba haciendo la cena y en un momento dado me he acercado a la librería y he cogido distraídamente un pétalo que estaba allí tirado. Un pétalo azul. Me lo he metido en la boca y me lo he tragado.

Estoy profundamente confusa. Y eso por decirlo suavemente.

## 8. VALE, QUE SEA BOULOGNE

**Oliver** Tengo un sueño. Teeeengooo uuuun sueeeeeeño. No, no es eso. Tengo un plan. La transfiguración de Oliver. El hijo pródigo no se regodeará más con las rameras. Voy a comprarme una máquina de remo, una bicicleta estática, un podio de *langlauf*, un toro mecánico. No, no voy a hacer eso, pero estoy haciendo algo equivalente. Estoy planeando un cambio radical, como en los anuncios. ¿No tiene pensión a los cuarenta y cinco? ¿Cuál es su tipo de calvicie? ¿Le avergüenza su inglés? Voy a conseguir una pensión, voy a hacerme un injerto en la coronilla. Y no me avergüenza mi inglés, así que por ese lado no se fomenta el *cafard*. Pero en todos los demás aspectos será un plan de transformación de vida en treinta días. Que nadie intente detenerme.

He pedorreado demasiado por ahí, ésa es la triste verdad. Se te permite hacerlo durante algún tiempo, siempre y cuando finalmente te percares de que la pedomanía no es una profesión. Ponte un tapón, Ollie. Refórmate. Es la hora de las decisiones.

Primero, voy a dejar de fumar. Corrección: he dejado de fumar. ¿Ve lo *serio* que soy? ¿Durante cuántos años me he definido, o por lo menos adornado, por medio de las frondosas fragancias de la hoja del tabaco? Desde los primeros cobardemente pequeñoburgueses Embassy de hace tantísimo tiempo, al previsible atractivo de zapatillas con monograma del Balkan Sobranie, vía las poses de los mentolados y la horrenda austeridad de los bajos en nicotina, pasando por la autenticidad de la Rive Gauche de liarlos a mano torpemente (con o sin añadidos aromáticos) y su equivalente mecánico (esos rodillos estajanovistas, esa blanda tumbona de goma que nunca pude dominar por completo), hasta llegar a la actual estabilidad confiada, el consumo *équilibré* de Gauloise y Winston, mezclado en ocasiones con el feroz latigazo de una pequeña marca sueca bautizada como el alsaciano de las masas, Prince. ¡Uff, uff! Y voy a renunciar a todo esto. No, he renunciado a todo esto, ahora mismo, hace un momento. Ni siquiera se lo he preguntado a ella. Pero sospecho que querría que lo hiciera.

Segundo, voy a conseguir un empleo. Puedo hacerlo. No huí de la tóxica Shakespeare School of English sin sustraer cierta cantidad de ese papel de escribir desvergonzadamente chovinista y ahora tengo una serie de bonitos testimonios respecto a mis capacidades, cada uno de ellos calculado para excitar las gónadas de un posible empresario distinto. ¿Que por qué dimití? Desgraciadamente, mi madre murió, y tuve que dedicarme a la tarea de descubrir una residencia de ancianos para mi padre. Y si alguien es lo bastante insensible como para comprobar semejante historia entonces tampoco querría trabajar para él. Mi madre está siempre muriéndose, ha sido una gran ayuda a lo largo de los años, y el pobre papá reclama con frecuencia un cambio de vistas geriátricas. Cómo anhela contemplar con

añoranza una rompiente de bosques. Cómo le encanta evocar los remotos tiempos anteriores a que el escarabajo holandés atacara bárbaramente los olmos ingleses, antes de que las tierras altas estuviesen circundadas de árboles de Navidad. A través de su ventanal mi pater mira hacia el pasado. *Tap-tap-tap* hace el antiguo habitante de los bosques con su fiel hacha, tallando rúnicamente una hendidura en un nudoso tronco para advertir a los demás de que un venenoso hongo crece por estos contornos. ¡Y, oh, cómo retoza el oso pardo en una pendiente de sempiterno musgo! Nunca fue así y mi padre era un Viejo Cabrón, por si le interesa. Recuérdeme que le hable de él algún día.

Tercero, voy a devolverle el dinero a Stuart. Yo no soy Guillermo el Traidor. La sencillez y la probidad serán mis ofrendas. Mi máscara de bufón ya no encubre un corazón roto, así que fuera con ella. Me desembarazaré de mis calzas, si eso es algo de lo que uno se desembaraza. En otras palabras, voy a dejar de una puta vez de hacer payasadas.

**Stuart** He estado pensando. Tenemos que intentar ayudar a Oliver de alguna manera. Es nuestro deber. Él haría lo mismo por nosotros si estuviésemos en apuros. Fue realmente patético encontrarle de ese modo en la floristería. No tiene trabajo. No tiene seguridad en sí mismo, y Oliver, incluso de jovencito, fue siempre alguien que tenía seguridad en sí mismo. Engañaba a todo el mundo, incluso a ese padre que tenía. Supongo que de ahí viene todo. Si eres un muchacho de quince años con un padre como ése y le engañas, entonces ¿por qué iba a asustarte el mundo? Pero ahora le asusta. Ese terrible asunto con la chica española. El antiguo Oliver nunca hubiese tenido ningún... problema de ese tipo, y si lo hubiese tenido, se habría alejado como si nada. Se le habría ocurrido alguna broma o lo habría convertido en alguna ventaja para él. Lo que nunca habría hecho es salir a comprarle a la chica montones de flores a la mañana siguiente y dejar que yo le pillara haciéndolo. Es como decir: por favor no lo cuentes, por favor no lo transmitas al mundo entero, puedo sufrir. Él nunca habría actuado así en los viejos tiempos. Y la patética forma de decirlo. «Cometí una metedura de pata anoche.» Esa es una frase de colegiales. Se está desmoronando, si quiere saber mi opinión. Tenemos que intentar ayudarle.

**Gillian** No estoy segura respecto a nada de este asunto. Me siento profundamente recelosa. Stuart llegó anoche a casa de un humor tan alegre como de costumbre, me dio un beso, me rodeó con un brazo y me hizo sentarme como si tuviese algo importante que decirme.

—¿Qué me dices de unas vacaciones? —me preguntó.

Sonreí.

—Buena idea. Aunque... acabamos de volver de nuestra luna de miel.

—De eso hace años. Cuatro semanas por lo menos. Cinco. ¿Unas vacaciones?

—Mmm...

—Pensé que podríamos llevarnos a Oliver. Eso le animaría.

No respondí, de entrada no. Deje que le explique por qué. Yo tenía una amiga — bueno, la sigo teniendo, es sólo que hemos perdido el contacto temporalmente— que se llamaba Alison. Estuvo en Bristol conmigo. Su familia era muy agradable, vivían en el campo en algún sitio de Sussex, una familia normal de clase media. Se querían; su padre nunca les abandonó. Alison se casó nada más salir de la universidad. Tenía solamente veintiún años. Y ¿sabe lo que su madre le dijo la noche antes de la boda? Le dijo, completamente en serio, como si éste fuese un consejo transmitido de madre a hija desde tiempo inmemorial, su madre le dijo: «Siempre es buena idea tenerlos en vilo.»

Yo también me reí en ese momento, pero se me quedó grabado. Las madres diciéndoles a sus hijas cómo manejar a los maridos. Verdades necesarias transmitidas por línea femenina a lo largo de siglos y ¿en qué queda la sabiduría acumulada? «Siempre es buena idea tenerlos en vilo.» Eso me deprimió. Pensé: Oh, no, cuando yo me case, si me caso, las cosas tienen que estar claras, las hablaremos francamente. No voy a traerme ningún juego ni a tener secretos. Pero parece que está empezando ya. Tal vez sea inevitable. ¿Cree que de lo contrario la institución no funciona?

¿Qué es lo que debería haber hecho? Si estuviese intentando dejar las cosas claras, debería haberle contado a Stuart la aparición de Oliver en la puerta y lo que hice con sus flores. Pero entonces ¿también debería haberle dicho que Oliver me llamó al día siguiente y me preguntó si me habían gustado? ¿Que le dije a Oliver que las había metido en el triturador de desperdicios y que el teléfono se había quedado silencioso y cuando finalmente pregunté «¿Estás ahí todavía?» él sólo contestó «Te quiero» y colgó? ¿Debería haberle contado a Stuart todo eso?

No, presumiblemente no. Así que bromeé acerca de la sugerencia de las vacaciones.

—¿Ya estás aburrido de mi compañía?

Y, cosa nada sorprendente, Stuart lo interpretó mal.

Pensó que yo me había enfadado, así que se puso nervioso y empezó a decirme cuánto me quería, y tampoco era eso lo que yo quería oír, aunque por supuesto en cierto modo es lo que quiero oír siempre.

Me lo tomé a broma. No estoy teniéndole en vilo, pero me estoy tomando las cosas en broma. ¿Tan pronto?

**Stuart** Creo que Gillian no se tomó muy bien mi sugerencia de que nos fuésemos los tres juntos de vacaciones. Yo estaba a punto de explicárselo cuando ella me dio

una especie de corte. No es nada que dijera, sólo una forma que tiene de volverse ligeramente y hacer otra cosa y no responder tan rápidamente como debiera. Es curioso, pero ya tengo la impresión de haber conocido esa pequeña costumbre toda mi vida.

Así que la idea de las vacaciones ha sido abandonada. O, mejor dicho, cambiada. Un fin de semana largo, los dos solos. Saldremos en el coche hacia Dover a primera hora del viernes por la mañana, luego pasaremos a Francia. El lunes es fiesta, así que tendremos casi cuatro días. Encontrar un hotelito en alguna parte, ver los colores de principios de otoño, ir a un mercado y comprar muchas ristras de ajos que empezarán a ponerse mohosos antes de que podamos gastarlos. No es necesario planear nada; y eso que yo soy persona a quien le gusta planear las cosas, o, mejor dicho, que se preocupa si las cosas no están planeadas. Puede que esto sea una señal de la influencia de Gill sobre mí, el hecho de que hoy en día pueda decir algo como: «¿Por qué no nos marchamos sin más?» Y no es *lejos*, lo sé, ni mucho tiempo, y las probabilidades de que todos los hoteles del norte de Francia estén completos son bien escasas, así que no me preocupa realmente. A pesar de todo, es un comienzo para mí. Es un comienzo. Estoy practicando ser espontáneo. Es una broma, por cierto.

Oliver pareció disgustado cuando se lo dije. Lo cual demuestra que realmente está muy frágil ahora, supongo. Habíamos quedado para tomar una copa. Le dije que nos marchábamos a pasar el fin de semana en Francia. Su cara se demudó, como si le abandonásemos. Me dieron ganas de añadir: «Es por poco tiempo» o algo así, pero esa clase de cosas no se dicen entre amigos, ¿verdad?

No me contestó al principio, luego me preguntó dónde íbamos a alojarnos.

—No lo sé. Ya encontraremos algún sitio.

Entonces pareció animarse y volver a ser Oliver. Me puso una mano en la frente como para ver si tenía fiebre.

—¿Estás bien? —me preguntó—. No pareces tú. ¿De dónde sale este nuevo espíritu temerario? Apresúrate a ir a la farmacia para comprar un febrífugo.

Continuó con estas bromas durante un rato. Quiso saber qué transbordador cogeríamos, si íbamos a Calais o a Boulogne, hacia dónde nos dirigiríamos, cuándo volveríamos, etc., etc. En aquel momento no me pareció especialmente raro, supongo, pero pensándolo luego me sorprendió que no dijese nada como: «Que tengáis buen viaje.»

Cuando nos despedíamos le dije:

—Te traeré unas Gauloises libres de impuestos.

—No te molestes —dijo.

—¿Qué quieres decir? No es ninguna molestia.

—No te molestes —repitió, en un tono casi irritado.

**Oliver** Jesús, tuve un ataque de pánico. Quedamos en un pub, una madriguera crepuscular donde Stuart es un animalito peludo habitual, donde puede acurrucarse satisfecho en el rincón de la chimenea remodelado (imitación Norman Shaw) y beber su cerveza a grandes tragos como han hecho sus antepasados agricultores desde la antigüedad. Dios, odio los pubs. Los odio sobre todo desde que he dejado de fumar (mi abandono de dicha adicción le pasó completamente desapercibido a nuestro amigo Stuart). Ah, y también odio la palabra crepuscular. Creo que dejaré de utilizarla durante algún tiempo. Guíñeme un ojo si vuelvo a caer en ella, ¿quiere?

Así que estábamos sentados allí, en ese horrible lugar donde el «vaso de blanco» es aún más pernicioso que el brebaje del agricultor, y cuya selección de maltas de Highland no es ciertamente la mejor, y yo estoy recibiendo bocanadas de la nicotina de los demás que me desgarran el páncreas (golpéeme con un pitillo, vamos, hágalo; traicionaría a mi país por un Silk Cut, traicionaría a mis amigos por un Winston), cuando Stuart, con una expresión de grimsa complacencia, me anuncia de pronto:

—Nos marchamos, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Nos vamos el viernes. A Dover. Cogemos el primer transbordador y luego si te he visto no me acuerdo.

Me entró el pánico, lo reconozco. Pensé que se la llevaba para siempre. Les vi conduciendo kilómetros y kilómetros. Strasburgo, Viena, Bucarest, Estambul, sin detenerse, sin mirar atrás. La vi a ella apartándose unos rizos recién hechos mientras el descapotable se dirigía hacia el este, lejos de Ollie... Temporalmente conseguí reconstruir mi fachada jocosa, pero dentro era presa del pánico. Podría llevársela, pensé, podría hacerlo, tiene el poder de herirme de esa manera, este animalito peludo que ni siquiera se ha dado cuenta de que he dejado el tabaco. Ahora tiene una capacidad increíble para ser cruel irreflexivamente. Y se la he dado yo.

Pero, por supuesto, resulta que el alegre *estivant* sólo planeaba lo que sin duda denomina un Respiro de Fin de Semana. *Aestivate*, utilizado especialmente para los animales. Pasar el verano en un estado de letargo. Y el otoño. Y la mayor parte de su vida. Tiene de pronto tal poder para herirme, este Stuart.

Me prometió mandarme una postal. Prometió mandarme una maldita postal.

**Gillian** La conversación fue como sigue:

—¿Podemos ir de compras algún día?

—¿De compras? Por supuesto. ¿Qué quieres comprar?

—Comprar para ti.

—¿Para mí?

—Ropa.

—¿No te gusta lo que llevo, Oliver?

Intenté mantener un tono ligero.

—Quiero vestirme.

Pensé que lo mejor sería mostrarse cortante, antes de que aquello fuese más lejos.

—Oliver —dije, tratando de hablar como su madre (o por lo menos como la mía)—, Oliver, no seas ridículo, ni siquiera tienes empleo.

—Oh, ya sé que no puedo permitirme *pagar* —dijo sarcástico—. Ya sé que no tengo *dinero*, como Stuart. —Luego hizo una pausa y cambió de tono—. Sólo quiero vestirme, nada más. Puedo ayudarte. Quiero llevarte de compras.

—Oliver, eres muy amable —dije. Luego, cortante de nuevo—: Lo tendré en cuenta.

—Te quiero —dijo.

Le colgué.

Eso es lo que voy a hacer, lo que he decidido hacer. Ser cortante y educada y colgarle el teléfono. Es ridículo. Evidentemente está fatal esta temporada. Y es probable que, sin darse cuenta, naturalmente, esté celoso de nuestra felicidad. Antes salíamos los tres juntos, pero luego Stuart y yo nos casamos, y él se siente excluido. En vez de tres, ahora somos dos más uno, y él lo nota. En cierto modo es completamente normal, supongo. Estoy segura de que lo superará.

En cualquier otra circunstancia no me habría importado ir de compras con Oliver. Stuart no me sirve de mucho, a decir verdad, no porque no disfrute comprando sino porque le gusta todo lo que me pruebo. Dice que estoy fabulosa con todos los colores y todos los estilos. Si saliese del probador con una bolsa de basura alrededor de la cintura y la pantalla de una lámpara en la cabeza, diría que me sentaban de maravilla, lo cual es encantador, como puede imaginarse, pero no es una ayuda práctica realmente.

**Oliver** No es un capricho. Por una vez. Sin duda usted está imaginando lo que supone que son mis fantasías acerca del vestuario de Gillian: un remolino de martas cibelinas sacadas de *Boris Godunov*, colores de Rimsky, ligeros estampados veraniegos del Rossini niño, alegres accesorios de Poulenc... No, perdone. No soy un babeante Armador de cheques (¿cómo podría serlo?) ni un caminante orquidectomizado; simplemente sé que mi ojo, mi sentido del color, mi *nous* para los tejidos son muy superiores a los de Stuart y Gillian juntos. Elevados al cuadrado, elevados al cubo. Por lo menos, a juzgar por los resultados. Incluso las personas que no se preocupan de la ropa tienen mejor aspecto cuando llevan algo bien cortado. E incluso las personas que dicen que no se preocupan por su aspecto, se preocupan por su aspecto. Todo el mundo se preocupa por su aspecto. Lo que pasa es que algunas personas creen que están mejor cuando tienen una pinta horrible. Es una forma de arrogancia, por supuesto. Voy hecho una pena porque mi mente está ocupada en cosas



más elevadas, porque estoy tan atareado que no tengo tiempo de lavarme la cabeza, porque si de verdad me quieres me querrás así también. No es que Gillian entre en esta categoría ni remotamente. Todo lo contrario. Es sólo que me gustaría *rehacerla*.

*Rehacer*. Formar de nuevo. Pero también, en la mente de Stuart, un término del termítico mundo de los negocios y las finanzas. Rehacer: Transferir la posesión (de un objeto o un título) a otra persona. Verbo transitivo.<sup>[10]</sup>

**Stuart** Tuvimos un respiro de fin de semana maravilloso. Cogimos la autopista desde Calais. Nos desviamos hacia la izquierda cuando nos apeteció y nos encontramos en algún lugar cerca de Compiègne. Nos detuvimos en un pueblo cuando estaba anocheciendo. Un hotel familiar con habitaciones que daban a un crujiente balcón de madera que corría a lo largo de dos lados del patio. Por supuesto, fuimos a un mercadillo y, naturalmente, compramos un par de ristas de ajos trezadas que se pondrán mohosos antes de que hayamos acabado con ellos. Así que será mejor que le regalemos algunos a alguien. El tiempo un poco lluvioso, pero ¿qué importa?

No volví a pensar en Oliver hasta que estuvimos de nuevo en el barco, para ser sincero. Me acordé de él y propuse que le comprásemos unas Gauloises. Gillian me dijo que había dejado de fumar. Qué raro. Y atípico.

**Gillian** No sé por dónde empezar. Tampoco sé dónde va a terminar esto, ni cómo va a terminar. ¿Qué está ocurriendo? No es culpa mía, pero me siento culpable. Sé que no es culpa mía en ningún sentido y sin embargo me siento culpable.

Tampoco sé si hice lo que debía. Tal vez no debería haber hecho nada. Tal vez lo que hice fue un acto de complicidad o pudo parecer que lo era. Quizá debería haber permitido que todo —aunque no hay nada— saliera a la luz en aquel momento. ¿Por qué no? Pero... Habíamos pasado unos días tan estupendos que supongo que quise conservar aquel estado de ánimo.

La primera vez que paró de llover fue en el transbordador de regreso desde Boulogne. Eso fue irónico. En cierto modo sucedió por eso.

A la ida cruzamos de Dover a Calais. Y luego seguimos la autovía. Elegimos una salida casi al azar. Elegimos un pueblo en el que alojarnos casi al azar, era el sitio al que llegamos cuando caía la noche. Nos marchamos el lunes después de desayunar y nos detuvimos a comer cerca de Montdidier. Luego continuamos hacia Amiens con los limpiaparabrisas moviéndose sin cesar mientras dejábamos atrás graneros empapados y ganado chorreando. En algún lugar más allá de Amiens me acordé de los muelles del transbordador de coches en Calais. Primero te hacen dar vueltas por toda la ciudad y luego te meten dentro de un sistema con miles de personas y no

tienes en absoluto la sensación de ir a una ciudad de la costa y subir a bordo de un barco. Quiero decir que ésa es la sensación que uno debería tener, ¿no? Así que le propuse a Stuart que fuésemos a Boulogne en lugar de a Calais. Al principio él estaba un poco en contra de la idea porque no salen tantos transbordadores desde Boulogne. En cambio, nos ahorraría el hacer unos treinta kilómetros más bajo la lluvia y además, le dije, si llegamos allí y no hay un transbordador hasta dentro de varias horas, podemos seguir hasta Calais. Lo he contado de un modo que parece una pelea, pero no lo fue. Se trató de una alegre discusión y luego una decisión fácil. Así son las cosas entre nosotros. Stuart nunca me hace sentir que su orgullo depende de que hagamos lo que yo sugiero o lo que sugiere él. Eso es algo que encontré atractivo desde el principio. Si les propones un cambio de plan, la mayoría de los hombres se lo toman —aunque no sea conscientemente, lo cual a menudo es peor— como una especie de insulto o de crítica. No pueden soportar que tengas opiniones distintas acerca de cuestiones relativamente poco importantes. Pero, como digo, Stuart no es así.

—Vale, que sea Boulogne —dijo, cuando otro Renault nos pasó y cegó el parabrisas con sus salpicaduras.

La cuestión es ésta. Nadie sabía dónde habíamos ido. Nadie sabía dónde habíamos decidido quedarnos. Emprendimos el viaje, nos detuvimos al azar, hicimos lo que se nos antojó, cambiamos de planes y cogimos el primer barco que zarpaba de un puerto distinto del de llegada. Y Oliver estaba en el barco.

Había llovido. Llovió sin cesar todos los días, de hecho, y continuaba lloviendo mientras estábamos haciendo cola para entrar con el coche en el transbordador. Todas las superficies internas del barco parecían mojadas también, los escalones y las barandillas. Nos sentamos en uno de esos salones que forman parte de un enorme bar y las ventanas estaban empañadas; cuando las frotabas tampoco podías ver mucho a causa de la lluvia que caía fuera. Más o menos hacia la mitad de la travesía del canal un hombre con un impermeable de plástico volvió a una mesa cercana y anunció que al fin había dejado de llover; vaya suerte, añadió. Cuando Stuart y yo oímos esto no levantamos y buscamos la salida más próxima. Ya sabe lo que pasa en los transbordadores, te desorientas un poco, nunca sabes si estás en la cubierta A o en la cubierta B, o a qué parte sales cuando cruzas una puerta, la proa, la popa o los lados. Así que escogimos una salida al azar y yo pasé por encima de uno de esos marcos de puerta que presumiblemente son altos para impedir que el agua de mar entre en el salón. Estábamos a la mitad de uno de los lados del barco y cuando miré hacia la izquierda vi a Oliver a unos cuatro metros, mirando fijamente al mar. Le vi de perfil. Él no me vio.

Di media vuelta inmediatamente y choqué contra Stuart.

—Perdona —dije, y volví a entrar.

Stuart me siguió. Le dije que había sentido náuseas de pronto. Me contestó que entonces lo que necesitaba era aire fresco. Le dije que había sido el repentino aire fresco lo que me había provocado las náuseas. Nos sentamos de nuevo. Se mostró muy solícito. Le dije que se me pasaría. Miraba con frecuencia hacia aquella puerta.

Al cabo de unos minutos, cuando pensó que yo ya estaba bien, Stuart se levantó.

—¿Adonde vas? —le pregunté.

Tuve una horrible premonición. Tenía que impedir que saliera a cubierta.

—He pensado que voy a comprarle a Oliver unas Gauloises —dijo—. Libres de impuestos.

Yo no estaba segura de controlar mi voz.

—No fuma —dije—. Lo ha dejado.

Stuart me dio unas palmaditas en el hombro.

—Entonces le compraré ginebra —dijo, y se marchó.

—Oliver no fuma —me encontré murmurando cuando ya se había marchado.

Vigilé la puerta. Esperaba que Stuart volviese. Teníamos que escapar sin ser vistos. Sentía que nuestra felicidad dependía de eso. Insistí en que fuéramos los primeros en la cola para bajar a las cubiertas donde estaban los coches. Las escaleras estaban tan mojadas y eran peligrosas como cuando subimos a bordo. Stuart habla comprado unas Gauloises a pesar de todo. Dijo que los guardaría durante algún tiempo y se los daría a Oliver cuando empezase a fumar otra vez.

¿Qué está ocurriendo?

**Oliver** Comprobé que regresaban a casa sanos y salvos. Eso era lo único que quería. ¿Había usted previsto un estrepitoso encuentro marítimo con chorreantes suestes y un buque simbólicamente zarandeado por las olas? De todas formas, el mar estaba en calma, y yo comprobé que regresaban a casa sanos y salvos. Comprobé que *ella* regresaba a casa sana y salva.

## 9. NO TE QUIERO

**Stuart** Algo le ocurre a mi amigo Oliver últimamente. Dice que ha empezado a correr; dice que ha dejado de fumar; dice que piensa devolverme el dinero que le presté. No creo realmente nada de esto, pero incluso el hecho de que lo diga indica que le ocurre algo.

Esa historia de los teléfonos, por ejemplo. De repente, la otra tarde empieza a preguntarme acerca de todos los nuevos tipos de teléfonos móviles que hay en el mercado; cómo funcionan, qué alcance tienen, cuánto cuestan. Supongo que piensa poner un teléfono de coche en esa tartana que conduce. Es la última cosa que yo habría esperado de Oliver. Es tan... retrógrado. No creo que usted se haya percatado de lo retrógrado que es. Probablemente da la impresión de ser un pseudoartista y un poco descuidado, pero es mucho peor que eso. Creo que no está preparado para la era moderna, francamente. No entiende nada de dinero, ni de negocios, ni de política, ni de máquinas. Piensa que el vinilo negro da mejor sonido que los compactos. ¿Qué se puede hacer con alguien así?

**Oliver** Tengo que estar cerca de ella, ¿comprende? Tengo que conquistarla, tengo que ganármela, pero antes que nada tengo que estar cerca de ella.

Creo que sé lo que sienten esos indómitos y obstinados buscadores de la aprobación popular mientras soportan la larga y penosa marcha que finalmente les lleva a los bancos de cuero verde del Palacio de Westminster y al derecho a gritarse insultos los unos a los otros. De casa en casa, como el vendedor de cepillos de Fuller o el deshollinador cubierto de carbonilla de antaño. Salvo que tales criaturas han desaparecido de nuestras calles hace largo tiempo, junto con el canto en falsete del vendedor de bollos, el taciturno afilador y el sonriente boy-scout que se ofrecía para hacer un trabajo por un chelín. Cómo están languideciendo los pintorescos oficios de antes, el grupo de las Familias Felices.<sup>[11]</sup> ¿Quién llama a nuestra puerta hoy en día? Solamente el ladrón concienzudo que quiere comprobar nuestra ausencia; el modesto fundamentalista que exige nuestra conversión antes del día del Juicio Final; el ama de casa en chándal que asalta el buzón con un fajo de hojas de propaganda, una muestra en miniatura de un suavizante para la ropa y la tarjeta de un sospechoso taxista; éstos y el aspirante a diputado. ¿Puedo contar con su voto? Váyase a tomar por culo. Oh, qué interesante. Si tuviese usted un momento me encantaría explicarle la opinión de nuestro partido al respecto. ¡Portazo! Luego a la casa siguiente, donde solapadamente te aceptan un cartel y lo tiran a la basura en cuanto das media vuelta. Y a la siguiente, donde te prometen su apoyo a condición de que tu partido garantice que perseguirá, encarcelará y preferiblemente ejecutará a ciertas categorías de personas no blancas.

¿Cómo lo hacen? ¿Por qué continúan haciéndolo?

Por lo menos el distrito electoral en el que yo aspiraba a la elección era pequeño y las variedades de humillación disponibles eran limitadas. Me recibieron como a un ladrón, un violador con buenos modales, un lavador de coches sin cubo, un instalador de dobles ventanas, por no mencionar al corrupto informador de que algunas de las tejas están sueltas, señora, y puesto que estamos en esta zona con una escalera larga se las arreglo por ochenta libras. Sin embargo, yo no era más que un modesto solicitante de alojamiento. Una habitación para uso ocasional durante unos meses, pago en metálico y por adelantado. No, lo siento, no cuido niños. Un par de miradas raras y me di cuenta de que también tenía que atajar la suposición de que quería alquilar una cueva para juegos sexuales *outrés* con un montón de víctimas infantiles. Soy guionista, comprende, exigencias del estudio, la soledad absoluta es esencial, entrar y salir cuando se me antoje, con frecuencia no vendré, caprichos del genio y de sus erráticos movimientos, a su disposición varias referencias falsificadas de decanos de la Universidad de Oxbridge y directores de Shakespeares Schools, incluso una escrita en papel de la Cámara de los Comunes. No estaría usted ayudando a un vagabundo ni a un ladrón, señora, sino a Orson Welles, y ni siquiera usaría nunca el teléfono.

Casi dio resultado en el número 67, lo cual habría sido ideal. Pero la mujer me ofreció una bonita y soleada habitación bajo el alero en la parte de atrás. Así que fingí que los taladrantes rayos del señor Sol me amedrentaban. Mi tierno talento necesitaba el socorro de la luz septentrional. ¿Alguna posibilidad de tener una habitación en la parte de delante? Ninguna. Así que mi fatigoso peregrinar me llevó al número 55, donde una araucaria agitaba sus ramas en el jardín delantero y las ventanas padecían dolorosamente glaucoma. La puerta de cementerio chirrió y dejó su espinosa firma de herrumbe en la palma de la mano (¡Yo se la arreglaré, señora!). El timbre no sonaba en absoluto a menos que lo apretaras oblicuamente con el pulgar en dirección norte noroeste. Mrs Dyer era diminuta; su cabeza descansaba sobre la espina dorsal como un girasol sobre su tallo; y su pelo había pasado ya la fase alba y ahora tenía el color del índice de un fumador de Gitanes. Tenía una habitación orientada al norte; le habían gustado «las películas» hasta que perdió vista; no quería dinero por adelantado. Yo no podía soportarlo. La mitad de mí deseaba decir: No se fíe de mí, no me conoce, es peligroso que crea todo lo que la gente le diga, es usted tan frágil, yo tan robusto; la otra mitad deseaba decir: La amo, véngase conmigo, siéntese en mis rodillas, la recordaré siempre. Usted tan llena de su pasado, yo tan lleno de mi futuro.

En lugar de eso, dije:

—Le arreglaré la puerta del jardín si quiere.

—No le pasa nada —respondió con firmeza, y sentí una indecible ternura hacia ella.

Así que heme aquí, una semana más tarde, encima de la bóveda de mi araucaria, mirando al otro lado de la calle anohecida, esperando a que mi amor vuelva a casa. Pronto estará aquí con sus provisiones de papel de cocina, leche y mantequilla, mermeladas y encurtidos, panes y peces; con su lavavajillas verdoso y un paquete gigante del repugnante cereal que Stu toma para desayunar y que todas las mañanas sacude alegremente como si fuese un par de maracas. *Chac-a-chac. Chac-a-chac-chac.* ¿Cómo conseguiré dominarme? ¿Cómo me controlaré para no bajar columpiándome por las ramas y ayudarla a descargar su cochecito?

Panes y peces. Apuesto a que Stuart la ve fundamentalmente como a una buena compradora, mientras que para mí ella hace milagros.

**Gillian** Estaba descargando el coche cuando sonó el teléfono. Lo oía dentro de la casa. Tenía una bolsa en cada mano, un paquete de pan bajo el brazo, las llaves de la casa en la boca, las llaves del coche aún en el bolsillo. Cerré la puerta del coche de una patada, dejé una bolsa en el suelo, eché la llave, recogí la bolsa, corrí por el sendero, me detuve ante la puerta, se me cayó el pan, no encontraba las llaves de la casa. Dejé las dos bolsas en el suelo y me acordé de que tenía las llaves en la boca, abrí la puerta, entré corriendo, y el teléfono dejó de sonar.

No me importó realmente. Lo que solía irritarme ya no me irrita tanto, y hasta cosas muy aburridas, como hacer la compra, casi me divierten. Podríamos probar esto. Me pregunto si a Stuart le gustan las batatas. Cosas corrientes.

El teléfono sonó de nuevo. Lo cogí.

—Lo siento.

—¿Cómo dice?

—Lo siento. Ah, soy Oliver.

—Hola, Oliver. —La señorita Cortante otra vez—, ¿Qué es lo que sientes?

Hubo un silencio, como si le hubiese hecho una pregunta muy profunda. Luego dijo:

—Oh, bueno, pensé que estabas ocupada. Lo siento.

De repente hubo un chisporroteo y unos silbidos en la línea. Se le oía como si estuviese muy lejos. Pensé que tal vez había huido y que llamaba para disculparse por sus llamadas anteriores.

—Oliver, ¿dónde estás?

De nuevo un largo silencio.

—Oh, podría estar en cualquier parte.

De repente me imaginé que tal vez había tomado una sobredosis y llamaba para despedirse. ¿Por qué se me ocurriría tal cosa?

—¿Estás bien?

Entonces su voz volvió a sonar clara.

—Estoy bien —dijo—. Estoy mejor de lo que he estado en mucho tiempo.

—Estupendo. Stuart estaba preocupado por ti. Los dos lo estábamos.

—Te quiero. Te querré siempre. Este amor no acabará nunca.

Colgué. ¿Qué habría hecho usted?

No paro de preguntarme si le habré alentado alguna vez. Nunca tuve la intención de hacerlo. ¿Por qué me siento culpable? No es justo. Yo no he hecho nada.

Le hice abandonar la idea de ir de compras conmigo. Mejor dicho, sencillamente le dije que ni hablar. Ahora dice que quiere venir a verme trabajar. Le contesté que lo pensaría. Voy a mostrarme muy firme y franca y práctica con Oliver de ahora en adelante. Entonces verá que es inútil tontear y fingir que está enamorado de mí. Pero no se lo contaré a Stuart. Todavía no, lo tengo decidido, tal vez nunca. Creo que le... deprimiría. O le daría demasiadas vueltas. Y si Oliver quiere verme —lo cual quizá sea una buena idea si puedo meterle algo de sentido común en la cabeza—, entonces únicamente lo haré después de haber hablado con Stuart del asunto.

Ya está. Eso es lo que haré. Esa es mi decisión.

Pero sé por qué me siento culpable. Puede que usted ya lo haya adivinado. Me siento culpable porque encuentro atractivo a Oliver.

**Mrs Dyer** Es un joven muy agradable. Me gusta tener gente joven en casa. Me gusta que haya un poco de idas y venidas. Dice que está escribiendo algo para las películas. Me prometió darme una invitación para el estreno. Tienen la vida por delante, los jóvenes, eso es lo que me gusta de ellos. Se ofreció para arreglarme la puerta del jardín, pero para qué molestarse. Esa puerta aguantará más que yo.

Yo venía de la compra el otro día cuando le vi salir de su coche. Estaba en Barrowclough Road, cerca de los baños. Bajó del coche, lo cerró con llave y echó a andar delante de mí. Cuando llegué a casa él ya estaba en su habitación, silbando alegremente. Me pregunté por qué habría dejado el coche en Barrowclough Road, está a dos calles de aquí y es muy fácil aparcar delante de casa.

A lo mejor es que se avergüenza del coche que tiene. Hasta yo pude ver que está todo herrumbroso.

**Oliver** Yo estaba un pelín mogadónico, pero eso se debía a que estaba aterrado. Sin embargo, lo hice, ¡lo demostré!

Les invité a cenar en mi residencia principal y les preparé una *tagine* de cordero con albaricoques, que animé con un robusto Shiraz australiano del río Mudgee. Una combinación muy juguetona, más juguetona que Stu y Gillie, ciertamente. Enfrentado con este mestizaje viviente, tuve ratos en que me puse muy minimalista, lo cual hizo que la cosa resultase un poco tensa. Me sentía como Eugenio Onegin escuchando a

ese pelmazo del príncipe cantar las alabanzas de su Tatiana. Luego Gillian le cotilleó a Stuart que yo quería ir a verla trabajar.

—Ssss, tesoro —dije—. *Pas devant!*

Pero actualmente Stuart está tan efervescente, tan condenadamente *méthode champenoise* que yo podía haberme arrodillado delante de su esposa y él habría aceptado mi explicación de que estaba cogiéndole el dobladillo.

—Muy buena idea —dijo—. Siempre he pensado en hacerlo yo. Está muy rica —continuó (no aludiendo a la succulenta Gillie)—. ¿Es ternera?

Después del café anuncié que estaba ansioso por reposar en el acogedor hombro de Morfeo, y se marcharon. Les di tres minutos de ventaja y luego arranqué mi cacharro con un acelerón a lo Bogart. (La verdad es que tuve que emplear paciencia y halagos para sacar una renuente chispa de mi gruñón y tacaño motor. Pero ¿acaso no es la vida igual que el automovilismo?) Bien, Stuart, debería usted saberlo, está ranciamente orgulloso de moverse por Londres sin siquiera cruzar una ruta de autobús; su conducción es toda a base de atajos y breves zambullidas por callejuelas desbordantes de policías dormidos. En cambio Ollie ha descubierto que hoy en día no existe nada parecido a un atajo en Londres: todas las callejuelas están atascadas por maestros cartólogos como Stu, aficionados a las curvas y los callejones deseosos de ahorrar gasolina, que hacen que sus Oldsmobile Mantras giren a toda velocidad en U como instructores en la pista de patinaje. Ollie es más listo que todos ellos y galopa alegremente con su carcasa (¡ciertamente no un Lagonda!) por Bayswater Road, sube velozmente por Piccadilly e incluso reduce en la desierta Euston Road para dar deportivamente una oportunidad a los competidores.

Tuve tiempo de darle un seminario a Mrs Dyer sobre las obras maestras menores de Norman Wisdom antes de subir a mi cuarto dando brincos y silbando como alguien tocado por una súbita inspiración nocturna. Luego apagué la luz y me instalé en la ventana entre las ásperas frondas de mi araucaria. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban? ¿Se habría quedado la tortuga patas arriba en algún sulfuroso callejón sin salida? Y si... Pero, ah, allí está el brillo metálico que buscaba. Y allí está su perfil, tan conmovedoramente inconsciente. El coche se detuvo. Stuart se bajó de un salto y dio la vuelta con sus andares de gordito hasta la puerta de Gillian. Cuando ella salió del coche, él se amadrigó en su cuerpo como un animal anidando.

Una imagen como para derretir las entrañas. Me sentía poco bromista conmigo mismo mientras volvía a casa esa noche.

**Gillian** Él estaba muy tranquilo. Yo estaba nerviosa. Supongo que esperaba que se me echase encima o algo así. Vio la radio sobre la pequeña banqueta y me preguntó si la ponía mientras trabajaba. Le dije que sí.

—Ponla entonces —dijo en voz baja.



Había una sonata estilo Haydn, un piano suave que subía y bajaba siguiendo pautas que podías prever a medias aunque nunca hubieras oído la pieza. Empecé a relajarme un poco.

—Dime lo que estás haciendo.

Me detuve y me volví.

—No —dijo—. Háblame mientras lo haces.

Volví al cuadro. Era una pequeña escena invernal: el Támesis congelado de una orilla a otra, gente patinando y niños jugando en torno a una hoguera sobre el hielo. Bastante alegre y bastante asqueroso después de haber estado colgado durante siglos en la sala de banquetes de una corporación de la City.

Le expliqué que se hacían pruebas por debajo de la línea del marco, que se empezaba con saliva en una diminuta torunda de algodón y se iba avanzando con varios disolventes, que era preciso encontrar el disolvente adecuado para el barniz. Que el barniz podía variar en distintas partes del cuadro. Que algunos pigmentos salían más fácilmente que otros (los rojos y los negros siempre parecen ser más solubles cuando limpio con amoníaco). Que tiendo a empezar por las partes más aburridas, como el cielo, y luego me recompensó con una parte interesante, como una cara o un pedazo de blanco. Que todo el placer está en la limpieza y casi nada en el retoque (esto le sorprendió). Que la pintura vieja se cura, de modo que un cuadro del siglo XVII es más fácil de limpiar que uno del siglo XIX (esto también le sorprendió). Mientras hablaba estaba todo el rato pasando mis torundas por el Támesis helado.

Al cabo de un rato las preguntas cesaron. Continué trabajando. La lluvia caía silenciosamente sobre el cristal de la ventana. El piano seguía sus pautas en el aire. La barra de la estufa eléctrica zumbaba de vez en cuando. Oliver estaba sentado detrás de mí, callado, mirando.

Fue todo muy plácido. Y no me dijo ni una vez que me quería.

**Stuart** Creo que es una idea realmente buena el que Oliver vea a Gillie de vez en cuando. Necesita a alguien que le tranquilice. Supongo que puede hablar con ella de una forma distinta de como habla conmigo.

—Supongo que viene a verte después de haber estado con Rosa —dije.

—¿Con quién?

—Con Rosa. La chica por la que le despidieron. —Gillie no respondió—. Quiero decir, ¿no te habla de ella? Pensé que era eso lo que hacía.

—No —dijo ella—. No me habla de Rosa.

—Pues deberías preguntarle. Probablemente desea hacerlo pero no se atreve.

**Oliver** Es maravilloso. Voy y me quedo allí sentado mientras ella trabaja. El ojo

hambriento absorbe su gruesa jarra de pinceles, sus frascos de disolventes —xileno, propanol, acetona—, sus tarros de vivaces pigmentos, su algodón especial de restaurador que con burlona banalidad resulta ser simplemente Plegado Económico de Pretty. Ella se sienta formando una suave curva ante su caballete, eliminando delicadamente tres siglos de un hosco cielo londinense. ¿Tres siglos de qué? De barniz amarillento, humo de madera, grasa, cera de vela, humo de cigarrillos y cagadas de mosca. No bromeo. Lo que deconstruí como unos pájaros lejanos pintados sobre un cielo tétrico, por obra de un breve movimiento de muñeca, resultaron ser cagadas de moscas. Los disolventes anteriormente mencionados, por si le interesa saberlo, no hacen mella en los excrementos de *mouche*, así que cuando tenga que enfrentarse a este problema en su vida doméstica utilice esputo o amoniaco, y si eso falla debe retirar las cagadas con un escalpelo.

Yo había imaginado que la limpieza sería una tarea de rutina y el retoque una fuente de alegría, pero al parecer es *vice versa* y *tête-bêche*. Sondeé más a Gillian respecto a las fuentes de su satisfacción profesional.

—Encontrar algo que no sabías que estuviese ahí, cuando quitas el exceso de pintura, eso es lo mejor. Observar cómo algo en dos dimensiones se convierte gradualmente en algo en tres dimensiones. Como cuando empieza a surgir el modelado de una cara. Por ejemplo, estoy deseando hacer *este* trocito.

Con la punta de su torunda indicó la figura de un niño deslizándose sobre el hielo agarrado con manos temblorosas a una silla.

—Hazlo entonces. *Aux armes, citoyenne*.

—No me lo he ganado todavía.

¿Ve como todo tiene sentido hoy en día, como todo resuena en este mundo? Es la historia de mi vida. Descubres lo que no sabías que estuviese ahí. Dos dimensiones dan paso a tres. Aprecias el modelado de las caras. Pero tienes que ganártelo todo. Muy bien, me lo ganaré.

Le pregunté cómo sabría cuándo todos sus toquecitos y frotos con el Plegado Económico de Pretty habrían cumplido su misión purgante.

—Oh, eso me llevará otras dos semanas.

—No, quiero decir, ¿cómo *sabes* cuándo has terminado?

—Se sabe.

—Pero debe haber un punto... cuando has lavado toda la porquería y el barniz y el exceso de pintura, y tus perfumes de Arabia han hecho su trabajo y llegas al punto en que *sabes* que lo que ves ante ti es lo que el tipo vería ante sí cuando dejó de pintar hace tantos siglos. Los colores tal y como él los dejó.

—No.

—¿No?

—No. Es inevitable que vayas un poquito demasiado lejos o te quedes algo corta.

No hay forma de saberlo *exactamente*.

—¿Quieres decir que si cortases ese cuadro en cuatro trozos (lo cual en mi opinión sería claramente un acto pro vida) y se los dices a cuatro restauradores diferentes cada uno se detendría en un punto distinto?

—Sí. Bueno, evidentemente todos lo dejarían aproximadamente en el mismo nivel. Pero es una decisión artística más que científica cuándo detenerse. Es algo que sientes. No hay ningún cuadro «real» ahí debajo esperando a ser revelado, si es eso lo que quieres decir.

Lo es, sí, lo es. ¿No es maravilloso? ¡Oh, refulgente relatividad! *No hay ningún cuadro «real» ahí debajo esperando a ser revelado*. Lo que siempre he dicho acerca de la vida misma. Podemos rascar, escupir, lavar y frotar hasta el punto en que declaremos que la verdad pura y simple se halla ante nosotros gracias al xileno, el propanol y la acetona. ¡Mira, ya no hay cagadas de mosca! ¡Pero no es así! ¡Es únicamente tu palabra contra la de los demás!

**Mrs Dyer** Y hay otra cosa que hace. Habla solo en su habitación. Le he oído. Dicen que estas personas creativas pueden estar un poco majaretas. Pero tiene montones de encanto. Le dije: Si yo tuviera cincuenta años menos... Y él me dio un beso sonoro en la frente y me dijo que me tendría en reserva si nunca llegaba al altar.

**Oliver** Ya se lo he dicho, estoy arreglando mi vida. La historia del ejercicio fue una mentirijilla, lo reconozco; estoy seguro de que me daría el infarto del corredor al subirme a mis Nikes. Pero en otros aspectos... Verá, tengo que hacer dos cosas: una, asegurarme de tener todas las tardes libres, de lunes a viernes, por si me permite estar con ella. Dos, ganar el suficiente dinero para mantener mi babilónico apartamento en el oeste y mi espartano cuarto alquilado en el norte. Y la solución —*¡saprísti!*— es: trabajo los fines de semana. Aparte de otras cosas, eso me impide pensar en el oso australiano de Stoke Newington y su empenachado dormitorio.

He cambiado de empleo. Ahora trabajo en Mr Tim's College of English. Algo en este nombre desata la sospecha de que el propio Mr Tim no es, como si dijéramos, inglés.<sup>[12]</sup> Pero yo sostengo la humanitaria opinión de que esto le permite a Mr Tim una plena comprensión imaginativa de las dificultades de aquellas lenguas de Babel que se arrojan a su merced. Por el momento, el College no es una escuela de inglés oficialmente reconocida; Mr Tim está tan sobrecargado de responsabilidades pastorales que no acaba de solicitar la aprobación del British Council (incluso la vil Shakespeare School había logrado este reconocimiento). Como consecuencia, nuestras clases no están abarrotadas de principitos saudíes. ¿Sabe cómo se costean las matrículas algunos de los chicos? Pasean arriba y abajo de las transitadas calles del

centro de Londres distribuyendo a sus semejantes y dobles una hojita anunciando el Mr Tim's College of English. El pez que se muerde la cola. Mr Tim, por cierto, no reconoce el concepto moderno del laboratorio de idiomas; tampoco se adhiere a la idea antigua de biblioteca; es aún menos partidario de separar a los estudiantes de distintas capacidades. ¿Detecta usted un toque de fervor moral contaminando desagradablemente la normalmente límpida cosmovisión de Oliver Russell? Puede que sí. Puede que esté cambiando algo más que mi empleo. ILE, a propósito. Nadie le ve la gracia. El Inglés como Lengua Extranjera. ¿No? Permítame que lo exprese en una frase: «Enseño el inglés como lengua extranjera.» La cuestión es ésta: si es así como se enseña, no es sorprendente que la mayoría de nuestros alumnos no sean capaces de comprar un billete de autobús a Bayswater. ¿Por qué no enseñamos el inglés como inglés? Eso es lo que yo quisiera saber.

Perdone. No era mi intención quejarme de esta manera. El caso es que me bastó con agitar mis referencias de la Hamlet Academy aromáticamente falsificadas delante de las narices de Mr Tim y allí estaba, suelto entre las cosmopolitas *virginibus puerisque* recostadas en sus mesas. El factor moidoros de oro no es lo que era, ya que Mr Tim es un tacaño de categoría. 5,50 libras la hora salieron a regañadientes de su cartera, en oposición a las munificentes 8 libras de la Shakespeare School. A este paso el pobre Ollie acabará siendo un señor de la limpieza.

¿Por qué, me preguntó Mr Tim, su acento un sedoso simulacro de un esquimal masticando una cinta de Berlitz, quería tener las tardes libres? Así que el pobre y viejo pater acudió en mi ayuda una vez más. Estamos tan unidos como Aquiles y Patroclo (sabiendo que la inconveniencia de la alusión se le escaparía a Mr Tim). Tengo que encontrarle una residencia de ancianos que tenga un ventanal con vistas al bosque de hayas inmemoriales, la umbrosa cañada, el cristalino arroyuelo, el pozo de los deseos, el césped verde... Ojalá que el Viejo Cabrón descubra que el Bosco no exageraba, que su *Triunfo de la muerte* era un dibujo animado al pastel comparado con la realidad. Pero no deje que me enrolle con *esto, por favor*.

Y por las tardes, cuando ella me lo permite, voy y me siento a su lado. El frotar del trapo, el roce del pincel, el zumbido de la estufa (ya me pone sentimental esa barra eléctrica), los aciertos casuales de Radio 3 y su medio escorzo cuando está vuelta hacia el otro lado, el pelo recogido detrás de una oreja sin lóbulo.

—No es cierto lo de Rosa, ¿verdad? —me preguntó ayer.

—¿Qué?

—Que vive por aquí cerca y que vas a verla.

—No, no es verdad. No la he visto desde..., desde entonces...

No pude decir nada más. Estaba avergonzado. Un estado mental que, como habrá observado, acontece en la psique de Oliver Russell más o menos con la misma frecuencia con la que pasa el cometa Halley. No quería recordar aquella sórdida

gavota de incompreensión erótica que había bailado en otro tiempo, no quería comparar —imaginar a Gill comparando— mi estar en una habitación con *ella aquí* y mi estar en una habitación con *otra allí*. Estaba... avergonzado. ¿Qué más puedo decir? Salvo que esta condición entró ruidosamente en escena sólo porque me propongo contarle a Gill la verdad desmaquillada. ¡Nada de maquillaje! Palabra de Ollie, y que me muera si no me convierto en una niña exploradora.

Es contagioso. Voy allí y me siento en su cuarto, y nos quedamos muy callados, no hago payasadas, nunca fumo y nos decimos la verdad. Nn-nn-*nnn*. ¿Oigo violines? ¿O el alegre rascar de la melodía del zíngaro, el vendedor de flores que pasa oportunamente, la triste sonrisa iluminada por la luz de las velas de la cerillera levemente envidiosa? Adelante, avergüenceme un poco más, Ollie puede soportarlo, se está acostumbrando a ello.

Verá, sé que tengo fama de servir la verdad con algo más que el tradicional acompañamiento británico. Dos verduras y salsa Oxo no es mi estilo. Pero con Gillian las cosas son diferentes.

Y he descubierto esta metáfora realmente atractiva. Las modas en el universo de la restauración de cuadros —hablo con reciente pero devota autoridad— tienden a cambiar. En un momento dado es coger la bayeta y restregar, restregar, restregar. En otro momento es retocar con un pincel de decorador, cargar de pigmento cada grieta, etc. El actual concepto talismánico es la *reversibilidad*. Esto significa (¿no le importa que simplifique un pelín la cuestión?) que la restauradora en todo momento debe hacer únicamente lo que sabe que otros podrán deshacer más adelante. Debe considerar que sus certidumbres son sólo temporales, que sus conclusiones definitivas son provisionales. Por lo tanto: un sociópata empuñando una azagaia ha rasgado su Uccello, convencido de que alguna pernicioso legislación será revocada cuando él vandalice una valiosa obra maestra. Aquí, en el hospital del arte, arreglan el desgarrón, polirrellenan los hoyos y los surcos y el retocado está a punto de comenzar. ¿Qué hace la restauradora primero? Utiliza un *barniz aislante* para asegurarse de que la pintura que aplique podrá ser retirada sin problemas en alguna fecha posterior, cuando, por ejemplo, la moda sea mostrar las vicisitudes históricas de la pintura además de su carga estética. Esto es lo que entendemos por *reversibilidad*.

¿No ve que todo ello es pertinente? ¿No es atractivo? Contribuirá usted a correr la voz, ¿verdad? Texto para hoy: *Desharemos aquellas cosas que no deberíamos haber hecho y eso será saludable para nosotros*. Reversibilidad. Ya estoy organizando el envío de suministros de barniz aislante a todas las iglesias y juzgados.

Cuando ella dijo que era hora de marcharse, le dije que la quería.

**Gillian** Esto tiene que acabar. No es lo que yo pensaba que sucedería. Se suponía que él vendría y me contaría sus penas. Pero resulta que soy yo la que más habla. Él

se sienta ahí, muy callado, y me mira mientras trabajo y espera a que hable yo.

Generalmente tengo la radio como música de fondo. Puedes no prestarle atención si necesitas concentrarte. Nunca pensé que podría trabajar con alguien como Oliver ahí, pero sí puedo.

A veces desearía que se me echara encima. Basta, Oliver, sal de aquí, el mejor amigo de Stuart, basta ya, *fuera*. Pero no lo hace y cada vez estoy menos convencida de que yo reaccionaría así en el caso de que lo hiciera.

Cuando se estaba despidiendo hoy, le he visto abrir la boca y mirarme de ese modo.

—No, Oliver —he dicho, la señorita Cortante—. No.

—Está bien. No te quiero. —Su expresión no ha cambiado, sin embargo—. No te quiero. No te adoro. No quiero estar contigo continuamente. No quiero tener una aventura contigo. No quiero casarme contigo. No quiero escucharte para siempre.

—Fuera.

—No te quiero. Está bien. —Ha empezado a cerrar la puerta—. No te quiero.

**Oliver** La araucaria blande sus dedos nudosos contra el cielo vespertino. Cae la lluvia. Los coches pasan con ruido silbante. Estoy de pie junto a la ventana. Vigilo y espero. Vigilo y espero.

## 10. NO ESTOY SEGURO DE PODER CREER ESTO

**Stuart** No estoy seguro de poder creer esto. No estoy seguro de qué es «esto» exactamente, para empezar.

¿No es «nada» (como Gill me asegura) o es «todo»?

¿Qué es lo que dicen, esos malditos sabelotodos cuya sabiduría se transmite de generación en generación? El marido es siempre el primero en sospecharlo y el último en saberlo.

Pase lo que pase..., pase lo que pase, soy yo el que va a sufrir.

Por cierto, ¿le apetece un cigarrillo?

**Gillian** Los otros dos, cada uno quiere una sola cosa, que yo esté con ellos. Yo quiero dos cosas. O, mejor dicho, quiero cosas diferentes en diferentes momentos.

Dios, ayer miré a Oliver y me vino esta extraña idea. Deseo lavarte la cabeza. Así, por las buenas. De pronto me sentí azorada. No tenía el pelo sucio; lo tenía limpiísimo y suelto. Es maravillosamente negro, el pelo de Oliver. Y me vi a mí misma lavándoselo mientras él estaba sentado en la bañera. Nunca he pensado en lavarle la cabeza a Stuart.

Yo soy la que está en medio, la que está siendo estrujada cada día. Soy yo la que va a sufrir.

**Oliver** ¿Por qué me echan la culpa a mí? Ollie, el rompecorazones, Ollie, el rompematrimonios. Perro salvaje, sanguijuela, serpiente escondida, predador, buitres. No es así. Le diré cómo me siento yo. No se ría. Yo soy una condenada falena dándose de cabeza contra una condenada ventana. Porrazo, porrazo, porrazo. La suave luz amarilla que parece tan dulce pero que me quema las entrañas.

Porrazo, porrazo, porrazo. Soy yo el que va a sufrir.

## 11. AMOR, & C

**Oliver** He estado llamándola todos los días para decirle que la quiero. Ahora ha dejado de colgarme el teléfono.

**Stuart** Tendrá usted que tener paciencia conmigo. Yo no tengo el deslumbrante cerebro de mi amigo Oliver. Yo tengo que resolver los problemas paso a paso. Pero al final los resuelvo.

Verá, el otro día volví a casa más temprano que de costumbre y cuando entré en nuestra calle —*nuestra* calle— vi a Oliver a lo lejos viniendo hacia mí. Le saludé con la mano, instintivamente, pero él iba con la cabeza gacha y no me vio. Estaba a unos cuarenta metros, y andaba deprisa, cuando de pronto sacó una llave del bolsillo y se metió en una casa. Una casa en la acera de enfrente de la nuestra, la que tiene una araucaria delante. En ella vive una vieja chismosa. Cuando llegué a esa altura —era el número 55— la puerta se había cerrado. Continué hasta casa, entré, dije mi acostumbrado y alegre hola y empecé a pensar.

El día siguiente era sábado. Yo sé que Oliver da clases en casa los sábados. Me puse una chaqueta deportiva, cogí una tablilla con sujetapapeles y un bolígrafo y crucé el número 55. Yo era un empleado de la junta municipal del distrito, ¿comprende?, que estaba actualizando nuestro censo para el nuevo impuesto de capitación y comprobando los ocupantes de cada residencia. La viejecita se identificó como Mrs Dyer, propietaria de la casa.

—¿Y hay un... —leyendo en mis papeles— Nigel Oliver Russell viviendo aquí?

—No sabía que se llamara Nigel. Me dijo que se llamaba Oliver.

—¿Y una tal Rosa...? —farfullé un nombre extranjero tratando de que sonase vagamente hispánico.

—No, aquí no vive nadie con ese nombre.

—Oh, perdone, he debido de saltarme una línea. ¿Así que son solamente usted y Mr Russell?

Ella dijo que sí. Eché a andar por el sendero. Ella me gritó:

—No se preocupe por la puerta del jardín. Aguantará más que yo.

Bien. Eso fue el principio. Oliver no estaba entrando en el piso de Rosa la otra tarde.

Ahora tenemos que eliminar la siguiente posibilidad. El domingo por la mañana Gillian subió arriba para trabajar, porque ha prometido al museo que les entregará esa escena del Támesis helado a finales de la semana que viene. (¿La ha visto, por cierto? Es muy bonita, creo yo. Exactamente lo que debe ser un cuadro.) En su estudio no hay un teléfono supletorio. No lo pusimos a propósito para que no la molestaran. Desde la planta baja, con un piso por medio, llamé a Oliver. Estaba en mitad de una



clase de conversación, lo cual significa recibir a una pobre estudiante en su casa, darle una taza de café, charlar con ella de la Copa del Mundo o algo así y sacarle diez libras. No, de la Copa del Mundo no, conociendo a Oliver. Probablemente les pide que traduzcan una guía de sexo ilustrada.

Bueno, el caso es que fui derecho al grano y le dije que nos habíamos despistado, que no habíamos sido adecuadamente hospitalarios, pero que la próxima vez que viniese por estos parajes a visitar a Rosa, ¿le gustaría traerla a cenar?

—*Pas devant* —fue la respuesta—. *C'est un canard mort, tu comprends?*

Bueno, no recuerdo exactamente lo que dijo, pero sin duda fue algo condenadamente irritante. Yo hice mi numerito del pedestre Stuart y él se sintió obligado a traducir.

—No nos vemos mucho últimamente.

—Oh, lo siento. He metido la pata otra vez. Bueno, ¿tú solo entonces, un día de éstos?

—Encantado.

Y colgué. ¿Ha observado que la gente como Oliver siempre dice «No nos vemos mucho últimamente»? Qué frase tan absolutamente hipócrita. Siempre suena como un acuerdo civilizado, mientras que lo que realmente significa es: la he dejado, ella me ha plantado, me aburría, ella prefiere acostarse con otro.

Con eso quedaba concluida la Etapa Dos. A continuación vino la Etapa Tres durante la cena, cuando hice preguntas concertadas acerca del bienestar de nuestro común amigo Oliver, con la implicación de que Gillian le veía bastante. Luego pregunté:

—¿Se le arreglan las cosas con Rosa? He pensado que podíamos invitarlos a cenar alguna noche.

Ella no respondió enseguida. Luego dijo:

—No habla de ella.

Lo dejé correr y la felicité por las batatas, que era la primera vez que las hacía.

—No sabía si te gustarían —dijo ella—. Me alegro de que te gusten.

Después de cenar nos llevamos el café al cuarto de estar y encendí una Gauloise. No es algo que haga con frecuencia y Gillian me echó una mirada interrogativa.

—Da lástima no aprovecharlos —dije—. Ahora que Oliver lo ha dejado.

—Bueno, que no se convierta en una costumbre.

—¿Sabías —le respondí— que está estadísticamente demostrado que los fumadores son menos vulnerables a la enfermedad de Alzheimer que los no fumadores?

Yo estaba bastante complacido con este oscuro dato que había recogido en alguna parte.

—Eso se debe a que todos los fumadores mueren antes de llegar a la edad de

tener un Alzheimer —dijo Gill.

Bueno, tuve que reírme. Tuve que reconocer que se había apuntado un tanto.

Con frecuencia hacemos el amor los domingos por la noche. Pero por alguna razón no me apetecía. Por una razón concreta: quería pensar.

Veamos, descubro a Oliver una mañana temprano comprando flores en Stoke Newington para Rosa, con la cual ha tenido un fiasco sexual la noche anterior. Animamos a Oliver, que está muy deprimido, a que visite a Gillian siempre que venga al barrio para ver a Rosa. Por lo tanto, la visita con regularidad. Sólo que Oliver no ve a Rosa. De hecho, no hay ninguna prueba de que Rosa viva por aquí. Por otra parte, sí tenemos pruebas de que Oliver vive aquí. Le ha alquilado una habitación a Mrs Dyer en el número 55, y ve a la mujer de Stuart por las tardes cuando Stuart está en la oficina ganando dinero para pagar la hipoteca.

¿DÓNDE LO HACEN? ¿EN CASA DE ÉL O EN CASA DE ELLA? ¿LO HACEN EN ESTA CAMA, EN ESTA MISMA CAMA?

**Gillian** La verdad es que a veces cuelgo el teléfono y sigo oyendo la voz de Oliver en mi oído diciéndome que me quiere y... No, no estoy segura de poder contarle lo demás.

**Stuart** No voy a preguntárselo. Puede que no sea verdad. Y si no es verdad es terrible preguntar una cosa así. ¿Y si es verdad?

Realmente yo no creía que las cosas fueran mal en nuestra vida sexual. No lo creía. Quiero decir que no lo creo.

Mire, esto es absurdo. Es *Oliver* quien dice que tiene problemas sexuales. ¿Por qué he de suponer, por qué he de sospechar siquiera, que tiene un lío con mi mujer? A menos que dijera que tenía problemas sexuales para que yo no entrara en sospechas. Y le dio resultado, ¿verdad? ¿Cuál era esa vieja comedia que Gillian y yo fuimos a ver una vez, esa en la que un tipo finge ser impotente y todos los maridos le permiten visitar a sus mujeres? No, eso es ridículo. Oliver no es así, no es calculador. Claro que... ¿Cómo puede uno tener un lío con la mujer de su mejor amigo sin ser calculador?

Pregúnteselo a ella, pregúnteselo.

No, no se lo pregunte. Déjelo estar. Espere.

¿Cuándo empezó esto?

Cállate.

Sólo llevamos casados unos meses.

Cállate.

Y le di un cheque enorme.

Cállate. Cállate.

**Oliver** Ella tiene un peine. Un peine con tiernas mutilaciones.

Cuando se pone a trabajar, lo primero que hace es retirarse el pelo. Hay un peinecito que deja en la banqueta donde está la radio. Coge el peine, se echa el pelo hacia atrás sobre las orejas, primero el lado izquierdo, luego el derecho, siempre por ese orden, y cuando termina de peinarse cada lado se pone un broche de carey justo detrás de la oreja.

A veces, cuando está trabajando, un mechón o dos de pelo se sueltan, y entonces, sin romper su concentración, coge instintivamente el peine, se quita el broche, se peina el pelo hacia atrás, se pone el broche otra vez y devuelve el peine a la banqueta, todo sin apartar los ojos del lienzo.

A ese peine le faltan algunas púas. No, seamos precisos. A ese peine le faltan quince púas. Las he contado.

Ese peine con sus tiernas mutilaciones.

**Stuart** Oliver ha tenido bastantes novias a lo largo de los años, pero si quiere saber mi opinión nunca ha estado enamorado. Oh, ha *dicho* que estaba enamorado, muchas veces. Ha hecho vulgares comparaciones entre él y los personajes de ópera, ha hecho las cosas que se supone que hace la gente cuando está enamorada, como estar abatido, parlotear indiscretamente con los amigos y emborracharse cuando las cosas no van bien. Pero nunca he creído que estuviese *realmente* enamorado.

Nunca se lo he dicho, pero me recordaba a una de esas personas que están siempre afirmando que tienen la gripe, cuando lo único que tienen es un resfriado fuerte. «He tenido esa tremenda gripe de tres días», te dicen. Oh, no, no es verdad, has tenido un catarro de nariz, un poco de dolor de cabeza y los oídos inflamados, pero no era gripe, era solamente un resfriado. Igual que la vez anterior. Y que la anterior a ésta. Nada más que un fuerte resfriado.

Espero que Oliver no tenga la gripe.

Cállate. Cállate.

**Oliver** «La puntualidad es la virtud de los aburridos.» ¿Quién dijo eso? Alguien. Uno de mis héroes.

Me susurro de lunes a viernes, entre las 6.32 y las 6.38, sentado en mi bóveda de ramas cuando el esteatopigo Stu vuelve a casa: «La puntualidad es la virtud de los aburridos.»

Tampoco puedo soportar verle volver a casa. ¿Cómo se atreve a volver a casa y

poner fin a mi felicidad? Por supuesto no deseo que se caiga delante de un vagón del metro (¡aferrando su billete de vuelta en el bolsillo de la gabardina!), simplemente no puedo soportar la tristeza que siento cuando da la vuelta a la esquina con su maletín en la mano y una sonrisa de hombre importante en la cara.

Me ha dado por hacer algo que probablemente no debería hacer. Es culpa de Stuart, él me ha provocado, viniendo con esos aires de importancia a su nidito, tan pulcro y cómodo, mientras yo estoy sentado aquí arriba en mi habitación a oscuras fingiendo ser Orson Welles. Cuando vuelve la esquina, en algún momento entre las 6.32 y las 6.38, aprieto el número 1 de mi absurdo teléfono portátil negro mate con incrustaciones de cuero, que viviría mucho más feliz en el sólido maletín de Stu. Tiene toda clase de fabulosos inventos este teléfono, según me explicó el vendedor con vibrante emoción. Uno de los más básicos —hasta yo fui capaz de comprenderlo— se llama Memoria. En otras palabras, recuerda los números. En mi caso, recuerda un número, el de ella.

Cuando Stuart vuelve su cara de sol poniente hacia casa, Oliver aprieta el 1 y espera oír la voz de ella.

—¿Sí?

—Te quiero.

Ella cuelga el teléfono.

Stu abre el picaporte de la puerta de su jardín.

Mi teléfono zumba y le ofrece a mi oído su expectante señal para marcar.

**Gillian** Él me ha tocado hoy. Oh, Dios mío, no me diga que esto ha empezado. ¿Ha empezado?

Quiero decir que nos hemos tocado en otras ocasiones. Le he cogido del brazo, le he revuelto el pelo, nos hemos abrazado, nos hemos besado en la mejilla, lo corriente entre amigos. Y esto ha sido menos, menos que ninguno de esos contactos y sin embargo mucho más.

Yo estaba delante de mi caballete. Se me ha soltado el pelo. He alargado la mano hacia el peine que dejo en la banqueta.

—No te muevas —ha dicho él muy bajito.

He continuado trabajando. Me ha quitado el broche del pelo, el pelo ha quedado suelto, me lo ha peinado por detrás de la oreja, ha deslizado el broche en su sitio, lo ha cerrado, ha vuelto a dejar el peine en la banqueta y se ha sentado. Sólo eso, nada más.

Afortunadamente yo estaba trabajando en un fragmento sencillo. He continuado automáticamente durante un minuto o dos. Entonces él ha dicho:

—Me encanta ese peine.

Es injusto. Las comparaciones son injustas. No debería hacerlas. Nunca había

pensado en ese peine mío. Siempre lo he utilizado. Un día, poco después de conocernos, Stuart estaba en el estudio y lo vio. Dijo:

—Tu peine está roto.

Un par de días después me regaló uno nuevo. Evidentemente se había tomado ciertas molestias, porque era del mismo tamaño que el viejo y también de carey. Pero no lo usé. Conservé el viejo. Es como si mis dedos se hubiesen acostumbrado a buscar las púas que le faltaban y supiesen dónde están.

Ahora Oliver dice simplemente: «Me encanta ese peine», y yo me siento perdida. Perdida y encontrada.

No es justo con Stuart. Me digo: «No es justo con Stuart», pero las palabras no parecen surtir el menor efecto.

**Oliver** Cuando yo era niño el Viejo Cabrón solía comprar el Times. Sin duda sigue comprándolo. Se vanagloriaba de su habilidad con los *mots croisés*. Por mi parte, yo solía mirar los Obituarios y sacar la media de edad de los Viejos Cabrones que habían muerto ese día. Luego calculaba cuánto tiempo le quedaba, estadísticamente, al Viejo Cabrón Resolvedor de Crucigramas.

También estaban las Cartas al Director, que mi padre escrutaba en busca de húmedos prejuicios que chorrearan con la correcta cantidad de algas de estanque. A veces el Viejo Cabrón lanzaba un profundo, casi colónico gruñido, cuando alguna paquidérmica *déjà pensée* —Repatriar a Todos los Hervíboros a la Patagonia— concordaba milagrosamente con los suyos propios, y yo pensaba: Sí, realmente hay un montón de Viejos Cabrones ahí fuera.

Lo que recuerdo de las Cartas al Director en aquellos remotos tiempos eran las fórmulas de despedida que empleaban los VC. Había: Atentamente suyo, Su appo. f.f., y tengo el honor de ser, señor, su seguro servidor. Pero las que yo buscaba siempre —y las que consideraba la verdadera señal de un Viejo Carbrón— terminaban sencillamente así: *Suyo etc.* Y luego el periódico llamaba aún más la atención a esta fórmula imprimiéndola así: *Suyo & c.*

*Suyo & c.* Yo solía meditar sobre esto. ¿Qué significaba? ¿De dónde venía? Me imaginaba a un ofendido capitán de la industria dictando sus opiniones de VC a su secretaria para que las transmitiera al Periódico de los Hechos, al que sin duda él se refería con jocunda familiaridad como «El Fulminador». Cuando su eructo oratorio estuviese terminado, diría: «suyo etc.», lo cual Miss Ffffolkes transcribiría automáticamente como: «Tengo el honor de ser, señor, uno de los distinguidos Viejos Cabrones que podría enviarle la etiqueta de una lata de sardinas y usted la publicaría sobre este mi nombre», o lo que fuera, y luego añadiría: «Despache esto inmediatamente al Fulminador, Miss Ffffolkes.»

Pero un buen día Miss Ffffolkes estaba haciéndole una paja al arzobispo de York,

así que le mandaron una secretaria interina. Y la interina escribió Suyo, etc., tal cual lo había oído y el Times consideró que el VC capitán de la industria era un pozo de ingenio, pero decidió añadir su pequeño toque rococó haciéndolo aún más compacto por medio de & c. A partir de entonces otros VC siguieron el ofendido ejemplo del capitán de la industria, el cual reclamó para sí todo el mérito. Ahí lo tenemos: *Suyo & c.*

A partir de entonces, siendo un ardiente ironizador de dieciséis años, adopté la paródica forma de despedida: *Amor, & c.* No todas mis corresponsales captaron la referencia infaliblemente, lamento decirlo. Una *demoiselle* precipitó su retirada del museo de mi corazón informándome con *hauteur* de que el uso de la palabra *etc.*, tanto en la comunicación oral como en la prosa cincelada, era vulgar y ordinario. A lo cual repliqué, primero, que «la palabra» *et cetera* no era una sino dos palabras, y lo único vulgar y ordinario en mi carta —dada la identidad de la destinataria— era haber incluido la palabra que antecedió a *etc.* Desgraciadamente, no respondió a esta observación con la serenidad budista que se podía haber esperado.

*Amor, etc.* La proposición es simple. El mundo se divide en dos categorías: quienes creen que el propósito, la función, el acompañamiento y la melodía principal de la vida es el amor, y que todo lo demás —*todo* lo demás— es únicamente *etc.*; y aquellos otros, esos numerosos desdichados, que creen fundamentalmente en el *etc.* de la vida. Para quienes el amor, por muy agradable que sea, no es sino una pasajera agitación de la juventud, el parlanchín preludio a la obligación de cambiar pañales, pero no algo tan sólido, inmutable y fiable como, digamos, la decoración del hogar. Esta es la única división entre las personas que cuenta.

**Stuart** Oliver, mi viejo amigo Oliver. El poder de las palabras, el poder de las mentiras. No es extraño que haya acabado dando clases de conversación.

**Oliver** Creo que no me he explicado bien. Cuando cerré la puerta el otro día y busqué evadirme del delicioso cosquilleo de la fingida severidad de Gillian le dije (oh, lo recuerdo; hay una caja negra en mi cráneo y conservo todas las cintas): «No te quiero. No te adoro. No quiero estar contigo continuamente. No quiero tener una aventura contigo. No quiero casarme contigo. No quiero escucharte para siempre.»

¿Se ha dado cuenta de qué es lo que no concuerda?

**Stuart** ¿Un cigarrillo?

**Oliver** Me voy a hacer la prueba del sida.

¿Eso le sorprende/no le sorprende? Tache sólo una posibilidad.

Pero no llegue a conclusiones precipitadas. O por lo menos a esas conclusiones: agujas contaminadas, prácticas violentas, el factor de los baños públicos. Mi pasado puede ser en algunos aspectos más extravagante que el del vecino (y puesto que es probable que el vecino sea Stuart Hughes, hacendado, banquero y acreedor hipotecario, entonces es seguro que será más extravagante), pero ésta no es la hora de las confesiones. Esto no es «Escucha con mamá» más «Policía Cinco».<sup>[13]</sup>

Quiero poner mi vida a sus pies, ¿no comprende? Estoy empezando desde cero, estoy limpio, estoy *tabula rasa*, no hago payasadas, ya ni siquiera fumo, ¿no es ése el sueño? O por lo menos uno de los dos sueños. El primero es: aquí estoy, completo, pleno, capaz, maduro, encuentra en mí lo que quieras, utiliza todo lo que haya. El otro es: estoy vacío, abierto, todo potencialidad, haz conmigo lo que quieras, lléname con lo que quieras. La mayor parte de mi vida la he pasado echando dudosas sustancias en los depósitos, ahora los estoy drenando, limpiando, lavando.

Y también me voy a hacer la prueba del sida. Pero puede que ni siquiera se lo diga a ella.

**Stuart** ¿Un cigarrillo?

Vamos, coja uno.

Mírelo de esta manera. Si usted me ayuda a terminar este paquete entonces fumaré menos y será menos probable que me muera de cáncer de pulmón. Y hasta es posible, como señaló mi mujer, que sobreviva lo suficiente como para sucumbir al Alzheimer. Así que coja uno, será señal de que está de mi parte. Póngaselo detrás de la oreja y fúmeselo más tarde si quiere. Por otra parte, si no coge uno...

Claro que estoy borracho. ¿No lo estaría usted?

No muy borracho.

Sólo borracho.

**Gillian** No quiero que nadie piense que me casé con Stuart por compasión.

A veces sucede. Lo sé, lo he visto. Recuerdo a una chica de la universidad, una chica callada y decidida que se llamaba Rosemary. Era medio novia de Simon, un chico altísimo y delgado cuya ropa siempre parecía un poco rara porque tenía que comprársela en una tienda especial. Alto y Fuerte,<sup>[14]</sup> creo que se llamaba la tienda. Él cometió el error de contárselo a alguien, y las chicas se reían de él a sus espaldas. Nada serio al principio. «¿Qué tal está el señor Alto y Fuerte, Rosemary?» Pero a

veces la cosa era peor. Había una chica bajita, de cara afilada, con una lengua viperina, que decía que *ella* nunca saldría con él porque nunca sabría con qué iba a tropezar su nariz. Generalmente Rosemary parecía seguirles la corriente, como si también le estuvieran tomando el pelo a ella. Luego, un buen día —la cosa no fue peor que de costumbre—, la chica de la lengua viperina dijo muy despacio, lo recuerdo: «Me pregunto si todo va en proporción.» Muchas de las chicas se rieron a gusto y Rosemary se unió a ellas más o menos, pero más adelante me contó que fue en ese mismo momento cuando decidió casarse con Simon. No había estado especialmente enamorada de él hasta entonces. Sencillamente pensó: «Esto le va a ocurrir toda la vida, y yo voy a estar de su lado.» Y lo estuvo. Se casó con él.

Pero yo no lo hice por eso. Si te casas con alguien por compasión, probablemente te quedarás con él o con ella por compasión también. Ésa es mi suposición.

Siempre he sido capaz de explicar las cosas. Ahora ninguna de las explicaciones parece encajar bien. Por ejemplo, no soy una de esas personas que está automáticamente insatisfecha con lo que tiene; tampoco soy esa clase de persona que sólo desea lo que no puede tener. No soy una snob en lo que se refiere al físico; más bien es al contrario: desconfío de los hombres muy guapos. Nunca he salido corriendo de las relaciones; generalmente las he mantenido demasiado tiempo. Y Stuart es el mismo Stuart del que me enamoré el año pasado, no ha habido ninguno de esos desagradables descubrimientos que hacen algunas mujeres. Y *además* (por si se lo estaba usted preguntando) no hay absolutamente nada que falle en nuestra vida sexual.

Por lo tanto lo que tengo que entender es esto: a pesar de que amo a Stuart parece que me estoy enamorando de Oliver.

Ahora es todos los días, todas las tardes. Desearía que parase. No, no es verdad, no puede serlo, de lo contrario no contestaría al teléfono. Justo a eso de las seis y media. Cuando estoy esperando a Stuart. A veces estoy en la cocina, otras estoy acabando en el estudio y tengo que correr escaleras abajo. El teléfono suena, sé quien es, sé que Stuart llegará pronto, pero corro a contestarlo.

—¿Sí? —digo.

Ni siquiera digo el número. Es como si no pudiese esperar.

—Te quiero —dice él.

¿Y sabe qué es lo que ha empezado a pasar? Cuando cuelgo el teléfono me noto húmeda. ¿Se lo imagina? Dios, es como pornografía telefónica o algo así. Stuart mete su llave en la cerradura y yo estoy húmeda por la voz de otro hombre. ¿Debo coger el teléfono mañana? ¿Se lo imagina?

**Mme Wyatt** *L'Amour plaît plus que le mariage, pour la raison que les romans sont plus amusants que l'histoire.* ¿Cómo se traduciría eso? El amor agrada más que



el matrimonio, por la misma razón que las novelas son más divertidas que la historia. Algo así. Ustedes los ingleses no conocen a Chamfort lo suficiente. Les gusta La Rochefoucauld, lo encuentran «muy francés». Tienen la idea de que el epigrama pulido es el punto culminante de la «mente lógica» de los franceses. Pues yo soy francesa y no me gusta mucho La Rochefoucauld. Demasiado cinismo y también demasiado... pulimento, si usted quiere. Desea que se vea cuánto ha trabajado para parecer sabio. Pero la sabiduría no es eso. La sabiduría tiene más vida, la sabiduría tiene humor más que ingenio. Yo prefiero a Chamfort. Él también dijo: *L'hymen vient après l'amour, comme la fumée après la flamme*. El matrimonio viene después del amor, como el humo viene después del fuego. No es tan obvio como parece en un principio.

Yo me llamo Mme Wyatt y se supone que soy sabia. Viene de lo siguiente, mi pequeña reputación. De ser una mujer de cierta edad que, a pesar de haber sido abandonada por su marido hace algunos años y de no haberse vuelto a casar nunca, conserva su cordura y su salud, que escucha más que habla, y da consejos solamente cuando se los piden. «Oh, cuánta razón tiene, Mme Wyatt, es usted tan sabia», me ha dicho mucha gente, pero el prelude a esto suele ser un extenso despliegue de su propia estupidez o errores. Y por lo tanto no me siento tan sabia. O, por lo menos, sé que la sabiduría es una cuestión comparativa y que en cualquier caso nunca debe uno ofrecer todo lo que tiene, todo lo que sabe. Si lo muestras todo, interfieres, no puedes ayudar. Aunque a veces resulta muy difícil no mostrarlo todo.

Mi niña, mi hija Gillian, viene a verme. Se siente muy desgraciada, teme que está dejando de querer a su marido. Otro hombre dice que está enamorado de ella y ella teme estar enamorándose de él. No me dice quién es, pero naturalmente yo tengo una idea.

¿Qué pienso de esto? Pues no pienso mucho, quiero decir que no tengo ninguna opinión respecto a semejantes situaciones en general, sólo pienso que esas cosas pasan. Por supuesto, en el caso concreto de mi propia hija tengo opiniones, pero son opiniones válidas sólo para ella.

Se sentía muy desgraciada y yo me sentí desgraciada por ella. No es como cambiar de coche, después de todo. Lloró y yo traté de consolarla, con lo cual quiero decir que traté de ayudarla a comprender su propio corazón. Eso es lo único que se puede hacer. A menos que haya algo terrible en el matrimonio con Stuart, y ella me asegura que no lo hay.

Yo estaba sentada abrazándola y escuchando su llanto. Recuerdo lo adulta que era de niña. Cuando Gordon nos abandonó, fue Gillian quien me consoló a mí. Me abrazaba y decía: «Yo te cuidaré, *maman*.» Hay algo desgarrador en ser consolada por una niña de trece años, ¿sabe? Este recuerdo casi me hizo llorar a mí también.

Gillian intentaba explicarme que le asustaba la idea de que pudiese dejar de

querer a Stuart tan poco tiempo después de empezar a quererle, como si fuese una deficiencia suya.

—Pensé que la época peligrosa era más tarde, *maman*. Pensé que estaría a salvo durante unos años.

Se había vuelto a medias entre mis brazos y me miraba a la cara.

—Siempre es la época peligrosa —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre es la época peligrosa.

Apartó la mirada y yo asentí. Sabía lo que ella estaba pensando. Será mejor que le explique que mi marido, Gordon, a la edad de cuarenta y dos años, cuando llevábamos casados —oh, no importa cuánto tiempo—, se escapó con una colegiala de diecisiete. Gillian estaba pensando que había oído hablar de la comezón de los siete años, como le llaman ustedes, y había visto en su padre la comezón de los quince años, y ahora estaba descubriendo por sí misma que había otra incluso antes de los siete años. También estaba pensando que yo debía de estar acordándome de Gordon y reflexionando sobre la semejanza entre padre e hija, y que eso debía de resultarme doloroso. Pero yo no estaba pensando eso y no podría decir qué estaba pensando.

**Oliver** ¿Quiere saber una cosa graciosa? G y S no se conocieron en un bar de copas como siempre me habían dicho. Se conocieron en el Hotel Charing Cross en uno de esos *partouzes* de pie para Jóvenes Profesionales.

Un momento de refinada intuición me hizo sacar con Gillian el tema del supuesto encuentro en el Squires Wine Bar, con o sin el apóstrofe delante de la s. Al principio no respondió. Escupió en su algodón y lo pasó por el cuadro un poco más. Luego me lo contó. Observe que no tuve que preguntárselo. Así que también debe de estar funcionando en sentido inverso: ha decidido no tener ningún secreto para mí.

Al parecer existen estos lugares para los amatoriamente sedientos a los cuales se puede acudir cuatro veces en viernes sucesivos, todo por la suma de 25 libras. Me quedé escandalizado, ésa fue mi primera reacción. Luego pensé: Bueno, no subestimes nunca al pequeño y peludo Stu. Puedes estar seguro de que atenderá al negocio de L'Amour como un investigador de mercados.

—¿Cuántas veces tuviste que ir antes de conocer a Stuart?

—Ésa era la primera vez que iba.

—¿Así que te costó 6,25 libras?

Ella se rio.

—No, me costó 25 libras. No te devolvían el dinero.

Qué dulce golpe de ingenio.

—No te devolvían el dinero —repetí, y me entró un ataque de risa.

—No te lo he dicho. Nunca debería haberte contado nada de eso.

—No me lo has contado. Ya lo he olvidado.

Y frené convenientemente mi hilaridad.

Pero apuesto a que Stuart volvió a pedir que le devolvieran su dinero, siendo como es a veces un tacaño de tomo y lomo. Como reclamar el importe de su billete de vuelta cuando fui a recibirlos a Gatwik. Y apuesto a que lo consiguió. Así que él le costó a ella 25 libras y ella le costó a él 6,25. ¿Cuánto aceptaría ahora por ella? ¿Cuál es su margen de ganancia bruta?

Y hablando de moidoros de oro: Mrs Dyer, con la cual tal vez estaría tentado de fugarme si mi corazón no estuviese comprometido en otra parte, me informó ayer que estaba incluido en el censo del impuesto de capitación. No pierden el tiempo, estos chicos, ¿eh? Barren para dentro cada real y cada dracma. ¿Cree que habría excepciones humanitarias? ¿Seguramente Oliver debe de ser un caso especial contemplado en alguna siniestra subsección?

**Gillian** Ahora lo hace todos los días. Ni siquiera hace falta que se me suelte el pelo. Sencillamente coge el peine, me quita el broche, me peina el pelo hacia atrás y vuelve a ponerme el broche. Y yo estoy ardiendo.

Me levanté y le besé. Abrí la boca directamente sobre la suya y le acaricié el cuello y apreté la carne de sus hombros y mantuve mi cuerpo de forma que pudiera tocarme donde quisiera. Estaba allí de pie, besándole, mis manos en su cuello, mi cuerpo esperando sus manos, mis piernas separadas. Le besé y esperé.

Esperé.

Me devolvió el beso, en la boca abierta, y yo seguí esperando.

Se detuvo. Mis ojos le miraban. Me puso las manos sobre los hombros, me hizo dar la vuelta y me llevó de nuevo al caballete.

—Vámonos a la cama, Oliver.

¿Sabe qué hizo? Me obligó a sentarme en mi silla y me puso una torunda en la mano.

—No puedo trabajar, no puedo trabajar *ahora*.

Lo que pasa con Oliver es que es diferente cuando está solo conmigo. No le reconocería. Es mucho más callado, y escucha, y no habla de esa forma ostentosa. Y no parece ni mucho menos tan seguro de sí mismo como probablemente les parece a otros. Ya sé lo que usted espera que diga ahora: «En realidad Oliver es muy vulnerable.» Así que no voy a decirlo.

—Te quiero —dijo—. Te adoro. Quiero estar contigo continuamente. Quiero casarme contigo. Quiero escuchar tu voz para siempre.

Ahora estábamos en el sofá.

—Oliver, quiero que hagas el amor conmigo. De verdad.

Se levantó. Pensé que se levantaba para llevarme a la cama, pero empezó a pasearse de un lado a otro del estudio.

—Oliver, está bien. Está bien si...

—Quiero tenerte entera —dijo—. No quiero tener una parte de ti. Lo quiero todo.

—No estoy en venta.

—No es eso lo que quiero decir. Me refiero a que no quiero tener únicamente una aventura contigo. Las aventuras..., las aventuras son..., no sé..., como comprar un apartamento en Marbella en régimen de propiedad compartida o algo así. —Entonces se detuvo en mitad de una zancada y me miró como si esperase que yo estuviese enfadada por la comparación. Parecía casi desesperado—. Marbella es muy bonita, en realidad. Mucho más bonita de lo que pensarías. Hay una placita, recuerdo, con naranjos. Había unos obreros cogiendo las naranjas cuando yo estuve allí. Era en febrero, creo. Por supuesto hay que ir fuera de temporada.

Le estaba entrando el pánico, ¿comprende? En el fondo, probablemente Oliver tiene menos seguridad en sí mismo que Stuart. No tan en el fondo, además.

—Oliver —dije—. Estamos de acuerdo en que yo no soy un apartamento de propiedad compartida en Marbella. Y deja de pasear. Ven, siéntate aquí.

Vino y se sentó sosegadamente.

—Mi padre me pegaba, ¿sabes?

—Oliver...

—Es *verdad*. No me refiero a que me zurrase de pequeño. También lo hacía, por supuesto que lo hacía. Lo que realmente le gustaba era golpearme en la parte de atrás de las piernas con un taco de billar, ése era mi castigo. Duele mucho, ¿sabes? «¿Muslos o pantorrillas?», me preguntaba. Y yo tenía que elegir. No hay mucha diferencia, en realidad, en cuanto al dolor.

—Lo siento.

Le puse la mano en el cuello. Él se echó a llorar.

—Fue peor desde que murió mi madre. Lo pagó conmigo. Quizá le recordaba demasiado a ella, no lo sé. Luego, un día, creo que tendría trece o catorce años, decidí enfrentarme al Viejo Cabrón. «¿Muslos o pantorrillas?», me preguntó como de costumbre. No sé lo que había hecho. Quiero decir, siempre estaba haciendo cosas, cosas que él consideraba merecían castigo. Esta vez le contesté: «Eres más fuerte que yo ahora, pero no siempre vas a serlo, y si alguna vez vuelves a pegarme, te juro que cuando sea lo bastante fuerte te dejaré hecho papilla.»

—Sí.

—No creí que diese resultado. Quiero decir, yo estaba temblando, era más bajo que él y al decirlo pensé que *te dejaré hecho papilla* era una forma realmente estúpida de expresarlo y que él se reiría de mí. Pero no se rio. Dejó de pegarme. Nunca más volvió a pegarme.

—Oliver, lo siento.

—Le odio. Ya es viejo y le sigo odiando. Le odio por estar aquí en esta habitación con nosotros. ¿Qué está haciendo *aquí*?

—Ya no está. Se ha ido. Tiene un apartamento de propiedad compartida en Marbella.

—Mierda, ¿por qué no puedo hacerlo? ¿Por qué no puedo decir las cosas adecuadas, precisamente *ahora*? —Se levantó otra vez—. No estoy diciendo nada de esto muy bien. —Agachó la cabeza e intentó mirarme—. Te quiero. Te querré siempre. Esto no se acabará. Será mejor que me vaya ya.

Unas tres horas después me llamó por teléfono.

—¿Sí? —dije.

—Te quiero.

Colgué el teléfono. Casi enseguida la llave de Stuart arañó la cerradura. Yo estaba ardiendo, la puerta de la entrada se cerró.

—¿Hay alguien en caaaasa? —gritó Stuart con una especie de falsete que pone para que su voz llegue al último piso—. ¿Hay alguien en caaaasa?

¿Qué debo hacer?

**Oliver** Argumentación en contra de las aventuras amorosas, escrita por alguien que ha tenido más de las que le corresponden:

1) Vulgaridad. Todo el mundo las tiene. Quiero decir *todo el mundo*. Los curas las tienen, la Familia Real las tiene, los ermitaños se las arreglan para tenerlas. ¿Por qué no tropiezan constantemente unos con otros en su húmedo recorrido de dormitorio en dormitorio? Zas, zas. ¿Quién está ahí?

2) Pronosticabilidad. Cortejo, Conquista, Enfriamiento, Ruptura. El mismo monótono argumento. Monótono, pero no menos horriblemente adictivo. Después de cada fracaso la búsqueda de otro fracaso. ¡Hace que el mundo parezca nuevo otra vez!

3) Propiedad compartida. Creo que le expuse eso bastante bien a Gillian. ¿Cómo puede uno disfrutar de sus vacaciones cuando sabe que los propietarios están esperando a que se vaya para volver a entrar? Y follar contrarreloj no es mi estilo. Aunque en ciertas circunstancias puede tener sus taimadas adicciones.

4) Mentir. Resultado directo de 3). Las aventuras amorosas corrompen; y el que habla es Alguien Que, etc. Es inevitable. Primero le mientes a un compañero/a y luego, muy pronto, le mientes al segundo/a. Oh, dices que no lo harás pero lo

harás. Arrasas un pequeño estanque de integridad emocional con una gran apisonadora de *mensonges*. Observen al marido en chándal que sale a correr con el bolsillo lleno de monedas para el teléfono. Tin-tin, tin-tin. «A lo mejor necesito tomarme un refresco por el camino.» Tin-tin, tin-tin, el sonido de las mentiras tintineando.

5) Traición. Qué satisfecho queda todo el mundo con las pequeñas traiciones. Qué jugo le sacan. Roger el Marrullero hace lo que le da la gana una vez más impunemente, parte 27; cuando hacer lo que le da la gana impunemente no es muy difícil en realidad. Stuart es mi amigo —sí lo es— y va a perder a su mujer porque se la voy a ganar yo. Eso es una Gran Traición, pero creo que la gente puede encajar las Grandes Traiciones mejor que las pequeñas. Una aventura sería una traición pequeña y no creo que Stuart pudiera encajarla tan bien como la Gran Traición. Como ven, también pienso en él.

6) Todavía no tengo los resultados de mi prueba del sida.

Bueno, no se lo planteé así, exactamente, no. De hecho, creo que lo hice fatal.

**Gillian** Camino de la estación, justo en la esquina, al final de Barrowclough Road, hay una frutería. Es donde compré las batatas. O, mejor dicho, compré las BATATA'S. El hombre que lleva la frutería escribe a mano las etiquetas de los precios con una especie de mayúsculas en cursiva. Y con mucho cuidado, sin fallar nunca, pone un apóstrofe en todo lo que vende. MANZANA'S, ZANAHORIA'S, PUERRO'S —allí se puede comprar de todo—, NABO'S, BERENJENA'S y BATATA'S. Stuart y yo solíamos encontrarlo divertido y un poco conmovedor. La idea de este hombre equivocándose obstinadamente siempre, todas las veces. Hoy he estado delante de la tienda y de pronto ya no me ha parecido tan divertido. COLIFLORE'S, BERRO'S, COLE'S. Me ha parecido tan triste que me ha traspasado. No triste porque no supiera ortografía, no es eso. Triste porque se equivocaba y luego pasaba a la siguiente etiqueta y se equivocaba otra vez, y luego a la siguiente y volvía a equivocarse. Puede que alguien se lo dijera y él no le creyera, o bien que en todos los años en que ha sido frutero nadie se lo haya dicho. No sé qué es más triste, ¿y usted?

Pienso en Oliver constantemente. Incluso cuando estoy con Stuart. A veces no puedo soportar que Stuart parezca alegre. ¿Por qué no se da cuenta de lo que estoy pensando, de en *quién* estoy pensando? ¿Por qué no puede leerme el pensamiento?

**Stuart** Siéntese. ¿Le gusta Patsy Cline?

Dos cigarrillos en un cenicero  
mi amor y yo en un pequeño café  
entonces vino una extraña  
y todo se estropeó  
ahora hay tres cigarrillos en el cenicero

Pobre Patsy, murió. Por cierto, tiene usted todavía ese pitillo detrás de la oreja.  
¿Por qué no se lo fuma?

Observé cómo me lo quitaba  
y su amor ya no me pertenece  
ahora se han ido  
y yo estoy aquí sola  
y observo cómo se quema un cigarrillo

El bueno de Stuart, es tan digno de confianza. Uno siempre sabe a qué atenerse con él. Lo aguanta todo. Va tirando. Hace la vista gorda. Podemos contar con él. Siempre será igual.

No hagas preguntas y no te contarán mentiras. Pero así no irás muy lejos. Oliver llegará dentro de unos minutos. Cree que nos vamos a ir los tres al cine como grandes amigos. Pero Gillian se ha ido a ver a su madre, así que Oliver tendrá que conformarse conmigo. Le haré algunas preguntas y él me dirá algunas mentiras.

Justo antes de que Gillian se marchase, yo estaba aquí sentado con los auriculares puestos escuchando una cinta de Patsy. Gillian ha entrado a despedirse, así que he apartado uno de los auriculares de mi oreja.

—¿Cómo está Oliver? —he preguntado.

—¿Oliver? Oh, está bien, creo.

—¿No tendrás una aventura con él, por casualidad?

Lo he dicho en tono despreocupado, por supuesto. ¿Quién, yo, preocupado?

—Dios santo, no.

—Ah, bueno, entonces está bien.

He vuelto a ponerme el auricular en la oreja, he cerrado los ojos para evitar la cara de Gill y he movido los labios al mismo tiempo que los de Patsy. He notado que Gillian me daba un beso en la frente y he asentido en respuesta.

Ahora veremos qué tiene él que decir en su defensa.

**Oliver** No se le habrá escapado que mi amigo Stuart no es un hombre de gran cultura. Si le preguntara cuál era el nombre de la novia de Proust, meditaría durante un quinquenio, luego empezaría a mirarle con el ceño de un samurai, llegaría a la conclusión de que era una pregunta con truco y finalmente respondería, con un pucherito de agresividad: «Magdalena, todo el mundo lo sabe.»

Así que yo no esperaba, oh, el *Die Gezeichneten* de Schreker cuando me abrió la puerta, me indicó que pasara con la mirada de un ferviente pederasta y tanteó con una manaza indagadora los botones de su cassette. Tal vez acababa de descubrir la Obertura 1812 y disfrutaba cantando al ritmo del cañón y los fuegos artificiales. ¿O lo que nos esperaba eran las Variaciones Enigma, acompañadas de una laboriosa lectura de la nota de la funda acerca de uno de los misterios menos fundamentales de la música, es decir, la identidad de los Amigos Aquí Retratados? ¿Oh, sabías que al parecer Dorabella tenía un pequeño impedimento en el habla y que por eso parece que la música vacila, que hace jip-jip-jop, en su Variación? Elija usted, Maestro. Pero llévenme al vomitorio, *pronto*.

Me puso una canción que pareció durar unas tres horas cuarenta y siete minutos, aunque él me aseguró que eran menos. ¿Así que esto es lo que llaman música «country»? Entonces me alegro muchísimo de vivir en la ciudad.<sup>[15]</sup> Tiene por lo menos esta rareza, esta sofisticación: la de ser imposible de parodiar, por la sencilla razón de que se parodia a sí misma mientras avanza, igual que un cortacésped que recoge lo que va cortando. No hay lugar para un viejo con un rastrillo, ni tampoco para un joven con una burla. Canturrea, por favor, papá, me siento muy sola otra vez, canturrea... Es inútil intentarlo. Y los cantantes llevan brillantes falsos, que ya son parodias de diamantes, por lo que no es posible parodiar los brillantes falsos. Ah, y aquí viene el marchito Walter arrancando una gota de cadencia a su marchito violín. Seguro que todavía puedes dejarlos chicos a todos, Walt, *gimoteo*, *resoplido*, canturrea, por favor, papá...

—¿Qué te ha parecido?

¿Qué me ha parecido? Por alguna razón estaba fulminándome con la mirada. ¿Era posible que me estuviese pidiendo un análisis musical de la pieza?

Mientras escarbaba en los guijarros sueltos de mi córtex en busca de algo que no incluyese inevitablemente a Stuart en la red barreadora de mi desprecio, él se levantó y nos sirvió a los dos una copa con sus manos regordetas.

—Bueno, ¿qué te ha parecido, Oliver?

En el último momento la Musa del Tacto me salvó.

—No creo que *cenicero* —dije— sea una rima totalmente satisfactoria para *cenicero*.

Esto pareció aplacarle.



Mi *viva voce* bastante brutal había expulsado brevemente de mi cabeza lo que había planeado hacer a la llegada. Le entregué a Stuart un sobre. ¡Cuánto inglés como Idioma Extranjero había enseñado para recuperar una cuarta parte del préstamo que Stuart me había hecho!

Tras de lo cual se puso inesperadamente belicoso y me arrojó la pasta como Alfredo en *La Traviata*.

—Lo necesitarás para tu impuesto de capitación —dijo.

Me quedé mirándole. ¿Por qué de repente todo el mundo me habla como si tuviese algún interés espectroscópico en el proceso digestivo de las finanzas de la autoridad local?

—El impuesto de capitación que tendrás que pagar por tu *segunda residencia* —pronunció estas feas palabras con lo que miles llamarían sarcasmo— en el otro lado de la calle, en el número 55.

Como me descubro repitiendo últimamente hasta el punto de que se ha convertido en un estribillo, no subestime a nuestro peludo amigo. Y a partir de ese momento la noche, he de reconocerlo, no se desarrolló como se me había hecho creer. No frecuentamos el cinematógrafo. Gillian «Había Ido a Visitar a su Madre». La reparación de Stuart por esta ausencia de lustre consistió en una botella de whisky libre de impuestos, y no me pareció que tuviese sentido no Ser Caballero con él. Porque fue una noche sin estrellas cuando el virtuoso de la caja fuerte y la caja registradora tuvo sobre él la dulzura de Tito Andrónico.

—¿Gill y tú tenéis una aventura?

¿Ve lo que quiero decir? Directo como un camión. Y qué atípico. Alguien que habitualmente se mantiene fiel a las callejuelas *outrées* cuando cruza Londres iba ahora por Haymarket.

Me quedé desconcertado, lo admito. En más de una y en más de dos ocasiones me he visto en la necesidad de negar una aventura cuando la tenía. Pero negar que tenía una aventura cuando no la tenía... Eso parecía exigir una nueva habilidad. Juré que no. Miré a mi alrededor buscando algo sobre lo que jurar, pero los objetos de veneración compartida son singularmente inencontrables hoy día. Sólo se me ocurrían cosas tales como el corazón de Gillian, su vida, el pelo de su cabeza, ninguna de las cuales parecía enteramente apropiada al caso, ni contribuiría a disminuir la testarudez de la actitud de Stuart.

Bebimos mucho whisky, y mientras lo hacíamos la posibilidad de que los dos intercambiásemos filosóficamente exposiciones contrapuestas de nuestra percepción del mundo exterior vino y se fue; de hecho, hubo momentos en los que Stuart recayó en conductas del Neanderthal. En una ocasión interrumpió mi —lo reconozco— sinuosa argumentación con poco menos que un grito.

—Préstame una libra, préstame a tu mujer.

Esta observación no parecía pertinente a lo que yo estaba tratando de establecer. Le miré.

—Préstame una libra, préstame a tu mujer. Préstame una libra, préstame a tu mujer.

Esta figura retórica se conoce, creo, como repetición.

—Lo que te digo tres veces es verdad —murmuré, sin esperar que la alusión fuese pescada de las aguas de mi discurso.

No obstante, la «interrupción» de Stuart —por dar su nombre retórico alternativo— me ofreció, si no una puerta, por lo menos una humilde gatera para acceder a lo que estaba planeando decir.

—Stuart —empecé—, te aseguro que Gillian y yo no tenemos una aventura. Ni siquiera, como dicen los diplomáticos, tenemos conversaciones acerca de las conversaciones. —Él gruñó mostrando una vacilante comprensión de la referencia mundana—. Por otra parte —continué, y sus hirsutas cejas empezaron a unirse furiosamente al darse cuenta de que la cosa no acababa ahí—, de amigo a amigo, tengo que decirte que estoy enamorado de ella. No me amonestes, todavía no, deja que primero te participe que yo estoy tan *bouleversé* por todo esto como tú. Si tuviese el más mínimo control sobre el asunto, no me habría enamorado de ella. No ahora. Me habría enamorado de ella cuando la conocí.

(¿Por qué no fue así? ¿Se debió a un resto de lealtad o al hecho de que llevara un 501 con zapatillas de deporte?)

Esto no parecía caerle demasiado bien a Stuart, así que me apresuré a llegar al quid de la cuestión, donde esperaba que su formación profesional le ayudaría en el camino del discernimiento personal.

—Vivimos en una era de fuerzas de mercado, Stuart —vi que esto le detenía—, y sería ingenuo o, como se decía antes, romántico no darse cuenta de que las fuerzas de mercado se aplican ahora en terrenos en los que hasta el presente eran consideradas inaplicables.

—No estamos hablando de dinero, estamos hablando de amor —protestó.

—Ah, pero hay grandes paralelismos, Stuart. Ambos van allá donde desean, sin importarles lo que dejan atrás. También el amor tiene sus tomas de control, sus liquidaciones de activos, sus bonos basura. El amor se revalúa y devalúa como cualquier moneda. Y la confianza es clave en el mantenimiento de su valor.

»Considera también el elemento de la buena suerte. Tú mismo me dijiste en una ocasión que los grandes empresarios necesitan tener suerte además de ser audaces y hábiles. ¿Qué podría haber sido más afortunado que el hecho de que conocieses a Gill la primera vez que fuiste al Hotel Charing Cross? ¿Y la suerte que he tenido yo de que tú tuvieses la suerte de conocerla?

»El dinero, tengo entendido también, es moralmente neutro. Se puede hacer buen

uso de él o mal uso. Podemos criticar a quienes comercian con el dinero, igual que podemos criticar a quienes comercian con el amor, pero no a las sustancias mismas.

Intuí que él debía de estar perdiendo el hilo, así que procuré resumir este punto. Repartí entre los dos lo que quedaba del whisky para ayudar a la comprensión.

—Son las fuerzas de mercado, Stu, eso es lo que tienes que entender. Y yo voy a adquirirla. La chica, quiero decir la junta, aceptará mi oferta. Tú puedes convertirte en un director no ejecutivo (también llamado amigo), pero me temo que ha llegado la hora de que entregues el coche con chófer.

»Desde luego, me doy cuenta de la paradoja tan claramente como tú. Tú perteneces al mundo mercantil, y sin embargo intentas preservar esta parcela doméstica de tu vida y declarar que no ha de estar sujeta a la influencia de las grandes fuerzas que conoces entre las nueve y las cinco de cada día laborable. Yo, por el contrario, un..., ¿cómo lo diría?, un humanista clásico, de inclinaciones artísticas y naturaleza romántica, admito de mala gana que las pasiones humanas operan no de acuerdo con un amable reglamento de conducta cortesana, sino siguiendo las rachas, los verdaderos huracanes de *le marché*.

Fue más o menos en ese momento cuando se produjo el accidente. Stuart estaba, según recuerdo, dándome fuego (sí, ya sé, pero en momentos de tensión me tiento una cierta reincidencia en la nicotina), nos levantamos por alguna razón y entonces se produjo un desafortunado choque de cabezas que nos dejó a ambos bastante aturridos. Por suerte, él llevaba puestas las lentillas, de lo contrario, podía haberse roto las gafas.

Mrs Dyer estuvo extremadamente amable. Lavó la sangre de mi ropa y me dijo que en su opinión, aunque sus ojos ya no son lo que eran, el corte necesitaba unos puntos. Pero, francamente, no me apetecía intentar pilotar mi vehículo a esas horas de la noche y me retiré a mi casita del árbol.

Si estás borracho, no notas el dolor. Y si te despiertas con la peor resaca desde la fiesta del vigésimo primer cumpleaños de Sileno, tampoco lo notas. Si este método funciona igualmente bien para todos es algo que dejó al individuo experimentador.

**Stuart** Reconozco que probablemente estuvo mal embestirle, pero estaba sometiéndome a las fuerzas de mercado, ¿comprende?

La verdad es que con frecuencia no escucho lo que Oliver dice. O más bien, sé lo que está diciendo, aunque sólo atiendo la mitad del tiempo. Debe de ser una especie de mecanismo de filtro que se ha desarrollado a lo largo de los años y que selecciona las cosas que son relevantes para mí de toda la verborrea que las rodea. Puedo estar allí sentado, acariciando mi vaso, incluso cantando una canción en mi cabeza, y al mismo tiempo entresacar los huesos de la verborrea.

Por supuesto que tienen una aventura. Oh, no me mire de ese modo usted

también. El marido es siempre el primero en sospechar y el último en saberlo, como dije, pero cuando lo sabe, *lo sabe*. Y ¿quiere que le diga por qué lo sé? Por lo que ella le dijo, lo que ella le dijo de nosotros. Casi —*casi*— podría creer la versión oficial, que él está enamorado de ella, que viene a verla todas las tardes, que ha alquilado una habitación porque su maldito corazón doliente necesita estar cerca de ella, pero que no están liados. Pero lo que me hizo estar seguro, lo que me convenció de que no era su maldito corazón doliente, sino su maldita polla doliente de lo que había que ocuparse, fue algo que él dijo sin darse cuenta. Lo de que Gill y yo nos habíamos conocido en el Hotel Charing Cross. Nos habíamos tomado tantas molestias en su día. Gill y yo acordamos que no le diríamos a nadie —pero sobre todo acordamos que no le diríamos a Oliver— cómo nos habíamos conocido. Nos daba vergüenza, vale, lo reconozco. A los dos nos daba un poco de vergüenza. Eso no es algo que a uno se le olvide. Pero ella lo ha olvidado. Fue y se lo chismorreó a Oliver. Esa es la prueba de que tiene una aventura con él, que me traicionó. Y la prueba de que *él* tiene una aventura con ella es la forma en que lo dejó caer en la conversación como si fuera únicamente un dato sin importancia en el que todo el mundo está de acuerdo. Si *no* tuviese una aventura con ella, habría montado un escándalo y se habría entregado a lo que él considera bromas y que a mí me parece cada vez más una actividad indicativa de cierta falta de equilibrio psicológico.

Oliver no ha cambiado. Préstame una libra, préstame a tu mujer. Es básicamente un parásito, ¿comprende? Un vago, un snob y un parásito.

Una de las cosas que no escuché fue un montón de bobadas acerca de Lo Que Mantiene Unida a la Pareja y Lo Que Mantiene Unida a la Sociedad. Oliver haciendo uno de esos inteligentes ensayitos que se le daba tan bien escribir cuando estábamos en el colegio. Por qué tener una aventurilla es igual que la Revolución Francesa; esa clase de cosas solía dejarme impresionado antes de que me hiciera adulto. Y luego, según recuerdo, pasamos de ahí a un montón de paridas acerca de las fuerzas de mercado. Escuché con algo más de atención este punto, porque Oliver quedando como un completo idiota es siempre un poco más interesante que Oliver quedando como un medio idiota. Así que estudié su complejo argumento y sopesé todas las pruebas, y aquello se reducía a —corríjame si estoy simplificando— que es a causa del *Mercado* por lo que te estoy birlando a tu mujer. Ah, así que es por eso. Pensé que era porque estás enamorado de ella, o porque me odias, o por ambas cosas, pero si es a causa del *Mercado*, entonces, por supuesto, yo, como un humilde engranaje de la maquinaria, comprendo por qué estás haciendo lo que estás haciendo. Eso me hace sentir mucho mejor.

En ese momento se puso otro cigarrillo en la boca (el noveno de esa noche, los estuve contando) y descubrió que se le habían acabado las cerillas.

—Dame un polvo holandés, colega —dijo.

La expresión era nueva para mí y probablemente ofensiva, así que no respondí. Oliver se inclinó hacia mí y me quitó de la mano el cigarrillo que yo estaba fumando. Sacudió la ceniza, sopló en la punta hasta que la puso incandescente y luego encendió su cigarrillo con el mío. Había algo repulsivo en la forma en que lo hizo.

—Esto es un polvo holandés, colega.

Y me dedicó una horrenda sonrisa maliciosa.

Fue en ese momento cuando decidí que ya había tenido suficiente. El «colega» tampoco ayudó. Me levanté y le dije:

—Oliver, ¿te han dado alguna vez un beso de Glasgow?

Evidentemente pensó que estábamos hablando del uso del idioma, puede que incluso pensara que le estaba aconsejando cómo tener relaciones sexuales con mi mujer.

—No —dijo, interesado—. Nunca he estado en Sporransville.

Un polvo holandés, un beso de Glasgow. Un polvo holandés, un beso de Glasgow.

—Te lo enseñaré.

Me puse de pie y le indiqué que hiciera otro tanto.

Se levantó bastante tambaleante. Le agarré por el jersey y le miré a la cara, esa horrible cara sudorosa que había follado con mi mujer. ¿Cuándo? ¿Cuándo había sido la última vez? ¿Ayer? ¿Hacía dos días?

—Esto es un beso de Glasgow —le dije, y le di un cabezazo en la cara.

Se cayó y al principio estaba medio riéndose, como si yo hubiese pretendido enseñarle otra cosa pero hubiese resbalado. Luego quedó claro que no había sido un error, y se marchó corriendo. No es exactamente alguien que lucha con los puños desnudos, nuestro Oliver. De hecho, físicamente es un completo cobarde. Nunca entra en un bar a menos que sea la noche de las señoras, no sé si me entiende. Siempre afirmó que tenía horror a la violencia porque su padre le pegaba de pequeño. ¿Con qué? ¿Con un papel de caramelo enrollado?

Oh, mire, no quiero hablar más de Oliver. *Nunca más*. Me siento terriblemente agotado después de lo de anoche y el muy imbécil, encima, sangró sobre la alfombra.

¿Quiere saber cómo me siento? De acuerdo, se lo diré. Cuando estábamos en el colegio teníamos que jugar a ser soldados. La Fuerza de Cadetes Combinada. Y así es como se limpiaba un rifle. Cogías un pedazo de tela de 10 × 5, lo doblabas sujeto a un extremo de un alambre, metías el otro extremo por el cañón del rifle y luego ibas tirando del trapo a todo lo largo del cañón, lo cual era bastante difícil, puesto que el trapo doblado encajaba muy justo. Tirabas de él desde la recámara hasta la embocadura. Y así es como me siento. Alguien está tirando de un trapo de 10×5 con un alambre a todo lo largo de mi cuerpo, desde el ojo del culo hasta la nariz. Una y otra vez. Desde el ojo del culo hasta la nariz. Así es como me siento.

Mire, déjeme, si no le importa. Necesito estar solo. Gracias.

Dos cigarrillos en un cenicero  
mi amor y yo en un pequeño café  
luego llegó un extranjero...

Por supuesto, *usted* sabe si realmente están follando, ¿no? *Usted* lo sabe. Así que dígame. Vamos, dígame.

## 12. AHÓRREME A VAL. AHÓRRESE A VAL.

**Stuart**

Me detengo a mirar un sauce llorón  
que llora sobre su almohada  
puede que lllore por mí

Y cuando los cielos se oscurecieron  
los pájaros nocturnos me murmuraron  
estoy sola, muy sola

Es Patsy. Bueno, usted no podría dejar de reconocer su voz, ¿verdad? Es de su canción «Walking After Midnight».

Le puse la canción a Gillian. Le pregunté qué opinaba de ella.

—Realmente no tengo una opinión —dijo.

—Muy bien —dije—, entonces te la pondré otra vez.

Se la puse otra vez. Por si no conoce usted bien esta canción, que yo personalmente considero una de las obras maestras de Patsy, le diré que se trata de una mujer que ha sido abandonada por su hombre y que sale a pasear —«después de medianoche»— esperando encontrarse con él y tal vez convencerle de que vuelva con ella.

Cuando la canción terminó miré a Gillian, que estaba de pie con una expresión de..., bueno, indiferencia, supongo: como si hubiese dejado algo en el fuego pero realmente no importase que se quemara o no. Tampoco dijo nada, lo cual, poco sorprendentemente, me resultó irritante. Quiero decir, estoy seguro de que yo habría tenido algún comentario que hacer acerca de una de sus piezas favoritas de música.

—Te la volveré a poner.

Y lo hice.

Y cuando los cielos se oscurecieron  
los pájaros nocturnos me murmuraron  
estoy sola, muy sola

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunté.

—Me parece —dijo ella— que está cargada de nauseabunda autocompasión.

—Bueno, ¿no lo estarías tú? —grité—. ¿No lo estarías tú?

No muy borracho.

Sólo borracho.

**Mme Wyatt** Lo que quiero decir es lo siguiente. Te dicen que desde el punto de vista estadístico sucede esto o aquello. Cierto, de acuerdo, pero para mí la época peligrosa es siempre. He visto muchos matrimonios, largos, cortos, ingleses, franceses. Es una época peligrosa después de siete años, ciertamente. Es una época peligrosa después de siete meses.

Lo que podía decirle a mi hija era esto. Yo tuve una aventura un año después de casarme con Gordon. Nada que ver con cómo nos llevábamos: estábamos enamorados. Pero, de todas formas, yo tuve una breve aventura. «Oh, qué francés», le oigo decir a usted. *Oh-lá-lá*. Bueno, no tanto. Tengo una amiga inglesa que tuvo una aventura a las seis semanas de casarse. ¿Acaso es esto tan sorprendente? Uno puede sentirse feliz y sentirse atrapado al mismo tiempo. Puede sentir seguridad y pánico, esto no es nuevo. Y en cierto modo el comienzo del matrimonio es la época más peligrosa porque —¿cómo puedo expresarlo?— el corazón está tierno. *L'appétit vient en mangeant*. Estar enamorado te predispone a enamorarte. Ah, no crea que estoy tratando de competir con Chamfort, ésta es sólo una observación mía. La gente cree que tiene algo que ver con la sexualidad, que alguien no está cumpliendo con su deber en la cama, pero yo creo que no es ése el caso. Tiene que ver con el corazón. El corazón está tierno, y eso es peligroso.

Pero ¿ve por qué no puedo decirle esto a mi hija? Ah, Gillian, lo entiendo muy bien. Yo tuve una aventura un año después de casarme con tu padre, es muy normal. No podía imponerle esa tiranía. No me avergüenzo de mi aventura y no tengo ninguna razón para mantenerla en secreto salvo que sería perjudicial contarla. La chica debe encontrar su propio destino, es cruel permitir que imagine que sufre una terrible imitación de su madre. No debo imponerle esa tiranía del conocimiento a mi hija.

Así que sólo digo: «Siempre es la época peligrosa.»

Por supuesto supe inmediatamente que se trataba de Oliver.

## **Gillian**

Dijo: «Por favor no me dejes todavía. Pensarán que no tengo polla.»

Dijo: «Te quiero. Te querré siempre.»

Dijo: «Si cojo a Oliver dentro de esta casa, le romperé el jodido cuello.»

Dijo: «Por favor, deja que haga el amor contigo.»

Dijo: «Resulta muy barato mandar matar a alguien hoy en día. No ha seguido el índice de inflación. Debe ser culpa de las fuerzas de mercado.»

Dijo: «Sólo me he sentido vivo desde que te conocí. Ahora tendré que volver a estar muerto.»



Dijo: «Voy a salir a cenar con una chica esta noche. Puede que me la tire después, no lo he decidido todavía.»

Dijo: «¿Por qué tenía que ser Oliver?»

Dijo: «¿Puedo seguir siendo tu amigo?»

Dijo: «No quiero volver a verte nunca más.»

Dijo: «Si Oliver tuviese un verdadero trabajo esto no habría sucedido nunca.»

Dijo: «Por favor, no me dejes. Pensarán que no tengo polla.»

**Mme Wyatt** Y hubo otra cosa que mi hija me dijo, que me pareció terriblemente conmovedora. Dijo:

—*Maman*, yo creí que había *reglas*.

No se refería a reglas de comportamiento, se refería a algo más que eso. La gente imagina a menudo que si se casan «resolverán las cosas», como dicen. Mi hija, por supuesto, no es tan ingenua como para pensar eso, pero creo que sí esperaba o quizá simplemente sentía que de alguna forma estaría protegida —por lo menos durante algún tiempo— por algo que podríamos llamar las reglas inmutables del matrimonio.

Yo tengo ya más de cincuenta años, y si usted me pregunta cuáles son las reglas inmutables del matrimonio, sólo se me ocurre una: Un hombre nunca deja a su mujer por una mujer mayor que ella. Aparte de eso, todo lo demás es posible.

**Stuart** Ayer por la noche crucé al número 55. La viejecita que vive allí, Mrs Dyer, me abrió la puerta.

—Oh, usted es el hombre de la junta de distrito —dijo.

—Eso es, señora —dije—. Siento molestarla tan tarde, pero es responsabilidad de la junta de distrito informar lo más urgentemente posible a todos los caseros si sus inquilinos han dado positivo en las pruebas del sida.

—Usted ha estado bebiendo —dijo ella.

—Bueno, es un trabajo muy estresante, ¿sabe?

—Razón de más para que no beba. Especialmente si tiene que manejar maquinaria.

—No manejo maquinaria —dije, notando que nos estábamos alejando de la cuestión.

—Entonces váyase y acuéstese temprano.

Y me cerró la puerta en las narices.

Tenía razón, claro. Tal vez tenga que manejar maquinaria. Por ejemplo, tal vez tenga que pasar mi coche hacia adelante y hacia atrás sobre el cuerpo de Oliver. Bam, bam, bam. Esa sería una tarea para la que tendría que estar sobrio.

No quiero que me malinterprete. No me limito a sentarme y emborracharme y

escuchar las cintas de Patsy Cline. Bueno, hago eso bastante, es verdad. Pero no voy a pasar más que cierto porcentaje de mi tiempo revoleándome en —¿cómo lo llamó Gill?—, sí, «una nauseabunda autocompasión», ésa fue la frase. Tampoco voy a renunciar, ¿comprende? Amo a Gill y no voy a renunciar. Voy a hacer todo lo que pueda para impedir que me deje. Y si me deja voy a hacer todo lo que pueda para que vuelva. Y si no quiere volver..., bueno, entonces ya se me ocurrirá algo. No voy a encajar esto tumbado.

No lo decía en serio cuando hablaba de atropellar con mi coche al inquilino de Mrs Dyer, claro. Son cosas que se dicen. Uno no tiene ninguna práctica en estas situaciones de antemano, ¿verdad? De repente te suceden y tienes que enfrentarte con ellas. Así que dices cosas que no piensas, y cosas que puedes imaginar que otro diga salen de pronto de tu boca. Como por ejemplo cuando le dije a Gill que iba a salir a cenar con una chica y que tal vez me la tirase después si me apetecía. Es una estupidez tratar de herir a Gill. La persona con la que salí a cenar era una mujer, eso es verdad. Pero era Val, que es una amiga de hace mucho tiempo, y la persona con quien quiero hacer el amor es Gill. Nadie más.

**Oliver** Entré con llave y solté la tos de bisonte que utilizo para que Mrs Dyer sepa que estoy dejando la huella de mis pies en su parquet. Ella salió de la cocina, volviendo su cabeza de girasol a un lado para mirarme bizqueando.

—Lamento saber que tiene usted el sida —dijo.

Mi mente no tuvo, en ese instante, la solidez de la escultura monumental soviética de la era Stalin-hasta-Brezhnev. Me imaginé a Mrs Dyer abriendo por error un sobre marrón de la clínica. Sólo que yo les había dicho que les llamaría. Sólo que ellos no tenían esta dirección.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El caballero de la junta de distrito. El que vino por lo del impuesto de capitación. El que vive al otro lado de la calle. Le he visto. Tiene una mujer muy guapa.

Movió la mano en esa dirección... y todo encajó.

—Era una broma, Mrs Dyer. Una especie de broma.

—Creo que pensaba que yo no sabía qué era el sida.

La miré también yo un poco *bouleversé* de que lo supiera.

—Leo los folletos —dijo—. Además, le dije que usted era muy limpio y que teníamos cuartos de baño separados.

Mi corazón se convirtió de repente en un pozo de ternura. Ponga un pie cauteloso en mi *cœur* y caerá por encima del brocal.

—Mrs Dyer —dije—, espero que no me considere demasiado atrevido, pero ¿querría usted convertirse en mi esposa?

Ella lanzó una risita contenida.

—Una vez es suficiente para cualquier mujer —dijo—, Y además, joven, usted tiene el sida.

Otro gritito jovial y desapareció en su cocina.

Me senté en mi ventana detrás de la araucaria y pensé en Stuart en la mesa del desayuno sacudiendo su paquete de cereales: *ch-chac-a-chac, ch-chac-a-chac-chac*. Y luego —la mente es un moscardón, la mente es un pelele— pensé en Stuart en la cama con Gillian. Apuesto a que es igual, apuesto a que hace *ch-chac-a-chac, ch-chac-a-chac-chac*. Duele, oh, duele.

**Stuart** No pienso todo lo que digo últimamente, pero sí pensaba lo que dije acerca de que Oliver no tiene un verdadero trabajo. ¿Cuál sería la cura más eficaz para la inmoralidad sexual y el robo de esposas? El pleno empleo, con todos los machos adultos trabajando las mismas horas, de 9.00 a 5.30. Ah, y los sábados también. Volvamos a la semana de seis días. No sería muy popular con los sindicatos, claro, y habría que hacer excepciones para los pilotos de líneas aéreas y algunos otros. Por supuesto, los pilotos de líneas aéreas y sus tripulaciones son notoriamente inmorales. ¿Qué otras profesiones están plagadas de inmoralidad y de robo de esposas? Los catedráticos de universidad, los actores y actrices, los médicos y las enfermeras..., ¿ve lo que quiero decir? Ninguno de ellos trabaja con horario fijo.

Y Oliver es un mentiroso, claro está. Eso ayuda. Siempre he pensado que a lo largo de los años había aprendido qué margen dejar para sus exageraciones, pero puede que me quedase corto todo el tiempo. Por ejemplo, esa historia de que su padre le pegaba. Me pregunto si es verdad. Siempre le ha dado mucha importancia; que su papá empezó a pegarle después de que muriese su mamá cuando él tenía seis años. Que le golpeaba con un taco de billar porque Oliver se parecía a su mamá y así su papá en realidad estaba castigándola a ella por dejarle al morir (¿actúa la gente así realmente? Oliver me aseguraba que sí). Que este abuso se prolongó durante años y años, hasta que un día, cuando él tenía quince (aunque a veces son dieciséis y otras trece), Oliver se volvió y le dio un puñetazo a su padre. Desde entonces no volvió a suceder y ahora papá vive en una residencia de ancianos y Oliver va a visitarle de cuando en cuando con la esperanza de encontrar una chispa de afecto en estos años finales, pero siempre vuelve triste y decepcionado. Una historia perfecta para ganarse las simpatías, especialmente de las mujeres.

Nadie ha oído nunca la versión de su padre, por descontado. Yo le vi un par de veces brevemente cuando iba a ver a Oliver y a mí nunca intentó pegarme. Después de oír las historias de Oliver yo esperaba que tuviese dientes de vampiro y llevase un par de esposas; pero me pareció un tipo bastante simpático que fumaba en pipa. Oliver desde luego le odia, pero puede haber otras razones para eso, como que coma

los guisantes con cuchillo o no sepa que Bizet escribió *Carmen*. Oliver es un snob, como habrá usted observado.

También es, no puedo evitar señalarlo, un cobarde. O, por lo menos, digámoslo de esta manera: el gran acontecimiento de la infancia de Oliver es el momento en que se enfrenta a su violento papá y le da tal zorra que el Viejo Cabrón —como Oliver le llama— se marcha con el rabo entre las piernas. Pues yo soy un poco más bajo que Oliver, pero cuando le di un cabezazo en la cara, ¿cómo reaccionó? Huyó chillando y lloriqueando. ¿Es éste el comportamiento del famoso domador de matones? Oh, sí, ¿y qué me dice del taco de billar? Oliver me dijo una vez que él y su padre tenían una sola cosa en común: ambos detestaban los deportes.

**Gillian** Oliver necesitó cinco puntos en la mejilla. En el hospital dijo que se había caído y se había hecho el corte con el pico de una mesa.

Dijo que la expresión de violencia en la cara de Stuart era preciso verla para creerla. Dijo que pensó que Stuart quería matarle. Me sugirió que pusiese agua en la botella del whisky. Me rogó que me marchara enseguida.

## Stuart

Y cuando los cielos se oscurecieron  
los pájaros nocturnos me murmuraron  
estoy sola, muy sola...

**Gillian** ¿Sabe?, en todo el tiempo en que Stuart y yo estuvimos juntos no me preguntó ni una sola vez por qué estaba yo en el Hotel Charing Cross aquella noche. Quiero decir, me lo preguntó en cierto modo, y yo le respondí que había visto el anuncio en *Time Out*, pero nunca me preguntó *por qué*. Siempre tuvo mucho cuidado al averiguar cosas sobre mí. Creo que en parte era porque no le importaba lo que hubiese sucedido antes: aquí estaba yo y eso era lo único que a Stuart le interesaba. Pero era algo más que eso. Stuart tenía su idea de cómo era yo, había llegado a una conclusión, y no quería oír nada diferente.

Por qué estaba allí es fácil de contar. Un hombre casado: él no quería dejar a su mujer, yo no podía dejarle a él. Sí, esa vieja historia, la que no se acaba nunca. Así que tomé medidas para impedir que continuara. Uno tiene que ser responsable de su propia felicidad, no puedes esperar encontrártela en el buzón como un paquete. Hay

que ser prácticos en estos asuntos. La gente se sienta en casa pensando Algún Día Vendrá Mi Príncipe. Pero eso no sirve de nada a menos que pongas un letrero que diga Los Príncipes Serán Bien Recibidos Aquí.

Oliver no puede ser más distinto. Para empezar, quiere saberlo todo sobre mí. A veces siento que le estoy fallando por no haber tenido un pasado más exótico. Nunca he pescado perlas en Tahití. No vendí mi virginidad por un abrigo de martas cibelinas. Simplemente he sido yo. Por otra parte, ese yo no está fijado y decidido en la mente de Oliver como en la de Stuart. Y eso es... agradable. No, es más que agradable. Es sexy.

—Sabes, apuesto a que Stuart básicamente te considera una buena compradora.

Esto fue hace unas semanas. No me gusta que critique a Stuart. De hecho, no lo tolero.

—Soy una buena compradora —respondí (aunque no es así como yo me considero).

Por lo menos, soy mucho mejor que Oliver, que tiende a entrar en trance cuando ve un pimiento verde, no sé si sabe lo que quiero decir.

—Perdona —dijo rápidamente—. Lo que quería decir era simplemente que para mí eres alguien con..., bueno, infinitas posibilidades. No delimito con una cerca lo que se supone tu carácter aprobado y registrado.

—Es muy amable por tu parte, Oliver.

Le estaba tomando un poco el pelo, aunque él no parecía darse cuenta.

—Es sólo que, no lo digo como crítica, Stuart nunca te ve realmente.

—¿Y tú sí me ves?

—Con gafas de 3-D. No tengo ojos para nada más.

Sonreí y le besé. Más tarde me pregunté: pero si dos personas tan diferentes como Stuart y Oliver pueden enamorarse de mí, ¿qué clase de *mí* soy? ¿Y qué clase de *mí* se enamora primero de Stuart y luego de Oliver? ¿La misma o una diferente?

## **Hospital Harrinday**

### **Departamento de Accidentes y Urgencias**

Apellido	RUSSELL
Nombre de pila	OLIVER DAVENPORT DE QUINCEY
Domicilio	St Dunstan's Road, N 16
Profesión	Guionista
Lugar del accidente	En casa
Hora de llegada	11.50
Médico de cabecera	Dr. Cagliari (Sicilia)

NOTAS:

Dice que una vieja cicatriz de un duelo se reabrió al chocar contra un árbol  
Huele a alcohol ++  
No hay pérdida de conciencia  
Última vacuna de tétanos > hace diez años  
Laceración de tres cm en la mejilla derecha  
Radiografías. No se ve fractura  
Suturado con Catgut de nylon de 10 × 50  
Vacuna del tétanos  
Revisión aquí el 5/7

J. Davis  
16.00

**Oliver** No es que creyera que podía tener el sida, como tan cautivadoramente dice Mrs Dyer. Pero esto demuestra que mis intenciones son serias, ¿no? *Tabula rasa*, partir de cero.

Y no tengo que pagar el impuesto de capitación dos veces, porque en realidad no vivo en el número 55 y además no voy a estar aquí mucho más tiempo. Tengo la fantasía de pedirle a Mrs Dyer que sea dama de honor. O quizá matrona de honor.

Hay cosas que te afectan. Ojalá no hubiese pensado en Stuart haciendo *ch-chac-a-chac*. Verá, yo solía tener una broma conmigo mismo. Un libro que leí cuando era apenas post-pre-pubescente contenía estas palabras: *Gozó de sus estrechas ingles*. Admito, casi sin vergüenza, que durante años esta frase colgó de un hilo en mi cráneo como una decoración navideña, dorada y talismánica. Así que eso es lo que hacen, bestias asquerosas, pensaba. Yo también, poco después. Luego, durante muchos años, la realidad borró la fraseología. Hasta que las palabras volvieron a mí con Gill. Me sentaba en lo alto de mi araucaria y murmuraba para mí (no *totalmente* en serio, confío en que lo comprenda): *Gozaré de sus estrechas ingles*. Pero ya no puedo hacerlo, debido a algún impedimento cerebral, a un ganglio infartado. Porque cada vez que oigo esas palabras van seguidas por el sonido de Stuart haciendo *ch-chac-a-chac*, *ch-chac-a-chac-chac*, como un rechoncho ténder detrás de una esbelta locomotora.

Espero en Dios que no sigan haciéndolo. Espero en Dios que ya ni siquiera duerman en la misma cama. No puedo preguntarlo. ¿Qué cree usted?

Después de la *lune de miel* viene la *lune d'absinthe*. ¿Quién habría pensado que Stuart se volvería violento al estar bebido?

**Stuart**

Me detengo a ver un sauce llorón  
que llora sobre su almohada  
puede que llore por mí...

No muy borracho.  
Sólo borracho.

**Gillian** Sé que hay una pregunta a la que tengo que responder. Usted tiene derecho a hacerla y no puedo sorprenderme de que haya un tono escéptico en su voz, o incluso una risita burlona. Adelante, hágala.

*Mira, Gill, nos has contado cómo te enamoraste de Stuart —poniéndote sentimental cuando viste su horario de cocina—, ¿por qué no nos cuentas ahora cómo te enamoraste de Oliver? ¿Le viste llenando el cupón de las quinielas o haciendo el crucigrama del Times?*

Es justo. Probablemente yo en su posición también tendría ciertas dudas. Pero me gustaría decir lo siguiente. Yo no elegí lo que sucedió. No manipulé las cosas, no descubrí de repente que Oliver era «mejor partido», o algo así, que Stuart. Me sucedió. Me casé con Stuart, luego me enamoré de Oliver. No me siento complacida por ello. En parte ni siquiera me gusta, sencillamente sucedió.

Pero vayamos a «ese momento», el momento que me van a pedir que recuerde personas a las que ni siquiera conozco aún. Estábamos en un restaurante. Se supone que es francés, pero no lo es. Creo que la mitad de los camareros son españoles y la otra mitad griegos, pero tienen un aspecto suficientemente mediterráneo y el cocinero pone anchoas y aceitunas en todo y el lugar se llama Le Petit Provençal, lo cual parece engañar a la mayoría de la gente, o si no engañarla, al menos satisfacerla.

Estábamos allí porque Stuart estaba de viaje y Oliver insistió en llevarme a cenar. Al principio yo no quería ir, luego le dije que invitaría yo, luego sugerí que fuéramos a medias, pero tropezamos con el acostumbrado orgullo masculino, que hace que les resulte más difícil aceptar que pagues tu parte si están mal de dinero. Así que allí estaba yo, medio reacia, medio intimidada, en un restaurante que no me gustaba mucho pero que había elegido porque pensaba que era lo bastante barato como para que él invitase. Nada de esto pareció afectar a Oliver. Estaba muy relajado, como si todas las negociaciones que habían sido necesarias para llevarnos allí no hubiesen ocurrido nunca. Supongo que también estaba recelosa de que él empezase a poner verde a Stuart, pero fue todo lo contrario. Dijo que ya no recordaba mucho respecto a los tiempos del colegio, pero que todas las cosas agradables estaban relacionadas con Stuart. Había una pandilla de matones a la que derrotaron ellos dos solos. Había alguien a quien llamaban «Pies» porque tenía las manos muy grandes. Luego se

fueron juntos a Escocia haciendo autostop. Oliver dijo que tardaron semanas en llegar allí porque él era tan snob respecto a los coches en aquella época que llegó a rechazar a alguien que les había parado porque no le gustaba la tapicería o los tapacubos. Y luego llovió todo el tiempo, así que se sentaban al abrigo de las paradas de autobús y comían tortas de avena. Oliver dijo que ya había empezado a interesarse por la comida así que Stuart le hizo una prueba a ciegas. Oliver cerró los ojos y Stuart le fue metiendo en la boca alternativamente pedacitos de torta de avena mojada y pedacitos del cartón del envase mojado. Stuart afirmó que Oliver no notaba la diferencia.

Fue todo... sorprendentemente fácil, supongo, y Oliver lanzaba gruñidos de aprobación ante la comida aunque los dos sabíamos que no valía mucho. Cuando estábamos terminando el segundo plato, detuvo a un camarero que pasaba junto a nuestra mesa.

—*Le vin est fini* —le dijo Oliver.

No estaba presumiendo ni nada parecido, sencillamente supuso que los camareros de un restaurante que se llamaba Le Petit Provençal serían franceses.

—¿Cómo?

—Ah —dijo Oliver.

Se volvió ligeramente en su silla y dio unos golpecitos sobre la botella de vino como si estuviese dando una clase en esa espantosa Shakespeare School of English.

—*Le vin... est... fini* —repitió, articulando cuidadosamente y con una nota elevada al final, para indicar que iba a continuar—. El... vino... —siguió con un fuerte acento extranjero— es... de... Finlandia.

—¿Quiere otra botella?

—Sí, *signor*.

Me temo que me eché a reír a carcajadas, lo cual no fue muy justo con el pobre camarero, que se marchó y nos trajo otra botella bastante malhumorado. Cuando me lo estaba sirviendo, Oliver murmuró:

—Un Chateau Sibelius bastante agradable, creo que estarás de acuerdo.

Y me dio un ataque de risa otra vez. Me reí hasta toser. Luego me reí hasta que me dolió el estómago. Y lo bueno de Ollie es que sabe cómo hacer que una broma dure. No quiero hacer comparaciones, pero a Stuart no se le dan muy bien las bromas y si hace una simplemente la deja ahí, como si hubiese cazado un conejo o algo y con eso hubiese cumplido. Mientras que Oliver la mantiene, y si no estás de humor puede resultar fatigoso, pero supongo que esa noche yo estaba de humor.

—¿Y con el café, Modom? ¿Un poco de Kalevala? ¿Un Suomi con hielo? Ya sé, una copa Karelia.

En ese momento yo era ya incapaz de contenerme y el camarero no entendía cuál era el chiste.

—Sí, creo que un dedo de Suomi para mi amiga —dijo Ollie—. ¿Qué marcas



tienen? ¿Tienen Helsinki Cinco Estrellas?

Hice un gesto con la mano para decirle que se callara, y el camarero creyó que significaba otra cosa.

—Nada para la señora. ¿Y para usted, señor?

—Oh —dijo Ollie, fingiendo ponerse serio de pronto—. Ah. Sí. Tomaré un pequeño Fjord, por favor.

Entonces empezamos a reírnos otra vez. Y cuando me paré me dolían los costados, estaba mirando a Ollie, sus ojos brillaban, y yo pensé: Dios, esto es peligroso, en realidad es *más* que peligroso. Entonces Ollie se calló, como si él lo hubiera sentido también.

¿Que no le parece tan gracioso como me pareció a mí? Bueno, sólo se lo he contado porque usted me lo ha preguntado. Y dejamos mucha propina por si el camarero había pensado que nos estábamos riendo de él.

## Stuart

Y cuando los cielos se oscurecen  
los pájaros nocturnos me murmuran...

**Gillian** Cuando conocí a Oliver le pregunté si llevaba maquillaje. Eso resultó un poco embarazoso —quiero decir, recordar más tarde que esto fue casi lo primero que le dijiste a alguien de quien te has enamorado—, pero no era tan disparatado. Quiero decir, a veces es como si Oliver llevase maquillaje con la gente. Le gusta ser espectacular, le gusta escandalizar un poco. Pero conmigo no. Conmigo puede estar callado, puede ser él mismo, sabe que no necesita escenificar una tormenta para impresionarme. O, mejor dicho, que si lo hiciera, no me impresionaría.

Es una especie de broma entre nosotros. Dice que soy la única persona que le ve sin maquillaje. Pero hay algo de verdad en ello.

Oliver dice que no es sorprendente. Dice que yo soy así. Me paso los días quitando la mugre de los cuadros, y naturalmente hago lo mismo con él.

—Escupir y frotar —dice—. No hacen falta disolventes fuertes. Basta con escupir y frotar y pronto descubres al verdadero Oliver.

¿Y cómo es? Dulce, sincero, no muy seguro de sí mismo, un poco perezoso y muy sexy. ¿Que usted no lo ve? Déle tiempo.

Ahora estoy hablando como mi madre.

... **(mujer entre 25 y 35)** Si quiere saber mi opinión, hay una explicación muy simple. Puede que no tan simple, en realidad, pero no es la primera vez que lo veo. La cuestión es...

¿Qué? ¿Qué decía? Que quiere mis credenciales. ¿USTED quiere MIS credenciales? Mire, si alguien tiene que presentar documentación es usted. ¿Qué derecho tiene *usted* a pedirme mis opiniones? ¿Cuál es su autoridad, por cierto? Sólo el haber llegado hasta aquí no le da derecho a actuar como un poli.

¿Que me *creería* más? Oiga, a mí me importa un carajo que me crea o no me crea. Le estoy dando una opinión, no una autobiografía, así que si no le gusta el trato, siga su camino, forastero. De todas formas no estoy haciendo el vago, así que no hay ninguna necesidad de que se ponga en este plan. Le entiendo, claro que le entiendo. Usted quiere saber si soy Ginny, la genial doctora, Harriet, la altiva psiquiatra de Harley Street, Rachel, la desastrada estrella del rock, o Nathalie, la cariñosa enfermera de noche. Mi credibilidad depende de mi posición profesional o social. Bueno, discúlpeme. O, mejor dicho, váyase a tomar por saco. Y si necesita desesperadamente una identidad, le daré una. Puede que en realidad yo no sea una chica, puede que sólo lo parezca. A lo mejor he ido a las universidades de Casablanca y Copacabana. Estudios de posgraduado en el Bois de Boulogne. Vale, disculpe. Es que me ha pisado un callo. Además me ha pillado de mal humor. (No, eso tampoco es asunto suyo.) Coño, escuche, le diré lo que pienso y luego me iré yo también a hacer puñetas. Decida usted mismo. No soy exactamente la favorita del mes por aquí en este momento, así que no volverá a verme más.

Y, por supuesto, no soy un transexual. Puede preguntárselo a Stuart si quiere, él se lo confirmará, tiene pruebas. Disculpe, no debería reírme de mis propios chistes, lo que pasa es que pone usted una cara tan desaprobadora. Vale, escuche, conozco a esos dos chicos desde hace mucho tiempo. Recuerdo a Oliver cuando su idea de la ópera era Dusty Springfield saliendo por los dos altavoces en la parte de atrás de un Cortina. Recuerdo a Stuart cuando llevaba gafas con trocitos de elástico alrededor de las orejas. Recuerdo a Oliver con camisetas de rejilla y zapatos Hush Puppies, a Stuart cuando usaba champú en seco. Me he acostado con Stuart (perdone: no hay comunicado de prensa) y también he rechazado a Ollie en ese terreno. Ésas son mis credenciales. Más haber aguantado que Stuart me contara toda la historia durante almuerzos y cenas medio secretos durante las últimas semanas y meses. Al principio, para ser sincera, pensé que quería otra cosa. Sí, sí, ya lo sé, la señorita Bobalicona una vez más, es la historia de mi vida. Pensé que Stuart quería verme a mí. Una estupidez, lo reconozco. Lo único que buscaba era una gran oreja en la que volcar sus penas. Allí estaba yo y él no me preguntó ni una vez qué tal me iba la vida, y al final de la tarde se disculpaba por haber hablado tanto de su propia vida, y luego volvíamos a encontrarnos y hacía exactamente lo mismo. Está obsesionado, ese tipo,

por decirlo suavemente, y es lo que me hacía falta. Realmente es lo que me hacía falta en este momento de mi vida. Otra razón para salirme de todo este asunto.

Creo que Oliver está chiflado por Stuart, siempre lo he pensado. No sé si es marica en general, pero yo diría que está chiflado por Stuart. Por eso está siempre criticándole, riéndose de lo desastrado y aburrido que es. Critica a Stuart para que ninguno de los dos tenga que admitir lo que siempre ha estado ahí, lo que podría haber si no jugaran a que Stuart es desastrado y aburrido y un compañero improbable para el deslumbrante Oliver. Vale, usted ya había llegado a esa conclusión. No me sorprende. Pero lo que tengo que decir, lo único realmente, es esto: la razón de que Oliver quiera tirarse a Gillian es porque esto es lo más aproximado a tirarse a Stuart. ¿Vale? ¿Me sigue? Harriet, la altiva psiquiatra de Harley Street, lo llamaría por su nombre adecuado, pero yo no soy ella. Yo simplemente creo que, para Oliver, follar con Gillian es una forma de follar con Stuart.

Piénselo. Me largo ya. No volverá a verme, a menos que haya una verdadera sorpresa en el libro.

**Stuart** Oh, no. Val no. Ahórreme a Val. Ahórrese a Val. Realmente no la necesitamos. Trae problemas. Problemas con P, como solía decir Oliver.

Ella es la que no quiso decirle su nombre (¿qué le pasa a la gente con los nombres?). La conocí hace mucho tiempo, como sin duda ya le habrá dicho. ¿Se ha fijado usted en que cuando alguien dice que conoce a una persona desde hace mucho tiempo casi siempre significa que va a decir algo desagradable acerca de ella? Oh, no, usted no le conoce *de verdad*, no como yo, vaya, recuerdo...

El tema preferido de Val respecto a mí es que me conoció cuando yo usaba champú en seco, hace un millón de años. Bueno, aclaremos este punto, si puede usted soportar un poco de tedio. Una vez, hace muchísimos años, alguien, una persona, una vez, me dijo que había unos polvos que te echabas en el pelo entre dos lavados, te lo frotabas bien, luego te lo cepillabas y te quedaba como si acabaras de lavarte la cabeza. ¿De acuerdo? Pues yo me compré el producto —esto, debo señalar en mi defensa, fue después de que leyera en alguna parte que lavarse la cabeza con demasiada frecuencia podía ser malo para el pelo— y lo usé una tarde por primera y única vez, y estaba tomando una copa en un pub cuando oí un increíble chillido a mis espaldas. «¡Stu, tienes una caspa *terrible!*» Era Val, por supuesto, muchas gracias, siempre perfecta para hacerte sentir cómodo. Y puesto que yo nunca había tenido caspa, me toqué el pelo y dije: «Es champú en seco.» Entonces Val informó a todo el pub de que no era caspa sino champú en seco, y que qué diablos era eso etc., etc. En vista de este incidente cuando volví a casa tiré mi tubito de champú en seco y no volví a utilizarlo desde aquel día.

Se empeña en tener algún derecho sobre uno, esa chica. O mejor dicho, esa mujer.

Tiene treinta y un años, cosa que supongo que no le habrá dicho, y después de una centelleante carrera vendiendo vacaciones a precios reducidos, ahora está de gerente en una pequeña imprenta cerca de Oxford Street. La clase de imprenta que hace invitaciones y tiene un par de fotocopiadoras en la puerta, de las cuales sólo funciona una. No digo esto para criticarla, entiéndame, sino solamente para disipar cualquier impresión de Mujer Misteriosa que haya intentado darle. Esta es la persona con la que está usted tratando. Val, de Pronto Printa.

**Oliver** ¿Que ella *qué*? ¿Ella le dijo *eso*? Es ultrajante, es insolente, es la más atroz *mensonge* que podía haberse inventado. Esa chica trae problemas, problemas con P, que es también la inicial de Puta.

¿Qué ella me rechazó en el asunto de los revolcones? Conque *ella* me rechazó a mí, ¿no? Proyecte, entonces, en esa pantalla curva que hay en el interior de su frente las siguientes imágenes animadas y ponga el meñique en el botón del Dolby por si se le escapan algunas sutilezas del diálogo. En una ocasión, hace mil años, Oliver, a pesar de sus vociferantes Resoluciones de Año Nuevo en sentido contrario, se encuentra una vez más en uno de esos horribles eventos a los que asisten juerguistas lumpen que llevan bajo el brazo barrilitos en miniatura, donde todas las chicas inhalan ferozmente Silk Cut como si fuese beneficioso para la salud (no estoy hablando como un reformado mojigato, pero si vas a fumar, *fuma*), y donde temes que en cualquier momento un par de manos te agarren por detrás tratando de incorporarte a ese infalible inductor de litio, la conga. Era —¡lo ha adivinado!— una fiesta.

Según recuerdo, Stuart me había rogado que asistiera, sin duda como insignificante recompensa por todas aquellas lustrosas citas dobles a las que yo había llevado a mi regordete y tembloroso amigo. Sorteando barrilitos de Partecocos Añejo y opacas botellas decoradas con palmeras de licor caribeño destrozahígados, me instalé al lado de un botellón de Soave en un intento poco convencido de cocerme hasta perder el sentido. Estaba bebiendo con una paja retorcida y haciendo notables progresos cuando unas manos espantosas se cerraron sobre mis hombros.

—¡Eh, mi gota! —grité, temiendo verme implicado en la más burguesa de las bacanales, porque el frenesí de la danza no se había adueñado de mí aquella noche.

—Ollie, has estado evitándome —dijo las Manos.

Luego el Trasero intentó un aterrizaje vertical en el brazo de mi sillón, maniobra que estaba más allá de las habilidades de la decidida Val, la cual cayó en cascada sobre mi regazo.

En los siguientes minutos se produjo entre nosotros uno de esos rutinarios intercambios de galanterías y bromas, pero sólo el más inventivo de los analizadores de textos, sólo el más decidido negador de intencionalidad, habría interpretado dicho

intercambio como indicador de 1) que yo prefería la compañía de Val a la del galón de vino italiano o 2) que yo hubiese privado siquiera por un momento a mi amigo Stuart de lo que la gente joven hoy en día (sin duda evocando inconscientemente la joroba de camello del deseo, el oasis de la sed apagada) llama con frecuencia «su compañera».<sup>[16]</sup>

Luego nos separamos, cortésmente a mi entender, ella para entregarse a la conga y yo a refinados ensueños. Sin siquiera un *boff de politesse*.

**Val** Hay dos tipos de hombres que te dejan tirada, en mi opinión: aquellos con los que te has acostado y aquellos con los que no te has acostado. Stuart y yo teníamos una aventura y Oliver trató de ligar conmigo. Stuart se casó con esa aburrida niña buena que tiene por esposa y Oliver se la ligó. ¿Hay aquí una pauta de conducta o no la hay?

Lo que le fastidia a Stuart es que yo me fijara en su champú en seco y lo que le fastidia a Oliver es que yo no estuviese encantada de irme a la cama con él. ¿No le parece raro? Quiero decir, raro que sea eso lo que les fastidie. Ninguno de los dos se inmuta ante la idea de que Oliver está follando con Gillian porque lo que realmente desea hacer es follar con Stuart. ¿Qué le parece?

Y yo en su lugar examinaría más atentamente a Gillian. ¿No es simplemente una heroína, una pequeña *encajadora*? Papá se larga con su chavalina y Gill sobrevive heroicamente. Incluso consuela a su apenada madre. Qué generosa, qué adulta. Luego Gillian se encuentra atrapada en un Triángulo Amoroso y ¿adivina quién de los tres sale mejor parado? Por supuesto, es la señorita Quien. Cogida en el medio pero manteniendo la cabeza fuera del agua mientras hace lo correcto, lo cual quiere decir hacer pedazos a Stuart y mantener a Oliver pendiente de un hilo.

Ella le dice a Stuart (el cual me lo cuenta a mí) que ciertas cosas —como seducir al mejor amigo de tu marido— «sencillamente suceden» y uno tiene que hacer lo que pueda a partir de ahí. Bueno, es una teoría fácil, ¿no? Escuche, nada «sencillamente sucede», sobre todo en una situación como ésta. Lo que esos dos chicos no comprenden es que *todo tiene que ver con Gillian*. Las personas tranquilas y sensatas que aseguran que las cosas «sencillamente les suceden» son las verdaderas manipuladoras. Stuart está ya reconcomido por la culpa, lo cual no es un mal logro, ¿verdad?

Oh, ¿y por qué renunció a ser asistente social? ¿Era demasiado sensible al dolor del mundo? Es al revés, si quiere mi opinión, el dolor del mundo no era lo bastante sensible a *ella*. Todas esas personas lastimadas y familias destrozadas no sabían apreciar el asombroso privilegio que se les concedía al tener a la señorita Florence Nightingale en persona para ocuparse de sus problemas.

Y otra pregunta. ¿Cuándo cree que decidió intentar conseguir a Oliver? Quiero decir, ¿cuándo *exactamente* empezó a ponerle el señuelo sin que él se diera cuenta? Porque ése es su truco. No se lo habrá hecho a usted, ¿verdad?

**Oliver** Bueno, estamos jugando con mala leche, ¿no? Y la virtuosa Val presentándose como Susana, la que sufrió el ataque de las callosas manos de los Ancianos. Bueno, permítame que suelte un bufido. Si Val fuese alguna vez espiada en su desnudez por un par de respetables viejos chochos, éstos se encontrarían hechos un nudo antes de que hubiesen podido contar sus lunares y ella les cobraría diez libras por tiento.

Supongo que el escaso trato le hace subestimar la descarada grosería de la testigo que tiene ante usted. Si las tropas de Herodes estuviesen haciendo un registro casa por casa en busca de ambigüedad no se detendrían mucho tiempo en La Maison de Val. Es el tipo de ser a quien la frase «¿Te apetecería venir a tomar un café en mi casa?» le resulta misteriosa hasta el punto de ser incomprendible y que encontraría el apotegma «¿Es una piña eso que tienes en el bolsillo?» digna de los maestros tántricos. Así que tal vez no sería poco galante que Ollie conservase todavía un recuerdo vívido de quién exactamente trató de ligarse a quién en aquella fiesta.

Y como castigo por mi acobardamiento ante sus palmas pegajosas (aunque confieso que la caballerosidad hacia Stuart apareció rezagada como motivación, mucho después de los nervios, el buen gusto, las consideraciones estéticas, *und so weiter*), Val le informa sin más ni más de que yo tengo intenciones biológicas — tenía, tengo, tendré— respecto al cuerpo de tapir de Stu y que, desdeñado en mis ambiciones uranias, dilapido mi semilla en el sustituto más congruente que puedo encontrar, es decir, Gill. Bueno, debo señalar que cualquiera cuyo córtex cerebral indique que Gillian puede ser un sustituto erótico de Stuart haría bien en llamar a la ambulancia acolchada inmediatamente. También deseo advertirle de que su informante, Val, es una entusiasta habitual de esa fétida sección de la librería del barrio que debería llamarse Autocompasión pero que se denomina misteriosamente Autoayuda. Aparte de las guías telefónicas y el abecedario, la *petite* biblioteca de Val está formada por obras concebidas para consolar e inflar su ego: títulos tales como *La vida puede ser una auténtica cabrona incluso para las mejores personas*, *Mírate en el espejo y di hola* y *La vida es una conga: únete al follón*. Traduciendo los oscuros imponderables del espíritu humano a un refrigerio intelectual para los muertos cerebrales: esto es lo que su informante paladea.

Ahora escuche: si por pícara casualidad se diese el caso de que la radiante sexualidad de Oliver ocasionalmente dejase de lado lo cotidiano, y si su heliotrópica mirada se volviese hacia el improbable Ganimedes de Stoke Newington, entonces, por utilizar un vulgarismo que mi propia acusadora pudiese entender, *lo tendría*

*tirado, colega*. La necesidad de un sustituto carnal sencillamente no surgiría.

**Stuart** Esto no tiene nada que ver con nada. Ni siquiera es un tema secundario. De acuerdo, me desahugué con Val un par de veces, pensé que era una amiga, pensé que para eso estaban los amigos. De pronto resulta que es un crimen hablar de los propios problemas y que Oliver es un delincuente homosexual que siempre me ha deseado secretamente. Yo pienso ahora muchas cosas malas acerca de este ex amigo, pero no eso. Lo único que se puede hacer con el fango es ignorarlo, de lo contrario ensucia.

Por Dios Santo, continuemos con la historia.

**Val** Ya veo. Oliver dice que por supuesto él no es marica (¿cómo diablos ha podido ocurrírsele a nadie tal cosa?), pero que si lo fuese, le resultaría fácil tirarse a su mejor amigo. Y Stuart, pese a ser probablemente la persona más aburridamente convencional con la que he tenido la desgracia de enrollarme, no está nada sorprendido, ni mucho menos alarmado, por mi perspicacia psicológica. Lo único que desea decir es Sin Comentarios. Señores del jurado, concluyo mi alegato. O, mejor dicho, lo dejaré más claro. Creo que están los dos conchabados en esto.

**Gillian** La mayoría de las solicitudes de divorcio concedidas a las mujeres desde 1973 se han basado en conducta inmoderada por parte del marido. Ejemplo de conductas inmoderadas son: violencia, excesos en la bebida, excesos en el juego o irresponsabilidad económica general y negarse a mantener relaciones sexuales.

La palabra que se utiliza en lenguaje legal cuando pides el divorcio es *rogar*. El solicitante *ruega* que el matrimonio sea disuelto.

**Oliver** Y otra cosa. Le gusta hacer creer que Val es el diminutivo del poco brillante pero perfectamente razonable *prénom* Valerie. Según se dice, así es como suscribe sus vacilantes notas interdepartamentales y sus comunicaciones amatorias. Pero no puede uno fiarse de ella ni siquiera a este respecto. Val —y éste es un detalle que tal vez le agrade saborear— es el diminutivo de Valda.

**Stuart** Bueno, esto es lo que yo llamo sutileza, esto lo que yo llamo echar una indirecta delicada. ¿Qué me encuentro despreocupadamente tirado en una mesa cuando vuelvo a mi propia casa? Uno de esos libros de *Cómo...* sólo que éste se

titula *Cómo... sobrevivir al divorcio*. El subtítulo es *Un manual para solteros y parejas*. ¿Es eso lo que seré? ¿Es eso en lo que planean convertirme? ¿Un «soltero»?

¿Sabía usted que desde 1973 la razón principal de que los hombres se divorcien de las mujeres en los tribunales ingleses es el adulterio de la esposa? Qué nos dice eso respecto de las mujeres, me pregunto. El caso contrario no se da. El adulterio por parte del hombre no es una de las razones principales de que las mujeres pidan el divorcio, más bien lo contrario. Emborracharse y negarse a mantener relaciones sexuales parecen ser dos de las causas en las que se basan las mujeres con mayor frecuencia para librarse de sus maridos.

Había una frase en el libro que me gustó. ¿Sabe cuánto cobran los abogados? Yo tampoco lo sabía. En provincias es cualquier cifra por encima de cuarenta libras la hora (más IVA). En Londres oscila entre sesenta y setenta libras la hora (más IVA), aunque los bufetes elegantes cobran como mínimo ciento cincuenta libras la hora (más IVA), así que el tipo que escribió el libro concluye: «Claramente, con semejantes honorarios puede resultar más barato reemplazar muchos objetos menores (una mesa, una silla, un juego de vasos o lo que sea) que tener que pagar la minuta del abogado por la pelea.» Sí, eso parece muy sensato. Por supuesto yo podría romper este vaso que tengo en la mano, más los otros cinco que están en el aparador, y de ese modo no tendríamos ninguna dificultad en el reparto de los despojos. Además nunca me han gustado. Fueron un regalo de la presuntuosa madre de mi esposa.

Si yo dijera simplemente: No, no he hecho nada malo, no te concederé el divorcio, no puedes demostrar nada contra mí y, en cualquier caso, no creo que el término «violencia» incluya el darle un cabezazo al amante de tu mujer, yo diría que eso no puede ser causa de divorcio, si yo dijera simplemente No y me mantuviese firme, ¿sabe lo que tendría que hacer ella? Tendría que marcharse de casa y no conseguiría el divorcio hasta pasados cinco años.

¿Cree que eso les jodería?

Quiero decir, mire estos vasos. Se puede beber Pernod en ellos, pero no whisky. Realmente resultaría más barato reemplazar estos objetos menores que tener que pagar la minuta de un abogado por la pelea. Ella puede quedárselos, todos excepto éste. Plaff, resbaló del brazo de mi sillón, ¿verdad? Simplemente resbaló, voló dos metros por el aire y se estrelló en la chimenea. Usted será mi testigo, ¿no?

O puede que diese igual.



## 13. LO QUE PIENSO

**Stuart** Yo la quería. Mi amor la hizo más adorable. Él lo vio. Él había estropeado su propia vida, así que me robó la mía. Ese edificio quedó totalmente destruido por un BOMBARDEO DE ZEPELINES.

**Gillian** Yo quería a Stuart. Ahora quiero a Oliver. Todo el mundo ha sufrido. Por supuesto me siento culpable. ¿Qué habría hecho usted?

**Oliver** Oh, Dios, pobre Ollie, sumergido hasta la membrana mucosa en un baño de *merde*, qué crepuscular, qué espeso, qué triste... No, en realidad no es eso lo que pienso. Lo que pienso es esto: quiero a Gillian, ella me quiere a mí. Ése es el punto de partida, todo se deriva de ahí. *Me enamoré*. Y el amor opera de acuerdo con las fuerzas de mercado, cosa que intenté hacerle comprender a Stuart, aunque probablemente sin mucho acierto, y en cualquier caso tampoco podía esperar que lo viera objetivamente. La felicidad de una persona se construye a menudo sobre la desdicha de otra, así es el mundo. Es duro y yo siento muchísimo que haya tenido que ser Stuart. Probablemente haya perdido a un amigo, mi más viejo amigo. Pero no tenía elección, realmente no, nadie la tiene nunca, no sin ser una persona completamente distinta. Culpe a quien inventase el universo si es que quiere culpar a alguien, pero no me culpe a mí.

Otra cosa que pienso: ¿por qué todo el mundo se pone siempre de parte de la maldita tortuga? Oigamos para variar una defensa de la liebre.

Y sí, ya sé que acabo de decir otra vez *crepuscular*.

## 14. AHORA HAY UN CIGARRILLO EN EL CENICERO

**Stuart** Lo siento. De verdad. Ya sé que no quedo muy bien en lo que viene a continuación.

Él vino a la mía. ¿Por qué no iba a ir yo a la suya?

No, eso no vale.

¿Por qué lo hice? ¿Estaba tratando de aferrarme, o tratando de soltarme? ¿Ninguna de las dos cosas o las dos?

Aferrarme: ¿porque pensaba que tal vez ella cambiase de opinión si me veía?

Soltarme: ¿como no pedir que te venden los ojos en una ejecución? ¿Como volver la cabeza para ver caer la hoja de la guillotina?

Y esa historia de los cigarrillos, pura casualidad. Lo sé, sólo un accidente. Pero eso empeoró las cosas, porque todo el asunto ha sido un espantoso accidente, como un camión que vira bruscamente, atraviesa la barrera de la autopista y aplasta tu coche. Yo estaba allí sentado, y puse el cigarrillo en uno de los surcos del cenicero y entonces observé que ya había otro cigarrillo en otro de los surcos. Estaba tan alterado que debo de haber encendido otro después de dejar el primero. Y *entonces* me fijé en que también había una colilla en el cenicero. Tres cigarrillos en el cenicero, dos de ellos ardiendo y uno apagado. ¿Cómo podría nadie soportarlo? ¿Puede imaginarse el dolor que sentí? No, claro que no. Uno no puede sentir el dolor de otra persona, ése es el problema, ése es siempre el problema, todo el problema del mundo. Si pudiésemos aprender a sentir el dolor de otra persona...

Lo siento, de verdad. ¿Cómo puedo disculparme?

Tendré que encontrar la manera de hacerlo.

**Gillian** Es la cara de Stuart lo que nunca olvidaré. Parecía un payaso, una cabeza de nabo, una máscara de Halloween.<sup>[17]</sup> Sí, eso es, una de esas calabazas de Halloween con una sonrisa artificial y una luz falsa, parpadeante y fantasmal que brilla a través de los ojos. Eso es lo que parecía Stuart. Yo fui la única persona que le vio, creo, y la imagen permanecerá conmigo para siempre. Chillé, Stuart desapareció, todo el mundo se volvió a mirar, pero no había nada más que un escenario vacío.

Me quedé con *maman* la noche antes de la boda. Fue idea de Oliver. Cuando me lo sugirió supuse que pensaba que tal vez yo necesitara ayuda. Pero no era eso en realidad. Era porque quería hacer las cosas correctamente. Es bastante anticuado en algunos aspectos, Oliver. Yo tenía que ser la niña que sale de la casa paterna para ese sagrado viaje a la iglesia. Sólo que no se puede decir que yo fuese la novia virginal vestida de blanco y cogida del brazo de su padre.

Llegué a casa de *maman* a las siete de la tarde del día anterior a mi segunda boda. Ambas nos mostramos conscientemente cuidadosas, me trajo una taza de café y me hizo poner los pies en alto como si ya estuviese embarazada. Luego cogió mi maleta y se marchó para deshacerla, lo cual me hizo sentir aún más como si acabase de ingresar en un hospital. Me quedé allí sentada, pensando: espero que no me dé ningún consejo, no creo que pudiese soportarlo, lo que está hecho y lo que estoy a punto de hacer ya no puede cambiarse. Así que más vale que nos callemos y veamos una estupidez en la televisión y no hablemos de nada importante.

Pero... las madres y las hijas, las madres y las hijas. Aproximadamente noventa segundos más tarde volvió a la habitación sosteniendo mi traje de chaqueta entre las manos. Había una sonrisa en su cara como si yo me hubiese vuelto senil de repente y necesitase que me tratasen con compasivo afecto.

—Querida, te has equivocado al hacer la maleta.

La miré.

—No, *maman*.

—Pero, querida, éste es el traje que yo te compré, ¿no?

—Sí.

Sí, lo sabes perfectamente. ¿Por qué se empeñan los padres en actuar como fiscales comprobando los hechos más evidentes?

—¿Piensas ponerte *esto* mañana?

—Sí, *maman*.

Y entonces vino el diluvio. Empezó a hablar en francés, que es lo que hace cuando está muy enfadada y necesita desahogarse. Luego se calmó un poco y pasó otra vez al inglés. Su argumentación básica era que yo claramente había perdido el juicio. Sólo a una persona gravemente perturbada se le ocurriría casarse dos veces con el mismo vestido. Era una ofensa al buen gusto, a los buenos modales, a la elegancia en el vestir, a la Iglesia, a todos los presentes en ambas ceremonias (principalmente a ella), al destino, a la suerte, a la historia del mundo y a unas cuantas otras cosas y personas.

—Oliver quería que lo llevase.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Dice que se enamoró de mí cuando lo llevaba.

Segunda explosión de cólera. Escandaloso, debería avergonzarse, etc. Era buscar problemas, etc. Tendrás que casarte sin tu madre si es eso lo que piensas ponerte. Duró una hora más o menos y acabó cuando le entregué las llaves de mi piso. Se marchó con el traje de chaqueta sobre el brazo extendido como si tuviese una dosis de radiación.

Regresó con un par de sustitutos, que yo miré con indiferencia.

—Elige tú, *maman*.

No tenía ganas de discutir. El día siguiente no iba a ser fácil, esperaba que al menos una persona estuviese satisfecha. Pero no, no era tan sencillo. Quería que me probase ambas posibilidades. Para hacerme perdonar mi enorme *faux pas* tendría que actuar como una modelo. Era ridículo. Me probé los dos vestidos.

—Ahora elige tú, *maman*.

Pero tampoco eso le bastaba. Debía elegir yo, debía tener una opinión. No la tenía. No tenía una segunda elección, realmente no la tenía. Es como si me dijeran: Mira, Gill, me temo que no puedes casarte con Oliver mañana, eso está descartado, por lo tanto ¿con quién te gustaría casarte? ¿Con éste o con ése?

Cuando se lo dije a ella no le agradó la comparación. Pensó que era de mal gusto. Oh, vaya. Cuando me casé con Stuart todos me animaban a pensar únicamente en mí misma. Éste es tu día, Me decía la gente. Es tu gran día. Ahora voy a casarme con Oliver y de repente es el día de los demás. Oliver insiste en una boda por la Iglesia que yo no deseo. *Maman* insiste en un vestido que yo no deseo.

Me desperté aún acosada por los sueños. Estaba escribiendo mi nombre en la arena, sólo que no era mi nombre; Oliver empezó a borrarlo con el pie y Stuart se echó a llorar. *Maman* estaba allí de pie, en la playa, llevaba puesto mi traje verde de boda y tenía una expresión que no era aprobadora ni desaprobadora, sencillamente estaba esperando. Esperando. Si esperamos lo suficiente, cualquier cosa, todas las cosas, saldrán mal y se demostrará que tú tenías razón, *maman*. Pero ¿dónde está la virtud en eso?

Cuando llegamos a la iglesia Oliver estaba muy nervioso. Por lo menos no tuvimos que avanzar a lo largo del pasillo: éramos sólo diez personas y el sacerdote decidió reunirnos a todos delante del altar. Pero en el mismo momento en que empezamos a congregarnos me di cuenta de que pasaba algo.

—Lo siento —le dije a Oliver—. Ella se negó a atender a razones.

Él no pareció entenderme. Continuó mirando por encima de mi hombro hacia la puerta de la iglesia.

—El vestido —dije—, siento lo del vestido.

Era de un amarillo vivo, un color optimista, como dijo *maman*, y no era de esperar que Oliver no notase el cambio.

—Pareces una joya —dijo, aunque sus ojos no me miraban.

Llevé un color inadecuado en mis dos bodas. Debería haber llevado un tonto y optimista amarillo en mi primera boda y un cauteloso verde pálido en la segunda.

—Y todos mis bienes terrenales contigo los compartiré.

Eso es lo que prometí. Hablamos discutido por ello antes. La discusión habitual. Oliver quería que dijésemos: «Todos mis bienes terrenales te donaré.» Dijo que eso era lo que sentía, que todo lo que tenía era mío, que el lenguaje expresaba un estado del alma, que *compartir* era mezquino y *donar* era poético. Le dije que ése era el

problema. Si vas a hacer una promesa solemne debe significar algo preciso. Si él me donaba sus bienes terrenales y yo le donaba los míos, entonces lo que significaría era que trocábamos lo que poseíamos, y a mí me parecía que las promesas matrimoniales no trataban del trueque de mi piso hipotecado por su habitación alquilada y que además, para ser francos, si trocábamos nuestros bienes, la que saldría perdiendo sería yo. Él dijo que eso era poco generoso y demasiado literal y que, por supuesto, íbamos a compartirlo todo en cualquier caso, pero ¿no podíamos decir donar? Qué, argumentó, podía definir con mayor precisión la diferencia entre mis dos maridos que las palabras *compartir* y *donar*. Stuart querría hacer un trato, mientras que él, Oliver, deseaba una rendición total. Le dije que si no recordaba que Stuart y yo nos habíamos casado en un juzgado y que no habíamos dicho ni *donar* ni *compartir*.

Así que Oliver fue a ver al párroco para preguntarle si era posible una componenda: si él podía decir donar y yo podía decir compartir. El párroco dijo que ni hablar.

—Y todos mis bienes terrenales contigo los *compartiré*.

Oliver puso el énfasis en el verbo, para que la gente supiera que no le gustaba la palabra. Lo malo fue que sonó como si se quejase de tener que darme nada. Se lo dije cuando estábamos de pie delante de la iglesia mientras *maman* hacía unas fotos.

—Todos mis bienes terrenales a ti te los alquilaré —respondió. Parecía más relajado ahora—. Todos mis bienes terrenales a ti te los prestaré. Todos mis bienes terrenales excepto los que de verdad me interesan. Todos mis bienes terrenales, pero necesito un recibo...

Cuando Oliver se pone en ese plan lo mejor es dejarle seguir. ¿Ha visto usted esas nuevas correas para perros? ¿Las que van en un carrito grande y se desenrollan varios metros si el perro echa a correr de pronto y luego se vuelven a enrollar solas cuando el perro se para a esperarte? Ésa es la imagen que me viene a la cabeza cuando Ollie se dispara de esa manera. Es como un perro grande. Pero te espera en la esquina para que le alcances y le des una palmadita.

—Y todas mis cuentas del restaurante contigo las *compartiré*.

Fuimos en coche a un sitio muy agradable que Ollie había elegido. Teníamos una mesa larga al fondo. El encargado había puesto muchas rosas rojas delante de mi cubierto, lo cual me pareció muy agradable por su parte, aunque Ollie declaró en un murmullo teatral que las rosas rojas eran un poco horteras. Nos sentamos y tomamos una copa de champán y charlamos entre risas sobre quién había pillado un atasco en el camino, y dijimos que el párroco parecía realmente interesado a pesar de que apenas nos conocía a Oliver y a mí, y que no habíamos tartamudeado al decir nuestras frases y que yo parecía muy feliz.

—¿Alguien ofrece algo más que *feliz*? —dijo Ollie, y ya estaba lanzado otra vez—. ¿He oído radiante? Sí, tengo radiante aquí a mi izquierda. Ahora, ¿algo más que

radiante? ¿Bella? ¿Tengo bella? Gracias, señor. Ahora, ¿he oído espléndida por alguna parte? ¿Espectacular? ¿Sensacional? Estamos en bella a mi derecha por el momento... Bella... bella... Tengo espectacular delante de mí... Yo digo espectacular... ¿Se quedan todos con espectacular? Vendida al subastador, comprada por Ollie...

Luego dio un golpe en la mesa con un pimentero como si fuese un martillo y me besó mientras los demás me aplaudían.

Llegó el primer plato, y noté que Oliver no escuchaba lo que estaba diciendo, así que seguí su mirada, y allí, sentado en una mesa él solo, sin mirarnos siquiera, leyendo un libro, estaba Stuart.

A partir de entonces todo empezó a ir mal, y he tratado de borrar todo de mi memoria, lo que comimos, lo que dijimos y cómo fingimos todos que no pasaba nada. Pero no puedo borrar el final, la cara de Stuart apareciendo de repente por encima del mantel y mirándome con una horrible sonrisa y una luz fantasmal en los ojos. Una calabaza de Halloween que hubiese cobrado vida. Grité. No es que diese miedo, en realidad. Es que era tan auténticamente triste que no pude soportarlo.

**Oliver** Cabrón. Gordo empleadillo de banca comedor de mierda. Después de todo lo que yo he hecho por ti durante años y años. ¿Quién te convirtió en un ser humano mínimamente aceptable en primer lugar? ¿Quién acabó con un dolor de brazo de tanto limar tus asperezas? ¿Quién te presentó chicas, te enseñó a manejar el cuchillo y el tenedor, fue tu *amigo*? ¿Y qué recibo a cambio? Me jodes mi boda, me jodes el mejor día de mi vida. Una miserable, vulgar y egoísta venganza, eso es lo que fue, aunque sin duda en el retrete de tu alma has transmutado el motivo en algo vagamente noble e incluso juicioso. Bueno, deja que te diga una cosa, mi esteatopigo ex colega: si vuelves a meter tus narices en mi vida serás mi ex colega en más de un sentido. Te tendré una semana comiendo cristales rotos, no quiero que haya ninguna ambigüedad en esto. No malinterpretes a Oliver ni por un momento. Hay violencia en este corazón mío supuestamente tierno.

Debería haberte hecho arrestar en el mismo momento en que te vi. Haberte hecho encerrar con alguna acusación grave, como haraganear con intención o atentar contra el paisaje, o ser un pelmazo quejumbroso. Detenga a este hombre, oficial, ya no es entretenido, sencillamente ha dejado de ser *divertido*. Dios, bromeo, siempre ha sido mi debilidad, pero si no bromease tendría que ir y cortarte las peludas orejas y metértelas por la garganta y hacerte tomar de postre tus anticuadas gafas.

El día había ido muy bien hasta que te vi al otro lado de la calle tratando de pasar desapercibido y dando pataditas en el suelo metronómicamente como un centinela de guardia, fumando como una chimenea de Arnold Bennett y lanzando fétidas miradas a la iglesia. Era evidente que nos preparabas alguna bellaquería estúpida, así que,

colocándome el clavel blanco con su ligero rubor verde, crucé el carcinógeno tráfico y te abordé.

—Vengo a la boda —dijiste.

Contradije este increíble propósito.

—Tú viniste a la mía —continuó el plañidero—, así que yo vengo a la tuya.

Le expliqué la contravención a la etiqueta que semejante plan indicaba, es decir, que en la sociedad moderadamente evolucionada conocida con el nombre de Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte uno no se permitía, generalmente, asistir a ceremonias a las cuales no había sido invitado. Cuando pusiste en duda esta arcana norma del protocolo te apremié de la forma más amable posible a que te largases al instante y preferiblemente te tirases bajo las ruedas de un autobús de dos pisos.

No puedo decir que me inspirase mucha confianza tu aparente marcha y mantuve un ojo vigilante en la puerta de la iglesia mientras estábamos esperando a que el párroco levantase el telón. En cualquier momento, pensé, las puertas de roble podrían abrirse de golpe y revelar tu inoportuno rostro. Incluso una vez comenzado el casorio, yo estaba medio temiendo que cuando llegásemos a esa parte en la que dicen que cualquiera de los presentes lance un grito si conoce algún estorbo u obstáculo o simple impedimento para que se me permitiera desatar mi furia corpórea sobre la hermosa Gill tú salieses de un salto de algún segmento umbroso de la iglesia y pusieses una cobarde objeción. Pero no fue así, y galopamos juguetonamente hasta el final de las promesas solemnes. Incluso tuve tiempo de darle un acento irónico a ese estúpido trozo del servicio en el cual prometes «compartir» tus bienes terrenales con tu compañera. Durante siglos todo el mundo ha «donado» siempre sus bienes terrenales a su compañera —ten, tómallo todo, lo que es mío es tuyo— y eso transmitía la sinceridad que es esencial al espíritu del matrimonio, encapsulaba el quid de la cuestión. Pero ya no, los abogados y los contables han metido mano en todo. Me quedé un pelín *bouleversé* cuando Gillian insistió en lo de *compartir*, y encontré que nuestra discusión era levemente degradante, como si estuviera planeando salir por pies del templo para poner a la venta la mitad del piso de Gillian que me pertenece. Graciosamente accedí a su capricho en este asunto. Hay un céfiro de Madame Dragón en mi esposa, como probablemente habrá usted observado.

La verdad es que esto fue parte de un cambalache ligeramente sucio. Yo quería una boda por la Iglesia, mientras que a Gill le parecía que tenía menos sentido esta vez que la anterior. Así que yo pude elegir el teatro y a ella se le permitió escribir el libreto. También fue ella, puedo dar fe, quien arregló el asunto con el cura. No todas las casas de culto, pese a que podía esperar que hoy en día estuviesen ansiosas de clientela, acogen las nupcias de una mujer caída como Gillian. Yo mismo hice la ronda de un par de basílicas posibles y recibí una respuesta claramente vaga. Así que Gillian fue y derribó con palabras a uno de los recalcitrantes pilotos del cielo.

Menudo internuncio es esta chica. Compare la forma en que convenció a Stuart para que actuase como un oficial y caballero a pesar de las pruebas históricas en sentido contrario. Al principio él se comportaba como un verdadero cavernícola cada vez que se mencionaba la palabra clave; pero Gillian le indujo a la concordia con halagos. Este no es un pasaje de la historia mundial que me agrade recordar con detalle, por cierto. Gillian siguió viendo a su Primer Marido con excesiva frecuencia. Gillian conservó su estudio en la casa del PM incluso después de haber dejado al PM. A Oliver se le prohibió visitar el estudio. Oliver, de hecho, se vio obligado *pro tem* a optar por el quietismo. No es que me dejaran en el asiento trasero, es que me metieron en el maletero con la única compañía de la rueda de recambio y un mapa de carreteras anticuado.

Pero esa época acabó. La reversibilidad —lustrosa contraseña en la profesión de mi esposa— se efectuó en la esfera doméstica. Gillian y Oliver se convirtieron en una sola unidad imponible y el espectro de la propiedad compartida en Marbella quedó finalmente definitivamente desterrado. El viento acosó al espino junto a la entrada para que nos arrojase su suave confeti —del que viene en caja no, *por favor*— y la *belle-mère* hizo de Cartier-Bresson una vez que la convencí de que según los pioneros de la fotografía el instrumento, en general, funcionaba mejor cuando se le quitaba la tapa al objetivo. Luego levantamos el campamento de muy buen humor y nos fuimos a Al Giardinetto, y le prometí a Gillian que no le llamaría Al al encargado porque francamente a estas alturas esa broma ya sólo me divertía a mí.

El *prosecca* se mecía en los cubos de hielo. Aquélla iba a ser una comida memorable, ¿comprende?, no una porquería con tarjeta de crédito. ¿Pediría usted champán francés en un restaurante italiano? Remoloneamos conversacionalmente acerca de las excentricidades de los sacerdotes y el vagabundeo —*vagari*, latín, vagar— de la ruta de dirección única que llevaba a Al. Luego llegó el primer plato, *spaghetti neri alle vongole*, y superamos con una simple chanza la objeción de que la elección de Ollie tenía un aspecto más fúnebre que nupcial.

—*Maman* —dije (porque había optado por esta solución al problema vocativo)—, *maman*, no olvide que en las bodas bretonas solían adornar la iglesia con colgaduras negras.

En cualquier caso, tan pronto como el tenedor transportó este *primo piatto* a la boca toda discordia se desvaneció. Empecé a succionar felicidad en la forma de un largo, flexible, infrangible hilo de pasta. Y en ese momento vi al cabroncete. Permítame que describa la escena. Eramos diez (¿quiénes?, sólo unos cuantos *amici* y *cognoscenti* selectos) al fondo del restaurante, en una mesa larga colocada en un pequeño nicho —un poco a lo Última Cena de Veronese— mientras que una mezcolanza de comensales procuraba fingir un cortés desinterés en la jocunda boda. (Oh, qué inglés, No te entrometas en la alegría de otros, no brindes por ellos desde la



otra punta del restaurante, haz como si *nadie* se hubiese casado a menos que armen demasiado jaleo y entonces puedas *quejarte*...) Así que miré en torno a mí las caras discretamente bajas y ¿qué es lo que veo situado descaradamente frente a nosotros? Al discreto Primer Marido completamente solo, fingiendo que leía un *libro*. Una estratagema risible, de entrada. Stuart leyendo un libro. Hubiese estado mucho mejor camuflado subido a su silla y saludándonos con la mano.

Me levanté rápidamente de mi silla, a pesar de que la mano de la novia intentó contenerme, me fui derecho al ex de mi nueva esposa y amablemente le ordené que se largase. Evitó mirarme a la cara. Mantuvo los ojos fijos en su previsible lasaña, que habla estado torturando con un tenedor.

—Éste es un sitio público —respondió débilmente.

—Por eso te estoy pidiendo que lo abandones —le contesté—. Si fuese un sitio privado no te habría hecho la cortesía del lenguaje. A estas horas estarías en la acera en varios pedazos. Estarías en el cubo de la basura.

Puede que yo estuviese gritando un poco, porque Dino, el encargado, se acercó a nosotros en ese momento.

—Al —dije, cayendo de nuevo en mis viejas bromas—, esto es algo que ofende a la vista. Hay un Punto Negro en su *trattoria*. Haga el favor de retirarlo.

¿Sabe una cosa? No quiso hacerlo. Se negó a echar a Stuart a patadas. Incluso empezó a defenderle en un momento dado.

Bueno, preferí no perturbar más la paz y regresé a mi mesa, donde los sombríos spaghetti me supieron a ceniza. Expliqué que de acuerdo con la legislación británica relativa a los restaurantes una docena de alegres y animados clientes no podían divertirse en paz (¡y todavía hablan de ponerse de parte del más débil!), y todos decidimos concentrarnos en la felicidad inmediata.

—Ah —dije, volviéndome a Gill—, no sabía que tu segundo nombre fuese Felicidad.

Y todos se rieron, aunque Ollie tenía la sensación de estar subiendo una pendiente en primera. Y a pesar del resplandeciente *pesce spada al salmoriglio*, nuestra atención volvía repetidamente al desdichado Stuart, que estaba pasando un dedo regordete sobre la página (¡decididamente no es *Kafka!*) e intentando evitar que sus labios manchados de lasaña se moviesen al leer. ¿Por qué la lengua se siente inevitablemente atraída a cualquier bache dental, por qué escapa al control y busca esa aspereza y se frota contra ella como una vaca contra un poste? Stuart era nuestra aspereza, nuestra repentina cavidad. ¿Cómo podíamos estar verdaderamente alegres a pesar de nuestro regocijo aparente? Me aconsejaron que hiciese como si no lo veía. Los ocupantes de las otras mesas empezaron a marcharse, pero eso sólo sirvió para que el primer marido de mi esposa destacase más. Un remolino de humo de cigarrillo se elevaba sobre su mesa. Señales de humo de un guerrero indio abandonado

llamando a la mujer perdida. Yo he dejado el tabaco. Es una costumbre estúpida que estimula la autoindulgencia. Pero eso es exactamente lo que Stuart necesita y quiere hoy en día: la autoindulgencia. Finalmente en el restaurante sólo quedábamos nosotros diez (cada uno con un llamativo *dolce* delante), una pareja que se demoraba junto a la ventana, sin duda tramando algún lance de adulterio *banlieusard*, y Stu. Al levantarme observé que lanzaba una mirada nerviosa hacia nuestra mesa y encendía otro cigarrillo.

Le hice sudar un rato mientras hacía un abundante pis en el crepuscular *gabinetto* y luego volví a pasar junto a su mesa. Me había propuesto limitarme a echarle una mirada condescendiente, pero cuando me aproximaba él dio una calada que hizo temblar sus pulmones, me miró trémulamente, bajó los ojos al cenicero, empezó a poner el pitillo en una de las muescas, me miró de nuevo y se echó a llorar. Permaneció allí sentado derramando lágrimas y silbando como un radiador agujereado.

—Oh, por Dios Santo, Stu —dije, tratando de no mostrar mi irritación.

Entonces empezó a mascullar algo acerca de los cigarrillos. Que si los cigarrillos por aquí, que si los cigarrillos por allá. Miré su cenicero y vi que el pobre diablo tenía dos encendidos al mismo tiempo. Eso demostraba lo muy desesperado que estaba y también la absoluta falta de estilo que tenía como fumador. Quiero decir, un elemento básico de desenvoltura nicotínica está al alcance del más rústico de los adictos si se lo propone.

Alargué la mano y apagué uno de los dos cigarrillos que tenía encendidos; sólo por hacer algo, supongo. Entonces me miró como enloquecido y se echó a reír. Luego paró con la misma brusquedad y volvió a llorar a lágrima viva. Un Stuart lacrimoso es un espectáculo que no desearía imponerle. A continuación empezó a berrear como un chiquillo que ha perdido una colección íntegra de ositos de peluche. Así que llamé a Dino y le dije: ¿Qué me dice ahora? Pero Dino parecía haber endurecido su postura contra mi causa y se mostró desalentadoramente latino, como si la desesperación pública fuese parte del atractivo de su *trattoria* y los clientes fuesen en realidad a presenciarla, como si Stuart fuese su *número fuerte*. Incluso se puso a consolar al atormentado banquero, por lo que me limité a pedirle doce *grappas* dobles, si es que podía interrumpir su voluntaria tarea de protector, y regresé a nuestra mesa. Y ¿a que no lo adivina? Fui recibido por una actitud gélida. Cualquiera diría que era yo quien le había hecho llorar. Cualquiera diría que era yo el que estaba estropeando la fiesta de la boda.

—Traiga esas malditas *grappas*, Dino —grité.

En ese momento la mitad de los presentes, incluyendo a la desdichada novia y mi condenada suegra, me informaron de que no les gustaba la *grappa*.

—¿Y eso qué tiene que ver? —grité.

A estas alturas, las cosas se estaban saliendo de madre. El personal del restaurante estaba agrupado en torno a Stuart como si fuese *él* quien había descubierto por primera vez el lugar y no yo, los invitados nupciales estaban hartos de celebración, la mesa del adulterio nos miraba descaradamente, las *grappas* estaban siendo estreñidamente retenidas y el viejo Ollie sentía que le estaban tratando como si fuera una cabeza de pescado de hace tres días. Sin embargo, el ingenio aún no estaba difunto, y amedrenté a un camarero para que me trajese el mantel más grande que tuviesen. Dos percheros, cambiados de posición con protestas, unas cuantas garrafas vacías como pesos, un par de limpias cuchilladas en la tela, y ya lo teníamos: una pantalla improvisada. Desaparecieron los entrometidos amantes, desapareció el farfullante Stuart, ¡y al fin llegaron las *grappas*! Un triunfo táctico de Ollie, que entonces puso en marcha el encanto anecdótico en un intento de que la fiesta se pusiera en marcha de nuevo aunque fuera a golpes.

Casi dio resultado. El hielo empezó a derretirse. Todo el mundo decidió que valía la pena hacer un último esfuerzo para divertirse. Yo estaba en mitad de una de mis narraciones orales más largas y graciosas, cuando se oyó el lejano ruido de una silla al arrastrarse. Estupendo, pensé, al fin se larga. Pero sólo unos segundos más tarde, cuando yo estaba llegando a uno de mis *crescendi* anecdóticos, Gillian chilló. Chilló y luego se echó a llorar. Parecía que hubiese visto un fantasma, miraba fijamente por encima de la pantalla que yo había montado. ¿Qué era lo que miraba? Más allá sólo estaba el techo picado. Sus lágrimas parecían incontenibles, sus conductos lacrimales latían como una arteria cortada.

Nadie quiso oír el final de mi cuento.

**Gillian**     Un payaso. Una cabeza de nabo. Una máscara de Halloween...

## 15. ORDENANDO LAS COSAS

**Stuart** Me marchó. Eso es lo que me ha tocado en suerte. Aquí no hay nada para mí.

No puedo soportar tres cosas.

No puedo soportar que mi matrimonio fracasara. No, hablemos claro. No puedo soportar haber fracasado. De repente empecé a observar la forma en que la gente habla de estas cosas. Dicen: «El matrimonio fracasó», dicen: «El matrimonio se rompió.» Ah, así que fue culpa del *matrimonio*, ¿no? Oiga, he llegado a la conclusión de que no existe tal cosa como «el matrimonio». Solamente existís tú y ella. Así que o bien es culpa suya o es culpa tuya. Y aunque entonces pensé que era culpa suya, ahora siento que es mía. Le fallé. Me fallé. No la hice tan feliz que fuese imposible que me dejase. Eso es lo que no hice. Así que fracasé, y me avergüenzo de ello. Comparado con esto, me importa un comino que la gente piense que mi polla no funciona.

No puedo soportar lo que sucedió en la boda. Su grito todavía resuena en mi cerebro. Yo no quería estropear las cosas. Sólo quería estar allí, observar sin ser observado. Todo salió mal. ¿Cómo puedo disculparme? Sólo marchándome.

No puedo soportar que digan que quieren ser amigos míos. Si no lo dicen sinceramente, es una hipocresía. Si lo dicen sinceramente, es peor. ¿Cómo pueden decir algo semejante después de todo lo que ha sucedido? Me perdonan mis pecados, me perdonan la colosal impertinencia de haberme interpuesto durante un breve período entre Romeo y Julieta. Bueno, iros a la mierda los dos. No voy a ser perdonado tan fácilmente, y *vosotros tampoco*. ¿Oís? Aunque no pueda soportarlo.

Así que me marchó.

La única persona a la que echaré de menos, curiosamente, es Mme Wyat. Siempre ha sido muy honesta conmigo desde el principio. La llamé anoche para decirle que me iba y para disculparme por mi comportamiento en la boda.

—No lo pienses más, Stuart —dijo—. Puede que incluso les asustaras.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tal vez si uno empieza con un desastre, no tendrá la tentación de volver la vista atrás y fingir que hubo un tiempo en que las cosas fueron perfectas.

—Es usted una filósofa, Mme Wyatt, ¿lo sabía?

Ella se rio de una forma que no le había oído nunca.

—No, de veras —dije—, es usted una mujer sabia.

Y eso, no sé por qué, la hizo reír una vez más. De pronto me di cuenta de que debía de haber sido muy coqueta en sus años jóvenes.

—No dejes de llamarme —dijo ella.

Eso fue muy amable por su parte, ¿no cree? Puede que lo haga.

**Oliver** Es imposible no registrar *de temps en temps* el hecho de que la vida tiene su lado irónico, ¿no? He aquí a Stuart, el alegre banquero (*I Banchieri Giocosi*, ¿por qué hay tan pocas óperas acerca de esa profesión?, me pregunto), el diminuto pero tenaz baluarte del capitalismo, el escurridizo acariciador de las fuerzas de mercado, el Mountjoy de las fusiones, el mandadero de las tomas de control y los reflatamientos. Y heme aquí a mí, crédulo liberal que vota a ciegas, tierno maestro de ceremonias de las artes de la paz, persona que instintivamente apoya al débil frente al fuerte, a la ballena frente a la flota pesquera nipona, a la húmeda cría de foca frente al brutal cazador con camisa a cuadros, al bosque tropical frente a los desodorantes. Y sin embargo, cuando los defensores de estas filosofías opuestas dirigen su atención a cuestiones de amor, uno de ellos se vuelve de repente partidario del proteccionismo y de la Comisión de Monopolios, mientras que el otro cree en la sabiduría natural del mercado libre. ¿Adivina cuál es cuál?

Y también se trata de polvos, de revolcones, de ese pequeño agujijón de tejido extensible que causa tanta ansiedad. El aflato del corazón, como cantaron los trovadores de todos los tiempos, también conduce a follar, no lo olvidemos. Debo frenar aquí el tono triunfalista (un poco por lo menos), pero no debemos dejar de advertir cautelosamente que cuando el partidario del mercado libre se vuelve proteccionista, tal vez sea porque se da cuenta de que sus *productos no están a la altura*. Que a veces hacer *ch-chac-a-chac* como una caja de cereales del desayuno cuando la sacudes no basta para que la *inamorata* vibre hasta que el sol se ponga. Que hay veces en las que lo que se necesita es un relámpago de verano cruzando un cielo subsahariano. ¿Quién preferiría el aeroplano de juguete con hélice de plástico y cuerda manual cuando todavía hay estrellas fugaces allá en los cielos? ¿Acaso no se distingue el género humano de las bestias inferiores por el hecho de que es capaz de *aspirar*?

Pero si es preciso que uno ejerza un poco de aporreador de focas cuando se trata de amor, si el ballenero japonés que lleva dentro ha de ser enviado a los mares del sur para hacer su trabajo, esto no tiene por qué entrañar una continuada brutalidad cuando regresa a puerto. Pobre Stuart... Todavía le ofrezco la palma de la amistad. De hecho, le llamé por teléfono. Allí estaba yo, con la cicatriz de nuestro pequeño *contretemps* aún en mi mejilla (pero eso no importaba: yo era Ollie, el Gallardo Duelista, más que Oliver Russell, la Subempleada Víctima del Crimen), intentando persuadirle con halagos para que volviese a la normalidad.

—Hola, soy Oliver.

Hubo una pausa cuya longitud media la hacía difícil de interpretar, seguida de una frase menos ambigua.

—Vete a la mierda, Oliver.

—Escucha...

—Vete a la mierda.

—Me imagino que...

—VETE A LA MIERDA, VETE A LA MIERDA, VETE A LA MIERDA.

Cualquiera habría pensado que le llamaba para disculparme, que era yo quien había ido a importunar en *sus* nupcias. El Anciano Marinero no tenía pruebas contra Stu, presentándose en la iglesia y luego persiguiéndonos hasta el restaurante. Realmente debería haberle hecho arrestar, ¿sabe? Oficial, ¿veis a aquel viejo lobo de mar? Ha estado fastidiando a todos y cada uno con el cuento de que había derribado una gaviota. Hacedme la merced de expulsarlo, o, preferiblemente, lleváoslo a pasar una noche en Newgate a costa de Su Majestad.

Pero no lo hice, fui razonable, y éste es el agradecimiento que recibo. Un goteo de vete-a-la-mierda. Me pareció especialmente grosero dado que el instrumento a través del cual se transmitieron estas repetidas incitaciones a la partida no era otro que el portátil negro mate con incrustaciones de cuero que yo había utilizado para declararme a su mujer. Si mi amigo hubiese permanecido en el otro lado de la línea suficiente tiempo tal vez habría compartido con él esta ironía.

Por supuesto, no marqué el número de Stuart —¡el número de *ella*! ¡Lo único que tuve que hacer fue apretar ese sagrado 1 de perenne memoria en el teclado!— enteramente por mi propia iniciativa. A veces la magnanimidad requiere una *accoucheuse*. Gillian me sugirió que lo llamase.

No se equivoque respecto a Gillian, por cierto. Aunque no tengo ni idea del color de la transparencia que usted pone ante la luz cuando sueña con ella. Lo que pasa es que ella es más fuerte que yo. Siempre lo he sabido.

Y me gusta. Átame con cuerdas de seda, por favor.

**Gillian** Oliver me dijo que Stuart no quiso hablar con él. Yo también intenté llamarle. Contestó el teléfono. Le dije: «Soy Gillian.» Hubo un suspiro y luego me colgó. No puedo reprochárselo, ¿verdad?

Stuart me compró mi parte de la casa. La división del dinero y los bienes fue justa. ¿Sabe lo que hizo Stuart? Fue una de esas cosas verdaderamente sorprendentes. Cuando acordamos divorciarnos —cuando él consintió en que me divorciase, para ser más exactos—, le dije algo acerca de que detestaba la idea de que intervinieran los abogados y decidieran quién se llevaba qué, que ya había sido suficientemente doloroso todo y, al parecer, los abogados empeoraban las cosas al insistir en que uno se peleara por cada penique. ¿Y sabe cuál fue la reacción de Stuart? Dijo:

—¿Por qué no le pedimos a Mme Wyatt que lo decida?

—¿Maman?

—Creo que sería más justa que ninguno de los abogados que he conocido.

¿No fue algo extraordinario? Así que lo hizo ella y les dijimos a los abogados lo que habíamos acordado. Luego el tribunal lo aprobó.

Otra cosa. No tuvo nada que ver con la cuestión sexual, nuestra ruptura. Piensen lo que piensen los demás. No voy a entrar en detalles, así que sólo diré esto. Si alguien piensa que él o ella no tiene completamente dominadas las técnicas amorosas, entonces es probable que él o ella lo intente con más ahínco, ¿no? Y si, por el contrario, él o ella cree que se sabe todos los trucos, entonces puede que él o ella se vuelva perezoso, incluso complaciente. Y de ese modo es posible que para la persona que está con ellos la diferencia no sea muy grande. Sobre todo si lo que realmente importa es quiénes son.

Después de que yo me fuera de casa, Stuart me permitió conservar el estudio. Y no quiso aceptar que le pagara un alquiler. A Oliver no le gustó. Dijo que Stuart podría atacarme. Bueno, por supuesto, no lo hizo.

Cuando estábamos repartiéndonos el botín, Stuart insistió en que yo me quedase con los vasos que *maman* nos había regalado. O lo que quedaba de ellos. Había seis, ahora sólo hay tres. Es curioso, yo no recuerdo haber roto ninguno.

**Mme Wyatt** Lamento el incidente con el vestido de boda. No tenía intención de disgustar a Gillian, pero realmente su idea era absurda. Más que eso, era la idea de un imbécil. Casarse dos veces con el mismo vestido, ¿quién ha visto semejante cosa? Así que a veces es necesario que una madre actúe como una madre.

La boda fue un *desastre*. Es imposible exagerar hasta qué punto todo salió mal. No pude evitar darme cuenta de que el champán no era de Champagne. Empezamos con una comida negra que hubiese sido más apropiada para un funeral. Luego hubo el problema con Stuart. Todo un desastre. Y finalmente Oliver insistió en pedir para todos un *digestif* del tipo que uno tal vez le frotaría en el pecho a un niño enfermo. Pero ¿metérselo en el cuerpo? Nunca. Un auténtico desastre.

**Val** Le doy un año. No, en serio. Apostaría lo que fuera. ¿Cuánto le parece? ¿Diez, cincuenta, cien? Le doy un año.

Escuche, si Stuart, que ha nacido para marido, dura tan poco tiempo con esa mojigata rompecojones, ¿qué posibilidades tiene Oliver, que no tiene dinero, ni futuro y además es básicamente marica? ¿Cuánto durará el matrimonio una vez que él empiece a llamarla Stuart en la cama?

Y otra cosa...

**Oliver y Stuart** Fuera.

Saque de aquí a esa zorra.

Vamos.

Fuera.

Fuera.

FUERA.

**Val** No pueden hacerme esto a mí. *Usted* no puede permitir que me hagan esto. Tengo tanto derecho como...

**Oliver y Stuart** FUERA. Ella o nosotros. Fuera, zorra. FUERA. Ella o nosotros.

**Val** ¿Se da cuenta de que esto es contrario a todas las reglas?

Quiero decir, ¿se da cuenta de lo que está usted haciendo? ¿Sabe cuáles pueden ser las consecuencias de esto? ¿Ha pensado en ellas? Esto es el poder del jugador. Eh, *usted*, ¿no se supone que es el director? ¿No se supone que es el *propietario* de todo el maldito equipo?

**Oliver** ¿Tienes una bufanda, Stu?

**Val** ¿Es que no ve lo que está sucediendo? Esto es un desafío directo a su autoridad. Ayúdeme. Si me ayuda, le hablaré de sus pichas.

**Oliver** Yo la sujeto y tú la amordazas.

**Stuart** De acuerdo.

**Val** Sois patéticos, ¿sabéis? Los dos.

*Pa-té-ti-cos.*

Stuart... Ol...

**Oliver** Uff. Ha sido divertido. Valda la Vencida. Uff, uff.



Stuart, escucha...

**Stuart** NO.

**Oliver** Ha sido igual que en los viejos tiempos, ¿no?  
Igual que en los viejos tiempos. ¿Te acuerdas? ¿*Jules et Jim*?

**Stuart** Vete a la mierda, Oliver.

**Oliver** Cuando recupere tu bufanda, ¿te la envío?

**Stuart** Vete a la mierda, Oliver.  
Si vuelves a abrir la boca...  
Vamos, lárgate.

**Oliver** He estado leyendo las memorias de Shostakovich. Los antedichos histrionismos de Valda me recordaron la primera página de las mismas, en la cual el compositor promete que tratará de decir únicamente la verdad. Ha vivido muchos acontecimientos importantes y conocido a muchas personas notables. Tratará de darnos un relato honesto y no falsificar ni colorear nada: el suyo será el testimonio de un testigo presencial. Estupendo. Parece justo. A continuación este ironizador subestimado comenta, y cito: «Por supuesto, tenemos el dicho: “Miente como un testigo presencial.”»

Más o menos esto define a Val. Miente como un testigo presencial.

Otra nota a pie de página. O, mejor dicho, algo que a Stuart tal vez le habría gustado comentar si hubiese estado de humor para dedicarme el día. Shostakovich hablando de su ópera *Lady Macbeth*: «También trata de lo que podría haber sido el amor si el mundo no estuviese lleno de cosas viles. Es la vileza lo que destruye el amor. Y las leyes, y la propiedad, y las preocupaciones económicas, y el estado policial. Si las condiciones hubiesen sido diferentes, el amor habría sido diferente.» Por supuesto. Las circunstancias alteran el amor. Y ¿qué decir de circunstancias extremas como las del Terror Stalinista? Shostakovich continúa: «Todo el mundo parecía preocupado por lo que le sucedería al amor. Supongo que siempre será así, siempre nos parece que han llegado los últimos días del amor.»

Imagínese: la muerte del amor. Podría suceder. Deseaba decirle a Stuart: ¿Sabes aquella tesis doctoral que te solté acerca de las fuerzas de mercado y el amor? Bueno, no estaba seguro de hasta qué punto hablaba en serio. Sólo era una perorata, en realidad. Ahora me doy cuenta de que intuía algo. «Si las condiciones hubiesen sido diferentes, el amor habría sido diferente.» Es verdad, la pura verdad. Y qué poco reflexionamos sobre ello. La muerte del amor: es posible, es pensable, no puedo soportarlo. «¿Cadete Russell, por qué desea alistarse en el Regimiento?» «Deseo salvar el mundo para el amor. ¡Y lo digo sinceramente, señor, muy sinceramente!»

**Mrs Dyer** Me agradó tener a ese joven aquí. Por supuesto, contaba unas trolas terribles y todavía no he recibido el alquiler de las dos últimas semanas, que prometió mandarme.

Probablemente estaba un poco chiflado, si le interesa mi opinión. Le oía hablar solo en su cuarto. Y contaba unas trolas... No creo que realmente escribiese guiones para las películas. Y nunca aparcaba su coche en esta calle. ¿Cree que realmente tenía el sida? Dicen que hace que la gente se chifle. Ésa podía ser la explicación. Pero era un joven muy simpático.

Cuando se marchó, me preguntó si podía cortar una ramita de ese árbol que hay fuera. Como recuerdo, me dijo. Se marchó con una ramita de araucaria en la mano.

**Gillian** Stuart se marcha. Estoy segura de que es una decisión sensata. A veces pienso que nosotros deberíamos hacer lo mismo. Oliver está siempre hablando de empezar de nuevo, pero los dos seguimos viviendo en la misma ciudad y haciendo el mismo trabajo. Tal vez deberíamos *irnos*.

**Oliver** La prueba fue negativa, claro está. Yo sabía que sería así. No estaría usted *preocupado* por mí realmente, ¿verdad? *Mes excuses*. Estoy verdaderamente conmovido. Si lo hubiese sabido se lo habría dicho en cuanto lo supe.

**Mme Wyatt** ¿Me pregunta usted qué pienso de ellos, de Stuart y Oliver, a quién prefiero? Pero yo no soy Gillian, y eso es lo único que cuenta. Ella me dijo: «Supongo que sabía lo que era que me quisieran. No sabía lo que era que me adorasen.» Le respondí: «¿Entonces por qué pones esa cara tan larga?» Como dicen ustedes los ingleses, si pones mala cara, el viento puede cambiar.

Supongo también que nunca sucede exactamente como lo esperas. Yo tengo los mismos prejuicios que cualquier madre. Cuando conocí a Stuart, y luego, después de

que se casaran, pensaba: No te atrevas a hacerle daño a mi hija. Stuart siempre se sentaba delante de mí como si le estuviera examinando un médico o un maestro o alguien. Sus zapatos estaban siempre limpiísimos, recuerdo, y cuando creía que yo no le veía les echaba una ojeada para ver si se habían manchado. Estaba tan deseoso de agradar, de gustarme. Esto me resultaba conmovedor, pero por supuesto me resistí un poco. Sí, ahora la quieres, me doy cuenta de ello, sí, eres muy cortés conmigo y te limpias los zapatos, pero si no te importa, esperaré unos años. Cuando a Chu-en-lai le preguntaron cuál pensaba que había sido el efecto de la Revolución Francesa en la historia del mundo, respondió: «Es demasiado pronto para saberlo.» Bueno, eso es lo que yo pensaba respecto a Stuart. Le veía como a un joven honrado, tal vez un poco aburrido, que ganaba lo suficiente como para cuidar de Gillian, y eso era un buen comienzo. Pero si le hubiese estado examinando como él pensaba, entonces habría llegado a esta conclusión: Es demasiado pronto para saberlo, vuelve dentro de unos años. Estoy esperando, estoy vigilando. Y ni una sola vez me hice la pregunta a la inversa: ¿Y si mi hija le hace daño a Stuart? Así que no soy una mujer tan sabia, como ve. Soy como una de esas fortalezas que tienen todos sus cañones apuntando al lugar por donde creen que vendrá el enemigo y están indefensas cuando el enemigo llega por la puerta trasera.

Y luego nos quedamos con Oliver en lugar de con Stuart, ¿y qué opino de eso? Oliver, que no cree que limpiarse los zapatos sea la mejor manera de conseguir gustarme. Por el contrario, Oliver actúa como si fuese imposible que no me gustara. Actúa como si nos conociéramos de siempre. Me da consejos acerca de qué clase de pescado inglés es mejor para sustituir a la *bouillabaisse*, el pescado mediterráneo que no puedo encontrar. (No me pregunta primero si me gusta la *bouillabaisse*.) Coquetea conmigo, en cierto modo, me parece. Ni por un momento se permite imaginar que yo pueda censurarlo por haber roto el matrimonio de mi hija. Quiere —¿cómo puedo expresarlo?—, quiere que participe de su felicidad. Es extraño y bastante conmovedor. ¿Sabe lo que me dijo el otro día?

—*Maman* —me dijo (me ha llamado así, en lugar de Mme Wyatt, desde que rompió el matrimonio de mi hija, lo cual encuentro un poco raro)—, *maman*, ¿por qué no le buscamos un marido?

Gillian le miró como si, dadas las circunstancias, fuera lo peor que podía haber dicho, y tal vez lo era, pero no me importó. Lo dijo de un modo coqueto, como si se hubiese propuesto a sí mismo para el papel de haberme conocido antes que a mi hija. ¿Qué cara más dura? Sí, pero no iba a desagradarme por eso.

—Creo que no volveré a casarme —fue todo lo que dije.

—¿Un *æuf* es suficiente? —respondió, y se rio de su propio chiste.

Ni siquiera era un buen chiste. Gillian se unió a su risa y se rio más que de lo que la había visto reírse nunca. Se olvidaron de que yo estaba allí, lo cual era una buena

cosa en aquel momento.

Verá, no creo que vuelva a casarme. Oh, no digo que no vuelva a enamorarme, pero eso es otra cosa, todo el mundo es vulnerable a eso, digan lo que digan, hasta el día en que se muere. No, pero el matrimonio... Le diré a qué conclusión llegué después de todos esos años con Gordon, años que, pese a lo que se podría pensar, fueron básicamente felices; tan felices como los de cualquiera. Y mi conclusión fue la siguiente: cuando vives mucho tiempo con alguien, vas perdiendo lentamente la capacidad de hacerle feliz, mientras que tu capacidad de herirle sigue intacta. Y viceversa, por supuesto.

¿Que no es una visión optimista? Pero uno sólo tiene obligación de ser optimista a los ojos de los demás, no ante sí mismo. Ah, usted me dirá —Oliver ciertamente me lo diría— que eso fue únicamente con Gordon, que él me maltrató, que no fue un juicio justo, inténtelo otra vez, querida. Bueno, no es sólo por vivir con Gordon por lo que llegué a esa conclusión: tengo ojos para otros matrimonios. Y le digo esto con toda sinceridad. Hay ciertas verdades con las cuales se puede vivir si te las han demostrado sólo una vez. De esa forma no te oprimen, hay espacio para un signo de interrogación a su lado. Pero si tal verdad te las demuestran dos veces, te oprimirán y te sofocarán. No podría soportar que esto fuese cierto, dos veces cierto. Así que mantengo las distancias con esa verdad y con el matrimonio. Un *æuf* es suficiente. ¿Y cómo dicen ustedes también? No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. Por lo tanto, no quiero tortilla.

## 16. DE CONSOLATIONE PECUNIAE

**Stuart** Si quiere saber mi opinión —y he tenido tiempo para pensar en ello—, el amor —o lo que la gente llama amor— no es más que un sistema para conseguir que la otra persona te llame cariño después del acto sexual.

Pasé un mala temporada después de esta Historia. No me Derrumbé. No tuve una Crisis Nerviosa. No soy la clase de persona a la que le suceden esas cosas. Sé que probablemente continuaré, más o menos con el mismo trabajo, ciertamente con la misma personalidad y decididamente con el mismo nombre (yo soy el que conserva su nombre, ¿recuerda?) hasta que..., bueno, hasta que deje mi trabajo, y la vejez carcoma mi personalidad y finalmente la muerte se lleve mi nombre. Pero la Historia me cambió. Oh, no me hizo Madurar, pero me cambió.

¿Se acuerda de que yo siempre tenía la impresión de que estaba decepcionando a mis padres? Creí que eso sólo ocurría entre padres e hijos, y que si tenías suerte ni siquiera te pasaría en ese terreno. Ahora creo que es general, es simplemente cuestión de quién se lo hace a quién. Por ejemplo, cuando la Historia sucedió y todos sufríamos —ahora me doy cuenta de que no fui yo el único que sufrió— pensaba que estaba decepcionando a Gillian. Pensaba: Ya estamos otra vez; les fallé a mis padres en algo que nunca me explicaron por completo y ahora le estoy fallando a mi mujer en algo distinto pero igualmente insondable. Luego, poco después, empecé a comprender que no era yo quien la decepcionó a *ella*, eran *ellos* quienes me decepcionaron a *mí*. Mi mujer me abandona, mi mejor amigo me abandona; sólo mi carácter y mi maldita tendencia a sentirme culpable pudo impedirme verlo antes. *Ellos* me abandonaron a *mí*. Así que formulé un principio. No sé si sigue usted los partidos de rugby, pero hace algunos años había un famoso dicho en este deporte: Contraataca tú primero. Y ahora vivo mi vida de acuerdo con este principio: Decepciona tú primero. Decepciónales tú a ellos antes de que te decepcionen a ti.

El trabajo me ayudó mucho. Al principio era únicamente un sitio adonde ir. Algo que todavía podía respetar. Tenía su propio sistema, podría continuar eternamente sin mí; pero me permitía sentarme delante de una pantalla y manejarla. Le estaba agradecido al trabajo, al dinero. Me deprimía, me emborrachaba, por supuesto, y me enfurecía, pero tan pronto como me sentaba delante del dinero me sentía más tranquilo. Y siempre lo respeté. Nunca me emborraché la noche antes de ir a trabajar. Siempre llevaba una camisa limpia. Si me iba de juerga era solamente los viernes y los sábados. Durante algún tiempo eran todos los viernes y los sábados, pero cuando llegaba el lunes yo estaba sentado allí con una camisa limpia y la cabeza despejada, hablando con el dinero. Y puesto que esto era lo que mejor hacía en la vida, me perfeccioné en ello. O llegué a saber más. Nunca iba a ser un ejecutivo de altos vuelos, pero soy de medios vuelos. Nunca iba a entrar a fondo en alguna arriesgada

operación de un millón de dólares con un qué-sé-yo saudí. Yo era el tipo que aconseja en contra de esto. Era el tipo que dice no tan deprisa, ¿lo tenemos todo cubierto?, acordaos de lo que sucedió en el Second City Bank de Cornbelt. Se me da bien decir estas cosas. No todos podemos ser vendedores callejeros con trajes elegantísimos que se forran en los buenos tiempos y están quemados a los veinticinco años. Así que cuando el banco abrió más sucursales en los Estados Unidos me enviaron a Washington como persona sensata de nivel medio. Aquí es donde estoy ahora.

Y el dinero también me ayudó. Yo respeté al dinero, y el dinero me recompensó, el dinero me ayudó. Recuerdo la primera vez que el dinero me ayudó. Fue poco después de que mi ex mujer y mi ex mejor amigo me impusieran la decepción final y definitiva de casarse el uno con el otro. Fue una mala época para mí, como puede imaginarse. No fue un período en el que pudiese confiar mucho en la gente, ni siquiera en las cosas más sencillas. ¿Cómo podía estar seguro de que alguien no estuviera esperando a que yo le cogiera cariño para luego poder clavarme el puñal de la decepción?

Un día, una tarde para ser exacto, decidí que ya era hora de que echase un polvo. Aparte de lo demás que me había hecho, Gillian me había apartado del sexo. No me *apetecía* echar un polvo, ¿comprende?, cuando decidí hacerlo. La cuestión era que yo estaba luchando contra lo que ellos me habían hecho. Así que pensé: ¿qué debo hacer? Y entonces me acordé de que para el mundo exterior probablemente yo tenía el aspecto de un hombre de negocios con traje y corbata y decidí que iba a comportarme como se supone que se porta esa gente. Era un sábado por la tarde, hice la maleta, cogí un taxi que me llevó a un hotel de Bayswater, pedí una habitación. Salí y me compré la clase de revista que se compran los hombres de negocios y volví al hotel.

Examiné los anuncios y finalmente opté por una organización que ofrecía «Chicas sofisticadas para masajes y relajación o tarea de acompañantes, en su hotel, se aceptan tarjetas de crédito». Reflexioné sobre el asunto de la tarjeta de crédito. ¿Era una buena idea? No había previsto que existiera esa posibilidad; de hecho, había ido preparado con muchísimo dinero en metálico. ¿Era posible que quisiesen el número de tu tarjeta de crédito para chantajearte? Pero yo debía de ser una de las pocas personas inchantajeables que existen hoy en día. No tenía familia a la que ocultarle nada. ¿Y si se enteraban en el banco? Probablemente sólo pondrían objeciones si utilizaba una tarjeta de crédito que no les pareciera bien, una con una tasa de interés que arrojase dudas respecto a mi competencia profesional.

Luego, mientras hacía la llamada, me entró un ataque de pánico. ¿Y si me mandaban una chica que se pareciera a Gillian? Eso realmente sería una patada en el estómago. Así que cuando me preguntaron si tenía preferencia por alguna clase de acompañante en particular, les pregunté si tenían una chica oriental. Me mandaron a

Linda. O, mejor dicho, me mandaron a una chica que se hacía llamar Linda. Costaba cien libras. Ese era su precio. Eso era lo que podía pagar el dinero. No voy a entrar en detalles porque no soy el tipo de persona que entra en detalles en esa clase de cosas, pero valía cada penique. Hacía muy bien su trabajo. A mí no me apetecía echar un polvo, como ya he dicho, solamente había decidido hacerlo; pero muy pronto además me apeteció, y me alegré de que me apeteciera. Después de que se marchara miré el recibo de la tarjeta de crédito para ver qué había puesto en el apartado encabezado Cantidad y Descripción. Había puesto «mercancías». Sólo eso. «Mercancías.»

A veces ponen cosas graciosas, como «Servicios Prestados», a veces no ponen nada, o ponen lo que tú les digas; pero siempre recordaré que Linda puso «Mercancías». Era una transacción, un negocio, así que ¿por qué no? Desde entonces ha habido muchas más chicas como Linda, algunas de las cuales también se llamaban Linda. Parece que hay ciertos nombres que las chicas adoptan: he conocido a muchas Lindas, Kims, Lorraines y Linzis. No he conocido a muchas Charlottes y Emmas en esta profesión, se lo aseguro. Y otra ventaja de la profesión es ésta: cuando las chicas eligen sus nombres, raras veces piensan que al hombre de negocios del traje gris y la tarjeta de crédito dispuesta le gustaría que se llamasen Gillian. Por lo menos no Gillian completo. Creo que no podría soportar eso. Hubo una chica una vez —en Manchester, creo— que dijo que se llamaba Gill.

—¿Cómo lo escribes? —le pregunté.

Estaba sacando mi tarjeta de crédito de la cartera y me quedé parado.

—¿Qué quieres decir?

Parecía un poco desconcertada, como si le estuviese haciendo un test de inteligencia antes de contratarla.

—¿Que cómo lo escribes, con J o con G?

—Con J, por supuesto.

Por supuesto.

Me gustan los Estados Unidos. Me va bien ser extranjero en Estados Unidos. Extranjero pero anglófono, claro. E inglés también. Los norteamericanos son muy amistosos, como todos hemos oído un millón de veces, y los que conozco son simpáticos conmigo. Pero si me parece que se aproximan demasiado y yo retrocedo, entonces ellos lo atribuyen a que soy inglés. Piensan que soy un poco reservado, un poco estirado, y yo encantado. Retrocedo; decepciono yo primero.

Y las chicas también son buenas. Las profesionales, quiero decir. Las Shellys y las Marlenes. Ni una Charlotte o Emma a este lado del charco tampoco. No en esta profesión. Tampoco ninguna Gillian. No en la forma completa y con G, por lo menos. Puede que a usted no le agrade mucho ahora. Tal vez nunca le agradé, pero da igual. Ya no estoy en el negocio de agradar. No es que esté pensando en convertirme en un feroz supermagnate siempre cabreado; nunca soy deliberadamente antipático con la

gente, no es mi carácter. Sólo quiero decir que me importa mucho menos gustarle a la gente. Antes hacía muchas cosas para complacer, para obtener su aprobación. Hoy en día no me importa tanto. Le daré un pequeño ejemplo, he vuelto a las gafas. Sólo empecé a llevar lentillas porque pensé que así le gustaría más a Gillian.

Una de las primeras cosas que me dicen acerca del dinero es que es una ilusión. Un concepto. Si le das a alguien un billete de un dólar no «vale» un dólar —«vale» un pequeño pedazo de papel y una pequeña cantidad de cinta de imprenta— pero todo el mundo está de acuerdo, todo el mundo suscribe la ilusión de que vale un dólar, y por tanto lo vale. Todo el dinero del mundo sólo significa lo que significa porque todo el mundo suscribe la misma ilusión. ¿Por qué el oro, por qué el platino? Porque todo el mundo está de acuerdo en atribuirle ese valor. Y así sucesivamente.

Probablemente ya se ha dado cuenta de adonde quiero ir a parar. La otra ilusión mundial, la otra cosa que existe sencillamente porque todo el mundo está de acuerdo en atribuirle valor, es el amor. Usted puede decirme que soy un observador amargado, pero ésa es mi conclusión. Lo he visto muy de cerca. Me han metido el amor por las narices, muchas gracias. He acercado la nariz al amor tanto como la acerco a la pantalla cuando estoy contando el dinero. Y me parece que hay algunos paralelismos. El amor es únicamente lo que la gente conviene en que existe, aquello a lo que convienen en atribuir un valor imaginario. Hoy en día casi todo el mundo lo valora como una mercancía. No sólo yo. Si quiere saber mi opinión, creo que el amor ha alcanzado una cotización artificialmente alta, un día de éstos el amor va a sufrir una fuerte caída.

Oliver solía llevar consigo un libro titulado *Los consuelos de la filosofía*. «Muy, muy consolador», solía decir pretenciosamente, y le daba a la portada una palmadita. Nunca le vi leerlo. Es posible que simplemente le gustara el título. Pero yo tengo el título del libro de hoy, la versión actualizada. Se llama *Los consuelos del dinero*. Y créame, sirven, esos consuelos.

La gente me encuentra más interesante ahora que tengo más dinero. No sé si lo soy —probablemente no—, pero me encuentran más interesante. Eso es un consuelo. Me gusta comprar cosas y poseer cosas y tirarlas si no me gustan. Compré un tostador el otro día y al cabo de una semana no me gustaba su aspecto y lo tiré a la basura. Eso es un consuelo. Me gusta contratar a la gente para que me haga las cosas que no me apetece hacer, lavar el coche, limpiar el apartamento, hacer la compra. Eso es un consuelo. Aunque tengo mucho menos dinero que algunas de las personas con las que trato, tengo mucho más dinero que muchas de las personas con las que trato. Eso es un consuelo. Y si continúo ganando al ritmo que estoy ganando en este momento e invierto sensatamente, entonces podré vivir cómodamente desde que me retire hasta que me muera. El dinero, me parece a mí, es mucho más consolador que la filosofía cuando se trata de preocuparse por ese período de nuestra vida.



Soy un materialista. ¿Qué otra cosa se puede ser si no eres un monje budista? Los dos grandes credos que han regido el mundo durante este siglo —el capitalismo y el comunismo— son ambos materialistas; pero a uno se le da mejor que al otro, como demuestran los recientes acontecimientos. Al hombre le gustan los artículos de consumo, siempre le han gustado, siempre le gustarán. Más vale que nos acostumbremos a ello. Y el amor al dinero no es la raíz de todo mal, es únicamente el punto de partida de la felicidad para la mayoría de la gente, el consuelo de la mayoría de la gente. Es mucho más *fiable* que el amor.

Lo que ves es lo que obtienes. Lo que obtienes es lo que pagas. Esa es la regla en el mundo de Kim, Kelly, Shelley y Marlene. No quiero decir que no haya engaños. Por supuesto que los hay. Igual que hay chicas con enfermedades y chicas que resultan ser chicos; es lo mismo que en cualquier otro negocio, hay fraudes y malas compras. Pero acude a la gente adecuada, paga el precio adecuado, y obtendrás lo que deseas. Fiablemente, profesionalmente. Me gusta ver que tienen sus pequeños códigos cuando llegan. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué tienes pensado? ¿Hay algo especial que te apetezca? Sin duda con otros clientes esto da lugar a prolongados regateos antes de que se oiga el sonido metálico de la máquina para las tarjetas de crédito que llevan en el bolso junto con los anticonceptivos. Pero mi regateo siempre es sencillo. Cuando me preguntan si hay algo especial que desee, nunca las molesto con atuendos de colegialas, ni látigos, ni nada por el estilo. Simplemente les digo que quiero que me llamen Cariño después. Sólo una vez. Eso es todo. Nada más.

No me faltan amigos. No me malinterprete. Voy a trabajar, trabajo mucho y me gano mi dinero. Vivo en un pequeño apartamento no lejos de Dupont Circle. Tengo amigos y amigas con los cuales paso mi tiempo; intimo con ellos hasta donde quiero, pero no más. Decepciona tú primero. Y sí, he tenido algunas novias aquí. Me he acostado con algunas de ellas, y algunas de ellas me han llamado Cariño, antes, durante, después. Eso me gusta, por supuesto, pero no me fío. El único Cariño del que puedo fiarme es un Cariño por el que haya pagado.

Verá, yo no me considero amargado, ni cínico, ni desilusionado, ni nada. Sólo considero que veo las cosas con más claridad ahora que antes. El amor y el dinero son dos grandes hologramas que centellean ante nosotros, girando y retorciéndose como objetos reales en 3-D. Luego alargas el brazo y tu mano los atraviesa. Siempre supe que el dinero era una ilusión, pero también supe que aun así tenía poderes limitados, y son unos poderes maravillosos. Lo que no sabía era que el amor fuese igual. No sabía que podías atravesarlo con la mano, ahora lo sé, y soy más sabio.

Así que, como ve, en cierto modo he llegado al punto de vista de Oliver, a lo que trataba de explicarme insultantemente cuando los dos estábamos borrachos y yo acabé embistiéndole. El amor opera de acuerdo con las fuerzas de mercado, dijo, para justificar el robarme a mi mujer. Ahora, un poco más viejo y un poco más sabio,

empiezo a estar de acuerdo: el amor tiene muchas de las propiedades del dinero.

Nada de esto significa que les haya perdonado a los dos por la Historia. Tampoco la he superado, si a eso vamos. No ha terminado todavía. No sé qué puedo hacer, ni cómo, ni cuándo... Tengo que sacarme esto de dentro... Pero ¿cómo?

Tal y como yo lo veo hay dos sistemas. Paga Ahora o Paga Más Tarde. Paga Ahora funciona como acabo de describir, y funciona muy eficazmente, siempre y cuando tomes las precauciones económicas normales. Paga Más Tarde se llama amor. No me sorprende que en general la gente elija el Paga Más Tarde. A todos nos gustan las compras a plazos. Pero raras veces leemos la letra pequeña cuando hacemos el trato. Nunca pensamos en los intereses... Nunca calculamos el coste final... Yo prefiero el Paga Ahora.

A veces, cuando explico lo que pienso, la gente me dice: Sí, comprendo tu punto de vista. Debe simplificar las cosas. Pero lo malo de comprar sexo (por supuesto, generalmente estamos borrachos cuando esta comparación tiene lugar), lo malo de comprar sexo —dicen con autoridad, aunque nunca lo han comprado en su vida— es que las putas no besan. Dicen esto con un poco de tristeza, pensando afectuosamente en sus mujeres, que sí besan (pero ¿a quién?, ¿a *quién más?*, deseo preguntarles). Asiento y no me molesto en desilusionarles. La gente tiene unas ideas muy sentimentales respecto a las fulanas. La gente piensa que sólo simulan el acto del amor, luego se retiran detrás de una pantalla de recato, reservando sus corazones y sus labios para su amado. Bueno, puede que algo de eso sea cierto. Pero ¿que las putas no besan? Por supuesto que besan. Basta con pagarles lo suficiente. No tiene más que pensar en qué otros sitios aceptarían poner los labios a cambio de dinero.

No quiero su compasión. Soy más sabio de lo que era, y ya no puede perdonarme la vida tan fácilmente. Puede que a usted no le agrade (tal vez nunca le agradé). Pero, como digo, ya no estoy en el negocio de agradar.

¿Qué el dinero no puede comprar el amor? Oh, sí, claro que puede. Y, como digo, el amor no es más que un sistema para conseguir que alguien te llame Cariño después del acto sexual.

## 17. SONT FOUS, LES ANGLAIS

**Gordon** Me llamo Gordon. No, no hay razón para ello. Gordon *Wyatt*. ¿Le suena? No debería estar hablando con usted, estoy seguro de que va contra el reglamento. Después de todo, usted ya sabe lo que piensa de mí, ¿no? Asqueroso viejo libertino, seductor de colegialas, abandonador de esposa e hija... Un hombre no puede esperar que le escuchen teniendo esas etiquetas pegadas.

Puntos para revisar el caso de Gordon *Wyatt*, juzgado en consejo de guerra hace mucho tiempo, y enviado a las minas de sal:

1) Era muy divertida cuando nos conocimos, Marie-Christine. Me casé con ella, me la traje a Inglaterra. Ella tuvo una aventura cuando llevábamos casados un año más o menos. Creyó que yo no me enteraba. Por supuesto que me enteré. Eso es un golpe para un hombre, pero lo superé. Sospeché que había echado otra cana al aire después de que naciera Gillian, pero no estoy totalmente seguro. Eso hubiera podido encajarlo. Lo que no pude encajar fue que dejara de ser divertida. Se volvió mayor antes de tiempo, tenía *opiniones* acerca de las cosas. Horroroso. No le iba nada. Siempre tenía *razón*, no sé si me entiende.

2) El tribunal me negó el permiso para ver a mi hija basándose en la conducta delictiva del solicitante respecto a las mujeres jóvenes (¿acaso creían que iba a tratar de seducir a mi propia hija, por Dios Santo?). Posteriores solicitudes particulares fueron siempre perentoriamente denegadas por Madame. El momento de la decisión: ¿continúas intentando ver a tu hija sabiendo que todo está en tu contra (desprecio del tribunal, los caballeros de la ley, los alguaciles, etc.) y torturándote con la esperanza, o cortas por lo sano? De la misma manera, ¿qué es mejor para la mencionada niña: pensar que hay un Posible Alguien en alguna parte o un Rotundo Nadie? No es fácil.

3) Lo principal que quiero decir es que no toleraré esta difamación de mi esposa. Mi actual esposa. Yo no la «seduje», ella no me hizo un número estilo Lolita. Nos conocimos (fuera de la escuela, por cierto), y zas, fue instantáneo. Nada que hacer. Hemos estado enamorados desde entonces, nunca una palabra de enojo, dos críos fantásticos. Por supuesto, era difícil encontrar trabajo como profesor en ninguna parte. Durante algún tiempo conseguí llegar a fin de mes haciendo traducciones, todavía hago algunas, pero Christine se ha convertido en el sostén de la familia. Yo soy lo que llaman un «amo de casa», supongo. Me desenvuelvo como pez en el agua, además, lo cual habría sorprendido a Madame. Con toda franqueza, no sé de qué se quejan las mujeres. A mí me encanta estar «encerrado en casa», como dicen.

Ah, llaman a la puerta. Oiga, yo prometí no hablar nunca públicamente de todo esto. A Christine no le gusta. El pasado es otro país y todo eso. Así que chitón, si no le importa. Muy agradecido. Hasta más ver.

**Oliver** Conduzco un antiquísimo Peugeot 403. Se lo compré a un campesino que probablemente soñaba con un Toyota todo terreno. Es de un color gris verdoso —ya no hacen estos colores, no para los coches— y con todas las esquinas redondeadas. La rejilla del radiador es diminuta, como la mirilla de un carcelero. Muy retro. En ocasiones ha tenido averías muy útiles, además.

Todas las mañanas me siento detrás del volante haciendo crujir el cuero viejo y voy a Toulouse. Atravieso el pueblo conduciendo con cuidado a causa del perro de Monsieur Lagisquet. No sé de qué raza es, pero sus características inmediatas son tamaño medio, color castaño y una afabilidad desatada. Su característica menos inmediata nos la explicó Monsieur Lagisquet la primera vez que Gill y yo íbamos andando por el pueblo y esa lengua con cuatro patas se nos arrojó encima, «Il est sourd, il n’entend pas», dijo el dueño. Un perro sordo. Dios, qué triste. Supertriste. Imagínese no poder oír ya el silbido de su amo.

Así que conduzco con cuidado, haciendo inclinaciones de cabeza a los vecinos como un personaje menor de la realeza británica. Paso por el polvoriento rombo que es mitad plaza del pueblo y mitad terraza del café, donde un par de ciudadanos de la tercera edad beben a sorbitos su bebida mañanera en unas tazas gordas en las que pone Choky. Paso por delante de los exhibidores de Totalgaz delante de la *alimentation* y los anuncios descoloridos pintados en la pared BRILLIANTINE PARFUMÉE y SUZE. ¡Los nombres, los nombres! Luego paso el abandonado *lavoir* junto al puentecito —*où sont les blanchisseuses d’antan?*— y tomo la carretera principal donde está la Cave Coopérative. Como la mayoría de los pueblos de esta región, el nuestro tiene dos castillos: el viejo *château fort*, por cuyos muros en otros tiempos corrió la sangre, y este otro nuevo de acero inoxidable brillante, donde el jugo rojo proviene de la uva triturada y no del prisionero triturado. ¡Las artes de la guerra y las artes de la paz! Los arquitectos deberían sacar más partido de la comparación, me parece a mí: los centelleantes silos de la Cave Coopérative deberían estar coronados por satíricas torres de pimentero y falsas ranuras de flechas podrían embellecer las lustrosas verticales.

Esto es la vida, tiendo a reflexionar mientras galopo por entre los viñedos. Un poco de Cinsault, un salpicar de Mourvèdre, una pizca de Malbec y un toque de Tempranillo: mézclese todo bien, y ya está. Somos VDQS<sup>[18]</sup> por el momento, pero tenemos esperanzas de promoción.

¿Ve aquella torrecita de allí, la redonda, la de piedra? Un humilde almacén, pero

construido para resistir los lametazos del tiempo así como el gorgojo. ¿Imponente? Aspire este aire, contemple aquel halcón en el cielo, ¿no es esto la vida? Discúlpeme un momento mientras le hago un saludo real a ese obrero de mono azul que está amamantando su pala. Y yo era el que veía las cosas tan negras. Solía decir que la vida era como invadir Rusia: un comienzo veloz, un retraso desalentador, una terrible refriega con el General Invierno, luego sangre en la nieve. Pero ahora no veo las cosas así. No hay ninguna razón para que la ruta no nos lleve por una soleada carretera secundaria que atraviesa un viñedo, ¿verdad? Todo es mucho más alegre aquí. Puede que sea tan simple como el sol. ¿Recuerda cuando descubrí la relación entre la depresión y el nivel de iluminación doméstica? ¡Aumente sus vatios y ahórrese las facturas del psiquiatra! ¿Por qué no habría de ser igual en los grandes espacios exteriores? El argumento del clima ciertamente es aplicable al Alegre Ollie hoy en día.

Tardo una hora en llegar a Toulouse por la A61, con la neblina de primera hora de la mañana humeando sobre los prados y pegándose a los edificios de las granjas como hielo seco. Luego paro el 403 en el patio de la escuela y esparzo *bons mots* como si fueran semillas de girasol entre los alumnos que están esperando. Van tan bien vestidos y son tan..., bueno, *bonitos*. Tanto los chicos como las chicas. ¡Y desean aprender inglés! ¿No es asombroso? Ya sé que el pedagogo debe entusiasmar a sus discípulos con un contagioso afán de aprender y todo eso, pero el principio no es aplicable cuando te enfrentas a una hilera de sacos mojados un martes lluvioso cerca de Edgware Road. Aquí es al revés. ¡Ellos hacen que me apetezca enseñar!

Y eso hago, durante el día. Luego un relajado *coup de rouge* quizá, con una alumna que tiene alguna dificultad para comprender los distintos tiempos pretéritos (¿acaso no nos ocurre a todos?), y un deambulante regreso a través de los viñedos. Un par de kilómetros antes de llegar ya se ven los destellos de acero de la Cave Coopérative bajo el claro sol poniente. Paso mi señal de carretera favorita: ROUTE INONDABLE. La economía gala. En Inglaterra hubiera sido PELIGRO. CARRETERA EXPUESTA A INUNDACIONES. Aquí, simplemente, ROUTE INONDABLE. Luego atravieso con cuidado el pueblo y caigo en los brazos acogedores de esposa e hija. Cómo me abraza la iridiscente bambina, la pequeña Sal. Se pega a mí como la cortina de la ducha mojada. ¿No es esto la vida?

**Gillian**    Ahora escúcheme a mí. A mí.

Creo que será mejor que empiece por una descripción del pueblo en el que vivimos. Está al sudeste de Toulouse, en el Departamento de Aude, al borde del Minervoís, cerca del Canal du Midi. El pueblo está rodeado de viñedos, aunque no siempre fue así. Si paseas en coche por la comarca hoy en día, puedes pensar que siempre ha sido igual, porque casi todo parece muy viejo, pero no es verdad. Todo

cambió con la llegada del ferrocarril. Anteriormente, las comarcas como ésta tenían que ser básicamente autosuficientes desde un punto de vista agrícola. Así que había ovejas por la lana, ganado por la leche, cabras tal vez, y verduras y frutas, y... no sé, probablemente girasoles por el aceite, garbanzos, etc. Pero el ferrocarril cambió el perfil económico de la región, como ocurrió en todas partes, lo aplanó. La gente dejó de criar ovejas porque la lana que llegaba en el ferrocarril era más barata que la lana que ellos hacían. La agricultura mixta desapareció poco a poco. Hay alguna que otra cabra en un patio trasero, por supuesto, pero eso es todo. Hoy en día toda la región hace vino. Por lo tanto, ¿qué pasa cuando alguna otra región hace un vino mejor y más barato que el nuestro, cuando nuestras laderas y nuestras viñas han sido explotadas al máximo y sin embargo no pueden competir? No nos moriremos de hambre, por supuesto. Los economistas nos pondrán en el subsidio europeo. Nos pagarán por producir un vino que nadie quiere, por hacerlo para luego convertirlo en vinagre o simplemente tirarlo. Y eso supondrá el segundo empobrecimiento, ¿comprende?, eso será triste.

Esas torrecitas de piedra que hay en los campos son el recordatorio de lo que fueron estas tierras. La gente cree que son simplemente depósitos, pero antes tenían astas. Eran molinos de viento, molían el maíz de los mismos campos en que se asientan. Ahora han sido amputadas, han perdido sus alas de mariposa. ¿Y ha visto usted el «castillo» cuando cruzó el pueblo? Todo el mundo le llama «el castillo» hoy en día y Oliver se inventa historias sobre batallas y aceite hirviendo. Desde luego se guerreó por la comarca, principalmente en los tiempos de la revolución cántara; y creo que los ingleses también vinieron por aquí un siglo o dos después. Pero éste es un pueblo pequeño en medio de una llanura absolutamente carente de importancia estratégica. Así que nunca necesitó un castillo. Esa torre chata fue únicamente el viejo almacén de grano, nada más.

La única cosa del pueblo que atrae a los visitantes es el friso medieval del lado oeste de la iglesia. Corre a todo lo largo de la pared exterior, trazando una curva sobre la puerta que hay en medio. Hay unas treinta y seis cabezas labradas en piedra, que alternan el diseño. La mitad son cabezas de ángeles, la otra mitad son calaveras con un par de huesos cruzados debajo. Paraíso, infierno, paraíso, infierno. O tal vez sea resurrección y muerte, resurrección y muerte, resurrección y muerte, ruido, ruido como el del tren al pasar. Sólo que ya no creemos en el infierno y en la resurrección. Y a mí los ángeles no me parecen ángeles, sino niños pequeños. No, se parecen a una niña pequeña, mi hija, Sophie Anne Louise. Le pusimos tres nombres, todos los cuales existen en inglés además de en francés, de modo que puede cambiar de nombre sólo con cambiar de acento. Pero esas cabezas, que el tiempo ha desgastado hasta achatrarlas, me recuerdan a mi hija. Y ahora me dicen: vida, muerte, vida, muerte, vida, muerte, vida, muerte.

¿Qué es lo que tiene este lugar? En Londres yo nunca había pensado en el tiempo y en la muerte. Aquí todo es tranquilo, bello y silencioso, y mi vida está resuelta para bien o para mal, y me encuentro pensando en el tiempo y en la muerte. ¿Es a causa de Sophie?

La fuente, por ejemplo. No es más que una fuente pública normal, ligeramente pretenciosa, levantada durante el reinado de Carlos X. Un obelisco hecho del mármol rosa que todavía se extrae de la cantera del otro lado de la montaña. Hay cuatro cabezas de Pan en la base con canutos en la boca. Pero el agua ya no sale por estas espitas. Debió de ser maravilloso cuando la pusieron en 1825 y sacaron la primera agua procedente de las distintas colinas. Pero hoy en día los aldeanos prefieren el agua embotellada y la fuente está seca. En cambio ahora hace las veces de monumento a los caídos. En un lado en pendiente hay una lista con los nombres de los veintiséis hombres que este pueblo perdió en la Primera Guerra Mundial. En el lado opuesto, los tres perdidos en la Segunda Guerra Mundial, luego debajo un *mort en Indochine*. En un tercer lado todavía se puede leer la inscripción original de 1825 labrada en el mármol rosa:

MORTELS, SONGEZ BIEN  
LE TEMPS PROMPT A S'ENFUIR  
PASSE COMME CETTE EAU  
POUR NE PLUS REVENIR

El agua es como la vida, dice. Sólo que el agua ya no corre por aquí.

Observo a las mujeres viejas. Para hacer las tareas domésticas se ponen unas batas de casa estampadas abrochadas de arriba abajo; no son exactamente trajes de faena, son más elegantes que eso. Salen todas las mañanas y barren la acera delante de sus casas. Luego barren la calzada. Sí, barren el polvo de los primeros dos metros de asfalto con sus viejas escobas. Por las tardes, cuando disminuye el calor, vuelven a salir a la acera, esta vez para sentarse en una sillita recta con el asiento de enea. Se sientan allí hasta después de anochecer, haciendo punto, charlando, notando cómo refresca. Y entonces comprendes por qué barren la calzada. Porque forma parte de su patio delantero, donde les gusta sentarse.

Los fines de semana llega dinero fresco de Montpellier en esta dirección, pero no a nuestro pueblo. No somos lo bastante pintorescos para ellos: llevan sus todo terreno a otra parte y encienden sus Hibachis donde haya una vista de las montañas. Esto lo encuentran muy llano y aburrido y no hay ningún Video d'Oc para satisfacer sus necesidades. Tenemos dos bares, un hotel restaurante justo delante de donde nosotros vivimos. Una *boulangerie* que ha empezado a hacer *pain noir* y *pain complet* desde que la *épicerie* también empezó a vender pan y una ferretería que vende bombillas y

veneno para las ratas. El año pasado casi todo el país celebró el Bicentenario de la Revolución Francesa. En nuestro pueblo la única muestra estaba delante de la ferretería de M. Garruet: encargó seis escobas de plástico, dos rojas, dos blancas y dos azules y las puso en un cacharro delante de su tienda. Las cerdas eran del mismo color que los palos: quedaban muy alegres. Luego alguien compró las dos rojas —un comunista de paso, dijo una vieja— y ahí se acabó la muestra. Ése fue el final del Bicentenario para nosotros, aunque oímos los fuegos artificiales de otros pueblos.

Todos los miércoles por la mañana, a las nueve, viene el camión del pescado desde la costa y se para en la plaza del pueblo. Compramos dorada y algo que se llama *passard*, para lo cual no he conseguido encontrar una traducción. La plaza es una especie de rectángulo irregular y tiene un pequeño pasillo central de tilos brutalmente podados debajo de los cuales los viejos juegan *boules*; las mujeres se traen a veces sus sillitas de enea para contemplar esta actividad de la cual están siempre excluidas. Los hombres juegan por las tardes con luz artificial; más allá de sus cabezas se ven las copas negras de una lejana hilera de coníferas. Todo el mundo sabe lo que eso significa en un pueblo francés: el cementerio.

La *mairie* y la oficina de Correos están una al lado de la otra, dos mitades del mismo edificio. Las primeras veces que fui a comprar un sello me encontré en la *mairie* por error.

No le interesa nada de esto, ¿verdad? No. Le estoy aburriendo, me doy cuenta. Usted quiere que le cuente otras cosas. Muy bien.

**Stuart** ¿Quiere que le diga algo que siempre me molestó ligeramente? Es probable que esto suene increíblemente mezquino, pero es la verdad.

Los fines de semana ella solía dormir hasta tarde. Yo era el primero en levantarme. Siempre tomábamos un pomelo, o por lo menos una de las dos mañanas, la del sábado o la del domingo. Yo era el que lo decidía. Si cuando bajaba a la cocina el sábado me apetecía un pomelo, lo sacaba de la nevera, lo partía en dos y ponía cada mitad en un cuenco. De lo contrario lo tomábamos el domingo. Cuando yo me había comido mi mitad, miraba la de Gillian en su cuenco. Pensaba: ésa es suya, se la va a comer cuando despierte. Y con mucho cuidado le quitaba todas las pepitas a su mitad, para que no tuviera que hacerlo ella. A veces había muchas.

¿Sabe una cosa? En todo el tiempo que estuvimos juntos, nunca se fijó en eso. O si se fijó, nunca lo mencionó. No, ella no habría hecho eso. Sencillamente no se daba cuenta. Yo siempre esperaba a que lo reconociese, y cada fin de semana me sentía un poquitín decepcionado. Pensaba: puede que crea que han inventado una variedad de pomelo sin semillas. ¿Cómo cree que se reproducen los pomelos?

Puede que ya haya descubierto la existencia de las pepitas. ¿Cuál de los dos corta el pomelo? No puedo imaginarme a Oliver... Oh, mierda.



No está superado. No sé por qué no está superado, pero no lo está todavía. Hay que hacer algo, hay que encargarse de ello. Yo me he ido lejos, ellos se han ido lejos, pero no está superado.

**Oliver** Ella es más fuerte que yo, ya sabe. ¡Uf! ¡Uf, uf! Y me gusta. Átame con cuerdas de seda, *por favor*.

Oh, veo que ya había dicho eso antes. No hace falta que me mire con ese ceño. El ceño y el suspiro... son tan poco estimulantes, encuentro yo. Gillie suspira un poco a veces cuando yo estoy siendo *troppo* entretenido. Puede ser un esfuerzo, ¿sabe?, percibir la expectación ahí fuera en la silenciosa oscuridad. Las personas son intérpretes o público, ¿no? Y a veces desearía que el público intentase subirse a un escenario aunque fuese sólo una vez.

Le diré algo que no habrá oído nunca. *Pravda* es verdad en ruso. No, ya suponía que eso lo sabría. Lo que iba a decirle es esto: no hay rima para *pravda* en ruso. Medite y sopesese esta insuficiencia. ¿No hace eco en los desfiladeros de su mente?

**Gillian** Vinimos aquí porque Oliver consiguió un puesto en un colegio de Toulouse.

Vinimos aquí porque yo me enteré de que había una posibilidad de que el Musée des Augustins me diese trabajo. También hay algunos clientes particulares y yo tenía un par de cartas de presentación.

Vinimos aquí porque Londres ya no es un sitio adecuado para criar niños y queremos que Sophie sea bilingüe como *maman*.

Vinimos aquí por el clima y la calidad de vida.

Vinimos aquí porque Stuart empezó a mandarme flores. ¿Se lo imagina? ¿Se lo imagina?

Hablamos mucho de ello antes. Hablamos de todas estas cosas excepto de la última. ¿Cómo pudo Stuart hacer eso? No conseguí comprender si era sincero —una forma de decir que lo sentía— o era una especie de venganza enfermiza. En cualquier caso yo no podía soportarlo.

**Oliver** Fue decisión de Gillie. Bueno, por supuesto, adulamos a la democracia, llevamos a cabo el sagrado proceso de consultas, pero a la hora de tomar decisiones un matrimonio siempre está formado por un moderado y un militante, ¿no le parece? Afirmación de la cual no debe deducir una rutinaria queja del macho orquidectomizado. Más bien, convengamos en la siguiente generalidad: aquellos que se han infligido a sí mismos el matrimonio asumen alternativamente estas actitudes

contrapuestas. Cuando la cortejé, yo era el de la línea dura y el objetivo único, ella la amilanada e indecisa. Pero cuando se trató de sustituir la asquerosa peste de los autobuses londinenses por el dulce aroma de las *herbes de Provence*, entonces fue el pulso migratorio de Gillian el que resonó como el potente gong de J. Arthur Rank. Mis propios latidos de expatriación sólo podían detectarse por medio de la auscultación.

Fue ella quien me encontró el trabajo. Descubrió la mohosa publicación trimestral en la que se podía averiguar el paradero de empleos honrados *à l'étranger*. Yo estaba gozando de Londres, dado que el esteatopigo se había llevado su rechonchez a otro continente. Pero capté el anticipatorio aleteo de las alas de Gill; intuí que se posaba en los cables telefónicos al atardecer soñando con el sur. Y si, como una vez le comenté a Stu, el dinero puede compararse con el amor, entonces el matrimonio es la factura. Bromeo. Bromeo a medias, por lo menos.

**Gillian** Por supuesto, Oliver, como la mayoría de los hombres, es básicamente perezoso. Toman una gran decisión y piensan que pueden pasarse los siguientes años tumbados al sol como un león en la cima de una colina. Mi padre se escapó con su colegiala y ésa fue probablemente la última decisión que tomó en toda su vida. Oliver es un poco lo mismo. Arma mucho ruido pero no hace gran cosa. No me malinterprete: quiero a Oliver. Pero le conozco muy bien.

Sencillamente no era realista que continuáramos viviendo de la misma manera, sólo que con Oliver colocado en mi vida en la posición exacta que había ocupado Stuart. Ni siquiera el hecho de que yo me quedara embarazada pareció servir para que Oliver se concentrara. Traté de explicarle estas cosas y sólo respondió, en un tono bastante dolido: «Pero soy feliz, Gill, soy muy feliz.» Le quise por ello, naturalmente, y nos besamos, él acarició mi vientre, que seguía estando completamente plano, hizo algún chiste tonto acerca del renacuajo y todo fue bien durante el resto de la tarde. Eso es lo que pasa con Oliver: se le da estupendamente hacer que las cosas vayan bien durante el resto de la tarde. Pero siempre llega la mañana siguiente. Y aquella mañana pensé: me alegro mucho de que sea feliz, yo también soy feliz, y esto debería bastar, pero no basta, ¿verdad? Hay que ser feliz y práctico, ésa es la verdad.

Bien, yo no quiero que mi marido gobierne el mundo (si lo hubiese querido, no me habría casado con los dos hombres con los que me casé), pero tampoco quiero que vaya dando tumbos por la vida sin pensar en el futuro. Desde que le conocía, la carrera de Oliver, si es que la palabra no resulta demasiado grandilocuente, había dado un solo paso y había sido para descender. Le echaron de la Shakespeare School y pasó a Mr Tim. Y cualquiera podía ver que era capaz de algo mejor que eso. Necesitaba que le encaminaran en la dirección adecuada, sobre todo estando yo embarazada. No quería... Verá, ya sé que he dicho esto antes, que lo dije acerca de

Stuart, pero es verdad y no me avergüenzo de ello. No quería que Oliver se decepcionara.

Supongo que le ha mencionado al perro de Monsieur Lagisquet. Hay dos cosas de las que le habla a todo el mundo, el castillo del pueblo, que se va volviendo una fortaleza de los cruzados o una plaza fuerte de los cátaros cada vez más importante según su versión, y el perro. Éste es un perro muy amistoso, de pelo brillante castaño rojizo que se llama Poulidor, pero es tan viejo ya que se ha quedado sordo como una tapia. Tanto a Oliver como a mí esto nos parece terriblemente triste, pero no por la misma razón. Oliver lo encuentra triste porque Poulidor ya no puede oír el silbido de su amo cuando pasea por los campos y está aislado en un mundo de silencio. Mientras que yo lo encuentro triste porque sé que un día de éstos le atropellará un coche. Sale como un loco de la casa de Monsieur Lagisquet, jadeante y esperanzado, como si una vez fuera fuese a recuperar el oído. Los conductores nunca se imaginan que un perro sea sordo cuando le ven. Siempre pienso que un joven va cruzando el pueblo un poco demasiado rápido, ve a Poulidor andando indolentemente y este conductor impaciente le pita una y otra vez al estúpido perro y luego pega un volantazo demasiado tarde. Lo veo todo. Le dije a Monsieur Lagisquet que debería atar al perro o ponerle una cuerda larga. Me contestó que lo había intentado una vez y que Poulidor no había parado de gemir y se había negado a comer, así que lo desató. Dijo que quería que el perro fuese feliz. Le dije que se podía ser feliz pero que había que ser práctico a la vez. Y ahora un día de éstos un coche atropellará al perro. Lo sé.

¿Ve lo que quiero decir?

**Stuart** Tenía muchos planes. Uno de los primeros era pagar a una chica de esa escuela pobretona en la que Oliver se había visto reducido a enseñar para que le denunciase. Para que dijese que se había propasado con ella. Además probablemente sería verdad, si no con esa chica, sería verdad con alguna otra. Tal vez le echaran. Tal vez la policía intervendría en esta ocasión, pero en cualquier caso Gillian se habría enterado de por qué clase de hombre me había dejado. Siempre sería una causa de resentimiento y ella nunca volvería a sentirse segura. Ese era un buen plan.

Cuando llegué a los Estados Unidos tenía otro plan. Iba a fingir que me había matado. Quería hacerles mucho daño, ¿comprende? No estaba seguro de cómo podía hacerlo. Una idea era escribir con nombre falso a la revista de antiguos alumnos, la *Edwardian*, y pedirles que publicaran una nota necrológica y luego asegurarme de que se la enviaban a Oliver. También pensé en hacer que algún intermediario les diese la noticia durante una visita a Londres, como por casualidad. «Qué pena lo de que Stuart se levantara la tapa de los sesos, ¿verdad? No, nunca se recuperó de la ruptura. Ah, ¿no lo sabíais...?» ¿Quién lo haría? Alguien. Alguien a quien yo pagara.

Pensaba demasiado en esa idea. Me deprimía. Se volvió tentadora, no sé si me

explico. Hacerlo realmente. Hacer que fuese verdad para castigarles. Así que dejé de pensar en ello.

Pero no ha terminado. Oh, mi matrimonio ha terminado, ya lo sé. Pero el asunto no ha terminado, no hasta que yo lo sienta así. No habrá terminado hasta que deje de doler. Y falta mucho. Y no puedo superar la sensación de que no fue *justo*, lo que sucedió. Debería poder superarlo, ¿verdad?

Mme Wyatt y yo nos escribimos. ¿A que no lo adivina? Está viviendo una aventura amorosa. Bien hecho, Mme Wyatt.

**Oliver** Probablemente decir esto no sea lo más adecuado, pero nunca he hecho carrera diciendo lo más adecuado. Hay veces en que echo de menos a Stuart. Sí, sí, no hace falta que me lo diga. Sé lo que le hice. He estado mascando culpabilidad como un viejo bóer que viaja en carromato con cecina entre los dientes. Lo que empeora las cosas es que a veces pienso que Stuart fue la persona que mejor me comprendió. Espero que esté bien. Espero que tenga una enamorada simpática y cariñosa. Me los imagino preparando una barbacoa ante un bosque de mezquitas mientras los pájaros cardenales descienden en picado sobre el prado y las cigarras rasgúan como toda la sección de cuerda de la Orquesta Sinfónica de Chicago. Le deseo todo a Stuart: salud, hogar, felicidad y herpes. Le desearía una bañera caliente si no pensara que la llenaría de peces tropicales. Oh, Señor, sólo el pensar en él me hacer reír.

¿Sabe usted si tiene una chica? Me pregunto si tiene algún secreto crepuscular, algún escondrijo sexual. ¿Qué podría ser? ¿Porno? ¿Exhibicionismo? ¿Llamadas telefónicas eróticas? ¿Faxes obscenos? No, espero que esté saliendo adelante. Espero que la vida no le esté aterrorizando. Le deseo... la reversibilidad.

**Stuart** Me gustaría dejar las cosas claras respecto a algo. Usted probablemente lo habrá olvidado, pero Oliver solía hacer esta broma conmigo. Bueno, no tanto conmigo como a mi costa. Decía que yo pensaba que un Mantra era un modelo de coche. Yo le seguía la corriente entonces, pero lo que quería decir era esto: «En realidad es un Manta, Oliver, no un Mantra.» El Manta Ray, para ser exactos. Un coche muy potente, fabricado por la General Motors, basado en el Corvette. Incluso estuve pensando en comprarme uno cuando vine aquí. Pero no le va a mi imagen. Y habría sido ceder al pasado un poco en exceso, ¿no está de acuerdo?

Se puede estar seguro de que Oliver se equivocará.

**Mme Wyatt** Stuart me escribe. Yo le mando noticias. Las noticias que hay. No

puede soltarse. Dice que se está haciendo una nueva vida, pero yo noto que es incapaz de soltarse.

La única cosa que tal vez le ayudaría a soltarse no me siento capaz de decírsela. Lo de la niña. No sabe que tiene una niña. Es terrible poseer una información que piensas que puede hacer daño a alguien. Y el no habérselo dicho enseguida hizo más difícil decírselo después.

Verá, una tarde en que vinieron a verme y mi hija estaba fuera de la habitación y Stuart estaba sentado allí esperando a que le examinara, con los zapatos muy brillantes y el pelo peinado hacia atrás, me dijo: «Vamos a tener niños, ¿sabe?» Y entonces repentinamente se azoró y dijo: «Quiero decir, no quiero decir ahora..., no quiero decir que ella esté...» Y entonces hubo un ruido en la cocina y él pareció aún más azorado y dijo: «Gill no lo sabe todavía. Quiero decir que no hemos hablado de ello, pero estoy seguro, quiero decir, oh, Dios mío...» Y se quedó sin palabras. Yo le dije: «Está bien, será un secreto entre nosotros.» Y de pronto pareció muy aliviado. Y entonces vi en su cara que se moría de ganas de que Gillian volviese a la habitación.

Me acordé de todo esto cuando Oliver me dijo que Gillian estaba embarazada.

Sophie Anne Louise. Es un poco pretencioso, ¿no lo encuentra así? Puede que suene mejor en inglés. Sophie Anne Louise. No, sigue pareciendo que se trata de una de las nietas de la reina Victoria.

**Gillian** Oliver es un profesor, no quisiera que usted pensase otra cosa. Hubo un pequeño *vin d'honneur* al final del último trimestre, y el director me dijo lo bueno que era con los alumnos y cuánto le apreciaban éstos. Oliver le quitó importancia después. Su teoría es que enseñar «Conversation et Civilisation» inglesas es un chollo, porque puedes decir cualquier disparate que se te ocurra y los alumnos lo reciben como un valioso ejemplo del *British sense of humour*. Pero es normal que dijera eso. Es muy jactancioso, Oliver, pero no tiene verdadera seguridad en sí mismo.

Mandarle flores a tu ex mujer dos años después de la ruptura. ¿Qué significa eso?

Cuando era adolescente, hace muchísimo tiempo según me parece ahora, tenía las conversaciones habituales. ¿Qué queríamos de un hombre? ¿Qué buscábamos? Generalmente, con las otras chicas, nombraba a actores de cine. Pero a mí misma me decía que lo que quería era alguien a quien pudiera amar, respetar y desear. Pensaba que una debía aspirar a eso, para que la cosa durase. Y cuando empecé a salir con hombres siempre parecía tan difícil como sacar tres fresas en una hilera en la máquina tragaperras. Sacabas una, y luego tal vez sacabas otra, pero entonces la primera había desaparecido. Habla un botón que decía CONSERVAR, pero parecía que no funcionaba bien.

Amor, respeto, deseo. Pensé que había conseguido los tres con Stuart. Pensé que

había conseguido los tres con Oliver. Pero tal vez no sea posible conseguir los tres. Tal vez lo máximo que se pueda lograr sean dos, y el botón de CONSERVAR siempre está parpadeando.

**Mme Rives** Dice que es canadiense. De Quebec no es. Quería una habitación en la parte de delante. No sabía cuánto tiempo iba a estar. Me repitió que era canadiense. ¿Y a mí qué? El dinero no tiene color.

**Gillian** Tenía que haber reglas. Tenía que haber reglas muy firmes, eso es evidente, ¿no? No se puede simplemente «ser feliz»; hay que dirigir la felicidad. Ésa es una de las cosas que sé ahora. Vinimos aquí, estábamos empezando de nuevo, y bien esta vez. Un país nuevo, trabajos nuevos, la niña. Oliver hacía discursos sobre la Tierra de Oro Recién Encontrada, etc. Un día, cuando Sophie me había dejado más agotada que de costumbre, le interrumpí.

—Mira, Oliver, una de las reglas es: nada de aventuras.

—*Che?*

—Nada de aventuras, Oliver.

Tal vez lo dije de forma inadecuada, no sé, pero realmente perdió los estribos. Ya puede imaginarse la retórica. Yo no recuerdo nada, porque me temo que cuando estoy cansada tengo una especie de filtro para Ollie. Me quedo sólo con lo necesario para mantener la conversación.

—Oliver, lo único que digo es... Dadas las circunstancias en que nos conocimos... Dado que todo el mundo pensaba que teníamos una aventura y por eso nos separamos Stuart y yo... Únicamente pienso que, por nuestro propio bien, hemos de tener cuidado.

Oliver puede ser extremadamente sarcástico, como probablemente habrá usted notado. Él lo niega, dice que el sarcasmo es vulgar. «Una juguetona ironía *au máximo*», afirma. Así que puede que únicamente estuviese mostrándose juguetón e irónico cuando me señaló que *si* no recordaba mal, la razón de que no tuviésemos una aventura mientras yo estaba casada con Stuart fue porque *él* declinó *mi* muy apremiante ofrecimiento (varias referencias anatómicas en este punto que omitiré), así que si había que sospechar de que alguien tuviese aventuras sería de *mí*, etc., etc. Lo cual supongo que era justo, sólo que las madres con niños pequeños que además trabajan no suelen en general tener la energía necesaria para meterse en la cama con otro hombre. Fue espantoso. Fue un combate de gritos. Yo sólo estaba tratando de ser práctica, tratando de expresar algo que pensaba se debía a mi amor por Oliver, y él se puso muy nervioso y hostil.

Además, estas cosas no se pasan inmediatamente. Y el calor que hace aquí las

empeora. Estuvimos de uñas el uno con el otro durante toda la semana siguiente. ¿Y a que no lo adivina? Ese estúpido tanque viejo que conduce porque cree que tiene estilo se averió tres veces. ¡Tres veces! Y la tercera vez que él mencionó el carburador yo debí de poner una cara un poco escéptica, porque se volvió hacia mí.

—Dilo.

—¿Qué?

—Vamos, dilo.

—De acuerdo —dije, sabiendo que no debería—. ¿Cómo se llama ella?

Él lanzó una especie de rugido, como si hubiese ganado al obligarme a decirlo, y cuando le miré de pie a mi lado supe —lo supimos los dos, creo— que hubiese podido pegarme fácilmente. Si yo hubiese continuado hablando, me habría pegado.

Él había ganado y los dos habíamos perdido. Ni siquiera había sido una verdadera pelea, no *acerca de* algo, surgía de una insensata necesidad de pelear. Yo no había logrado dirigir la felicidad.

Más tarde lloré. Y pensé: NABO'S, BATATA'S, COLIFLORE'S, COLE'S. Nadie se lo había dicho nunca a aquel tipo, nadie le había corregido. O si lo habían hecho, él no les había escuchado.

No, esto no es Inglaterra. Esto es Francia, así que haré una comparación diferente. El otro día estuve hablando con Monsieur Lagisquet. Tiene unas cuantas hectáreas de viñas fuera del pueblo y me contó que en los viejos tiempos solía plantar un rosal al final de cada hilera de viñas. Al parecer las rosas muestran las señales de enfermedad antes, así que los rosales actuaban como sistema de advertencia. Me dijo que esta tradición había desaparecido ya de la región, pero aún lo hacen en otros lugares de Francia.

Creo que la gente debería plantar rosales en la vida real. Necesitamos algún tipo de sistema de advertencia.

Aquí Oliver es diferente. En realidad quiero decir lo contrario. Oliver es exactamente el mismo que ha sido siempre y será siempre, lo que pasa es que causa una impresión diferente. Los franceses no le entienden realmente. Nunca se me había ocurrido antes de que nos mudáramos aquí, pero Oliver es una de esas personas que tienen más sentido dentro de un contexto. Cuando le conocí me pareció terriblemente exótico; ahora me parece menos pintoresco. Y no es sólo por efecto del tiempo y la familiaridad. Es que aquí no tiene a otra persona inglesa que le dispare más que a mí, y eso no es suficiente. Necesitaba tener cerca a alguien como Stuart. Es igual que la teoría de los colores. Cuando pones dos colores uno junto al otro, eso afecta a la forma en que ves cada uno de ellos. Es exactamente el mismo principio.

**Stuart** Me tomé tres semanas de permiso. Me fui a Londres. Pensé que podría encajarlo mejor de lo que lo encajé. No soy estúpido, no intenté volver a los sitios

donde había estado con Gill. Pero me sentía enfadado y triste al mismo tiempo. La gente dice que enfadado-triste es mejor que triste-triste, pero no estoy seguro. Si estás triste-triste la gente es simpática contigo. Pero si estás enfadado-triste lo único que te apetece es ponerte en medio de Trafalgar Square y gritarle a la gente: NO ES CULPA MÍA. FÍJENSE EN LO QUE ME HICIERON. ¿POR QUÉ ME SUCEDIÓ ESO? NO ES JUSTO. Las personas que están enfadadas-tristes no salen realmente adelante; son las que se vuelven locas. Yo soy esa persona que ves en el metro hablando sola en voz un poco demasiado alta, la clase de persona de la que procuras apartarte. No te acerques demasiado a él, podría ser un saltador o un empujador. Podría tirarse de un salto a la vía... o podría tirarte a ti de un empujón.

Así que fui a ver a Mme Wyatt. Ella me dio su dirección. Le dije que quería escribirles porque la última vez que nos habíamos visto ellos intentaron ser amigos míos y yo les rechacé. No estoy seguro de que Mme Wyatt me creyese. Ella es una buena conocedora de la gente. Así que cambié de tema y le pregunté por su nuevo amante.

—Mi viejo amante —me respondió.

—Oh —dije, imaginándome a un caballero anciano con una manta sobre el regazo—. No me había dicho usted qué edad tenía.

—No, quiero decir mi antiguo amante.

—Lo siento.

—No lo sientas. Fue sólo... una transición. *Faut bien que le corps exulte.*

—Sí.

Ésa no es una palabra que se me hubiese ocurrido usar. ¿Se puede decir que el cuerpo *exulta* en inglés? El cuerpo pasa un buen rato, creo, pero no sé si exulta exactamente. O tal vez sea cosa mía.

Cuando ya me iba, Mme Wyatt dijo:

—Stuart, creo que es un poco pronto.

—¿Qué?

Pensé que se refería a que no me había quedado mucho tiempo.

—Para ponerte en contacto. Dale tiempo.

—Pero ellos me dijeron...

—No, no para ellos. Para ti.

Reflexioné sobre ello, luego me compré un mapa. El aeropuerto más cercano parecía Toulouse, pero no volé a Toulouse. Volé a Montpellier. Podía ir a algún otro sitio, ¿comprende? Lo hice al principio, conduje en dirección opuesta. Luego pensé: esto es estúpido, y volví a mirar el mapa.

Crucé el pueblo dos veces sin detenerme. La primera vez estaba nervioso y por lo tanto iba un poco demasiado rápido. Un maldito perro salió corriendo y casi se me metió debajo de las ruedas, tuve que virar bruscamente. La segunda vez iba más



despacio y vi el hotel.

Volví después de que anocheciera y pedí una habitación. No hubo ninguna dificultad. Parece un pueblo bastante agradable, pero no es precisamente un enclave turístico.

No quería que me dijeran: «Oh, tenemos unos ingleses en el pueblo», así que le dije a Madame que era canadiense, y para asegurarme me inscribí con nombre falso.

Pedí una habitación en la parte de delante. Estoy de pie junto a la ventana. Vigilo.

**Gillian** No tengo premoniciones. No soy una de esas personas que dice: «Lo sentí en los huesos.» Pero cuando me lo dijeron, lo supe.

Para ser sincera, no he pensado mucho en Stuart desde que nos mudamos aquí. Sophie ocupa la mayor parte de mi tiempo. Cambia tan rápidamente, es un foco de atención constante, necesito cada momento para ella. Además está Oliver, y también mi trabajo. Sólo he pensado en Stuart en los malos momentos. Eso suena injusto, pero es verdad. Por ejemplo la primera ocasión en que te das cuenta de que no puedes —o por lo menos de que no vas a hacerlo— contarle todo al hombre con quien te has casado. Tuve ese momento con Oliver como con Stuart. No me refiero a mentir, exactamente, sólo me refiero a adaptar las cosas, a economizar un poco con la verdad. La segunda vez ya no te pilla tan de sorpresa, pero te hace recordar la primera.

Yo estaba de pie junto al camión del pescado el miércoles por la mañana. En Inglaterra todo el mundo habría formado una cola. Aquí simplemente te arremolinan junto al camión y la gente sabe quién es la siguiente, y si eres la siguiente pero no tienes prisa dejas que otra persona pase delante. *Suis pas pressée*. Usted primero. Madame Rives estaba detrás de mí y me preguntó si a los ingleses les gustaba la trucha.

—Por supuesto —dije.

—Tengo un inglés en este momento. *Sont fous, les Anglais*.

Se rio al decirlo para que yo supiera que no me incluía en esa generalización.

Este inglés había llegado tres días antes y se pasaba todo el tiempo en su habitación. Salvo una o dos veces en que salió por la noche. Había dicho que era canadiense pero tenía pasaporte inglés, y el nombre que tenía en el pasaporte era distinto del que había dado cuando llegó. Cuando lo dijo, lo supe. *Lo supe*.

—¿Tiene un nombre canadiense? —pregunté despreocupadamente.

—¿Qué es un nombre canadiense? Yo no noto la diferencia. Se llama «Uges» o algo por el estilo. ¿Es canadiense?

*Uges*. No, no es particularmente canadiense. Es el nombre de mi primer marido. Yo era Mme Stuart Uges, sólo que nunca adopté su nombre. Él creía que lo había hecho, pero no lo hice. Tampoco he adoptado el de Oliver.

**Oliver** Estoy siendo bueno. Estoy imitando el *fons et origo* de la virtud doméstica. Si tuviésemos gemelos les llamaría Lares y Penates. ¿Acaso no telefoneo siempre que amenaza la tardanza toulousiana? ¿No me levanto nocturnamente para cambiar los pañales mancillados de la pequeña Sal y limpiarla con algodones? ¿No soy el orgulloso cuidador de un incipiente huerto, y no se esfuerzan mis judías escarlatas aún ahora por enroscarse temblorosas a mis *wigwams* de bambú?

Lo cierto es que Gill pasa un poco del sexo en este momento. Como intentar meter un parquímetro en la concha de una ostra. Eso pasa, eso pasa. Según el mohoso mito transmitido por *les blanchisseuses d'antan*, es una verdad establecida que la *moglie* lactante no puede quedarse embarazada. Por fin estoy en situación de localizar la desviada bola de mercurio de la verdad que da a este mito su gravedad específica (disculpen la química). La verdad es que la *moglie* lactante declina con frecuencia la impronta del ardiente genoma con el que se casó: *niente* de gimnasia horizontal. No es extraño que no se quede embarazada.

Lo cual es un poquito injusto ya que la pequeña Sal fue idea suya en primer lugar. Yo era partidario de seguir como estábamos.

**Stuart** Me dije que no tenía un plan, pero lo tenía. Fingí que venía a Londres porque sí. Que volaba a Montpellier sólo por hacer algo. Que casualmente cruzaba el pueblo y mira qué coincidencia...

Vine aquí para enfrentarme a ellos. Vine aquí para ponerme en mitad de Trafalgar Square y vociferar. Sabría qué hacer cuando llegase aquí, sabría qué decir cuando llegase aquí. NO FUE CULPA MÍA. FIJAOS EN LO QUE ME HICISTEIS. ¿POR QUÉ ME HICISTEIS ESTO A MÍ? Mejor dicho, no me enfrentaría a *ellos*, me enfrentaría a *ella*. Fue obra suya. En última instancia, ella fue la que dijo sí. Iba a esperar hasta que Oliver saliese camino de esa escuela de mierda donde enseña en Toulouse. Mme Wyatt la había descrito como muy agradable, pero supongo que exageraba por lealtad. Apuesto a que es un vertedero. Iba a esperar hasta que él se marchase y luego visitaría a Gillian. Habría encontrado las palabras, algunas palabras.

Pero ahora no puedo. Miré por la ventana y la vi. Parecía exactamente la misma, con una camisa verde que recuerdo demasiado bien. Llevaba el pelo corto, lo cual me produjo un sobresalto, pero hubo algo que me produjo un sobresalto mucho mayor. Tenía un bebé en los brazos. Su bebé. El bebé de los dos. El bebé del maldito Oliver.

¿Por qué no me lo advirtió Mme Wyatt?

Esto me ha descolocado. Me ha recordado el futuro que nunca tendré. Todo lo que me han robado. No estoy seguro de poder encajar esto.

¿Cree usted que estaban siempre follando? Nunca me dio usted su opinión,

¿verdad? Yo pensaba que sí, luego me calmé y pensé que no, ahora vuelvo a pensar que sí. Siempre. Qué repugnante recuerdo para cargar con él. Ni siquiera puedo pensar en ese breve período de mi vida y llamarlo feliz. Me han envenenado el único pedazo bueno de mi pasado.

Oliver tiene suerte. La gente como yo no mata a otras personas. No sabría cómo serrarle los frenos del coche. Una vez me emborraché y le embestí, pero no le cogí el gusto a esa clase de cosas.

Me gustaría poder derrotar a Oliver en una discusión. Me gustaría poder tener un debate con él y demostrarle que ha sido un cerdo y que nada de lo sucedido fue culpa mía y que Gillian hubiese sido feliz conmigo. Pero no daría resultado. Oliver lo disfrutaría demasiado, para empezar, y acabaría siendo una discusión sobre él, no sobre mí, sobre lo *interesante* y lo *complicado* que era él. Y yo terminaría diciendo CÁLLATE. ESTÁS EQUIVOCADO. VETE A LA MIERDA. Y eso tampoco sería muy satisfactorio.

Me consuelo a veces con la idea de que Oliver es un fracasado. ¿Qué ha hecho en los últimos diez años excepto robarle la esposa a alguien y dejar de fumar? Es listo, nunca lo he negado, pero no lo bastante listo como para ver que hay que ser algo más que listo. No es suficiente con saber cosas y ser divertido. La estrategia vital de Oliver ha sido siempre un poco como sigue: está complacido con ser como es y calcula que si merodea lo suficiente aparecerá alguien que le dará dinero para continuar siendo como es. Como hacen con los artistas callejeros. Sólo que nadie lo ha hecho todavía. Y, francamente, las probabilidades de que caiga alguien por este pueblo y le haga una proposición son bastante escasas. Consecuentemente, ¿qué tenemos mientras tanto? Un inglés expatriado de treinta y tantos años que va tirando con una mujer y un niño en la Francia provinciana. Están fuera del mercado inmobiliario londinense y, créame, una vez que estás fuera nunca puedes volver a entrar. (Por eso le compré a Gillian su parte de la casa. Tendré algún lugar al que volver.) Me imagino a Oliver dentro de unos años, uno de esos tipos viejos medio hippies que rondan por los bares gorroneando unas copas a los ingleses y preguntándoles si en Londres sigue habiendo esos autobuses grandes y rojos y, por cierto, ¿ha terminado ya su *Daily Telegraph*?

Y le diré algo. Gillian no va a aguantarlo. No año tras año. Básicamente es una persona práctica y eficaz a la cual le gusta saber qué va a suceder y detesta las chapuzas. Oliver es un chapuzas. Tal vez ella tendría que salir a trabajar y dejarle en casa con los niños. Sólo que él pondría la cacerola en el cochecito y guisaría al bebé por error. La verdad es que ella me va mucho más a mí que a Oliver.

Oh, mierda. *Mierda*. Dije que nunca volvería a pensar esto. Mierda, yo... Oiga, discúlpeme un momento, ¿quiere? No, está bien. No, déjeme solo. Sé exactamente cuánto dura este momento. Exactamente cuánto. Tengo mucha práctica.

Aaah. Ffff. Aaah. Ffff. Aaah.

De acuerdo.

Vale.

Vale.

Una de las cosas buenas de los Estados Unidos es que puedes comprar cualquier cosa que desees a cualquier hora del día o de la noche. Unas cuantas veces me he sentido solo y un poco borracho y le he mandado flores a Gill. Flores internacionales por teléfono. Sencillamente das el número de tu tarjeta de crédito y ellos se encargan del resto y lo bueno es que no te da tiempo a cambiar de opinión.

—¿Algún mensaje, señor?

—Ningún mensaje.

—Ah, ¿una sorpresa secreta?

—Sí, es una sorpresa secreta. Sólo que ella lo sabrá. Y puede que se sienta culpable. No me importaría que así fuera. Es lo menos que puede hacer por mí.

Como digo, ya no estoy en el negocio de agradar.

**Oliver** Yo estaba en el huerto ayudando a una o dos judías escarlatas mal adaptadas. Crecen con el necesario retorcimiento, pero al principio son tan ciegas como gatitos recién nacidos y salen en la dirección equivocada. Así que coges ese delicado tallo enroscado y lo guías con suavidad en torno a la caña hasta que se agarra. Es como ver a la pequeña Sal aferrarse al bambú de mi dedo índice. ¿No es esto la vida?

Gill ha estado un poco malhumorada estos últimos días. Malhumor posparto, premenstrual, de media lactancia, es difícil saberlo hoy en día. La *tiércé* del temperamento, y Ollie pierde. Una vez más Ollie no consigue entretener, Parte Quince. Tal vez debería marcharme a la *pharmacie* a buscar un febrífugo.

Pero usted todavía me encuentra divertido, ¿no? ¿Sólo un poco? Vamos, reconózcalo. ¡Dedíqueme una sonrisa! ¡Las comisuras hacia arriba!

El amor y el dinero: ésa fue una analogía errónea. Como si Gill fuese una compañía en la lista de valores y yo hiciese una oferta de compra. Escuche, Gill es la que dirige todo el maldito mercado, siempre ha sido así. Es lo que hacen las mujeres. A veces no a corto plazo, pero a largo plazo siempre.

**Gillian** Está en el hotel que hay al otro lado de la calle. Puede ver nuestra casa, nuestro coche, nuestra vida. Cuando salgo por la mañana con mi escoba para barrer la acera, me parece ver una figura en una de las ventanas del hotel. Probablemente lo que yo habría hecho en los viejos tiempos es lo siguiente. Habría ido al hotel, habría preguntado por él, y le habría propuesto que hablásemos del asunto de una manera

sensata. Pero no puedo hacer eso, no después de haberle hecho tanto daño.

Así que tengo que esperarle. Suponiendo que él sepa lo que quiere hacer o decir. Ya lleva allí tres días. ¿Qué pasa si no sabe lo que quiere?

Si no lo sabe, entonces tengo que darle algo, mostrarle algo. ¿Qué? ¿Qué puedo darle?

**Mme Rives** Paul hizo la trucha con almendras, como siempre. El inglés dijo que le gustaba, lo cual es el primer comentario que ha hecho hasta ahora acerca del hotel, la habitación, el desayuno, la comida o la cena. Luego dijo algo que no entendí al principio. Su francés no es muy bueno, tiene un acento muy fuerte, así que le pedí que lo repitiera.

—Yo como esto una vez con mi mujer. En el norte. En el norte de la Francia.

—¿No está con usted, su mujer? ¿Se ha quedado en Canadá?

Él no me contestó. Sólo dijo que quería *crème caramel* y después café.

**Gillian** Tengo una idea. No se puede decir que sea un plan, todavía no. Pero lo principal es que no puedo, no debo decírselo a Oliver. Hay dos razones para ello. La primera es que no puedo fiarme de que haga lo más adecuado a menos que sea *real*. Si le pido que haga algo, lo estropeará todo, lo convertirá en una actuación y tiene que ser real. La segunda razón es que soy *yo* quien tiene que hacerlo, arreglarlo, organizarlo. Es algo que *yo* le debo. ¿Comprende?

**Stuart** Estoy de pie junto a la ventana. Vigilo y espero. Vigilo y espero.

**Oliver** Los calabacines se están dando muy bien en este momento. Yo cultivo una variedad que se llama *rond de Nice*. Dudo de que los tengan en Inglaterra, donde prefieren esos otros largos en forma de porra, adecuados únicamente para postales de la costa. «¡Estaba admirando sus calabacines, Mister Blenkinsop!» Ja, ja. *Rond de nice* son, como se deduce de su nombre, esféricos. Hay que cogerlos cuando son más grandes que una pelota de golf pero más pequeños que una pelota de tenis, cocerlos ligeramente al vapor, partirlos por la mitad, una gota de mantequilla, pimienta negra, y a *regodearse*.

Anoche Gillian empezó a interrogarme acerca de una de las chicas del colegio. Eso sí que es errar el tiro. Lo mismo podía haber acusado a Pelléas de tirarse a Mélisande. (Aunque supongo que debió de hacerlo, ¿no?) El caso es que Gillian empezó a atosigarme. ¿Me gustaba Mlle Como-se-llame, Simone? ¿Salía con ella?

¿Era ésa la razón de que el noble Peugeot hubiese sufrido otro desmayo la semana anterior? Finalmente tratando de quitar hierro, murmuré: «Querida, no es ni la *mitad* de guapa de lo necesario...» Una alusión clara, como usted habrá podido apreciar, a una de las agudas réplicas de Oscar en su juicio. ¡Imprudente, imprudente! Porque a Ollie, como a Oscar, el ingenio sólo le sirvió para acabar en chirona. Y, al final de la noche, la cárcel de Reading me habría parecido el George V. ¿Qué le pasa a Gill estos días? ¿Puede *usted* decírmelo?

Si hay una cosa que me cabrea es que me acusen de actos venéreos cuando ni siquiera me sudan las palmas de las manos.

**Gillian** ¿Es injusto? ¿Y qué es justo? ¿Cuándo ha tenido que ver lo *justo* con la forma en que vivimos nuestras vidas? No hay tiempo para pensar en eso. Tengo que seguir adelante. Arreglar las cosas para Stuart. Se lo debo.

**Stuart** Sale todas las mañanas después de que Oliver se haya ido y barre la acera. Luego barre también un trozo de la calzada, igual que las otras mujeres del pueblo. ¿Por qué lo hacen? ¿Para contribuir a reducir los gastos de la limpieza municipal? Que me registren. Pone al bebé en una silla alta justo en la puerta. No sé si es un niño o una niña ni tampoco quiero averiguarlo. Lo pone a la sombra, donde la criatura no la pierda de vista y no reciba el polvo en la cara. Luego barre, y de cuando en cuando vuelve la cabeza para mirarla y veo que sus labios se abren y le dice algo. Barre y luego vuelve a entrar con su bebé y su escoba.

No puedo soportarlo. Ése era mi futuro.

**Gillian** Podría dar resultado. Podría ser lo que Stuart necesita. En cualquier caso, es lo mejor que se me ha ocurrido. Es horrible pensar en él sentado en su habitación meditando amargamente.

Empecé anoche y continuaré un poco más esta tarde. Mañana por la mañana es el momento de probarlo. Sé que Stuart ve a Oliver marcharse, le he visto en la ventana. Y Oliver se pone de muy mal humor si le ha tocado levantarse por la noche a cambiar a Sophie. Normalmente me mantengo alejada de él cuando ha sido su turno, pero mañana no lo haré.

La mayoría de la gente es así: si han hecho algo malo se enfadan cuando se les acusa de ello. La culpabilidad se expresa como indignación. Es normal, ¿no? Bueno, con Oliver es al revés. Si le acusas de hacer algo malo y lo ha hecho, se muestra medio divertido, casi te felicita por haberle descubierto. Lo que realmente le irrita es que le acuses de hacer algo que no ha hecho. Es como si pensara: Dios, *podía* haberlo

hecho después de todo. Puesto que de todas formas sospechan de mí, podía haberlo hecho, o por lo menos haberlo intentado. Así que se enfada porque ha perdido su oportunidad, en parte.

Por eso elegí a Simone. Una de esas chicas francesas muy serias que tienen siempre un ligero ceño. La clase de chica que no sentiría el menor interés por Oliver. Recuerdo que en el *vin d'honneur* me la señalaron porque al parecer en una ocasión trató de corregir el inglés de Oliver. Eso seguro que no le hizo ninguna gracia.

Así que la he elegido a ella. Y parece que está dando resultado.

Sólo por curiosidad, ¿cree usted que Oliver me ha sido fiel desde que nos casamos? Perdona, eso no tiene nada que ver con nada.

Hay varios problemas en lo que voy a hacer. El primero es que, si da resultado, probablemente tendremos que marcharnos del pueblo. Bueno, eso puedo resolverlo. El segundo es ¿se lo diré a Oliver después? ¿Se lo diré algún día? ¿Entendería lo que he hecho o únicamente serviría para que desconfiase de mí aún más? Si supiera que estaba todo planeado tal vez nunca volvería a confiar en mí.

Hay otro riesgo también. No, estoy segura de que conseguiré que volvamos a la situación en la que estábamos antes. Puedo controlar las cosas. Eso es lo que se me da bien. Y cuando todo haya terminado nos veremos libres de Stuart y Stuart estará libre de nosotros.

Creo que no voy a dormir mucho esta noche. Pero no permitiré que Oliver deje de cumplir con su obligación de cambiar a Sophie. Detesto lo que estoy haciendo, ¿sabe? Pero si me parase a pensarlo más tal vez lo detestaría tanto que no llegaría a hacerlo.

**Stuart** Estoy atascado. Completamente atascado. Paralizado. Cuando apagan las luces, lo cual ocurre normalmente entre las 23.45 y las 23.58, me doy un paseo. Pero aparte de eso estoy siempre en la ventana. Vigilo. Vigilo y pienso: ése era mi futuro.

**Gillian** Tengo un temor. ¿Es ésa la palabra adecuada? Tal vez quiero decir premonición. No, no es eso. Quiero decir temor. Y el temor es éste: que lo que voy a mostrarle a Stuart resulte ser verdad.

**Oliver** ¿Sabe lo que pienso? Pienso que deberían poner señales de carretera en la Autopista de la Vida. CHUTE DE PIERRES. CHAUSSEE DEFORMEE. ROUTE INONDABLE. Sí, eso es. ROUTE INONDABLE. PELIGRO: CARRETERA EXPUESTA A INUNDACIONES. Deberían poner esa señal en cada esquina.

**Stuart** Salgo a pasear. Después de medianoche.

Y cuando los cielos se oscurecen  
los pájaros nocturnos me murmuran...

**Gillian** Cuando era pequeña mi padre me decía: «No pongas la cara larga, porque el viento podría cambiar.» ¿Y si el viento cambia ahora?

**Oliver** Jesús. Jesús.

De acuerdo, lo siento. No debería haberlo hecho. No volverá a suceder. Yo no soy así realmente.

Dios, por otra parte me entran ganas de coger la carretera, pasar Toulouse y no volver nunca más. Todo lo que dicen de las mujeres es verdad, ¿no? Antes o después resulta que *todo* es verdad.

Lleva días incordiándome. Era exactamente como..., oh, ponga su propia referencia operística para variar. Estoy harto de hacer yo todo el trabajo.

Ella está cansada, yo estoy cansado, ¿de acuerdo? ¿Quién ha estado de guardia de pises todas las noches esta semana? ¿Quién se pasa horas todos los días en la A61? Lo último que me hace falta es encontrarme a la Santa Inquisición en casa.

La cosa sucedió como sigue. No se puede decir que a Gillian se le erizaran los pezones cuando regresé anoche. Así que me marché al jardín y empecé a quemar algunos detritus foliares. ¿Por qué estoy haciendo esto? Por supuesto, ella llega inmediatamente a la conclusión de que lo hago para disimular el incriminatorio aroma del Chanel Número Soixante-neuf de mi supuesta amante. Hay que fastidiarse. Y así sucesivamente.

La mayor parte de la tarde transcurrió de la misma manera. Me fui a la cama agotado. Los acostumbrados candados en el camisón, y no es que yo intentara abrirlos. A las tres de la madrugada guardia de letrinas. Al parecer, la peste fecal se vuelve aún más insoportable cuando la criatura finalmente empieza a tomar alimentos sólidos. Esto de ahora es una brisa aromática, según me informan fuentes fidedignas. Agua de rosas y primulas frescas en comparación con lo que viene luego.

El despertador suena con la suavidad de una cornada. Y entonces vuelta a empezar. Durante el *desayuno*. Nunca la he visto así antes, crispándome como si lo hubiese hecho durante años. Sabiendo exactamente dónde pincharme. La Acupuntura de la Pelea. La miré a la cara, esa cara de la que me enamoré el día en que ella se casó con el hombre inadecuado. Estaba restregada por la ira. Su pelo había despreciado el



cepillo igual que su cara había desdeñado la loción matinal. Su boca se abría y se cerraba y yo trataba de no escucharla. Y no podía evitar pensar: tal vez si empezaras por intentar no parecer una vieja bruja regañona y abandonada sería mejor manera de persuadir a tu marido de no tener una aventura que en cualquier caso no tiene. Verdaderamente surrealista. Supersurrealista.

Y entonces empezó a perseguirme por toda la casa. Y tienes que llegar a la conclusión de que o está enferma o no lo está, y aunque se estaba portando como si lo estuviese, yo no podía convencerme de que lo estaba. Lo cual significaba que le respondía a gritos. Y entonces me dispuse a marcharme a trabajar y ella me acusó de huir y de irme con mi amiguita, y seguíamos gritándonos cuando me dirigí a la puerta de entrada.

Aquello continuaba. Y continuaba. Me siguió hasta el coche, chillando como un cuervo, en medio de la calle principal. A pleno pulmón, acusaciones de, como se suele decir, índole personal y profesional, *mit* todo el mundo mirando. Chillando. Con Sal entre los brazos por alguna razón que yo no podía adivinar, y atacándome, atacándome mientras yo trataba de abrir la puerta del Peugeot. Yo estaba trastornado. Y la puñetera cerradura no se abría. Entonces se me echó encima con sus locas acusaciones. Así que le pegué, le pegué en la cara con las llaves en la mano y le hice un corte, y pensé que iba a derrumbarme y la miré como diciéndole: Esto no es real, ¿verdad? Para la película. Aprieta el botón de rebobinar, esto no es más que una cinta, ¿verdad? Y ella seguía gritando con una expresión de locura y odio en la cara. Yo no podía creerlo.

—Cállate, cállate, cállate —grité.

Y como no se calló le pegué otra vez. Entonces abrí la puerta del coche violentamente, me metí de un salto y arranqué.

Miré en el espejo retrovisor. Ella seguía allí de pie en medio de la calle, sosteniendo a la niña con una mano, la otra apretando un pañuelo contra su cara para parar la sangre. Continué conduciendo. Ella estaba todavía allí. Conduje como un loco, o todo lo rápido que puede conducir un loco cuando se ha olvidado de quitar la segunda. Luego tomé la curva de la Cave Coopérative sobre dos ruedas y ella desapareció de mi vista.

**Mme Rives** *Sont fous, les Anglais.* Ese canadiense que cogió la habitación 6 y sólo salía después de que anoheciera, era inglés. Me dijo dos veces que era canadiense, pero luego se dejó el pasaporte a la vista cuando la chica y yo entramos a hacer la habitación y ni siquiera nos había dicho su propio nombre. Se lo había cambiado. Era muy callado, permaneció en su habitación durante una semana y cuando se marchó me dio la mano, sonrió por primera vez y dijo que era feliz.

Y esa pareja joven que compró la casa del viejo Bertin. Parecían simpáticos. Ella

estaba orgullosa de su niña, él estaba muy orgulloso de ese estúpido Peugeot viejo que se le averiaba continuamente. Le dije un día que debería comprarse un pequeño Renault 5 como todo el mundo. Me dijo que había renunciado al mundo moderno. Solía decir tonterías así, aunque de una forma absolutamente encantadora.

¿Y qué pasa luego? Llevan aquí seis meses, la gente está empezando a cogerles cariño, cuando tienen una pelea a gritos en medio de la calle. Todo el mundo se para a mirar. Finalmente él le pega dos veces en la cara, se mete en el coche y se va. Ella se queda parada en medio de la calzada durante unos cinco minutos, sangrando por la cara, luego entra en la casa y no vuelve a salir más. Ésa es la última vez que la vimos. Una semana más tarde recogen todo y desaparecen. Mi marido dice que los ingleses son una raza loca y violenta y que su sentido del humor es muy raro. La casa está en venta: es aquella de allí, ¿la ve? Esperemos que la próxima vez venga alguien sensato. Si tiene que ser un extranjero que sea belga.

Desde entonces no ha sucedido nada de particular en el pueblo. Al perro de Lagisquet le atropelló un coche. El perro era sordo y Lagisquet era un viejo idiota. Le dijimos que debería atar al perro. Contestó que no quería limitar la libertad y la felicidad de Poulidor. Bueno, pues ya ha limitado su libertad y su felicidad. Abrió la puerta de la casa, el perro salió disparado y un coche lo atropelló. Algunas personas se mostraron compasivas con Lagisquet, yo no. Le dije:

—Eres un viejo idiota. Probablemente tienes sangre inglesa.



JULIAN BARNES. Novelista británico nacido en Leicester, el 19 de enero de 1946. Tras completar su educación en la Escuela Ciudad de Londres y el Colegio Magdalen, de Oxford, trabajó como lexicógrafo para el Diccionario Inglés de Oxford. Posteriormente, fue editor literario y crítico cinematográfico, al tiempo que escritor. Sus novelas e historias cortas han sido vistas como ejemplos del posmodernismo literario. El primer libro, *Metrolandia*, lo publicó en 1980; a este le siguió dos años después *Antes de conocernos*, pero fue solo con su tercera novela *El loro de Flaubert*, que se consolidó como escritor. Con ella fue en 1984 finalista del Premio Booker por primera vez, éxito que repitió en 1998 con *Inglaterra, Inglaterra* y en 2005 con *Arthur & George*; ganó por fin el galardón en 2011 por *El sentido de un final*. Ha recibido múltiples distinciones, tanto británicas como de otros países. Barnes es asimismo autor de varias novelas policíacas que ha publicado con el pseudónimo de Dan Kavanagh. El apellido es el de su esposa y agente literaria, Pat Kavanagh, que falleció en 2008 de un tumor cerebral. En la actualidad vive en Londres dedicado por completo a la escritura.

# Notas

[1] Aquí hay un doble juego de palabras intraducible. El primero basado en la pronunciación de *stew* (estofado) y *stew-pot* (cazuela) y el segundo, en el doble sentido de *handle*, que significa «asa» o «mango» y también «apodo» o «nombre». (N. de la T.) <<

[2] *Everyone has changed their name.* *Everyone* es gramaticalmente singular y la norma es utilizar el adjetivo posesivo de la tercera persona del singular, *his*, que indica que el poseedor es hombre. *Their* es el posesivo de la tercera persona del plural y se usa indistintamente para poseedores masculinos o femeninos. Toda la argumentación siguiente se basa en la distinción que marcan los posesivos *his*, *her* (poseedor femenino) y *their*; distinción que desaparece en castellano, ya que los tres se traducen por «su». (N. de la T.) <<

[3] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[4] *Squire* significa «hacendado». *Squire's* quiere decir «del hacendado», y *squires'*, «de los hacendados». (N. de la T.) <<



[5] *Family Hold Back*, frase que se les dice a los niños cuando hay invitados, para que no les dejen sin nada. (N. de la T.) <<

[6] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[7] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[8] En Inglaterra se dice que la mejor forma de sonreír cuando te van a hacer una foto es decir *cheese*, queso. (N. de la T.) <<

[9] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[10] El verbo es *make over*. La traducción de este párrafo es imposible porque en español no existe un verbo que tenga las dos acepciones. (N. de la T.) <<

[11] Juego de cartas para niños en el que hay que reunir familias. El padre de cada una de ellas representa un oficio. (*N. de la T.*) <<

[12] Tim es diminutivo de Timothy, que es nombre de pila y, por tanto, Mr Tim es tan incorrecto como sería en castellano decir señor Paco. (*N. de la T.*) <<



[13] Un antiguo programa de radio para niños pequeños y un programa de televisión en el que se pide a los espectadores que colaboren con la policía. (*N. de la T.*) <<

[14] El nombre de la tienda era *High and Mighty*, que también podría traducirse como «noble y poderoso». (N. de la T.) <<

[15] *Country* significa «campo». (N. de la T.) <<

[16] La palabra es *date*, que, entre otras acepciones, significa «dátil»; de ahí la alusión al oasis. (N. de la T.) <<

[17] Víspera de Todos los Santos. (*N. de la T.*) <<

[18] *Vin de qualité supérieure*. Categoría anterior a la de *Appellation contrôlée*. (N. de la T.) <<